

Guillermo Cabrera Infante

La Habana para un infante difunto

(Parte 1)

Prólogo

J. J. Armas Marcelo

La Habana para un infante difunto es el libro que más he comprado y regalado a mis amigos cubanos del interior, los mismos que por la razón o sinrazón que sea han decidido, a pesar de los muchos pesares, no abandonar la isla. Cada vez que estuve apunto de volar a Cuba, cuando les pregunté qué necesitaban, casi siempre obtuve (y obtengo todavía) las mismas o parecidas respuestas: "Cuando vengas, no te olvides de mi Habana"; "Si vas a venir, tráeme un par de Habanas"; «Tráeme un Habana de regalito cuando regresas para acá, ¿tú oíste? Oká».

Igualmente confieso que La Habana... es uno de los libros que más he releído en estos últimos años, en los que tanto escribí de Cuba y de La Habana, y no sólo por eso (de modo que me declaro explícito deudor de Cabrera Infante, sin más miramientos), sino por ejercicio de lector compulsivo que encontré, entre las mil maravillas de otros libros, un hallazgo excepcional y por tanto, inolvidable en ese libro habanero de lo más.

Varios secretos a voces se esconden todas las veces en las páginas de La Habana... de Cabrera. En primer lugar, cada ejemplar del libro que circula libre pero secreto -una gran paradoja- dentro de la isla es un ser vivo, rebelde y maduro que respira transformado en fetiche manoseado, deseado y sorbido como una suerte de sujeto sexual inalterable al tiempo y al espacio; un objeto cultural absorbido y leído hasta la saciedad sin provocar el más mínimo hartazgo ni hastío, porque devino en incontestable e intemporal sacralidad de la memoria; un catalizador del alma habanera que, al estar además totalmente prohibido, respira como un mito escondido en las bibliotecas de La Habana. Como un Eleguá que no perece y abre todos los caminos del recuerdo para que la ciudad no se olvide a sí misma, aunque muchos ni la recuerdan ni la conocieron como Cabrera la describe en sus tatuajes literarios. Como que todos saben allí que La Habana... es el espíritu vivo de una memoria que, en su fuero interno, cualquier habanero quiere convertir en la memoria de su propia alma.

En segundo lugar, además de su inmenso valor literario, histórico, musical, sentimental y civil el libro es dentro de Cuba un valor de cambio del más alto y carismático mercurio en el mercado de la vida cotidiana. Un ejemplar de La Habana... de Cabrera puede resolver la supervivencia frica de una familia habanera durante una semana: leche condensada, aceite, carne de pollo, huevos, viandas de todo género, pasta de dientes, ropa, luz brillante. Todo sirve para ser intercambiado en la bolsa negra por un fulgurante ejemplar de La Habana... de Cabrera. En tercer lugar, porque para los oligarcas consultivos del gobierno totalitario de Fidel Castro es el libro más dañino del más dañino escritor cubano; porque

además, por cruel y feliz paradoja -irritante oxímoron-, es el libro más descaradamente deseado y recordado, el más leído y el más admirado en los últimos veinte años a lo largo y ancho de La Habana y toda Cuba, ámbitos legendarios donde la realidad es mucho más subterránea, y sin embargo evidente, que en cualquier otro lugar de nuestros consanguíneos universos culturales.

Fuera de Cuba, con La Habana... de Cabrera Infante ocurre todavía a estas alturas otro tanto de lo mismo: se debate, se discute, se rechaza por los detractores del escritor, se aplaude hasta la extenuación, y ya a carcajadas de salud por quienes lo admiramos, pero sobre todo se lee, nos lee mientras lo leemos, y además no ha dejado de leerse desde el primer instante de su publicación. Sucede con La Habana... algo muy parecido a lo que sucede con algunas bellísimas mujeres de gran clase: conforme avanza el tiempo de la madrugada, cuando ya decae la fiesta de disfraces y los rostros comienzan a exhibirse sin los maquillajes y afeites que mantenían la máscara, esas mujeres van subiendo pedregales en su belleza conforme pasa el tiempo y los años de la fiesta, en lugar de ir perdiendo brillo y fulgor, que es la norma de la gente corriente, incluidas las bellas mujeres que lo son sin dejar de ser corrientes. Porque La Habana... es un libro tan singular que, a lo largo de años de circulación editorial y lectura multitudinaria, se ha transformado en un obligado y admiradísimo referente de la literatura de la lengua española de América, una caja de sorpresas llena de sensualidad sexualidad y memoria personal y colectiva; un libro pleno de musicalidades, visiones, divergencias, sugerencias; equivalencias, exuberancias, maravillas y juegos de toda índole (y no sólo el pun, el juego de palabras).

Seix Barral publicó La Habana para un infante difunto por primera vez en Barcelona, en octubre de 1979, casi veinte años después de que Guillermo Cabrera Infante abandonara Cuba para instalarse primero en Madrid de donde fue expulsado por el gobierno franquista, y más tarde en Londres, donde vive junto a su mujer Miriam Gómez, su móvil a quien Cabrera Infante dedica el libro. Digo libro una y otra vez porque, sistemáticamente, el escritor habanero se niega a admitir para La Habana... la de nominación de novela que le atribuyen editores, librerías, el resto de los mortales y sus ya innumerables lectores, entre los que no puedo ni quiero permitirme el lujo inútil de excluirme; lectores para quienes sigue siendo un hallazgo sorprendente la lectura de este manual de iniciación a la vida y a todos los sentidos, escrito por un escritor que llegó al solar de Zulueta 408 en La Habana, "el gran descubrimiento de mi vida", dice Cabrera, siendo todavía un niño, el 25 de

julio de 1941, hace casi sesenta años; el mismo día en que "el infante" murió de asombro al ver el mundo de sus sueños y ensueños para dar paso al más turbado, turbador, curioso y excitado adolescente que descubre en tres planos excelentes la vida inmensa de la sensualidad? la ciudad el cine y el sexo, tres edénicos territorios que se describen en La Habana... con un deslumbrante, compulsivo y magistral poderío descriptivo, musicalmente verbal; un escritor que, muchos años más tarde, pero siempre anclado en la sólida memoria de su ciudad confiesa a Jacobo Machover que con respecto a La Habana "el olor es la sensación que echa a andar el juego de la memoria, las constantes proyecciones del escritor hacia un pasado más reciente"; en largos paréntesis que recuerdan aquel otro monumento del recuerdo, À la recherche du temps perdu, de Marcel Proust. "Ese olor, el del solar, como el perfume que llevaba la primera prostituta con quien me acosté, era típicamente habanero"; recuerda y siente Cabrera, más que dice.

Cabrera Infante recuerda, describe, escribe y al mismo tiempo inventa una ciudad deslumbrante que otros muchos escritores y novelistas (cito a dos, a los que he llegado a conocer como amigos en las páginas de sus libros, Carpentier y Lezama Lima) hicieron suya por otros caminos literarios: Carpentier a través de la reinención de la historia y la reivindicación de la arquitectura, además, naturalmente, de la música; Lezama Lima mirándose a sí mismo en el espejo de una Habana barroca que, en las páginas de Paradiso, deviene inmoral geografía físicamente poética. Si para Lezama, sin salir de La Habana ni de su biblioteca, "la cosa está en el barroco", y para Carpentier el asunto requiere exquisita y hasta erudita documentación histórica, urbanística y arquitectónica, para Cabrera Infante La Habana es un trasunto iniciático lleno de desmesuras, tesoros y sensualidades, un totem totum revolutum insoslayable, un intemporal paraíso con múltiples luces y alucinaciones que él mismo convierte, en su memoria de escritor futuro, en una fiesta interminable de palabras; el mismo festín desnudo que comienza en el día mismo que el escritor llega a la ciudad, y la descubre y posee hasta hacerla sensual y sexual completamente suya, y termina, en la realidad y para vivir en la ficción de La Habana..., en el instante en que ese mismo escritor huye -y escapa- de la cárcel ruinosa, de rumba y derrumbe a pesar de sus muchas fresas y chocolates, a la que la condena durante casi medio siglo de soledades el bongosero de la historia (así lo llamó Carlos Fuentes, según Edwards en Persona non grata), Fidel Castro, sátrapa cuyas ínfulas de salvador resultan en la realidad habanera inversamente proporcionales a los resultados de la destrucción que se propuso desde los años sesenta.

Para Cabrera Infante La Habana es, en cada página de esta memoria urbana de su Habana, la Gran Papaya Musical inexpugnablemente insobornable;; un territorio donde el escritor baña noche y día todos sus insaciables y felices sentidos, y sus ganas de ser y existir habanero, sin encontrar más que regocijo, ruido, juego, placer, pasión y vida. De manera que si hay que buscarle, al menos según mi criterio, una equivalencia con cualquier otro libro o novela que resplandezca por encima del

tiempo, en esa misma dimensión de juego literario y placer libertario, no tengo inconveniente en encontrarlo en la Alicia en el país de las maravillas, de Lewis Carroll, no por casualidad sino precisamente uno de los manjares predilectos de Cabrera Infante, como lo fue para intelectuales tan dispares, distantes y distintos como el desbocado Henry Miller y el aparentemente flemático Bertrand Russell. Quiero decir, por tanto, que para mí La Habana... es a la literatura en lengua española de estos tiempos lo que representó y sigue representando en la época victoriana y para la literatura en lengua inglesa Alicia en el país de las maravillas, un corrosivo hallazgo y un regalo envenenado, "camuflado" por necesidades del instante histórico como "cuentos para niños" cuando, en realidad llevaba dentro más voluntad de destrucción de las buenas conciencias y más subversión de valores que el caballo de madera que los aqueos dejaron, tras diez años de asedio, en la playa de Troya como disimulo para su inminente victoria. Su forma era su fondo, su contenido su continente.

Por eso también su lectura, la lectura interminablemente gozosa de las páginas de La Habana..., me resulta siempre un tesoro lleno de conmociones renovadas y nuevas emociones, un juego literario donde nadan con gusto y sabor laberintos, adivinaciones, retratos, relatos sin recato y reglas invisibles cuya musicalidad reposa esencialmente en el multitudinario protagonismo de las voces de la ciudad, lenguas sueltas; lenguajes y hablas personales y corales que las sucesivas y fantásticas mujeres de La Habana... van tatuando en el libro como huella de algarabía, vivificadora, harta convertirlo en esa memoria musical y literaria que flota por encima de los tiempos. Como la memoria recuperada de Cabrera Infante al rescate de los recuerdos de su ciudad, también por encima de los viejos tiempos buenos y los malos tiempos nuevos, sobrevuela la ciudad de La Habana.

Hace unos años, le preguntaron al poeta de Testamento del pez, el magnífico Gastón Baquero, qué diría de Fidel Castro una hipotética Enciclopedia Británica a finales del siglo XXI. El poeta, hurgado en su ingenio, sonrió tras encontrar la solución en su talento, tan desmesurado como su excelente memoria. "Oscuro dictador que vivió en una isla del Caribe en tiempos de Lezama Lima., contestó el sabio Baquero regocijado, sin que nadie pueda decir hoy que fue una respuesta repentina contra la ruindad cainita del olvido. Con el permiso de sus muchísimos admiradores, amigos y lectores; me permito añadir a esa entrada de la Británica de la centuria que ya vivimos "los mismos tiempos en que Cabrera Infante escribió La Habana para un infante difunto". Oká. La provocación está servida. Paren y sírvanse cuanto quieran. El festín desnudo está a disposición de todos los que quieran invitarse a leerlo.

A M, mi móvil

“Trivia ride tra le ninfe etterne

Paradiso, Canto XXIII

CARL DENHAM (After taking a good

look at the natives):

“Blondes seem to be pretty
scarce around here”.

King Kong

“El cine es un buen lugar
par acogerse las manos.”

PRESTON STURGES

La casa de las transfiguraciones

Era la primera vez que subía una escalera: en el pueblo había muy pocas casas que tuvieran más de un piso y las que lo tenían eran inaccesibles. Este es mi recuerdo inaugural de La Habana: ir subiendo unas escaleras con escalones de mármol. Hay la memoria intermedia de la estación de ómnibus y el mercado del frente, la plaza del Vapor, arcadas ambas, colmadas de columnas, pero en el pueblo también había portales. Así mi verdadero primer recuerdo habanero es esta escalera lujosa que se hace oscura en el primer piso (tanto que no registro el primer piso, sólo la escalera que tuerce una vez más después del descanso) para abrirse, luego de una voluta barroca, al segundo piso, a una luz diferente, filtrada, casi malva, y a un espectáculo inusitado. Enfrente (para este momento mi familia había desaparecido ante mi asombro) un pasillo largo, un túnel estrecho, un corredor como no había visto nunca antes, al que se abrían muchas puertas, perennemente abiertas, pero no se veían los cuartos, el interior oculto por unas cortinas que dejaban un espacio, largo, arriba y otro tramo, corto, abajo. El aire movía los telones de distintos colores que no dejaban ver las funciones domésticas: aunque era pleno verano, temprano en la mañana había fresco y una corriente venía del interno. El tiempo se detuvo ante aquella visión: con mi acceso a la casa marcada Zulueta 408 había dado un paso trascendental en mi vida: había dejado la niñez para entrar en la adolescencia. Muchas personas hablan de su adolescencia, sueñan con ella, escriben sobre ella, pero pocos pueden señalar el día que comenzó la niñez extendiéndose mientras la adolescencia se contrae -o al revés. Pero yo puedo decir con exactitud que el 25 de julio de 1941 comenzó mi adolescencia. Por supuesto que seguiría siendo un niño mucho tiempo después, pero esencialmente aquel día, aquella mañana, aquel momento en que enfrenté el largo corredor de cortinas, contemplando la vista interior que luego asustaría hasta un veterano de la vida bohemia, el pintor primitivo Cherna Bue, que visitó la casa mucho tiempo después y se negó de plano a quedarse en ella un momento siquiera, espantado por la arquitectura de colmena depravada que tenía el edificio, aquel a cuya formidable entrada había un anuncio arriba que decía: «Se Alquilan Habitaciones -Algunas con Días Gratis- Apúrense mientras quedan», ese día preciso terminó mi niñez. No sólo era mi acceso a esa institución de La Habana pobre, el solar (palabra que oí ahí por primera vez, que aprendería como tendría que aprender tantas otras: la ciudad hablaba otra lengua, la pobreza tenía otro lenguaje y bien podía haber entrado a otro país: tiempo después, cuando llegaron las etimologías, aprendí que solar era una mera degradación de casa solariega, la palabra cortada, el edificio transformado en falansterio) sino que supe que había comenzado lo que sería para mí una educación.

Avanzamos todos juntos ahora, intimidados, por el largo pasillo hasta la única puerta cerrada, que enfrentaba otro pasillo más largo (el interior del edificio estaba diseñado como una alta T con un rasgo al final y a la izquierda, una suerte de serife donde luego encontraríamos los baños y los inodoros colectivos, nociva novedad), esa puerta era la nuestra -por un tiempo. Mi madre había logrado que una familia del pueblo, que regresaban por el verano, nos prestaran el cuarto por un mes. Mi padre (aunque debía haber sido mi madre quien lo hiciera) abrió la puerta y nos asaltó un olor que siempre asociamos con aquel cuarto, con aquella familia, que nunca habíamos sentido cuando visitábamos su gran casa en el pueblo, en reuniones comunistas. Mi madre descubrió que era producido por unos polvos misteriosos que usaban, aunque nunca supimos para qué. Ese olor, como el perfume que llevaba la primera prostituta con quien me acosté, era típicamente habanero y aunque el perfume de la puta tenía el aroma de lo prohibido, resultaba tentador y grato, este otro olor memorable que salía del cuarto podía ser llamado ofensivo, malvado, un hedor -el tufo del rechazo. Ambos olores son el olor de la iniciación, el incienso de la adolescencia, una etapa de mi vida que no desearía volver a vivir -y sin embargo hay tanto que recordar de ella.

Nos instalamos con nuestro equipaje (en realidad cajas de cartón amarradas con sogas) en el cuarto caótico dominado por el vaho exótico y mi madre, con su obsesión por la limpieza, comenzó a poner el caos en orden. Recuerdo la vida de entonces, del mes que vivimos allí, como una interminable sucesión de tranvías (yo estaba fascinado por los tranvías, vehículo para el que no conocía igual, con su paso rígido por sobre raíles cromados por el tránsito continuo, su aspecto de vagón de ferrocarril abandonado a su suerte, sus largas antenas dobles que al contacto con los cables arriba, paralelos a las vías, producían chispas como breves bengalas) por el día y por la noche la iluminación azul y rojo intermitente que originaba el letrero luminoso colgado afuera, ahí mismo junto a nuestro balcón, que decía alternativamente «DROGUERÍA SARRÁ-LA MAYOR». Ese letrero en dos tonos de continuo coloreaba mis sueños, poblados de tranvías alternativamente azules y rojos -pero ésa era la infravida de medianoche. La gran aventura comenzada sucedía más temprano, en La Habana de noche, con sus cafés al aire libre, novedosos, y sus inusitadas

orquestas de mujeres (no sé por qué las orquestas que amenizaban los cafés del paseo del Prado, al doblar del edificio, eran todas femeninas, pero ver una mujer soplando un saxofón me producía una inquietante hilaridad) y la profusa iluminación: focos, faros, bombillas, reflectores, letreros luminosos: luces haciendo de la vida un día continuo. Yo venía de un pueblo pobre y aunque la casa de mis abuelos quedaba en la calle Real no había más que un bombillo de pocas bujías en cada esquina que apenas alumbraba el área alrededor del poste, haciendo más espesa la oscuridad de esquina a esquina.

Pero en La Habana había luces dondequiera, no sólo útiles sino de adorno, sobre todo en el paseo del Prado y a lo largo del Malecón, el extendido paseo por el litoral, cruzado por raudos autos que iluminaban veloces la pista haciendo brillar el asfalto, mientras las luces de las aceras cruzaban la calle para bañar el muro, marea luminosa que contrastaban las olas invisibles al otro lado: luces dondequiera, en las calles y en las aceras, sobre los techos, dando un brillo satinado, una pátina luminosa a las cosas más nimias, haciéndolas relevantes, concediéndoles una importancia teatral o destacando un palacio que por el día se revelaría como un edificio feo y vulgar. De día las anchas avenidas ofrecían una perspectiva ilimitada, el sol menos intenso que en el pueblo: allá rebotaba su luz contra la arcilla blanca de las calles, haciéndolas implacables, aquí estaba el asfalto, -el pavimento negro para absorber el mismo sol., el resplandor atenuado además por la sombra de los altos edificios y el aire que soplaban del mar, producido por la cercana corriente del Golfo, refrescaba el verano tropical y luego crearía una ilusión de invierno imposible en el pueblo: ese paisaje habanero libre solamente compensaba la estrechez de vivir en un cuarto, cuando en el pueblo, aun en los tiempos más pobres, vivimos siempre en una casa. Esa puerta siempre cerrada (mi madre no había aprendido todavía el arte de utilizar la cortina como partición) me, nos, forzaba hacia el balcón, la única abertura libre, aunque sirvió también de sitio de terror, pues mi madre había continuado su costumbre, tan vieja como yo podía recordar, de lograr el clímax de una discusión doméstica cualquiera (el que mi hermano hubiera tiznado accidentalmente sus pantalones blancos, por ejemplo) con la amenaza de suicidarse, esta vez concretada en una acción: «¡Me tiro por el balcón y acabo ya de una vez!». Pero no es de la vida negativa que quiero escribir (aunque introducirá su metafísica en mi felicidad más de una vez) sino de la poca vida positiva que contuvieron esos años de mi adolescencia, comenzada con el ascenso de una escalera de mármol impoluto, de arquitectura en voluta y baranda barroca.

La primera persona que conocí en La Habana fue singular: un hombre que mi padre nos llevó a conocer, y aun la forma de conocerlo fue desusada. Según mi padre era una criatura extraordinaria. «Es todo un personaje», explicó pero no nos preparó lo suficiente. Ocurrió a los pocos días de llegar a la ciudad y el lugar del encuentro fue típicamente habanero y por tanto inusitado. Caminamos todos hasta lo que luego conocería como la esquina de los Precios Fijos (Águila, Reina y Estrella) y allí nos detuvimos a esperar no a una persona sino a un vehículo, un ómnibus que se había convertido en las palabras de mi padre, evidentemente habanizado, en una guagua y como guagua conoceríamos al ómnibus en el futuro. (Esta palabra, a la que algunos filólogos del patio atribuyen un origen indio -¡imagínense a los sifilíticos siboneyes o a los tarados taínos viajando en sus vehículos precolombinos, ellos que ni siquiera conocían la rueda!-, viene seguramente de la ocupación americana al doblar del siglo, cuando se establecieron los primeros carruajes colectivos, tirados por mulas y llamados a la manera americana *wagons*. Los *wagons* se convirtieron en La Habana en *guagons* y de ahí no fue difícil asimilarlos a la voz indígena guagua y el género femenino estuvo determinado no sólo por la terminación sino porque todo vehículo en inglés es femenino. El hecho dé que en Chile, Perú y Ecuador llamen guaguas a los bebés llegaría a producir para un cubano momentos de un surrealismo descacharrante, como la frase, leída en un libro chileno, «Sacó la guagua del río y la cargó en sus brazos» -¡se necesita otro Hércules, quizás a otro Atlas, para encontrar a alguien capaz no sólo de sacar un ómnibus de un río sino cargarlo en vilo en los brazos!) Esperamos la guagua pero no sería una guagua cualquiera sino una perteneciente a la ruta 23 y de ésta un número dado que mi padre sabía. Después de un rato llegó la guagua indicada, mi padre le hizo la señal de parada, que era un cruce entre un saludo y la temerosa seña nazi: siempre me recordaría a esa mano adelantada con que se comprueba si todavía llueve o ha dejado de llover. Ante el perentorio aviso de mi padre (temeroso, como nunca después, de que se le fuera la guagua: era la guagua) el compacto, coloreado vehículo se detuvo y montamos La Guagua.

Resultó que la persona que mi padre nos llevaba a conocer era el conductor de la guagua, el cobrador, eso que se llamaba en La Habana un *guaguero*, un empleo no sólo humilde sino que conllevaba una particular psicología: una manera de ver la vida y de comportarse y de hablar, un oficio nada alto en la estratificada esfera social habanera. Pero por supuesto yo no conocía estas distinciones entonces y miré al amigo familiar como se mira a un héroe: de abajo arriba, casi con reverencia, y un héroe escandinavo parecía: era alto, rubio, de ojos zarcos, en marcado contraste con mi padre que nos presentaba a Eloy Santos, un nombre que le convenía. De hecho se parecía mucho a William Demarest, comediante del cine.

Eloy Santos nos recibió con gran alborozo a todos, pero sobre todo a mi madre. De más está decir que no pagamos el pasaje. (Esta generosidad con el dinero de la empresa le costaría el puesto a Eloy Santos años después: muchas veces no marcaba en el reloj los pasajes pagados y se embolsillaba los cinco centavos cada vez que podía, justificando el bolsillo con un verso evidentemente suyo: «Robar al capital es justicia social», y como robaba al rico, la empresa, para dar al pobre, a sí mismo, se veta como un Robin Hood rodante.) Eloy Santos, como mis padres, habla sido fundador del partido comunista clandestino, aunque lo había sido años antes en La Habana. Entonces Eloy Santos era sargento de la marina de guerra y había propuesto al partido organizar un motín en el barco en que (teóricamente) navegaba, uno de los pocos buques de guerra capaces de hacerse a la mar, aunque nunca la teoría naval

se ponía en práctica marinera. Eloy Santos planeaba tomar el mando del barco, hacerlo salir del embarcadero en Casablanca, enfilarse por la estrecha entrada del puerto, enderezar su rumbo unas cuadas (ni siquiera se podía hablar de nudos o millas náuticas), barloventear frente al Malecón, poner la nave al paio, encañonar el Palacio Presidencial y bombardear al tirano hasta hacerlo capitular o huir. Como se ve, su plan era una mezcla de mitos revolucionarios rusos que envolvía el motín del acorazado *Potemkin* y la rebelión del crucero *Aurora*, el dictador Machado compuesto por sesenta partes del zar Nicolás II con cuarenta porciones de Kerensky. Su teoría amotinada sin embargo nunca se convirtió en práctica de tiros. El partido (que planeaba en esos días llegar a un acuerdo político con Machado) prohibió expresamente cualquier «movimiento sedicioso» (palabras del partido -¿o palabras de Eloy Santos?) y Eloy Santos, que opuso argumentos contundentes en favor del motín, cayó en una especie de desgracia que lo mantuvo, una vez que huyó Machado, y él dejó la marina (por motivos que nunca explicó), en una suerte de limbo político. Todavía era comunista (lo seguiría siendo toda su vida: es más, era un rusófilo acérrimo que se empeñaba, años después, en que yo leyera las más ortodoxas producciones del realismo socialista: por su insistencia y para no decepcionarlo tuve que leerme la execrable novela soviética *Noches y días*, pero me negué resueltamente a celebrar la arquitectura stalinista, de la que mostraba fotos y que él exaltaba al tiempo que denostaba las casas coloniales cubanas, calificándolas de decadentes, y cuando, más cayentes que decadentes, el ciclón de 1944 derribó un hermoso palacio de La Habana Vieja, explicó: «Eso no pasa nunca en la Unión Soviética», y fue tan críptico que al no decir nada más jamás supe si se refería a la arquitectura o a los huracanes) pero su actual categoría política era incierta: ciertamente nunca figuró en el panteón de los padres del partido, aunque los conocía a todos por sus nombres y sus alias políticos: para él, por ejemplo, el nombre formidable de Blas Roca, secretario general, siempre se reducía a un decaído Paco Calderío. Este Eloy Santos era el mejor amigo habanero (verdaderamente habanero: su acento me pareció enseguida la manera más cómica de hablar el español que había oído) de mi padre, y sus cuentos eran de la materia que está hecha la leyenda. Con él, en su vehículo temporal, viajamos todo el trayecto de la ruta 23, desde Águila y Reina y Estrella hasta El Vedado. No sé qué conversaron mi padre y mi madre con Eloy Santos, ya que todo el tiempo estuve ocupado en ver pasar a los lados el petrificado paisaje urbano. Recuerdo que no hicimos todo el viaje hasta el paradero de El Vedado sino que nos bajamos en el parque Maceo, dejando a Eloy Santos completar su ruta, erizada de dificultades internas, él trabado en lucha incierta en ver cómo marcaba lo menos posible el reloj, el metro del pasaje y evadiendo la contabilidad exacta de los inspectores que subían al vehículo en los sitios más inesperados. Esa tarde, más bien casi esa noche, se confunde con otro paseo con Eloy Santos, esta vez a pie, reducida su estatura pero no su leyenda, contando cuentos mientras paseábamos por el Malecón a la altura del parque Maceo. Ese día Eloy Santos contó a mi madre (pero sobre todo a mí, que lo estaba recogiendo en mi memoria) cómo regresó de entre los muertos. Tuvo una chiquita (era la primera vez que oía este diminutivo habanero para llamar a una muchacha) que era en realidad una prostituta (palabra de Eloy Santos que no comprendí muy bien y tal vez fuera una de las primeras veces que lo oyera referirse a temas escabrosos con el más cuidado lenguaje, empleando eufemismos cada vez que debía decir una vulgaridad, sí ocurrió que fue a él a quien le oí la novedosa palabra pederasta y la usó para humillar personalmente a la aristocracia: «Todos los aristócratas son unos depravados. Lord Byron, por ejemplo, era un pederasta», tuve que buscar en un diccionario qué quería decir pederasta, pero más tiempo me tomó identificar a Lord Byron, ya que Eloy Santos había dicho: «Lor Birion era un pederasta»). «Esa chiquita me quemó», añadió Eloy Santos. Años después vine a entender que quemar quería decir en argot habanero contagiar una enfermedad venérea. Pero lo memorable de esa narración no es el lenguaje sino el relato increíble que contó Eloy Santos. Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba sifilítico y cuando fue al médico estaba muy enfermo. «Cuatro cruces», dijo él que fue el diagnóstico aunque para mí era un enigma. Trataron de curarlo pero ni el salvarsán podía salvarlo. «Me morí», dijo él sencillamente aunque eran palabras alarmantes para mí porque se veía que no estaba contando un cuento. Dado por muerto fue llevado al «cuarto de las papas» (léase morgue o necrocomio adjunto a la sala del hospital) y sólo su suerte hizo que pasara un interno, un médico haciendo su aprendizaje, y notara con ojo preciso un leve movimiento del dedo gordo del pie, la sola parte visible de Eloy Santos muerto, única porción viva de su cuerpo. El médico joven hizo que lo sacaran del necrocomio y lo llevaran a la sala de operaciones y comprobó que Eloy Santos estaba más muerto que vivo pero estaba algo vivo. Más como experimento que con experiencia el médico en ciernes intentó resucitarlo, usando un método desesperado. Estaban haciendo reparaciones en el hospital o tal vez construyeran otra sala, pero de alguna manera había un soplete de acetileno cercano y el médico inmaduro hizo que se lo trajeran al quirófano que se iba a convertir en pirófano. Puso a funcionar el soplete y aplicó la llama directamente sobre el corazón de Eloy Santos, hasta producirle quemaduras de tercer grado. Contaba Eloy Santos que le contaban que la peste a carne quemada era insoportable. Después de una o dos aplicaciones (no muchas pues podía arder el mismo corazón) el mediquillo aplicó su estetoscopio (me imagino que el crujir de la carne hecha chicharrón produciría interferencias) y pudo oír, latiendo, el corazón de Eloy Santos -que siguió latiendo hasta el día que nos contaba el cuento. «Nada», fue su corolario, «que volví del otro lado». Pero la sífilis había hecho más estragos que la llama del soplete (que había dejado una cicatriz a lo ancho del pecho que Eloy Santos enseñaba para probar que su cuento era cierto) y Eloy Santos había perdido la visión de un ojo, el otro ojo dañado parcialmente -eso explicaba los ojos glaucos, escandinavos de Eloy Santos, pero no disminuía su estatura de héroe.

Desde el Malecón se veían los anuncios luminosos que enfrentaban el parque Maceo por su flanco occidental y aunque no se podían comparar con los anuncios lumínicos del parque Central (especialmente con la bañista de luces que se lanzaba desde el trampolín intermitente al agua radiante, todo luces, anunciando trusas, ingrávida de Jantzen)

los otros anuncios que iluminaban la acera de enfrente le prestaban a la noche habanera un sortilegio único, inolvidable: todavía recuerdo ese primer baño de luces, ese bautizo, la radiación amarilla que nos envolvía, el halo luminoso de la vida nocturna, la fosforescencia fatal porque era tan promisoría: la vía con días gratis. Pero la fosforescencia de La Habana no era una luz ajena que venta del sol o reflejada como la luna: era una luz propia que surgía de la ciudad, creada por ella, para bañarse y purificarse de la oscuridad que quedaba al otro lado del muro. Desde esa curva del Malecón se veía toda la vía, la que da al paisaje de La Habana, de día y de noche, su calidad de única, la carrera que recorrería después tantas veces en mi vida sin pensar en ella como ámbito, sin reflexionar en su posible término, imaginándola infinita, creyéndola ilusoriamente eterna -aunque tal vez tenga su eternidad en el recuerdo. Caminamos desde el parque Maceo hasta el encuentro de Malecón y Prado, junto al castillo de La Punta, donde la noche se hacía más luminosa en la vida pero no en el recuerdo y enfilamos Prado arriba, paseando más que caminando por debajo de los árboles que hacen una comba vegetal sobre el paseo central amurallado. Era la primera vez que advertía esta transformación del día volviéndose un largo crepúsculo eléctrico. En el pueblo no había más que el día y la noche, el día cegador, la noche ciega. La Habana (haciendo cierto el aserto, el viejo adagio que era más bien un allegro: «La Habana, quien no la ve no la ama» y yo la veía tal vez demasiado, la ciudad entrándome no sólo por los ojos sino por los poros, que son los ojos del cuerpo) era fascinante- pero no me hacía perder al menos (nostalgia en la nostalgia, ese recuerdo entre estos recuerdos) al pueblo natal, a mi perro dejado detrás, a mi abuela que muchas veces fue mi madre, al mar que estaba mucho más presente en el pueblo que en este puerto tan poco marino, a pesar del Malecón donde el mismo muro era una muralla contra el mar, y finalmente o principalmente me faltaba el campo al que salía a menudo con mi abuela. Estaba además para acentuar la añoranza nuestra reclusión en el cuarto. Pronto tendríamos menos que eso.

A los pocos días de estar en La Habana se apareció la primera visita del pueblo. Mejor dicho, casi del pueblo porque era un campesino, un guajiro, de la zona de Potrerillo, en las inmediaciones del central azucarero cercano al pueblo. Como hombre de campo, era cetrino pero tenía unos ojos amarillos transparentes que lo vedan -o al menos miraban- todo. Era uno de los guajiros que mi madre en su celo de ganar prosélitos había convertido al comunismo, pero yo me temía que estaba en La Habana no por cuestiones de partido sino detrás de mi madre, que era entonces una belleza comunista. Este guajiro encontró en la ciudad un nuevo deporte: como nosotros, nunca había conocido la altura y ahora desde el balcón se ocupaba en tratar de escupir a los viandantes que pasaban abajo. Afortunadamente sus escupidas eran inexpertas pero a pesar de su mala puntería insistía en practicar cada vez que veía acercarse alguien por la acera. Mi madre no logró convencerlo nunca de que eso no se hacía (era un verdadero guajiro macho, frase que revela la naturaleza primitiva en su esplendor), que podía traernos problemas con alguien que resultara escupido. A lo que el guajiro macho respondió que él lo retaba, queriendo decir que lo desafiaría a un duelo a machete, tan frecuente en el campo cubano. Se había olvidado de que había dejado el machete en el bohío oriental pero igualmente lo hubiera retado a una pelea a trompadas -estaba hecho de la materia que están hechos los gauchos y los vaqueros y los rancheros mexicanos: machos a todo.

Sin embargo este guajiro resultó providencial, un enviado de los dioses, de Juno pero también de Eros. Mi padre trabajaba entonces en el recién creado periódico *Hoy* (él de nuevo fundador), órgano del partido comunista. Pero, contaminados, pagaban como si fueran canallas capitalistas: tres pesos a la semana, que aunque eran el equivalente de tres dólares entonces no dejaban de ser una miseria. El periódico *Hoy* significaba otro descenso para mi padre: de ser casi la cabeza del periódico del pueblo, de secretario de prensa del partido local, que escribía los discursos que pronunciaba la secretaria general, de redactor impecable con una gramática perfecta lo habían convertido en auxiliar de una periodista incapaz, asignado a tareas subalternas. Ni el descubrimiento de lo que luego sería mi hábitat diurno y nocturno, la redacción de un periódico, ni el conocimiento inmediato de esa maravilla mecánica -después de la prensa plana del pueblo- que es una rotativa, gallina autómatas, los periódicos saliendo de debajo de ella como huevos ilustrados, me hizo olvidar la afrenta de la ignominia a que era sometido mi padre a diario, él preso político por la causa comunista, creyente en Marx y en Engels y en Lenin y hasta en Stalin, disciplinado hasta la obediencia ciega, devoto hasta parecer humilde y militante hasta ser indiscernible en las filas del partido -es esta calidad partidaria lo que hacía que no repararan en él: era tan buen comunista que había logrado hacerse invisible. Pero nosotros éramos visibles y ni siquiera con su familia en La Habana consiguió mi padre un aumento. Así llegó el día final en que debíamos dejar el cuarto, devolverlo a sus dueños que regresaban del pueblo y encontrar nuestra propia habitación. Pero mi padre no tenía un centavo. Fue mi madre a quien se le ocurrió pedir dinero prestado (mejor dicho, regalado: ¿cómo y cuándo se lo iba a devolver?) al guajiro que nos visitaba diariamente a probar la suerte de una escupida certera. Fue de esta manera, de noche (¿por qué de noche? Nunca se me ocurrió preguntar por qué no pudimos dejar el cuarto de día: ¿por qué el dramatismo de una fuga de último minuto?) que salimos de aquella casa extraña -ala que fatalmente íbamos a volver un día: estábamos destinados a ella, como una condena que hay que cumplir.

Salimos a buscar donde pasar la noche, munido mi padre del dinero del guajiro (que desapareció en la noche y de nuestras vidas para siempre: más nunca lo volví a ver y no creo que mi padre le devolviera el dinero: durante muchos años por venir seríamos de los que siempre piden prestado (dinero, sal, azúcar) y de los que jamás pagan), tratando de encontrar un hotel por la vecindad. Nos dirigimos no hacia el Prado luminoso sino en dirección contraria, hacia Monserrate tenebrosa, donde abundaban los hoteles baratos, dejando detrás el café Castillo de Farnés, (de A. Dumas e Hijo), bajando por Obrapía, pasando por la esquina de Bernaza (donde un día, muchos días, haría guardia erótica debajo de un balcón, esperando a tener siquiera un atisbo de Gloria Graña, la extraña trigueña de ojos azules, ella

tan desdeñosa que se convertiría en mi primer amor lejano en La Habana, mi ideal amoroso, hasta el día vengador en que la vi vulgar, Dulcinea llevando a Aldonza Lorenzo al dorso) y un poco más abajo en Obrapía encontramos el hotel cuyo precio nos convenía, adecuado a nuestras finanzas fijas. Subimos la escalera ornamentada de azulejos, tan lustrosos que me dieron ganas de pasar la mano por su superficie brillante, hasta que mi madre de un manotazo me aconsejó dulcemente que no lo hiciera. Pasamos a nuestra habitación, los cuatro acomodados en una cama, incómodos. Por lo menos en el cuarto del solar (estoy adelantándome lingüísticamente: en mi vocabulario todavía no existía la palabra solar: ya me he adelantado antes, pero era la introducción, mientras que ahora estamos in media res) dormíamos en dos camas. Pero como ya no era un niño no habla manera de quejarme. Así decidí dormirme. No bien lo intenté fui despertado (mejor dicho, no llegué a dormirme, no que padeciera de insomnio -ese mal es un hábito adquirido de adulto- sino que nos habíamos acostado demasiado temprano) por unos extraños ruidos, difíciles de definir. Eran humanos pero parecían animales, como de grandes gatos. Los maullidos se disolvían en improbables sollozos, luego volvían a surgir por otra parte: estábamos rodeados de gritos. Más bien de gritones, aunque tengo que decir que en un momento logré identificarlos específicamente como gritonas. Eran mujeres las que ululaban, pero a veces los maullidos de las mujeres eran acompañados por mugidos de hombres. También oía palabras sueltas, frases que no podía identificar, dichas tal vez en otro idioma. Los mugidos y los maullidos duraron la mayor parte de la noche que estuve despierto. Recordé la horrorosa película mexicana *La llorona*, en la que un alma en pena viene a perturbar a los vivos y aterrorizar a los espectadores. Pensé en el zoológico que había visto frente al parque Maceo, con sus animales exóticos. Pero ni recuerdo ni pensamiento pudieron explicarme la serie de sonidos oídos esa noche. ¿Sería el viento?

Al otro día abandonamos el hotel bien temprano. Mi padre estaba contrariado pero mi madre parecía divertida. Es más, se estaba riendo. Ambos sentimientos y reacciones de mis padres estaban dirigidos no uno al otro sino al edificio: mi madre se reía del hotel, mi padre estaba molesto con la fachada. Años después vine a enterarme de que habíamos pasado esa noche en lo que se llama en La Habana una posada: en un *hotel de passe*, un hotelito, una casa de citas. Mi padre estaba amoscado, contrariado por su elección: era evidente que la noche y la premura lo confundieron y lo hicieron elegir un hotelito como hotel para familias, confusión explicable no sólo porque los términos son cercanos y las arquitecturas similares sino porque mi padre no conoció nunca una posada: no era hombre de citas en casa de citas por razones marxistas, es decir económicas. Mi madre estaba divertida con la aventura de la posada porque ella era mucho más liberal que mi padre, que usaba una mala palabra cuando tenía necesidad y en su juventud consumía novelas entonces eróticas, como las escritas por José María Carretero, autor español que se hacía llamar por el escandaloso nombre de Caballero Audaz. Fue ella quien me contó el incidente del hotelito confundido con hotel. Es más, para contrariedad de mi padre, lo contó a todos los amigos habaneros, cuando los tuvimos, y a los amigos del pueblo, cuando vinieron a reunirse con nosotros, emigrados también a La Habana -que fue más pronto de lo que se pueda imaginar.

De la posada que sonaba como cueva eólica fuimos a dar, no sé cómo, al otro lado de La Habana, al barrio de Lawton, en los suburbios, en lo que yo no sabía que era una de las barriadas más pobres de la ciudad, a vivir -¿con quién si no?- con Eloy Santos. No era la suya la morada de un héroe: era otro cuarto, esta vez en los bajos y al fondo de una casa, en una pequeña cuartería cerca del paradero de la ruta 23. Allí tocamos fondo, aunque yo nunca lo supe ni siquiera lo sospeché, pero no podíamos ser más pobres: de allí en adelante no podíamos hacer otra cosa que subir -teóricamente.

Esa estancia en la casa de Lawton la recuerdo por haber emprendido una aventura nueva: entré a formar parte de una pandilla juvenil local. Yo había visto pandillas juveniles en el cine (en *Callejón sin salida*, por ejemplo, o en la misteriosa *El demonio es un pobre diablo*, intrigante porque falló la corriente eléctrica en el pueblo a mediados de la película y nunca supe cuál fue el final de aquellos muchachos audaces y románticos) pero no había pandillas en el pueblo: ésa fue otra institución habanera, como el barrio de las putas o la función continua en el cine. Así entré alborozado en las filas de la pandilla de Lawton. No puedo recordar qué fue de mi hermano en ese tiempo. Él que era tan ubicuo antes, tanto que se entrometía en mis asuntos, echaba a perder mis juegos de escondite y era un apéndice inseparable, de pronto se esfumó. Lo busco en el recuerdo y no lo encuentro: por lo menos no estaba cuando la pandilla me puso a prueba en una incursión iniciática. Juntos fuimos todos los muchachos a robar guayabas a una finca cercana, a la que se llegaba después de subir una loma empinada, que era para mí casi la Escarpa Mutia, junto a unos tanques de gasógeno, obviamente a punto de estallar y engolfarme en llamas, y de allí se bajaba a una suerte de precipicio -que yo por supuesto no bajé. Me las arreglé para que me dejaran de centinela en aquella cumbre peligrosa, que daba vértigos, pero mucho más vertiginoso era el descenso al abismo sembrado de guayabas. Desde mi atalaya vi a los otros muchachos ocupados cosechando guayabas ajenas. Lo que no vi fue al guardián de la finca, que de pronto estaba persiguiendo a los ladrones entre los árboles, ellos haciendo eses y zetas por el guayabal, luego corriendo a campo abierto hacia la loma, trepando por la cuesta ágilmente, alpinistas apresurados, llegando todos sanos y salvos pero sin una sola guayaba a donde yo estaba de espectador más que de guardia -para echarme la culpa del fracaso de la incursión. Allí mismo terminaron mis días de pandillero local, por mutuo consenso. El resto del tiempo que estuvimos en casa de Eloy Santos lo pasé en el cuarto en silencio o sentado silente en la acera, viendo cruzar un automóvil ocasional, viejo, ya que ni siquiera había tranvías electrizados que admirar en los predios de la ruta 23. Solamente de noche, ya tarde, podía oír, como un radio lejano, pitar un tren poco puntual.

Esos días no fueron memorables por tener que dormir en el suelo (mi padre y yo y Eloy Santos, camarada sin cama

ya que en la suya única dormían mi hermano, mi madre y la mujer de Eloy Santos, recién casados o amancebados como él decía, pues no creía en el matrimonio legal y mucho menos religioso: olvidé decir que el nombre de guerra de Eloy Santos no era una copia cubana, como el de Blas Roca, de Lenin o Stalin: Eloy Santos se había bautizado Iconoclasta y eso era él exactamente: un hereje que negaba todas las imágenes, sagradas o profanas) sino porque Eloy Santos, que odiaba las imágenes, nos llevó a mi hermano y a mí al cine y fue una inauguración: fui al cine de día, asistí al acto maravilloso de pasar del sol vertical de la tarde, cegador, a entrar al teatro cegado para todo lo que no fuera la pantalla, el horizonte luminoso, mi mirada volando como polilla a la fuente fascinante de luz. Vimos un programa doble, esa otra novedad: en el pueblo siempre exhibían una sola película. Pero hubo una revelación que fue un misterio. En un momento la película se repetía, obsesiva, y Eloy Santos murmuró: «Aquí llegamos», y se levantó como si fuera el fin de la tanda. No entendíamos ni mi hermano ni yo. «Es una función continua» explicó Eloy Santos. «Hay que irse.» «¿Por qué?», preguntó mi hermano casi fresco. «Porque la película se repite.» «¿Y eso qué tiene de malo?», quiso saber mi hermano. «Son las reglas del juego», dijo Eloy Santos. «Hay que irse. ¡Vamos!», y como sonó como una orden, nos levantamos y nos fuimos.

Ese domingo de velaciones y revelaciones (tuvo que ser domingo y si no lo fue el recuerdo declara el día festivo) vimos, vi, Sólo siete se salvaron, historia de un naufragio, y, más importante, *The Whole Town's Talking*, de la que luego supe el nombre propio en inglés, olvidando el inadecuado título en español, y que entonces significó el encuentro doble con un actor que se convertiría en uno de mis favoritos, Edward G. Robinson. Más que el inolvidable Paul Muni de *Caracortada*, Robinson vendría a personificar al gángster, tanto como a su revés: el hombre ingenuo: un todo sabiduría del mal, el otro todo ignorancia en el bien -y aquí estaban los dos a un tiempo, el malvado y su doble que es su contrario. Fuimos, fui, al cine San Francisco, que fue el primer cine en que estuve en La Habana pero al que nunca volvería. Sin embargo, lo recordaré siempre con su arquitectura de pequeño palacio del placer, cine de barrio, cine amable y ruidoso, cine sin pretensiones dedicado a ofrecer su misa movie magnífica, pero cogido entre dos épocas, todavía sin ser el templo art déco que fueron los cines construidos en los finales de los años treinta que luego descubriría en el centro de La Habana, y sin la pretenciosa simplicidad de los cines de los finales de los años cincuenta, los últimos cines comerciales que se construyeron en Cuba. El San Francisco fue un lugar ideal para la iniciación. Podía haber sido mejor el cine Los Ángeles, que no estaba muy lejos, o todavía mejor el Hollywood, al que nunca fui. Pero el San Francisco, recordando en su nombre una de mis películas preferidas del pueblo, fue un regalo de Eloy Santos, quien a pesar de su pobreza y abrumado por la súbita visita que le cayó del cielo astronómico, no teológico, tuvo la delicadeza de invitarnos, de invitarme, de iniciarme al cine en La Habana ese domingo fausto de agosto del 41. Años más tarde Eloy Santos sería introductor de otra iniciación, tal vez más importante pero no más inolvidable.

Mis padres desaparecían durante el día. Mi padre a su trabajo y mi madre recorriendo incansable las calles de La Habana buscando desesperada donde mudarnos. Pronto sin embargo encontró lo que era para ella un lugar ideal: un cuarto en una accesoria frente al Mercado único en Monte 822. Una accesoria, otra palabra nueva, era en La Habana una variante del solar. La accesoria estaba situada por lo regular en un pasaje. El pasaje era por supuesto un pasadizo que iba de una calle a otra pero con casas a ambos lados, mientras que el nombre de accesoria significaba que en vez de casas había cuartos a los lados del pasaje. Este cuarto nuestro (no sé de dónde sacó dinero mi padre para pagar el mes de alquiler adelantado y el mes en fondo que exigían) estaba situado a la entrada de la accesoria pero en una cuartería en el primer piso y se accedía a él por (otro descubrimiento en ascensos) una escalera de caracol de hierro mohoso. (Al principio me costó trabajo aprender a subir y bajar la estrecha espiral, pero pronto fui experto en ganarla corriendo, cogiendo sus volutas a gran velocidad.) El cuarto era interior pero tenía una ventana que daba a un cajón de aire, ¡sorpresa!, del cine Esmeralda. Tomó tiempo el que mi padre pudiera pagarme el cine pero muchos días me contenté con los ruidos que subían por el ventilador, órgano con arias de la nueva ópera: inigualables retazos de bandas sonoras, exóticos murmullos de actores americanos, música de película. No sé tampoco de dónde sacó mi padre una cama -se estaba convirtiendo en un mago del préstamo: en algún lugar de La Habana había una chistera dadivosa de la que extraía fondos. Sí sé de dónde salió la mesa de comer: Eloy Santos conocía a un negro carpintero, también comunista, que trajo unas tablas evidentemente partes de cajones de embalaje y otros maderos gruesos y ante nuestros ojos de espectadores, los de mi hermano y los míos, construyó una mesa en la que comimos mucho tiempo. Monte 822 tenía otras ventajas que estar frente a un mercado (nunca me molestó el olor, mezcla de frutas podridas, pescado pasado y aromas de especie -nunca me han molestado los olores animales o vegetales, es el hedor humano que me ofende-, y una diversión de sábado bohemio, muchos años más tarde, cuando trabajaba en *Carteles* y ganaba un sueldo que me habría parecido de muchacho no sólo fabuloso sino improbable, era ir al Mercado único con varios amigos artistas a comer la deliciosa sopa del humilde restaurante chino, más bien fonda, que había en el primer piso) donde las compras eran más baratas sino que quedaba a pocas cuadras del periódico y al doblar, en la misma manzana, estaba el colegio que yo creí que se llamaba Rosa In pero en realidad era Rosaínz, la escuela pública más famosa de La Habana por su nivel de educación. Aún sin llegar septiembre mi padre nos inscribió a mi hermano y a mí (en ese colegio que para bendición, tentación y desespero era mixto. Pero para mí lo que hacía perfecta la ubicación de nuestra casa (nunca se me quitaría esa costumbre de llamar casa a los cuartos en que vivimos) era su vecindad, puerta con puerta, del Esmeralda, donde hice ese gran descubrimiento del sueño como peripecia: las series de episodios de los años cuarenta. Yo era viejo (es un decir) conocedor de las series de los años treinta, la más memorable de ella ya mencionada en otra parte. Pero pronto sería un fanático de *El avispon verde* (en que me

enamoré, por primera vez, de un automóvil, la cuña que usaba el Avispón), *El arquero verde* (continuando la incomprendible adicción al color verde -en el cine en blanco y negro) y ya de despedida de las series, del Esmeralda y del barrio, *El capitán Maravilla* -¡Shazam! Todo eso sin embargo vendría después. Al principio de vivir en la cuartería lo único que me llegaba de la pantalla del Esmeralda eran los rumores, espectador del cine del ciego.

A mi padre, consideración comunista, le aumentaron por fin el sueldo en el periódico: cinco pesos a la semana ganaba ahora, un sueldo de miseria pero que nos permitió cambiar de cuarto, cuando se desocupó el primero, que era mucho más grande y en vez de la ventana de bartolina tenía una puerta al interior de la casa y otra que daba a una pequeña terraza amurallada: del otro lado del muro estaba la vasta azotea de la accesoria norte. Enfrente, cruzando el pasaje y haciendo pendant con nuestra cuartería, habla una comunidad china. No eran chinos cubanos, que habrían hecho una familia, sino chinos de China, aislados y silenciosos. Apenas si conversaban y se les veía salir a su azotea, vestidos con túnicas y llevando sandalias, y por las ventanas era posible observarlos fumando unas cañas de bambú cortas y gordas de las que extraían un humo apenas visible. Para escándalo de mi padre, mi madre dijo que seguramente fumaban opio: «El humo que más que hacer dormir, hace soñar». Este conocimiento, la frase, debía de haberlos sacado mi madre de sus lecturas del Caballero Audaz. Pronto se reunieron con nosotros dos tíos, hermanos de mi madre, que hicieron el nuevo cuarto tan reducido como el anterior pero la vida se hizo más animada. Uno de mis tíos, Toñito, que era carpintero, tenía extrañas pesadillas ambulatorias: solía perseguir dormido imaginarios ladrones por el cuarto, la casa y la azotea a medianoche. Parecería que no había nada que robar en la casa, pero mientras menos se tiene más se hace su tenencia un tesoro y una tentación para los que los periódicos llamaban cómicamente cacos. Cuando vivíamos en el otro cuarto, mi madre recibió una caja de viandas de mi abuela del pueblo. Como estaban verdes puso a madurar un racimo en nuestra ventana y del piso de arriba, al lado, desde una ventana que daba al cajón de aire y a la escalera del edificio, nos robaron el racimo de plátanos limpiamente, para enojo perpetuo de mi madre y para asombro mío, intrigado con aquellos ladrones tan hábiles. Solía explicarle a mi hermano las más complejas teorías de cómo se llevó a cabo el robo, adelantándome a las lecturas de Poe: la mano robada. Mi otro tío, llamado para siempre el Niño por ser el menor hermano de mi madre, me descubrió el Zoológico, el verdadero no el simulacro del parque Colón frente al parque Maceo. Para ir al Zoológico había que caminar hasta el bosque de La Habana, subiendo por la calle Monte hasta la Calzada del Cerro y bajar hasta su final en Ciénaga. Pero valía la pena la caminata pues ahí estaban casi al alcance de la mano los leones fieros entrevistados en el pueblo y no vistos de veras por falta de dinero para pagar la entrada al circo, la pantera, amenaza negra vista desde lejos, temida a pesar de la distancia y de las barras, pasando enjaulada en una parada publicitaria de otro circo por el pueblo, con los dromedarios (un álbum de postalitas de animales salvajes me había hecho familiares todas las bestias y me ayudó a distinguir los camellos de los dromedarios: una joroba, dos jorobas -o al revés), los elefantes nunca vistos y los cocodrilos inmóviles y por ello mismo más amenazantes que cuando perseguían tenaces a Tazán en el agua. Había muchos animales fascinantes en el Zoológico, como el león de melena negra más imponente que el león de melena dorada, tal vez porque el otro, ya conocido, era una piel dorada uniformemente cubierta de moscas en el pueblo y aquí la melena oscura era un adorno real. Pero ningún animal más hermoso y terrible en esta arca en tierra que el leopardo, solitario y feroz en su jaula, prisionero renuente que se movía arriba y abajo de la celda incesante amarillo y moteado, y su solo movimiento era amenazador -bella bestia de ojos verdes que sólo ven la selva.

Regresábamos siempre a través del bosque a orillas del Almendares para salir a El Vedado con sus ricas mansiones (los rascacielos estaban confinados en La Habana propia y ya los había visto en el mes que viví allá: su verticalidad me dio vértigo invertido) y las avenidas interminables, rectas, abiertas, tan diferentes de las calles sinuosas de La Habana Vieja. También con mi tío el Niño exploré el litoral, que era un escaso arrecife del otro lado del muro del Malecón, al que había que bajarse con riesgos que me parecieron enormes y allí ocurrían aventuras marinas, entre pilones y bloques el mar profundo, muy diferente a ir a las suaves playas del pueblo.

Sin saber cómo ni cuándo (al menos no lo anotó mi memoria: debieron llegar de noche) aparecieron gentes del pueblo no sólo en La Habana (la ciudad no era mía) sino en la misma cuartería de Monte 822, con lo recóndita que era, situada dentro del pasaje de la accesoria, guardada bajo los portales de la calle que en el letrero se llamaba Máximo Gómez y no Monte, toda ella guarnecida de columnas, más toscas que toscanas. Llegaron mágicamente. Entre estos visitantes del mundo exterior, muchos vinieron no de visita sino para quedarse, entre ellos una familia de cierta distinción en el pueblo (vivían abajo junto al parque principal y eran diferentes a los que vivíamos en la loma -las alturas eran allí un descenso-, donde estaba la casa de mis abuelos, nuestro último refugio en la alta loma: vivir abajo era como vivir en un barrio bien, el Vedado del pueblo) ocupó las mejores habitaciones que tenían un balcón que daba a la calle (no exactamente a la calle sino a los portales de Monte, que interponían el ancho corredor y las columnas), ocupación que me pareció una forma de destino. Componían esta familia María Montoya (cuyo nombre era fuente de chacotas y de rimas obscenas para los graciosos del pueblo), viuda y por tanto jefa de la casa, su hijo Marianín, invariablemente llamado Marianín Montoya aunque su apellido era otro, Otero, y su hija Socorrito. María y Marianín eran buenos amigos de mis padres y Socorrito, que era sólo un poco mayor que yo, era la primera muchacha que yo había visto que usaba espejuelos (los espejuelos entonces eran para los hombres y los viejos), los que apenas disimulaban su bizquera. También vino a vivir a la cuartería, en uno de los cuartos más pobres, Rubén Fornaris, un mulato carpintero que estaba en la tradición del negro decente, más allá de ella de bueno y de inocente que era. Su inocencia fue tal vez mermada (nunca podría ser eliminada del todo) por mi madre. Rubén vivía en su cuarto pero solamente dormía allí, ya que no sabía cocinar. De alguna manera logró un acuerdo con María Montoya (los Montoya

todos eran bastante racistas) en que él comería con ellos pagando una cantidad que debió ser razonable (o tal vez escasa) para María Montoya pero excesiva para el salario de Rubén. María Montoya se las arregló para no tener a Rubén comiendo con su familia (tal vez fuera sugerido por el propio Rubén) y Rubén comería siempre más tarde. El arreglo funcionó a satisfacción de todos. Pero sucedió que un día otra vecina, llamada Victoria, habanera, una mulata clara, delgada, que padecía según ella misma decía de «debilidad pulmonar», sin admitir nunca la tuberculosis evidente en su tos y aspecto físico, le dijo a mi madre que quería enseñarle algo y la llevó a la cocina -pero no fue para darle una lección de cómo cocinar. Allí le mostró a mi madre unos platos con restos de comida y le dijo: «Eso es lo que le sirve María a tu amigo Rubén, y todo porque es un pobre mulato». En realidad mi madre era más amiga de María Montoya que de Rubén y pensó que la acusación eran prejuicios raciales invertidos de Victoria. «¿Cómo lo sabes?», preguntó mi madre. «Porque los he estado vigilando desde hace días», respondió Victoria. «Ya tú verás. Quédate aquí conmigo y haz como que estamos cocinando juntas.» Mi madre no tenía mucho tiempo que gastar pero tenía menos paciencia con las injusticias y decidió investigar la acusación terrible de Victoria. Al poco rato de estar las dos en la cocina entró María Montoya, les dijo algo trivial y comenzó a trajinar entre sus platos. Mi madre miró con disimulo y vio que efectivamente había vaciado los platos con restos de comida en una cazuela y estaba calentando este salcocho. Cuando había completado su confección salió de la cocina con un plato de comida aparentemente recién servida. Convencida, mi madre no tuvo otra alternativa que dar la razón a Victoria y llamar a Rubén y decirle que no podía seguir comiendo con los Montoya. «Pero ¿por qué?», preguntó extrañado Rubén. «Ellos están de acuerdo en que yo coma con ellos.» Mi madre no sabía qué decir y se quedó callada, pensando, y pensó tanto en qué decir con tacto que finalmente exclamó: «¡Te están dando sobras!». Por el tono de mi madre, porque conocía su honestidad y tal vez porque había aprendido así otras lecciones de la vida, Rubén se dio cuenta de que le decía la verdad y perdió la inocencia suficiente como para decirle a María Montoya que no comería más en su casa -pero por supuesto no estalló en furia ni se quejó ni siquiera le dijo la verdadera razón por que terminaba su acuerdo. La vergüenza del engaño, sin embargo, lo obligó a mudarse de Monte 822 y por un tiempo creímos que no lo volveríamos a ver. Pero nos equivocábamos y luego cuando vivimos otra vez en Zulueta 408 llegó a convertirse en una persona importante para mí, por un tiempo tal vez esencial.

En Monte 822 ocurrió otro incidente con María Montoya, pero no sería un delito secreto -al contrario, se propagaría y se haría legendario en la colonia del pueblo en La Habana (porque pronto, atraídos por las oportunidades de trabajo en la capital y rechazados por las dificultades económicas o compelidos por la curiosidad de conocer La Habana, se reunieron muchos emigrados internos que dejaron lo que ellos llamaban cariñosamente la Villa Blanca casi convertida en un pueblo fantasma), tanto que muchos creían el sucedido una invención ingeniosa.

Sucedió que María Montoya envió a su hija Socorrito a un mandado, tal vez al mercado mismo. Pero doña María (así la conocía yo) olvidó encargar algo extra o tuvo una súbita inspiración y, como todavía Socorrito no iba lejos, se asomó al balcón y empezó a gritar a su hija: «Socorro, Socorro». Socorrito no la oyó pero sí los viandantes por el portal y tal vez la gente del cine: portero, empresario, habitué. Pronto hubo una alarma generalizada ante aquellos gritos de ayuda urgente emitidos por una matrona en apuros, la gente amontonada debajo del balcón de doña María, que no estaba muy alto, ella todavía gritando: «¡Socorro! ¡Socorro!», esta vez más fuerte porque Socorrito se alejaba calle arriba-pero eso no lo sabía la chusma diligente de debajo.

Pronto apareció un policía (próximos siempre cuando no son necesarios) que se dirigió a doña María, con autoridad y respeto: «¿Qué le pasa, señora?». Doña María, ahora convertida en María Montoya, molesta por no haber podido alcanzar a Socorrito a pesar de sus gritos, perturbada por aquella interrupción, respondió: «¿A mí? ¿Qué me va a pasar? ¡Nada!». Al agente de la ley no le gustó la respuesta, que encontró un tanto destemplada: «¿Entonces por qué pide auxilio?». «Yo no he pedido auxilio, señor mío», dijo todavía más molesta María Montoya, acostumbrada como estaba a llamar a su hija Socorro sin conectar su nombre con una emergencia desesperada. «Sí, señora», dijo el policía picado porque de autoridad había sido rebajado a mero señor, «usted estaba gritando socorro, que yo la oí». «No señor», insistió María Montoya, «yo estaba llamando a mi hija que se llama Socorro». El policía no quiso aceptar lo que creyó una excusa absurda o una broma peligrosa o lo que es inaceptable para la policía, una tomadura de pelo. «Usted sabe señora que con la ley no se juega», dijo el policía. María Montoya, tal vez poseída de su preminencia en el pueblo, que era total anonimidad en La Habana, le respondió al vigilante: «Mire, déjeme tranquila y no se meta en lo que no le importa». El policía trató de encontrar la entrada a la casa del balcón de aquella mujer insolente que, además, como todos los orientales, cantaba al hablar. Pero afortunadamente en ese momento regresaba Socorrito y María Montoya la llamó por su nombre de Socorro y ella respondió: «¿Sí, mamá?». El policía, que no había encontrado la entrada, pudo hallar una salida y quedó convencido de que todo había sido un malentendido. La gente aturbada más que perturbada volvió a caminar bajo los portales, Socorro se convirtió en Socorrito y el policía se fue a continuar su posta, que era como se llamaba en La Habana al recorrido de un agente de la ley uniformado y que en el pueblo, cosa de orientales, quería decir solamente un pedazo de carne de vaca de tamaño grande que usualmente se daba a los perros fatalmente envenenada, por lo regular en verano, tiempo de rabia.

Con los muy magníficos Montoya ocurrió otro incidente que fue una revelación. El protagonista esta vez no fue María sino su hijo Marianín. En el pueblo corrían raros rumores sobre Marianín, en conversaciones imprecisas y adultas pero que yo ya anotaba. María Montoya era viuda y ahora adoraba a Marianín, quien reciprocaba éste amor con creces. Era decididamente un buen hijo y por ello alabado. Pero los rumores continuaban. Todos tenían como punto de partida el dato cierto de que Marianín, aunque ya era un hombre, no se interesaba en las mujeres -o mejor dicho,

se interesaba de una manera extraña. Era por ejemplo capaz de describir un vestido de mujer con una precisión insólita en un hombre -a menos que sea un novelista. Marianín, además, solía usar palabras desusadas en un hombre, aun en un novelista. Por ejemplo, su frase favorita era «hay un detalle» y, al describir cualquier ocasión, siempre añadía: «Pero hay un detallito», y seguía su apreciación o su objeción. Parece que una vez logró reunir sus manías de modisto y de preciosista en un grado extremo y describió así una falda: «Preciosa. Pero hay un detalle en el dobladillo de ojo». Estas características de Marianín las oía en las conversaciones de mi madre con sus amigas. Marianín era por otra parte alto, fuerte, de abundante pelo negro (aunque ya mostraba amplias entradas que lo mortificaban mucho), ojos de pestañas desmesuradamente largas -para él eran aterciopeladas y añadía: «Ustedes saben, como las de Tyrone Power» y un bigote fino, bien cuidado, copiado de Don Ameche, quien se convirtió en su ídolo desde que lo vio en *En el viejo Chicago*. («Siento tener que traicionara Tyrone», decía sonriente.) Un día, una tarde mejor, al regresar del trabajo (Marianín era barnizados -él se describía como ebanista- pero no se veía que tuviera tal oficio, ya que se lavaba las manos con tal escrupulosidad que siempre las traía blancas, sin trazas de barniz, orgulloso de ellas y sobre todo de las largas uñas de sus dedos meñiques: esta pulcritud llevada hasta el último, como diría él, detalle, era la admiración de mi madre, que lo contrastaba con el aspecto de mi tío Toñito que siempre volvía, de la misma carpintería que Marianín impoluto, cubierto de serrín hasta las pestañas, prematuramente encanecido por el polvo de cedro) Marianín le dijo a mi madre que tenía una sorpresa para ella, que se la daría más tarde. Mi madre no tenía idea de qué podía ser y se preguntaba cuál sería la sorpresa cuando tocaron a la puerta. Ella abrió y apareció ante nuestros ojos (los míos estaban allí para registrarlo todo) una muchacha montada en altos zapatos negros que realizaban sus piernas de amplias curvas, vestido violeta, boca pintada de rojo violento, ojos de grandes pestañas maquillados tal vez un poco exageradamente y un alto sombrero negro. La muchacha era Marianín, vestido -ataviado, especificaría él- con las ropas de su madre, tan bien transformado que pudo confundir a mi madre. Pero lo delataba un detalle: su bigote fino pero visible por debajo del maquillaje. Marianín estalló en una carcajada que fue coreada por María Montoya al aparecer detrás. Mi madre, pasada la sorpresa, también se rió con ganas. No recuerdo si estaba presente mi padre, tal vez para mostrar su desaprobación decidida ni si mis tíos acompañaron o no las risas de mi madre, de Marianín y de María Montoya. Recuerdo, sí, mi asombro inocente: acababa de ver mi primer travesti y no lo sabía. La ocasión no se volvería a repetir hasta un cuarto de siglo después.

El verano anterior -no, ese mismo verano del 41, antes de abandonar para siempre el pueblo- yo había realizado ciertas expediciones infantiles, una de ellas escaparme a las ruinas prohibidas del viejo Cuartelón y pasarme todo el día fuera, ahora que la autoridad paterna se había desvanecido. Sin embargo, yo que no era nada estúpido, debí saber bien quién era la autoridad en casa. Ignorarlo me costó una paliza cruel, dada por mi madre, impelida más por el miedo de no saber dónde había estado yo todo ese tiempo que por la ira. Pero también aproveché la ausencia de mi padre para otras aventuras sigilosas, explorando solitario las ruinas vivientes de sus libros. La mayor parte de ellos constituía la herencia que le tocó de las posesiones de su tío Matías, quien fue prácticamente su padre, que era uno de los pocos intelectuales del pueblo, tal vez el Intelectual, que escribía en el mejor de los diarios locales con el seudónimo de Sócrates, quien nunca se casó, su biblioteca su Jantipa y fue famoso en mi familia por un consejo que dio a mi padre sobre cómo debía educarnos: «Críalos», dijo refiriéndose a mi hermano y a mí en tono sentencioso, «con el cerebro y no con el corazón». Mi padre trató de seguir aquel programa ético y criarnos con el intelecto -pero siempre se interpuso la pasión de mi madre. Ese verano sin padre pero sin amo hice un descubrimiento entre la biblioteca esparcida por el suelo. Había muchos libros pero recuerdo, por sus ilustraciones eróticas, una mitología que debía ser mi Biblia, en que donosas damiselas desnudas eran acariciadas por cisnes, robadas por toros y asediadas por animales imposibles: medio hombres y medio caballos, mitad chivos y mitad hombres: supe entonces que existían los sátiros y los centauros y conocí la zoofilia exaltada. Había una edición que todavía era lujosa, a pesar del moho del muro, de *La vida nueva*, que apenas hojeé: me aburrí sólo pasar las hojas. Pero entre esos libros encontré un tomo pequeño, de aspecto humilde, en papel barato, con un nombre (para mí entonces eran nombres los de los libros, los títulos se referían siempre a películas) que parecía una referencia a los chivos y a los hombres-chivos: *El satiricón*. Comencé a hojearlo, intrigado por el título, la magia del nombre, buscando al chivo explicatorio y encontré de pronto lecturas extraordinarias, historias grotescas y cuentos que mi madre nunca me hizo: una pareja miraba a un muchachito y una muchachita hacer el amor (la frase pertenece al futuro, a La Habana y a la alta adolescencia: la palabra contemporánea era singlar), una parejita singaba mientras otra pareja, adulta, la observaba oculta. Había más descripciones sexuales, muchas homosexuales (cundango era la palabra del pueblo para lo que en La Habana se llamaría maricón, cundanguería era la actividad, mera mariconería) y saltando las páginas aburridas, que eran pocas y estaban todas al principio, encontré escenas amorosas entre hombres y mujeres, muchos, en multitud, lo que luego supe que se llamaban orgías, palabra pronunciada por mí con el acento en la o, como en Borgias. Confieso que el libro me pareció inusitado que lo tuviera mi padre, tan serio, y escandaloso que estuviera entre los libros legados por mi tío Matías, que era verdaderamente adusto, el hombre más respetable del pueblo. Pero *El satiricón* me produjo una sensación inquietante, nueva, deliciosa y lo guardé donde pudiera encontrarlo cada vez que quisiera leerlo, releerlo en mi refugio, el sitio más privado, incluso alejado de la casa: el excusado, entre las heces y las zetas de las moscas verdes, olvidado de las miasmas, ensimismado leyendo, releendo, anotando las anécdotas increíbles de la Roma imperial, que para mí era un lugar lejano pero posible, como La Habana vista desde el pueblo. La impresión que me produjo la lectura activa de *El satiricón* no sólo la recuerdo sino que la atesoro, como conservo todavía conmigo esa edición preciosa: mi primera literatura erótica.

Pero en Monte 822 me iba a encontrar con la verdadera literatura pornográfica, no escrita, como *El satiricón*, para sátira de una época, escarnio de un hombre y parodia de un libro, sino para pura pornografía, ese extrañísimo mecanismo literario que entrando por los ojos (o por los oídos: más tarde) actúa sobre la mente y pulsa el pubis, produciendo erecciones, titilando las tetas y estimulando el clítoris. No sé quién le prestó el libro a mi tío el Niño, que no conocía a casi nadie en La Habana y no tenía dinero para comprar nada. No podía haber sido Rubén Fornaris, tan inocente. No creo que mi tío el Niño habría admitido un préstamo semejante de Marianín marcado. Tal vez fuera Nila, una mujer (en realidad una muchacha: no tendría veinte años todavía pero yo seguía usando mis medidas infantiles y las hembras se dividían en niñas y mujeres) que se había mudado para nuestro antiguo cuarto interior pero parecía tener dinero (al menos tenía radio, que ni siquiera María Montoya poseía aparato tan precioso en la cuartería) y era atrevida. Nila tenía un marido llamado Reynaldo (en una conversación de mi madre le oí decir que parecía un chulo, lo que en los periódicos era siempre un proxeneta, pero esto no hacía de Nila una puta pues más que vivir con ella Reynaldo la visitaba: era un hombre alto que me impresionó por lo bien vestido que estaba siempre, con trajes blancos radiantes y un eterno sombrero claro: «Es un panamá», explicó mi madre, «el sombrero más caro que existe», y se decía que el panamá era virtualmente indestructible: esta cualidad del sombrero se contagió a su dueño) y ella había hecho amistad con nosotros, sobre todo con el Niño. En sus soledades Nila se entretenía en largas charlas con mi tío. A veces esas conversaciones se hacían muy íntimas y llegaron a preocupar a mi madre, que temía que Reynaldo los sorprendiera un día juntos. «Ese hombre es peligroso», solía advertir mi madre, y asocié su vestimenta al peligro: cada vez que veía a alguien con un traje blanco costoso y un panamá, invariablemente pensaba: «Ese hombre es peligroso», y más tarde aprendí: «He is dressed to kill». A veces el entretenimiento de Nila sólo era ir al cine, acompañada por supuesto por mí, que siempre me las he arreglado para ir al cine gratis. Recuerdo haber ido con ella al llamado escandalosamente Salón Rojo (su nombre tenía connotaciones aparentemente tan obscenas que, a petición de las familias decentes del barrio, fue cambiado al poco tiempo por el de Salón Regio), cine que tenía la arbitraria arquitectura de enfrentar los asientos a la entrada, la pantalla emplazada donde usualmente estaba la caseta de proyección y ésta donde queda siempre la pantalla. Nunca pude explicarme esa inversión caprichosa. Allí vimos más de una película inolvidable, yo embebido en el cine cuando debía haber puesto mis ojos en la belleza, roja o regia, que tenía al lado. Pero era todavía muy temprano: ya vendría mi tiempo del cine considerado como un coto de caza. Esta mujer, muchacha, Nila, debió prestarle el libro a mi tío el Niño, de seguro que se lo prestó, ahora no me cabe duda de que fue su préstamo pornográfico. Así llegó a las manos misteriosas de mi tío el Niño el libro que leía él con tanta tiniebla. No sé cómo me las arreglé para robarlo -robarlo, no: tomarlo prestado, no pedido, que fue lo que hice, devolviéndolo con tanto sigilo como cuando lo cogí: así aprendí a gozar enmascarado- y leí que se llamaba *Memorias de una princesa rusa*, desde el título un objeto de escándalo para mi padre. Ya en la primera página, sin preámbulos que serían una rémora, las descripciones sexuales, que se generaban, se degeneraban, se regeneraban, la princesa -llamada Vávava- gozando las aventuras más pornográficas, la singueta (ésta es otra excelente palabra, esta vez habanera, para describir el coito, los coitos repetidos, derivada del verbo singlar, cúmulo sexual que vine a aprender unos años después) haciéndose cada vez más profusa, complicada y participaban un mayor número de personas en cada cuadro. Esta vez sí me excitó sexualmente el libro, libre de las complicaciones (tal vez fueran defectos de la traducción española o excesos de la literatura latina) de *El satiricón*, y de haber sabido masturbarme (siempre fui un atrasado para el sexo aunque un adelantado para el amor) lo hubiera hecho, a pesar de que no tenía entonces un refugio equivalente del lejano excusado de la casa del pueblo y habría tenido que esconderme en el baño intercalado (frase que aprendí de mi madre en La Habana, que uso de manera irónica ahora, hagan el favor de notarlo: un baño intercalado, según la publicidad casera de la época, era un baño de un apartamento, colocado entre dos cuartos: en la cuartería había una ducha y una taza para todos, el baño tan colectivo como la cocina, pero no es de esa incomodidad ómnibus que quiero hablar sino de la ausencia de un buen lugar para masturbarme -si hubiera sabido cómo), por lo que me limité a la mera lectura pasiva.

Aunque Monte 822 fue un intermedio, un interregno, proseguí allí el aprendizaje del amor, que había empezado en el pueblo con una prima de ojos verdes legendarios en la familia -pero ésa es otra historia y pertenece a otro lugar. Aquí, en la cuartería momentánea, ocurrió una complicación amorosa que fue un regreso a la infancia que había perdido en Zulueta 408. Tomó la forma de un cuarteto, una complicación triple más bien, una ligazón con tres muchachas, una de ellas realmente una niña. Vivían en el cuarto de al lado, el que quedaba frente a la cocina y eran hijas de un chofer de taxi -máquina de alquiler entonces-, llamado Pablo Efesio, un mulato de bigote, calvo, de veras peligroso (no una estampa peligrosa como el marido de Nila, villano de postalitas), que había estado en la cárcel, según él mismo confesaba, y que sin embargo no me inspiraba demasiado respeto porque yo conocía su punto débil: sus hijas, que singularmente no eran adefesios. La madre ya la conocen ustedes: era Victoria, la sigilosa vengadora de Rubén Fornaris, la que se moría lentamente de tuberculosis lánquida.

Las muchachas eran tres hermanas a cuál más diferente: Ester, la menor, que debía tener diez años, era tullida de una pierna, padecía un leve prognatismo y llevaba su pelo, más lacio que el de sus hermanas, en bucles. Luego venía Fela, que tenía unos ojos enormes y la boca negroide grande y el pelo menos lacio, con bastante de rizos negros, y que era de una picardía absolutamente precoz para sus doce años. Finalmente estaba Emilia, alta y delgada, tal vez con un toque de la tuberculosis que mataría a su madre poco tiempo después, muy seria, con sus catorce años que a mí me parecían veinte.

Fue de Ester de quien me enamoré, iniciando mi pasión por los amores imposibles, buscando la perfección en una

mujer imperfecta. Mi amor anónimo tenía tanta necesidad de expresarse que tomé a la naturaleza por testigo: en un viaje que hicimos al pueblo vecino de Cuatro Caminos, a casa de unos parientes de mi padre, me las arreglé, siguiendo seguramente alguna película que vi con Nila, romántica y aburrida, para cortar las iniciales de Ester y mías en un árbol del patio al que seguramente dejé tullido por el gran corazón circundante. No sé cómo tatué aquel emblema pues mi padre me tenía prohibidas las cuchillas: debió de ser alguna clandestina. Cuando regresé a la cuartería iba a contarle a Ester esta hazaña amorosa, pero estaba su padre, de ogro ubicuo. Luego Fela no me dejó hacerlo.

Fue después de la escuela, jugando parchís con Ester, con Fela y con Emilia, que ocurrió el primer incidente perturbador, uno de una serie que hizo deletable mi impronta. El parchís estaba en una mesa pequeña (no había en el cuarto lugar para un mueble más grande y seguramente comían sobre ella) y el juego estaba en lo más intrincado de fichas y de dados, con todas las casillas ocupadas, cuando sentí que me tocaban entre las piernas y no fue un toque casual porque el miembro buscaba mi miembro. Miré a Ester, que estaba a mi lado, luego a Emilia que estaba al otro lado: las dos muy metidas en el parchís para pensar en otro juego. Entonces miré a Fela: tenía que ser ella la del pie táctil, ya que no podía ser la madre sentada a la ventana cosiendo. Pero Fela tenía los ojos bajos, mirando al parchís. De pronto levantó la mirada y no me hizo un guiño sino que se rió sin mover los labios, sus ojos brillando audaces: era ella. No volvió a tocarme pero después me confesó que fue ella: se había quitado un zapato y con el pie desnudo me había tocado exactamente el sexo. Desde ese momento cambió mi rumbo erótico -pero no mi amor, fiel hasta la muerte o por lo menos hasta la mudada. Mi amor era de Ester, la que no entendía de juegos eróticos: ni siquiera me permitía tocar sus senos, tal vez fuera porque no existían pero estaba su pecho que no me dejaba alcanzar. Sin embargo se dejaba besar, dulcemente, con sus ojos de larguísimas pestañas cerrados, para parecer la vera imagen de la castidad. Con Fela hubo otros juegos cada vez más íntimos. No sé cómo yo encontraba lugar -y hablo no sólo de tiempo sino de espacio en la reducida cuartería, vigilada como estaba ella no sólo por su madre sino también por Emilia. Pero encontramos momento y lugar. Una de las ocasiones el juego se hizo más serio, cuando junto con Fela fui a buscar alcohol lejos de la casa, pues ya había empezado la guerra y el alcohol estaba racionado. Fela y yo avanzamos por calles lejanas, algunas cerca del Salón Regio, pero laterales a Monte, cerca de Cristina, calles oscuras, hostiles, yo temeroso de encontrarme alguna pandilla (¿pueden los sueños convertirse en pesadillas con el tiempo? En seis meses las pandillas, a una de las cuales había pertenecido, si bien brevemente, habían pasado a ser de una asociación amistosa a una amenaza. Todas parecían tener su hábitat -que era en realidad su territorio- en los suburbios y las más peligrosas eran, no sé por qué, las del barrio de Luyanó, terreno vedado para mí hasta el día que más por bravear que por necesidad, con todo el miedo del mundo, lo atravesé de parte a parte con un compañero de escuela: anticlimáticamente, no pasó absolutamente nada, sobreviviendo a la aventura no sólo sin un rasguño sino siquiera con un gesto amenazante) en las búsquedas afanosas de alcohol (que no era una poción para beber ni; padre abstemio sino combustible para cocinar: alimentaba una invención habanera llamada reverbero, que no reflejaba luz sino que producía calor: era una cocinita en miniatura, sumamente peligrosa, que se nutría de alcohol y tenía tendencia a estallar, más cóctel Molotov que hornilla: en un reverbero estuvo cocinando mi madre hasta que mi padre compró un anafe, pronunciado anafre, alimentado al carbón) siempre me acompañó Fela y tenía la costumbre de meter una de sus manos (en realidad, manitas) en uno de mis bolsillos, no refugiándola del frío sino entrometiéndola en mi intimidad, y protegidos por la oscuridad (no sé por qué esta búsqueda continua de combustible se hacía por la noche o tarde en la tarde cuando ya era oscuro, cuando tan propicio era para nosotros partir hacia la tierra del alcohol y del amor) ella me tocaba a bulto, tratando de acariciar mi pequeño pene, que ya estaba erecto -solamente meter ella su mano en mi bolsillo me producía una erección. Creo que la sola salida de la casa juntos ya era objetivo erótico. Como los viajes en busca de alcohol eran repetidos (los reverberos son como los borrachos: no sólo peligrosos sino ávidos de alcohol) tuve la mafia de abrir un hueco al fondo del bolsillo y así pudo Fela meter su manita y encontrar mi penecito. No recuerdo ninguna eyaculación pero sí recorrer las calles paralelas a Monte, desde Rastro donde estaba una de las fuentes de alcohol, hasta Cuatro Caminos (el cruce de calles no el pueblo del mismo nombre a muchos kilómetros de allí) que era una esquina no sólo peligrosa sino muy frecuentada y lo que es peor (nunca pensé antes que podía llegar a detestar. la profusión de luces en la noche habanera) muy alumbrado, recorrido que hacía en un embeleso, completamente entregado al sexo todavía incipiente pero ya poderoso, embrujante, envolvente -un halo invisible pero no menos radiante que la fosforescencia de la ciudad. La culminación de la relación con Fela (que los dos nos arreglábamos muy bien para disimular con maña de adultos) ocurrió un día que me estaba bañando en el minúsculo cuarto de baño, que tenía una ventana lateral, siempre cerrada, y abierto por arriba, con la pared de la puerta terminando por encima de ella, a una altura como de dos metros. Me estaba duchando cuando oí una voz que me llamó. Todo lo que se me ocurrió fue buscar su fuente en la ventana tapiada. La voz dijo entonces: «Aquí encima», y miré para arriba y era Fela, mirándome, riendo, precariamente sostenida al borde de la pared. No supe qué decir, acostumbrado ya hacía años a bañarme solo, resuelto a no dejarme ver desnudo. Tal vez hasta tratara de cubrirme y cubrirme de ridículo. Fela, muy contenta de su acción audaz, se reía, se reía. Luego, como colofón, me propuso que yo hiciera lo mismo cuando ella se estuviera bañando. «No me voy a tapar», me animó, pero yo nunca me atreví a imitarla, tal vez aprensivo ante su feroz padre, tal vez temeroso del cuerpo desnudo. Tengo que recordar que yo era el único muchacho en aquella cuartería. Así tal vez no resulte raro lo que ocurrió poco después, sin tener que posar de irresistible. Fela y Ester debían de estar en la escuela pero Emilia, que se ocupaba de su madre, estaba cocinando algo en la cocina. No sé por qué yo no estaba también en la escuela, pero sucedió que acerté a pasar por la cocina (no tenía nada que hacer en esa parte de la casa: nuestro cuarto quedaba lejos de la cocina: tal vez yo estuviera

buscando, como tantas otras veces, el sonido del radio del cuarto de Nila, que quedaba frente a la cocina) y de pronto me encontré dentro de la cocina, hablando con Emilia. La conversación era trivial: no teníamos mucho que decirnos, hasta le tenía cierto respeto por ser una muchacha mayor, casi una mujer, cuando de pronto me dijo: «¿Por qué te gustan Ester y Fela?», pero ahí no terminaba la pregunta sino que hizo una pausa: «¿Y no te gusto yo?». Me quedé pasmado: no supe qué decirle, qué contestarle, cómo enfrentar aquella pregunta tan directa. «¿Es porque ellas son más prietas?» Me sorprendió pero no por mucho tiempo: la explicación estaba a la vista: Emilia, al contrario de sus hermanas, salida más a su madre que a su padre, era casi blanca, y el suyo era una clase de racismo inverso que me encontraría muchas veces en el futuro: ella resentía no ser tan oscura como sus hermanas. Es verdad que habla en Cuba un culto a la mulata, sobre todo en su aspecto sexual, pero ésta era una actitud masculina. Aunque por otra parte una mujer trigueña, de piel morena y ojos negros (había una variedad: la prieta de ojos verdes que pertenecía a cierta mitología popular, cantada en muchas canciones, forma folklórica del poema) era muy admirada pero por lo regular se refería a la mujer blanca de raza y de piel oscura. Ahora me encontraba esa admiración masculina expresada por una mujer y lo hacía todo muy complicado. Emilia era una muchacha complicada, no con las complicaciones de Ester debidas a su cojera, más bien era una complejidad nutrida por la neurosis de su madre complicada por la tuberculosis, mal neurótico. Era demasiado complicado para mis doce años, aunque yo estuviera acostumbrado a las conversaciones adultas por la educación que me había dado mi madre (terminé, para horror póstumo de mi tío Matías, siendo educado por el corazón de mi madre no por el cerebro de mi padre), por las asociaciones políticas de mi padre, por los argumentos de mi tío Pepe, por las conversaciones oídas a las amigas de mi madre, reunidas en torno a ella mientras bordaba en su eterna máquina Singer. Pero era verdaderamente complicado. No supe decirle a Emilia que ella me gustaba mucho (en realidad no me gustaba: había algo de monja en ella, tan devota a su madre, tan seria) y no pude hacer nada. Emilia debió de adivinarlo porque me dijo: «Pera», que es la forma habanera de decir espera, y salió rápida de la cocina y, antes de que me pudiera dar cuenta de que me abandonó, había regresado. Después pensé que ella fue a ver a su madre, pero no tuve tiempo de pensar mucho más. Emilia de vuelta a la cocina como había salido, disparada, su cuerpo largo y flaco escurriéndose por la puerta siempre abierta (la cocina no tenía puerta sino un mero marco de acceso) y vino a mí silente. Sin decir nada me cogió por el brazo y me llevó hasta la zona libre de la pared, donde terminaba el fogón (que era en realidad una barbacoa de cemento para poner los reverberos o los anafes encima, centro de la cocina omnibus: curioso: la pobreza pueblerina era más bien individual o familiar, mientras que la pobreza urbana me había hecho conocer primero en Zulueta 408 los baños colectivos y los inodoros colectivos, y ahora en Monte 822, la cocina colectiva: puedo decir que el resto de mi adolescencia estuvo dominada por entre tantos deseos, por el anhelo de regresar a la individualidad pueblerina, no por volver al pueblo, que fue un ansia pasajera, más bien una querencia, sino por, entre otras cosas, recobrar la privacidad: puertas que cerraran excluyendo la intrusión vecina, un inodoro propio, un baño propio, una cocina propia, volver a ser particular, pero otra de las ansias, que ya formaba parte de mis deseos, me la iba a colmar Emilia ahora, siendo propicia): y en el rincón se me encimó, arrinconándome contra la pared, pegando sus labios sobre los míos en el primer beso adulto que me daban en mi vida. No abrí la boca (no sabía cómo), tampoco la abrió ella, pero no era un beso adolescente: más que una muchacha Emilia era una mujer. Pero en vez de sentir alborozo lo que sentí fue confusión. No sabía por qué estaba haciendo ella lo que hacía: todo sucedió en silencio, sin preámbulo, sin motivo. Verdad que nos veíamos a menudo, que jugábamos (junto con sus hermanas, juegos domésticos, no todavía juegos de salón pero tampoco los juegos infantiles del pueblo), que conversábamos, que convivíamos en la cuartería, pero ella siempre se mantuvo distante y fría. No era como Ester que en su infantilismo podía jugar un juego más, el juego de los noviecitos. Ni como Fela, con sus ojos pícaros y sus grandes dientes blancos presentes en su sonrisa de labios gordos, sonriendo cómplice, insinuándose siempre. Emilia era muy reservada: hasta tenía los labios finos de los reservados, heredados de su madre que se callaba hasta su enfermedad, sin permitirse nunca ser delatada por la tos. Ester y Fela tenían las bocas gordas de su padre y habían heredado su temperamento, atenuados en Ester por la niñez pero a punto de desatarse en Fela que ya casi era lo que popularmente se conocía como una mulata caliente, criatura de la mitología sexual habanera. Emilia, delgada y pálida, era tan reservada como su madre, pero ahora me estaba besando como no lo había hecho ninguna de sus hermanas. En realidad, solamente Ester me había besado, besos de niña, mientras que Fela no estaba interesada más que en mi sexo: ponerlo en erección, tocarlo, verlo. Emilia me abrazaba pero sus manos no se dirigían nunca por debajo del pecho, mostrando una pasión (no voy a ser tan vanidoso que me crea que su pasión, tan súbita, era por mí: era una pasión antigua, universal, expresada en mi dirección porque yo era el único muchacho que vivía en la cuartería, ya que la otra persona joven era mi tío el Niño y ella debía sospechar que había algo entre el Niño y Nila o tal vez lo consideraba demasiado mayor) que años después yo podía calificar de romántica. Ahora apenas atendía a lo que ella me decía entre los besos o el largo beso sostenido, hablando ella ese Esperanto del amor, el idioma que siempre espera más que expresa, sordo yo porque estaba más interesado en el beso en sí que en su literatura -en otra época podría haber dicho que atendía más a su lengua que a su lenguaje. En realidad trataba de tocarle sus senos, de bajar mi mano entre sus piernas, de acariciar las nalgas -acciones todas que ella impedía, controlando mis brazos con su abrazo, besándome, susurrando entre los besos palabras que yo no entendía. Cuando noté que pasaban los segundos con esa calidad que tienen ciertos segundos decisivos de parecer minutos y ella no se separaba de mí, comencé a preocuparme de que alguien viniera a la cocina: tal vez su callada madre entrando silenciosa. O lo que era peor, que regresara a deshora, en mala hora ahora, ese atropellado chofer errático que era su padre, peligroso. Cuando más pensaba en estas acechanzas del enemigo, debí transmitir mi temor

a Emilia -el miedo mayor que el amor- porque dejó de besarme con idéntica acción súbita a la que comenzó: se separó de mí y salió del abrazo y de la cocina como una sola sombra sólida. Yo me quedé allí, sin aliento, incapaz de moverme, absolutamente sorprendido, atónito ante el ataque (sí, había sido un ataque, una violación de besos) de Emilia. Pero también aguardaba: yo deseaba que ella volviera, esperaba que volviera, anhelaba que volviera -pero no volvió. Al cabo del rato (minutos con carga de horas por la espera) dejé la cocina y traté de buscar a Emilia por la casa pero no la encontré. (Claro que no la busqué allí donde la habría encontrado: en su cuarto, contradicciones del que se mueve entre el amor y el miedo.) Ésa fue la primera y la última vez que tuve relaciones íntimas con Emilia. Después hasta llegó a mostrarse distante, aunque ella no estuvo nunca muy cercana pero era accesible si uno se dirigía a ella. Luego, más tarde, cuando nos mudamos a Zulueta 408 de nuevo y vinieron a visitarnos las hermanas sólo lo hicieron Ester y Fela. Ester era la misma, infantil y como enfadada por su leve prognatismo -tal vez resintiera su pierna lisiada- pero Fela había cambiado: al hacerse más mujer se había hecho consciente de una falta particular y parecía como acomplejada racial. Recuerdo que cuando nos reunimos en la azotea con algunos muchachos del edificio, me dio la impresión de que temía que yo hubiera contado nuestras escapadas en busca de alcohol aparentemente pero en realidad a practicar actos furtivos, pero antes esas aventuras sexuales no sólo no le importaban sino que le gustaba que se supiesen. Llegó, no me olvido, a preguntarme una vez, sonriente, dientes grandes, boca gorda: «¿No se lo dijiste a tu tío?», pero en realidad diciendo: «¿Por qué no se lo dijiste a tu tío?». En esa visita única (no volvieron más por la casa y luego supe que su madre había muerto) no vino Emilia y más nunca la volví a ver.

Dejábamos Monte 822 (significativamente en el mes de abril aunque la significación sea absolutamente personal) para volver al primer punto, la primera parada, que era como el lugar de origen: de alguna manera estábamos destinados a Zulueta 408. Desde que salimos de aquel falansterio mi padre estuvo tratando de regresar, entre otras cosas porque estaba frente al Instituto de La Habana, donde yo debía empezar mi bachillerato, razón que siempre me pareció una excusa. A mi madre también le gustaba vivir en el centro de La Habana, aunque fuera en aquel extraño edificio, con su arquitectura depravada. (Mi amigo Silvio Rigor, conocido ya estudiando bachillerato y una de mis primeras amistades en visitar mi cuarto, lugar de residencia que mantuve oculto todo lo que pude, escondido de mis condiscípulos el hecho de que yo habitaba el solar, Silvio lo llamó la Casa de las Transfiguraciones y nunca se refirió al lugar que yo habitaba por otro nombre: con el tiempo he llegado a comprender que no tuvo nombre más apto.) Pero antes de mudarnos de Monte 822 ocurrió una irrupción mía en una conversación que mantenía Pablo el chofer con mi madre, de noche ya, en la terraza de la cuartería, donde solían reunirse a conversar los vecinos. Ya la había entreoído antes pero ahora pude oírla claramente. Pablo le advertía a mi madre con su vozarrón en susurros inútiles que más que una educación yo lo que necesitaba era que me hicieran un hombre: él estaba verdaderamente preocupado porque me había visto mucho jugando con sus niñas, tal vez demasiado para un muchacho, decididamente nada bueno para un futuro hombre. «Un varón no debe jugar con hembras», sentenció con su chorro de voz. Recuerdo que aun entonces pude preguntarme qué pasaría si este hombre temible, ogro didáctico, supiera qué juegos realmente jugaba yo con sus queridas hijas.

Aunque había venido varias veces a esta parte de La Habana, a visitar con mi madre a una vieja amiga del pueblo y su hija (su madre se vio obligada a dejar el pueblo porque había tenido relaciones con un desconocido y resultó madre siendo soltera, a su vez su hija, una belleza antigua y pálida llamada Carola, murió misteriosamente en La Habana, de tuberculosis, según supimos), a visitar a mi padrino, que era dentista y tenía un consultorio en la calle Compostela, y a acudir como una alevilla a la luz al cine Actualidades, a sus luces y sombras a veces acompañadas por la nueva música americana, ese swing. Aunque había bojeado esa isla futura nunca había vuelto por Zulueta 408, este solar, falansterio que sería trascendental en mi vida, con el que sueño todavía sueños que tienen la composición de pesadillas y al que había entrado -más bien penetrado- niño y al que dejaría ya hombre, creando a la vez que consumía mi adolescencia.

Creo que debo dar una idea del edificio ahora que estábamos instalados allí más o menos definitivamente (en un principio pensé que indefinidamente, luego creí que eternamente), cuando tuve todo el tiempo del mundo para explorarlo. Tenía (o tiene todavía: su estructura perversa parecía estar hecha para durar para siempre) tres pisos, sin planta baja, en la que había sólo un cuartico para guardar utensilios de limpieza frente a la enorme entrada. Con un primer piso que era tenebroso porque estaba sumido en una oscuridad constante, los cuartos cerrados (menos el cuarto doble de la encargada, conserje que hacía las veces de criada, portera y cancerbera, su puerta una gran reja cancel que le permitía observar con ojo ubicuo todos los movimientos del pasillo interior, al que enfrentaba, y el descanso del primer tramo de escalera), el segundo piso era donde habíamos vivido, que veía ahora (no era un regreso: en realidad nunca lo había dejado) bañado en una claridad ceniza que venía de los cuartos abiertos, la luz filtrada por las cortinas que hacían de puertas, y al fondo y arriba estaba el tercer piso, al que se subía por una escalera de madera milenaria que era también de acceso a la azotea, donde todos los vecinos tendían su ropa al sol. Los cuartos de la azotea eran solamente cinco y parecían precarios, de techo de madera, pero en el segundo piso solamente había quince cuartos, en que vivían otras tantas familias. El cuarto que mi padre había alquilado (al que habíamos sido condenados: era una celda) no tenía ventana y daba al largo pasillo interior por una puerta y por la otra a una especie de terraza degenerada, de patio interior, de placita anterior a los baños, a los inodoros y más importante, a la llamada pila (otro nombre nuevo para mí: la única pila que conocía entonces era la pila bautismal de la iglesia del pueblo), que era una llave de agua con un continente cuadrado debajo, rodeando a la pluma hasta un metro de altura por tres costados: por lo que el nombre de pila no era una mala metáfora. Detrás de la pila había un tragaluz de varios metros de

largo y de ancho, cuadrilátero que daba escasa luz a la casa de los bajos. En vez de cristal el tragaluz estaba protegido de detritus por una amplia tela metálica y el borde era una baranda cuadrangular de metro y medio de alto. El tragaluz, por supuesto, pero también la pila y los techos de inodoros y baños daban al aire libre, flanqueados por una pared que era la del edificio anejo y detrás había una abertura en semicírculo por la que se podía ver la alta tapia del teatro Payret, y si uno se empeñaba mucho, el cielo. Por ese acantilado trepó memorable un chimpancé un día: el pobre animal, maltratado por su domador entrenándolo en el patio del teatro, escaló todo el muro vertical y luego accedió a la azotea para bajar por la escalera de madera y pasearse, entre bamboleante y majestuoso, triste versión humana pero simio suficiente para crear el pánico entre las mujeres del edificio, muchas de ellas, sin embargo, bellas incapaces de sentir miedo por su virginidad en aparente peligro ante la bestia peluda. Esto fue lo que hizo recordable ese retazo de pared. Aparte de la función de los baños, que era múltiple, estaba el tragaluz gigante, siempre atractivo por peligroso, donde un muchacho audaz (y de poco peso: yo también era de poco peso entonces y habría podido emular su acto, pero nunca me atreví) corrió un día sobre las maderas traviesas del marco de la tela metálica sobre el abismo urbano. Enfrentando el tragaluz había dos cuartos y al extremo izquierdo había otro cuarto. Pero nuestro cuarto dominaba la placita porque tenía una puerta grande (esta planta del edificio era de puntal muy alto), que solamente se cerraba en los pocos días que soplaba ese viento desconocido para mí en el pueblo: el norte, que bajaba del Cariada y, aseguraban algunos, del polo, por el boquete de la corriente del Golfo, ocasionando marejadas en el Malecón y frío en esa zona de una isla tan tropical. El resto del tiempo nuestra puerta estaba abierta y por las noches había una puerta secundaria, muy parecida a la puerta vaivén de un *saloon*, precaria, que cerrábamos con un toscó pestillo. La otra puerta, la que daba al pasillo, pronto ostentó una cortina, varias cortinas' diferentes pero siempre con adornos florales. Mi madre se las arregló para pintar el cuarto de un tono lila que un día futuro, de visita Ricardo Vigón, que tenía tan buen ojo, al ver un ramo de flores artificiales (nunca supe por qué mi madre tenía tanta afición por las flores artificiales, me imagino que sería porque eran producto único de la ciudad: en el campo no crecen flores de papel), rosa contra el lila de la pared, se quedó extasiado, sus ojos abiertos a la contemplación, declarando a la combinación perfecta: «Es un matisse», fue su veredicto.

Pero no he regresado al pasado para escribir unas memorias artísticas y así debo dejar fuera las tertulias literarias que llegaron a formarse con el tiempo en la zona de la placita que nos pertenecía por contigüidad con la puerta, nuestro espacio cultural, ocupado por sucesivas reuniones: primero las reuniones de los amigos artísticos del pueblo, como Colás que tarareaba óperas completas (la cultura del pasado), luego por compañeros de mi padre en el periódico, literariamente inclinados, que tanto influyeron en mí, y mis amigos del bachillerato más tarde, intelectuales en ciernes (la cultura del futuro). Solamente quiero hablar del microcosmo de Zulueta 408, un mundo en sí, un orbe cerrado (la cultura del presente entonces). Tengo que mencionar de pasada cómo cambiarnos el mobiliario ad hoc de Monte 822 por el juego de cuarto (ineludible frase comercial habanera que designaba una suerte de tresillo compuesto de armario -llamado escaparate en La Habana-, coqueta -otra palabra habanera para designar una suerte de consola-tocador que mi madre acogió encantada, ya que como mujer política era muy emancipada y eso significaba en el pueblo la audacia de pintarse el pelo, untarse colorete y usar creyón de labios y una cama camera). No recuerdo si el juego de cuarto fue adquirido (sí estoy seguro de que fue comprado a plazos) inmediatamente después de la mudada o a los pocos meses de haber regresado a lo que se definía como nuestra meta, fin que era un eterno comienzo. Si recuerdo que la tosca mesa improvisada por el anónimo carpintero negro, hecha en silencio, desapareció en la mudada como un objeto perdido en la cuarta dimensión de la memoria -pero no iba a disiparse así nuestra pobreza, marcada ahora por la oscuridad donde antes siempre hubo luz. Como en una prisión el único bombillo de nuestra celda se apagaba a las diez de la noche: la corriente eléctrica era gratis en el solar que anunciaba mendazmente que era posible obtener allí cuartos gratis, pero las luces se encendían variables al anochecer y se apagaban incoerciblemente a las diez. Tardaron muchos años en que pudiéramos disfrutar la posesión de ese mágico difusor de cultura popular, llamado por un locutor «fuente de solaz y esparcimiento», que era un aparato de radio. Mientras tanto, como en el orden de esta narración, me iba a contentar con la cultura del medio: la frecuentación de los vecinos, el establecimiento de grados diversos de intimidad, superando mi timidez, el conocimiento de aquel laberinto habitado -Zulueta 408, hábitat y destino. Che Sarrá, Sarrá.

La primera persona que conocí fue inevitablemente el vecino más próximo, en este caso la vecina de al lado. Se llamaba Isabel Escribá, quien sin el acento cumplía en su apellido mi futura condena. Es muy probable que Isabel Escribá descendiera de catalanes (muchos cubanos llevan nombres catalanes) pero tenía las suficientes gotas de sangre negra en sus venas para que su piel tuviera ese color yodado que yo asocio con ciertas bellezas jóvenes que van mucho a la playa o tienen la misma mezcla negra y que no he visto en su plenitud más que en muchas muchachas cubanas entonces y décadas después en varias bellezas brasileñas. Para mi Isabel Escribá era casi una anciana (debía de tener unos 45 años) vista desde mis doce, casi trece, años, pero hoy sé que había en su compañía la promesa retrospectiva de una mujer que fue muy bella, que sin duda gozó su plenitud y, lo que es más importante, fue muy gozada. Ella dejaba saber, con el legítimo orgullo de una esposa, que habla sido la querida (es decir la amante oficial) de Domingo Rosillo y lo hacía con la seguridad de que todos sabíamos quién era Domingo Rosillo. Yo, por supuesto, no tenía ni idea. Debí de ser mi padre quien me adelantó la información de que Domingo Rosillo, entonces un hombre «ya mayor», era héroe y pionero de la aviación cubana: había atravesado, volando solo, el estrecho de la Florida en 1913. Luego supe que Rosillo había estudiado aviación en Francia, cuando nadie lo hacía en América, y que su vuelo de sólo noventa millas pero plagado de peligrosas corrientes de aire, había sido un acto heroico, una hazaña.

Por la época en que conocí a Isabel Escribá, Rosillo era un antiguo amante, ella tal vez en su recuerdo (el de Rosillo) sólo una medalla más. Isabel Escribá (a quien comencé por llamar, siguiendo la costumbre del pueblo, doña Isabel, para su contrariedad: ella me prohibió tajante un día que la siguiera llamando doña) es importante para mí no sólo porque me sentía atraído por los restos de su belleza, algo similar a contemplar ruinas, sino porque conocía a una verdadera querida. Había oído hablar a mi madre de las queridas (que se diferenciaban de las mujeres del pueblo que tenían amantes en que eran meras mantenidas), recogiendo la información al vuelo indiscreto mientras hacía como que jugaba o más tarde pretendiendo estudiar, en sus conversaciones alrededor de la máquina de coser con sus amigas. También Isabel Escribá me proporcionó el acceso a una fuente de conocimiento: las revistas americanas. Ella tenía entonces (mejor debía decir todavía) un amigo que la visitaba, tal vez un amante, aunque a mí se me antojaba que era un eterno aspirante, un enamorado bobo, un novio perpetuo, que trabajaba de camarero en el hotel Plaza, entonces un obligado paradero de turistas americanos. Como regalo, el visitante de Isabel Escribá le traía las revistas que dejaban olvidadas los huéspedes en las habitaciones. Ya yo había conocido en el periódico *Hoy* la revista *Life*, que era como una película fija, pero a través de Isabel Escribá, que me regalaba las revistas después, conocí *Saturday Evening Post*, *Look*, *Collier's*, *Pageant* y *Coronet*. Entre estas revistas, años después, encontré mi primera bañista en bikini, asalto visual que se convirtió en motivo amoroso, en objeto erótico y estímulo de incontables masturbaciones. La beldad más extraña que la fricción: una muchacha morena (la fotografía no era en colores y para mis propósitos preferí que ella no tuviera los ojos azules), sentada en una suerte de barra, las dos piezas de baño dejando ver el ombligo surgiendo entre la separación como el botón prohibido que era, la pieza inferior haciendo los muslos más largos, incrustada la tela en el sexo al tiempo que lo desvelaba, la pieza superior aplastando un poco los senos para sobresalir las medias mamas visibles por sobre las breves tiras negras, ella sonriendo, satisfecha de mostrar su cuerpo espléndido, deleitada, deleitable, yo contento de poder escrutar toda esa carne detenida, de mirarla una y otra vez, de tenerla siempre al alcance de una mano. Hablé de bellezas y de frotas pero cuando Isabel Escribá comenzó a regalarme revistas que tratan fotos de mujeres fáciles a la vista (olvidé mencionar la revista más reveladora: *Esquire* y sus mujeres dibujadas por Vargas, para vergas) yo no sabía nada de masturbaciones: lo iba a aprender todo ese verano en mi pueblo sin embargo. Fue la ida de vacaciones fuera de La Habana lo que me impidió continuar mi conocimiento de Zulueta 408. Empezaría ese estudio a mi regreso, ya de una manera aplicada. Me tomaría tiempo: el infierno y el paraíso no se conocen en un día.

No recuerdo cuál de mis amigos en el pueblo -no creo que fuera Nano- me instruyó en el arte de la masturbación, que es por lo demás simple en sus principios: las complicaciones vienen después, una suerte de maña barroca del estímulo sexual. No fue ninguno de mis discípulos pues al salir del pueblo había dejado detrás la escuela, los maestros siempre deferentes (nunca supe si tenía que ver esta deferencia con mi padre, con su tío, por el tío de mi madre o era una deferencia académica), los compañeros de clase. ¿Fue alguno de mis amigos del barrio el instructor torpe? Tal vez Langue, quien con su nombre exótico y su pelo rubio blanco era una encarnación del mal sexual en la barriada. Pero Langue me llevaba dos años y era dudoso que condescendiera a reunirse conmigo siquiera. Creo significativa esta falla en mi memoria. ¿Por qué no recuerdo a mi iniciador en el placer solitario, que debió ser importante por la importancia que adquirió en mi vida la masturbación? No hubo -estoy seguro- masturbaciones colectivas, tampoco masturbaciones mutuas, mucho menos que me dejara masturbar por un tercero: no digo segundo porque mi segundo es mi miembro: la masturbación fue siempre un asunto entre mi pene y yo -socio sucio-, bien privado, y alguien más sería un tercero en discordia. Fue años después, muchos, que me masturbé acostado mientras ella a mi lado se masturbaba también.

Durante años la masturbación precedía, como un ritual, al baño -ola hacía en el baño sin bañarme o en el inodoro o, al principio en el pueblo, en el excusado mismo en que mi abuela me sorprendió con mi prima de ojos verdes cinco años atrás, precoz, casi obsceno. Pero ahora efectuaba mis primeros experimentos en la manipulación de mi pene. Mi iniciador me había dado instrucciones breves pero precisas: con una mano, se mueve así, adelante y atrás, varias veces y ya está: te vienes. No tardé en comprobar por la experiencia cuánto tardaba en lograr la eyaculación, que debió ser exigua esas primeras veces. Ese verano revelador me encontré de nuevo con *El satiricón*, que vino a ser mi primer auxiliar literario a la masturbación. Recuerdo cómo el libro me pareció cambiado ahora, más rico, olvidados los pasajes retóricos en la búsqueda de literatura erótica. El tomo tuvo que quedarse en el pueblo cuando regresé a La Habana, pero serla rescatado por mi padre nada menos al año siguiente, junto con todos sus libros. Sin embargo no se volvieron a reunir la literatura erótica y la experiencia en *El satiricón*, al descubrir en La Habana otros estimulantes escritos pero nada literarios que eran en extremo eficaces en el auxilio a la masturbación, aunque estaba también la masturbación por la masturbación, yo encerrado en mi pene de marfil, art for art's sake de masturbarme, y los estímulos vivos que encontré en Zulueta 408, que era una colmena sexual.

Al lado de Isabel Escribá, pegada al baño, vivía tina familia compuesta por Gerardito -el barbero del barrio, que tenía la barbería en los bajos, justo al lado de la gran puerta de entrada-, Dominica, su mujer, su hermana Leonor (que uno o dos años después iba a morir súbitamente atropellada por un tranvía, pocas semanas antes de su boda: los elementos de un melodrama compondrían una verdadera tragedia familiar: ella además era una belleza andaluza y no se merecía morir), y la hija del matrimonio, Elsitita, que era gorda y enana y a la que tuve que sacarle no recuerdo cuántos dientes de leche. El matrimonio, cuando se mudó Isabel Escribá (doña Isabel fue la primera persona que pudo abandonar el falansterio por un apartamento decente, haciéndome concebir la esperanza de que era posible salir de Zulueta 408, pero antes de mudarse no sólo me introdujo al mundo gráfico de las revistas americanas profundas, sino

porque conocía al portero del paraíso del Radiocine -tal vez uno de sus viejos admiradores- me hizo entrar gratis al cine muchas veces: así lamenté doblemente su mudada), pasaron a ocupar su cuarto. El cuarto que ellos dejaron lo alquiló Rosendo Rey, un español muy serio, que llevaba siempre un sombrero blanco que mi madre me informó que no era de jipijapa legítima (lo que lo hizo un falso peligroso) pero que un día iba a producir una revelación escandalosa.

Dominica, al revés de su hermana difunta, era una mujer fea: tenía una cara dura, de grandes quijadas macizas, labios finos, ojos pelados y cejas que se juntaban y era bastante velluda. Parecía una gallega, nada andaluza como su hermana, pero tenía unas tetas enormes que no dejaban de impresionarme entonces. Después, con el tiempo y el conocimiento, me haría un experto en tetas y llegaría a apreciar mucho las tetas pequeñas, las teticas, los senos casi ausentes -como los de Elsita, aunque nunca me pasó por la cabeza la idea o por el cuerpo el menor deseo por aquella niña llena de dientes de leche flojos, siempre empañada en que yo fuera quien se los sacara. «Debieras estudiar para dentista», me decía Dominica después de cada extracción sin dolor como si ésa fuera una perspectiva luminosa. Dominica solía hablar mucho conmigo, tal vez compelida por su soledad: Elsita en la escuela, Gerardito cortando pelo abajo, su hermana muerta. Creo que fue ella la primera persona en que advertí la soledad en el solar, donde la vida era tan promiscua, tan atiborrada, tan poco propicia a sentirse solo. Ella no me oía leer de corrido o conversaba como hacía Isabel Escribá, aun después del día en que le hablé de un artículo que leí en la revista *Bohemia*, donde decían que Hitler era antisemita porque era medio judío: «Odio característico de todos los mestizos a su taza». Isabel me miró, suspiró y dijo: «Si tú supieras la verdad», y no dijo más, pero me indicó con su expresión, con su mirada, con su voz triste que yo acababa de herirla profundamente. Fue solamente años después que vine a darme cuenta de mi lamentable error racial. Dominica no tenía la piel color de yodo y solía conversar no de aviones y pilotos audaces sino de temas cotidianos que me aburrían hasta el bostezo, pero con Isabel Escribá, aviatrix (la primera vez que oí esta palabra creí que señalaba a la mujer de un aviador), había comenzado a interesarme en las mujeres mayores: era un interés decididamente sexual. Tenía, claro, mis ojos puestos en muchachas de mi edad, como la visión convertida en pasión distante y nunca, ay, correspondida por Gloria Graña, aliterativa y altanera, bajo cuyo balcón fui un Romeo diurno y remoto y jamás llamado por mi nombre en nombre del amor. Dominica, con su cabeza grande y sus grandes dientes, no podía ser una pasión pero sí era un interés. Comencé a sospechar que ella estaba algo más que entretenida en la conversación cuando un día interrumpió su charla, hasta entonces animada, porque llegó Elsita. Otro día (mi visita debió de tener lugar por la mañana) se volvió muy agitada ante el regreso imprevisto de Gerardito. No fue hasta años más tarde que adopté la costumbre de imaginarme el acto sexual posible, imposible de matrimonios, de gente sola y hasta de solteros, de amigos y de conocidos y aun de completos desconocidos, y ahora pienso que el coito de Gerardito debió de ser espectacular: tan grande, tan gordo, respirando siempre por la boca -por un mal nasal que le acarrearía la muerte: murió repentinamente y cuando le hicieron la autopsia le encontraron una enorme bola peluda que le obstruía el estómago: los pelos los habla absorbido de sus clientes, respirando por la boca mientras los pelaba-, colorado por hipertenso, debía de soplar como una ballena y moverse con gran dificultad, arriba y abajo, aplastando casi a Dominica, este leviatán lúbrico.

Pasó el tiempo y mis visitas se hicieron espaciadas: yo no le dedicaba toda mi atención a Dominica: la constancia no está entre mis virtudes, al menos en lo que respecta al amor. Pero visitaba a Dominica de tarde en tarde y era mi costumbre (aprendida en Zulueta 408, esa universidad) entrar en su cuarto a cualquier hora -siempre que no estuviera Elsita con algún diente de leche flojo o Gerardito ocupando con su corpulencia todo el espacio del cuarto, extendiéndose hacia la terracita, expandiéndose por el solar que era como decir el universo. Esa vez levanté la cortina y entré y sorprendí a Dominica en refajo. Eran todavía los tiempos gloriosos de esa prenda nunca elogiada bastante por los cantores de la figura femenina medio vestida. Dominica no hizo ningún movimiento para completar su vestimenta con una blusa siquiera o por cubrirse con una toalla: simplemente se quedó allí sentada junto a la ventana, que haciendo pendant con la puerta también estaba cubierta por una cortina. No bien la vi mi turbación se convirtió en conversación: ésa ha sido una de las características de mi timidez y así, siendo por naturaleza parco, el ser tímido me ha transformado en gárrulo. No recuerdo de lo que hablé: sólo recuerdo que Dominica me contestaba, pero ni en ella ni en mí había lugar para la conversación: era sólo un retazo, como la cortina, con que enmascaraba la situación. Me había quedado en el mismo sitio que había ocupado de entrada: al ver a Dominica en refajo avancé hasta la mitad del cuarto, que no era muy grande pero cuyas mitades estaban en relación con sus proporciones: por mucho espacio que hubiera ocupado en mi primer avance, todavía me quedaba la mitad por alcanzar, como un Napoleón en una campaña de Rusia erótica, Dominica sentada junto a la ventana, evidentemente acabada de bañar, aún a medio vestir, esperando aparentemente. No me pasó por la mente que me esperaba a mí sino que esperaba a Elsita o a Gerardito, aunque yo sabía que a las tres de la tarde era dudoso que alguno de los dos pudiera regresar y aun si fuera así -¿por qué esperar hija o marido en refajo renuente, más cerca de desnudarse que vestirse? Pero, pregunta sin respuesta, ¿por qué esperarme a mí, visita ahora ocasional, una mujer madura esperando a un muchacho, un adolescente apenas, para una entrevista dudosa? Hablamos (es decir, empecé a hablar yo) y mientras hablaba veía cómo su bozo se cubría de sudor a pesar del baño reciente, siempre ella de perfil, contestando a mis preguntas y haciendo ocasionalmente preguntas que yo debía contestar a mi vez, preguntas y respuestas que no tenían nada que ver con lo que de veras iba a pasar. Yo imaginaba un brazo más largo que el mío -de hecho monstruosamente extendido-, con una mano audaz que llegara hasta el borde del refajo, rijoso, y acariciara sus senos suavemente. No me detenía su fealdad (aunque aun de perfil era posible notar la frente estrecha, los arcos superciliares botados, la nariz con punta de bola y la gran distancia que había entre ésta y el labio superior, que formaba junto con el inferior más belfo que boca: pero

todo esto estaba borrado por la promesa de los senos y, lo que es más importante, del sexo) sino el respeto a mis mayores. ¿Y si yo la tocara y ella se escandalizara? ¿O no se aspavientara sino simplemente se lo dijera a mi madre y fuera mi madre la autora del escándalo? ¿O si me echara del cuarto y de su vida? Pero si esas consideraciones sociales detentan mi mano corta no disminuían mi pene que había estado creciendo por su parte todo este tiempo digresivo y ahora levantaba agresivo el pantalón, tanto que la entrada súbita de Gerardito, una rápida mirada suya (en mi imaginación culpable esa mirada sólo podría dirigirse a un sitio, localizado en mi anatomía vestida pero denunciando, anunciando la desnudez) revelaría lo que estaba pasando, o peor: lo que iba a pasar, aun si no notaba que su mujer se hallaba en refajo (yo soñaba despierto que tampoco tenía pantaloncitos debajo, que estaba desnuda excepto por esta pieza que hacía la desnudez parcial más excitante, que ella estaba vestida así a propósito y hasta llegaba en mi fantasía a pensar que ella me había convocado expresamente), que había entre los dos una tensión, una corriente indudablemente sexual. Dominica dejó de hablar y en ese mismo momento yo me callé y, por supuesto, no quedó entre los dos más que un silencio más embarazado que embarazoso por entre el que se podía oír el rumor licencioso de mi pene, compeliéndome, impeliéndome: no faltaba más que actuar. Creo que moví un pie. No estoy seguro. Me movía entre la imaginación del futuro mediato y el presente inmediato, tiempos que abolían el espacio. En ese momento Dominica dejó de estar de perfil, dominando su lugar, y se volvió hacia mí. Me miró y debió notar mi turgencia: yo suponía que era tan visible para todo el mundo (y todo el mundo era entonces Dominica) como para mí: yo lo sentía empujando la doble tela tropical del calzoncillo y del pantalón, mi pene pujante: para mí un apéndice enorme, tan evidente en ese momento como un obelisco en una plaza, mi monumento. Dominica me estaba mirando en silencio pero no puedo decir si me miraba a mí o a mi pene, aunque los dos éramos uno. Al cabo dijo, con voz que era asombrosamente dulce aunque poco cultivada: «Creo que es mejor que te vayas».

Yo la oí pero no quería creer lo que acababa de oír: esta mujer que había estado conmigo encerrada (las cortinas eran telones que no dejaban ver la escena ni los actores: todo sucedía entretelones en el solar), semidesnuda, intimando, excitándome con su desnudez (o con la promesa de desnudez total que era estar parcialmente vestida), pero también con su conversación (el hecho de que hablara sobre nada, naderías, mientras permanecía impasible en refajo era una forma de excitación verbal), que había hecho crecer mi pene de la casi inexistencia -¿no hay un dicho que dice que lo que no se ve no existe?- hasta ser una presencia que podía conectarnos a los dos, asumía de pronto el papel de ama de casa decente, su cuarto un teatro, y me mandaba a salir, me despedía, me alejaba. No podía entenderlo. Luego llegué a decirme que ella debía sentirse halagada de que con su fealdad y con sus años (aunque realmente tendría alrededor de treinta) lograra no sólo interesarme sino excitarme hasta la indiscreción. Pero hoy teniendo a pensar que la decente Dominica hizo lo correcto.

Muchos años después descubrí un cuadro de un pintor desconocido para mí en Cuba, Quintín Matsys, absolutamente ignorado -por mí: yo ignorante, a pesar de haberme interesado por la pintura desde muchacho-, su retrato *La duquesa fea*, imagen de Margaretha Maultasch, que se supone fuera la mujer más fea de su tiempo y mientras mi mujer declaraba: «No he conocido a nadie tan feo», pensé automáticamente en Dominica, dudosa duquesa pero francamente fea y dando un doble salto vertiginoso de años y de lugar, de un rico museo belga al falansterio de La Habana Vieja, de 1963 a tal vez 1943, dije: «Pues yo sí». Desterró mi obscena presencia entonces con voz dulce pero decisiva -después de todo yo pude haberme equivocado del todo y haber tomado por interés sexual lo que era un mero gesto social. Lo cierto es que confundido abandoné ciertamente el cuarto, no temiendo ya a la irrupción de Gerardito, imponente, corriendo, bufando, pujando para conservar el honor de su esposa, ni a la denuncia a mi madre ni a la llegada de Elsitita a destiempo, a tiempo para ver mi tienda de campaña y preguntar: «¿Qué es esa cosa?», y descubrir el sexo justamente cuando le salían los dientes de hueso, su sacamuelas de leche también descubridor de la pubertad en su verdadero sentido: cuando se es capaz de concebir: impúber, púber a través de mi pudenda: muestra del miembro que alimentaría su futura envidia del pene: asta y pavés que se había desplegado ante Dominica con la presteza, si no con la destreza de un adulto adúltero.

Me fui para no entrar más a aquel cuarto que me había despertado el deseo (recordado, imaginario) por dos mujeres entradas en años, una que podía haber sido mi abuela, la otra que bien pudo ser mi madre. Pero si cuando con Isabel Escribá yo sentía una forma vicaria del deseo, pensando retroactivo en lo deseable que debía haber sido cuando joven (aun con su leve estrabismo que quiero descubrir más que revelar ahora, ya tarde), la otra, a pesar de su fealdad feroz, llegó a despertar un verdadero deseo actual. No volví a su cuarto aunque más de una vez ella me hiciera sentir bienvenido y tuviera que sacar otro diente de leche a la siempre repelente Elsitita, que parecía producir dientes flojos a una velocidad superior a mi capacidad para extraerlos, Dominica interviniendo para coger el diente todavía sangrante y guardarlo, conservándolo como un tesoro, al tiempo que exclamaba su frase favorita, mis honorarios: «De veras que deberías estudiar para dentista».

Mi atención se dirigió, como mis pasos, al tercer cuarto que daba a la placita, a la izquierda, hacia un lado. No recuerdo quién vivió en él antes de que se mudaran Zenaida y su familia fértil. Además de sus padres vivían varios hermanos y hermanas allí pero Zenaida era la mayor, la memorable. De una muchacha indiferente devino en días una mujer de rara belleza: blanca, con el pelo castaño rojizo y los ojos violeta, un color de ojos extraño en La Habana, y precedió en sus rasgos a la popularización de la imagen de una estrella de cine europea captada por Hollywood y su máquina de mentiras maravillosas y rebautizada con su medio nombre italiano, Valli. Esta estrella en su declinar -de su fama de actriz, no como mujer: nunca la vi más bella que cuando la conocí fue a caer en México. Allá, en un night-club de moda donde cantaba boleros roncós una cantante india, me la presentó un productor mexicano años

después y yo, que nunca supe dar un paso de baile, impulsado por el alcohol y el entusiasmo, salí a bailar con la Valli y pude estrechar su carne deseable, aunque no tanto como cuando era sombras y nombre, y traté, the dancing fool, de levantarla, ignorante de que sentado en nuestra misma mesa a media luz estaba, silencioso espectador, su marido secreto, un anónimo fotógrafo americano: se habían casado a escondidas para preservar su status de estrella. Cuando supe que eran un matrimonio incógnito se dobló mi vergüenza, por el fiasco al haber intentado conquistar a la actriz y la presencia de su esposo escondido. Me sentí como Joseph Cotten, pero me absuelve de la doble culpa el amor triple: a la estrella de cine, a la mujer verdadera y al recuerdo de Zenaida.

Ella, mayor que yo, nunca me miró más que como un muchacho vecino y luego se casó con Bautista López, primo de mi padre, que la conoció al visitarnos y que era notable porque aunque era bastante joven estaba blanco en canas. Mi madre decía que Bautista era muy bien parecido, que las canas lo hacían interesante: «Parece platinado». Lo mismo debió de pensar Zenaida pues se hicieron novios enseguida.

Sin embargo, como a la Vajji que era su doble, tuve a Zenaida en mis brazos una vez, aunque no gracias al alcohol y a las sombras sino resultado de una broma imbécil y peligrosa y, ¿hay que decirlo?, adolescente. Zenaida decía siempre que le tenía miedo mortal a los ratones y nadie quería creer el tamaño de su horror que era una convención cómica del eterno femenino. Un día juntamente con el Chino (uno de los muchachos que vivían en el solar) y otro muchacho más (no recuerdo quién: tal vez fuera Cuco) le preparamos una sorpresa culinaria a Zenaida. La invitamos a comer al cuarto del Chino, que daba a la calle (el mismo cuarto de olor exótico que vinimos a parar a nuestra llegada a La Habana, heredado ahora por la familia del Chino que eran parientes de los antiguos inquilinos), la hicimos salir al balcón antes de la comida y el Chino se apareció con un plato cubierto con otro y diciendo «Zenaida, mira -vivito y coleando» levantó el plato superior para descubrir en el otro plato un ratón muerto. Al verlo Zenaida dio un grito y por poco la broma termina mal, pues en su pánico ella intentó saltar del balcón a la calle. Fui yo quien tuvo la doble suerte de atraparla: a la vez evité su muerte y la tuve en mis brazos viva, un momento nada más pero el tiempo suficiente para sentir su cuerpo tembloroso, no por mi abrazo sino por el animal muerto, no por amor sino por horror incoercible a los ratones, su miedo no menos impulsivo que mi deseo. Zenaida me perdonó mi participación en la broma pero yo no olvidé mi parte. Después sólo me consolaba de la envidia por Bautista saber que yo también había estrechado las carnes de Zenaida, semejantes a las de la actriz italiana, pero más jóvenes, más tiernas aunque no menos renuentes las dos a mi abrazo, ambas un mismo mito.

Antes de recorrer recordándolo el largo pasillo central, que es más largo ahora en la memoria, y volver a entrar en los cuartos que frecuenté durante los ocho años adolescentes (en realidad mi adolescencia se extendería más allá de la adultez, durando duradera), quiero contar mi encuentro con el mal y el placer hechos una misma carne: el mal para otros, el placer también para otros, pero para mí un encuentro memorable. Ocurrió al regreso del verano en el pueblo, todavía era verano porque yo no estaba yendo a la escuela y ese septiembre fue que empecé de oyente en el Instituto. En mi ausencia mi madre había hecho amistad con una muchacha que nadie trataba en el piso porque era puta. Había otra puta en el solar pero ésta era lo que luego conocería como puta de postín, que tenía un cuarto alquilado pero no vivía en él, sólo lo visitaba. Pero Etelvina (éste era el nombre de la muchacha) era lo que se llamaba una fletera, una puta que hacía la calle, nombre y frase aprendidos en La Habana. Solamente mi madre, con su terrible tolerancia, rompió el cerco social a que tenían sometida a Etelvina. Cuando dije que Etelvina era una muchacha no era una aproximación y debía haber dicho su edad: Etelvina Marqués no tenía más de catorce años y le había confesado a mi madre que hacía dos años que era puta. Se habla escapado a esa edad de casa de su madre en Camagüey y había venido a parar en La Habana. Ella era sobrina del senador Marqués, notorio años atrás por haber sido asesinado en condiciones misteriosas que no descartaban el crimen político. Etelvina había contado a mi madre quién era, qué edad tenía en realidad y cómo se había fugado de su casa.

Al revés de muchas putas, Etelvina no tenía chulo y era en extremo independiente. Era una muchacha alta, rubia (teñida de rubio, con ese color rubio característico del pelo oscuro oxigenado, no rubio albino ni color miel sino un tono intermedio pero definido, como rubio quemado), bonita y bastante feliz, tanto que justificaba la frase mujer alegre. Era, además, asombrosamente adulta, tanto que nadie adivinaría que tenía catorce años si ella no lo declaraba -lo que sin duda le había permitido escapar a la ley de corrupción de menores. Mi madre, tal vez para demostrar que no temía a la lepra social de Etelvina, se había adjudicado la labor de cuco de despertarla por las mañanas: ella que se levantaba temprano (mejor dicho, que no dormía: toda su vida fue una insomne), se encargaba de que Etelvina no durmiera después de las once.

A mi regreso del pueblo mi madre me confió esta tediosa tarea: yo debía despertar a Etelvina todos los días tocándole fuerte en la puerta hasta que ella declarara que estaba despierta. Pero de ninguna manera debía yo entrar en su cuarto: me advirtió que Etelvina, aunque una buena muchacha, podía tener enfermedades malas, que era el término general para todas las gonorreas, blenorragias y sífilis de la mujer mundana. Es más, la frase enfermedad de mujer mala fue la que empleó mi madre, a pesar de su liberalismo. También me dejó saber con palabras veladas que en el cuarto de Etelvina se concentraba todo el mal de La Habana. (En el pueblo, curiosamente, aunque era grande no había más que una puta, también escandalosamente rubia, Gloria Cupertino: tan contagiosa que la sola mención de su espléndido nombre era capaz de infectarte.) Desperté a Etelvina muchas veces, tocando a su puerta no como un cuco sino un pájaro carpintero. Pero un día fui a despertarla y toqué a la puerta, una, varias veces y nadie respondió. Volví a tocar una vez más y vi que la puerta, como en las películas de misterio, estaba entreabierta. Pensé que algo le había pasado a ella durante la noche que había dejado la puerta abierta. (Aunque a veces, en el verano, nosotros

dormíamos con una puerta abierta, solamente protegidos por la cortina constante, pero Etelvina no tenía telón de boca.) Empujé la puerta y se abrió más, se abrió toda y desde allí, detenido por el marco, pude ver el cuarto completo; pero ni siquiera lo miré: sólo tuve ojos para Etelvina: estaba acostada en la cama, bocabajo, totalmente desnuda. No sé qué me conminó a entrar, si la curiosidad incierta o definitivamente el deseo. Fui hasta la cama y toqué su cuerpo (por un hombro) porque entonces, mi mente morbosa, se me ocurrió que estaba muerta, tal vez aniquilada por el mal de mujer mala. Al tocarlo sentí su hombro tibio (cálido casi: estaba vivo: desde la muerte de mi hermanita, años antes, había aprendido que los cuerpos muertos, pecadores o inocentes, están todos fríos) y ahora la sacudí por el hombro. Etelvina se despertó, dándose vuelta lentamente: al verme me sonrió. «Vine a despertarte», le dije. Ella bostezó: al revés de los dientes míos, de los de mi familia, tenía una dentadura completa y sana: el mal no la había atacado por la boca. «Es que anoche», me explico entre bostezos, acción que yo había aprendido que era de pésima educación y ella era sobrina de un senador, aunque difunto: tal vez la calle la había contagiado no sólo del mal sino de malas maneras, «me acosté muy tarde». Entonces reparé que todo este tiempo había permanecido desnuda, sin hacer el menor gesto para cubrirse, yo viendo vagina velluda: la primera que veía en mi vida. Enseñaba sus tetas que me parecieron enormes: las únicas que había visto desnudas hasta ahora, las de mi madre, ojeadas subrepticamente, no eran la tercera parte de grandes que las tetas de Etelvina y no era una mujer sino una mera muchacha. «Siéntate», me dijo, haciendo un lado para mí en la cama y yo la obedecí más rápido que si lo hubiera hecho de intento, impelido como siempre por mi timidez. (Debo intercalar aquí que tuve cuidado, al ver a Etelvina desnuda en la cama, de cerrar la puerta a mis espaldas: tal vez lo hice para que no la vieran desnuda desde el pasillo, tal vez fue otra acción de la timidez, pero nunca tuve la intención de crear una intimidad: Etelvina era para mí el mal y además estaba muerta, ¿recuerdan?) Me olvido de qué habló y tal vez no habló de nada más que de lo que habló y habló, ¿de qué otra cosa?, de sexo: era una criatura sexual: selección natural. Recuerdo con los ojos pícaros que me miró al hablar (tenía los ojos maquillados con lo que todavía se llamaba maybelline: el rímmel actual, la máscara americana, pero no tenía los labios pintados: tal vez se los hubiera borrado el sueño -o alguien antes), su voz sugerente: «Qué», me dijo de pronto, «¿no te haces todavía tu pajita?». Yo pretendí que no entendía de lo que hablaba: no podía decirle que yo sí sabía lo que era la masturbación, un arte que había aprendido hacía poco, pero al revés de otras artes la había aprendido bien. Claro que hubiera preferido haberla estudiado con Etelvina que con mi anónimo informante: era mucho más agradable que toda aquella carne desnuda que veía desparramada por la cama hubiera sido mi instructora y no Nano, el muchacho del pueblo, pobre iniciador. Pero no le dije nada a ella: no hablé de si sabía o no sabía: me quedé callado. «¿No sabes cómo se hace?», me preguntó Etelvina y se sentó en la cama, sus senos que antes caían a los lados del cuerpo ahora se irguieron con ella y se veían como duros domos dorados. «Es muy fácil», continuó. «La sacas de ahí», señalando para mi portañuela que estaba lisa como flácido seguía mi pene: atemorizado, replegado, reducido por el miedo a tanta carne próxima, «y te sacudes la pichita y te vienes». Por un momento temí -pero también deseé- que ella fuera a hacerme una demostración allí mismo. *Quod Eros demonstrandum*. Pero no la llevó a cabo: se quedó sentada en la cama, las piernas recogidas entre sus brazos, el sexo casi abierto o tal vez abierto pero no bien visto con mis ojos tímidos. «Pero tienes que hacértela tú solo», advirtió, «si no, no es una paja». Ahora me atacó el temor de que se apareciera mi madre: yo llevaba demasiado tiempo en la tarea de despertar a Etelvina cuando bastaban tres toques, pero no tenía ninguna gana de dejar el cuarto, no por mi propio modo. Etelvina era la primera mujer que veía verdaderamente desnuda (cuando vi desnuda a mi prima ella era una niña y para colmo creo que sólo se subió la saya, y las tres mulaticas amorosas nunca se desnudaron para mí: una de ellas lo hizo en el baño pero no tuvo valor para salvar la barrera de pudor que era la pared protectora y mirarla ducharse) y aunque había encontrado a Etelvina desnuda (no es lo mismo ver desnudarse a una mujer que verla ya desnuda) no dejaba de ser excitante, aun por encima de mi timidez, de mi miedo, de mi aprensión a la próxima llegada de mi madre que era entonces (con respecto a Etelvina) la policía del sexo, me emocionaba hasta alcanzar a oír los golpes de mi corazón delator ver aquella muchacha de tetas grandes (para mí grandiosas), con caderas de mujer ya, con su sonrisa tan pícaro como su mirada, hablando impúdica de pichas, de pajas y de venidas como si hablara de flores desnuda en un jardín.

No sé cómo salí del cuarto, cómo pude irme del recinto de aquella develación, cómo pude abandonar tanta delicia y dejar a Etelvina dorada desnuda, mirándome con sus ojos lúbricos, sonriendo con sus labios pudendos (aun sus grandes labios debieron sonreír entonces aunque yo no sabía localizarlos), alejarme de esta puta púber y alegre. No fue la única puta contenta que encontré en mi vida: años después, trabajando en Carteles, que estaba junto a uno de los barrios de burdeles de La Habana, en su mismo borde, dando fácil acceso -anexo, diría Silvio Rigor por esa época- a los bayús, conocí putas gayas. No sé por qué mi literatura no lo reconoció así: tal vez era derivada, dependía demasiado de la noción errónea, aprendida en los libros, Zola Vayas, de que todas las putas son infelices. No me tocó en suerte despertar más a Etelvina. Quizá mi madre notó mi demora ese día o vio en mi cara que me había tuteado con el mal. No lo sé, pero el hecho cierto es que no volví a ver toda esa espléndida carne joven, desnuda y fácil. Al poco tiempo ella se mudó del solar y cuando la vi fue siempre de lejos. Un día, una tarde, atravesó los jardines del Instituto, dorando al sol como Melisa sus cabellos y con los fragmentos desnudos que ofrecía al mirón -brazos, piernas, cuello- compuse su cuerpo corito. Otro día estaba ella en la calle comprando canisteles que copiaban su color en el puesto de frutas de la esquina de Teniente Rey. No creo que ella me vio tampoco esta vez: estaba tan linda como siempre aunque me asombró que estuviera levantada tan temprano: eran las once de la mañana.

Pero Etelvina dejó su verdadera estela en Raúl de Cárdenas, un estudiante eterno que estuvo enamorado de ella (tal vez fue un diente, tal vez ella le regalaba sus existencias, sus esencias) y que vino por casa de visita un día, como

hacía a menudo. Mi madre lo encontró pálido, pobre, y Raúl confesó que Etelvina lo había infectado de una enfermedad incurable: la temida palabra sonó susurrada: sífilis, sibilante y secreta, y noté la alarma de mi madre y su compasión por Raúl víctima aunque nunca condenó a Etelvina culpable. (La sífilis era curable ya pero su cura era terrible, a veces con efectos alternos, catastróficos. Cuando se fue Raúl mi madre enseguida limpió con alcohol la silla en que había estado sentado él: no sabía mucho mi madre de enfermedades venéreas ni de bacilos o virus, pero yo entonces sabía menos que mi madre y si de algo me contagió Raúl, o Etelvina, fue de un terror incoercible —como Zenaida y sus ratones- a las putas, que resultaría más nocivo para mí que haberme realmente infectado de sífilis al sentarme en la cama peligrosa de Etelvina.)

Directamente enfrente a nuestro cuarto vivía una familia integrada por un hombre, su mujer y dos hijas, pero las hijas eran ya mujeres -o al menos me lo parecían. Era una familia curiosa. La madre debió de ser hija de chinos porque era china, pero no solamente era china ella sino que la fuerza de su raza pujante había logrado que sus dos hijas salieran también chinas. Todas eran habaneras pero una de las hijas, llamada Gloria, era una furia oriental, un dragón en forma de mujer, una versión de la Dama del Dragón. Nunca la vi siquiera sonreír, mucho menos reír pero sí estallar en ira con todo y contra todos, y en especial su blanco era su padre blanco -que se llamaba, cosa curiosa, Amparo: era la primera vez que me encontraba con un hombre con nombre de mujer. Por supuesto yo habla oído el nombre de José María y Jesús María, en que el nombre femenino de María era como un complemento, pero alguien llamado Amparo y que fuera un hombre era inusitado. Pero el pobre Amparo era apocado, como determinado por su nombre, superado numéricamente por las chinas de su casa, de su cuarto, comendadas por su mujer, que se llamaba Celeste: ese extremo oriental era el imperio de Celeste y sus hijas. La mayor, Gloria, era lo que se llamaba una solariega. Ya he explicado brevemente mi teoría de cómo llegaron a llamarse solares estas cuarterías (no falansterios como Zulueta 408, sino los verdaderos solares de La Habana Vieja, los primeros), en que casas solariegas, abandonadas por sus nobles o ennoblecidos dueños cuando la Independencia, fueron divididas interiormente, formando cuartos en que acoger la creciente población habanera, a la emigración interna de los primeros años de la República, a los mismos guerrilleros mambises, a su tropa, no a los oficiales, la soldadesca compuesta en su mayoría por blancos pobres y negros o mulatos, los oficiales blancos que tenían nombre heredando las casonas de La Habana que se expandía extramuros, precisamente en la continuación de Zulueta o de la calle Monserrate, ubicándose como nuevos aristócratas, caricaturas coloniales, en El Cerro, en La Víbora y hasta en el lejano Vedado. Así las casas solariegas de La Habana Vieja quedaron apocopadas en solar, solares. De solar hubo una nueva derivación hacia su origen y nació el adjetivo solariego, perteneciente o propio del solar y sin tener que ver con casa solariega ya. Este adjetivo era una manera despectiva de describir un carácter o señalar una manera: quería decir la forma extrema de lo vulgar, escandaloso y bajo. Gloria no heredó el carácter íntimo y reservado de los chinos: ella era bullanguera, chusma: Gloria era solariega. Ella era la primera persona en que me encontraba este carácter habanero plebeyo, ya que en la cuartería de Monte 822 se respiraba una atmósfera familiar y nunca vi ni oí una pelea -el único desacuerdo fue la conspiración de María Montoya para servir sobras a Rubén Fornaris y el descubrimiento y revelación de esta deleznable infamia realizado por Victoria y mi madre. En Zulueta 408, no bien hablamos regresado, cuando un día iba yo por el pasillo rumbo a nuestro cuarto y de pronto me salió al paso un hombre, mejor dicho un hombrecito, pues tenía más o menos mi estatura, y me retó sin ningún motivo, sin ninguna provocación de mi parte, yo yendo tranquilo: «Oye lo que te voy a decir», me dijo, «ándate con cuidado o te voy a romper la cara!». Lo dijo muy serio, casi feroz, de manera que no era una broma. «Una cosa», agregó, «se lo puedes decir a tu padre, que a él también le parto la cara! ¡Anda, díselo!» Y se quedó en el pasillo, junto a su puerta, como esperando que yo fuera a contarlo a mi padre. Por supuesto que no dije nada. Pero estuve un tiempo temeroso de que este personaje irracional atacara a mi padre. Afortunadamente se mudó a los pocos meses. Éste era un ejemplo de solariego físico, que hablaba bajo y amenazaba alto. Gloria era una solariega verbal. ¡No sólo insultaba a su padre, insultaba también a los vecinos de al lado y una vez llegó a insultar a mi madre gratuitamente: era obvio que era capaz de insultar al universo. Después del insulto a mi madre todos dejamos de hablarle: mejor dicho, nunca le habíamos hablado realmente pues la comunicación con estos vecinos tan obvios (no había más que levantar la cortina y eran visibles) se hizo siempre a través de Delia, la hermana de Gloria. Ésta era una verdadera belleza, con un cuerpo menos curvilíneo (ésta es otra palabra que aprendí en La Habana, donde tuve que aprender tantas, tanto que el español se me hizo exótico) era más escultural (otra palabra nueva) y tenía una palidez que debía de haber heredado de su abuelo chino, ya que Amparo era blanco pero oscuro y su madre era de piel trigueña, como su hermana Gloria. Otro contraste: Deba era dulce y hablaba con una voz muy agradable, casi acariciante: una voz muy difícil de encontrar en el solar: no era nada estridente y al mismo tiempo era sensual. Gloria solfa exhibirse yendo hasta el baño en ropa interior, pero yo no me atrevía a mirar por temor a ofender al dragón en refajo. Delia era por el contrario muy recatada. Las dos saltan mucho juntas, sobre todo a bailes: les encantaba bailar y a veces llegaban muy tarde y las oíamos, en verano con la cortina nuestra única puerta nocturna, llegar conversando, Gloria resonando con su voz de gong, Delia susurrando como un abanico: parecían pertenecer a distintas dinastías. Por el día Delia casi desaparecía y era una fiesta para mis ojos cuando la veía surgir de entre la cortina, que se me antojaba chinesca aunque tal vez fuera tan indescriptiblemente habanera como nuestro telón de foro. Un día me llamó y me encantó cómo pronunció mi nombre detestable, destacando el inevitable diminutivo como una intimidación. Tal vez fue para que fuera a un mandado, una de las maldiciones de Zulueta 408, en que yo tenía que hacer mandados no sólo a mi madre sino para los vecinos también, sobre todo a la horrible América, hermana de la amiga de mi madre del pueblo, América que era tonta y a la vez hipocondríaca, con sus suce-

sivas cirrosis y colon caído y hernia del hiato, pero que nunca fue ciega: tenía un ojo certero para verme pasar rumbo a la calle frente a su puerta encortinada y llamarme en el momento preciso en que creía haber salvado aquel estrecho erizado de mandados, Caribdis un vecino, Escila América. Pero no me importó nunca hacerle un mandado a Delia: me encantaba sobre todo cuando depositaba el dinero en mi mano: ese breve contacto de sus uñas chinas con mi palma abierta duraba una delicia. Pero más que estos momentos fugaces recuerdo una ocasión inolvidable porque es eterna. Yo salta de nuestro cuarto y hubo un golpe de viento propicio que no abolla la oportunidad: el aire levantó la cortina de bambú y pude ver a Delia en refajo: sus brazos desnudos hasta la axila pálida, el comienzo de sus senos, sus piernas mucho más- arriba de la rodilla, convertidas allí en muslos torneados (yo no sabía todavía que se llamaban así en La Habana pero veía que así eran), toda su belleza asiática, con la suficiente sangre cubana para hacerla más sensual, ésta descendiente de concubinas (eso es lo que pienso hoy, cuando vienen a mi mente los nombres de Shanghai y de Cantón, y de Sechuán, lo que recuerdo ayer es una Delicia inenarrable), vista sólo un momento memorable, deseando yo que la ocasión de mi salida hubiera tenido lugar antes, antes el viento revelador, pues evidentemente se estaba arreglando para salir, y haberla podido ver en pantaloncitos y ajustadores o, quién sabe, haber coincidido con el precioso, preciso instante en que estuviera toda desnuda, en cueros, indeciblemente corita: la belleza china, la primera que habría visto en mi vida (en el pueblo había chinos pero no había una sola china: los podía ver en la fonda de La Marina, donde los visitaba a veces con mi padre, en que hablaban de Chiang Kai-shek debajo de un retrato, un cromó chino, de Chiang Kai-shek, todos chinos. Hasta nuestro vecino contiguo, Rafaelito Hidalgo era medio chino a pesar de su nombre que tomó de su madre cubana, y el chino Chan con su tienda en La Loma, a una cuadra de casa de mis abuelos, casado con cubana, era hijo de chino y cubana él mismo: todos ellos chinos pero no había una sola china visible en mi pueblo, lo que me hizo llegar a la conclusión temprana pero arraigada de que no existían las chinas) y aquí estaba Delia, en todo su esplendor asiático para desmentir mis teorías infantiles, provocando con su media desnudez (pero suficiente para mi memoria) mi deseo adolescente por la belleza china. La gloriosa Delia (ella debió llamarse Gloria y no su horrible hermana), la que rodeé con una muralla de miradas, acabó, destino chino, como concubina. Ella se fue pero no regresó a China. La familia toda se mudó del solar en grande y luego nos enteramos de que fue gracias a que Delia deliciosa se hizo amante por proximidad de un senador que llegaría a ser ministro para terminar en presidente. Aunque Delia no lo acompañó por todo su camino de éxito político: su suerte quedó oculta en un misterio impenetrable. La visión de Delia (una sola visión larga interrumpida por la cortina o muchas mínimas) se convirtió no en una fijeza sino en una fijación. ¿Dónde encontrar una china penetrable?

Justo al lado vivía Sonia, la polaca. Debía ser evidente que si esta mujer se llamaba Sonia, hablaba con acento ruso y además decía que venía de Rusia, era porque era rusa. Pero para todos los vecinos del solar ella era La Polaca, versión de una perversión. Hay que decir que si en el pueblo, en mi provincia natal, todos los libaneses y sirios eran llamados moros, en La Habana todo judío, fuera alemán, húngaro, búlgaro, ruso y hasta lituano era llamado polaco, sin que hubiera mayor razón para llamar a unos moros y a otros polacos. Lo que menos había entre los inmigrantes del mundo árabe o de Europa oriental en Cuba eran marroquíes y poloneses. La Polaca, polaca esencial que nunca fue Sonia y de quien jamás supe su apellido, tenía fama de loca -y loca era. Un día, después de concluir una de sus interminables discusiones con interlocutores que eran solamente audibles (y visibles) para ella y que formaban muchedumbre a uno y otro lado de su cuerpo gordo, trató de pegar fuego a nuestra cortina, lo que impidió una vecina alerta que avisó a mi madre. Esa noche, cuando pudo haber aprovechado nuestra ausencia en el cine para incendiar todo el cuarto, se contentó con hacer de su propia cortina una pira, bailando alrededor de la llama viva. Era casi casi incongruente (por no decir perversa: la suya era una inocente locura) su obsesión con el fuego, pues su amante actual, quien le pagaba el cuarto y la mantenía, era bombero. Su edad avanzada y sus relaciones con una piromaniaca ponían en doble peligro su trabajo, pero el bombero era fiel a La Polaca -que ya no era joven ni tampoco bella ni limpia. Un día, sosegada momentáneamente su locura locuaz, nos trajo un álbum con fotos familiares. Habla un militar de grandes bigotes, que ella dijo que era su padre, y una muchacha rubia y bella, que La Polaca identificó como ella misma: todavía era rubia, a pesar de sus años. Otro día de ausencia de sus fantasmas contó que su padre era capitán de cosacos cuando llegó la Revolución y tuvieron que emigrar: da vértigo imaginar cuántas estaciones intermedias debieron tocar como puertos de escala para llegar a Cuba, a La Habana, a Zulueta 408! La Polaca, según rumores del hormigón, había sido amante de gente importante cuando joven y de uno de ellos (nadie se atrevía a mencionar su nombre: así era de conocido y de peligroso su conocimiento) habla cogido la sífilis, que la volvió loca. (De nuevo esa palabra relacionada con el sexo y la locura, nombre que cogí en La Habana: en el pueblo mi tío Pepe hablaba de enfermedades venéreas, que era un término misterioso para mí y cuando se refería a alguien que, según supe después, estaba loco de sífilis, contraída o heredada, siempre se refería a la tara, que era una palabra intrigante, que no dejaba de tener su encanto: «Táramo heredó una tara» -casi parecía la herencia de una enorme hacienda y el sonido de tara asociado con vastas posesiones lo confirmé con la visión de *Lo que el viento se llevó*, donde el nombre de la gran mansión sureña era Tara!) La Polaca regresó de sus lapsos nostálgicos a su locura para darnos un señor susto. Una noche se apareció con un policía, que ella fue a buscar no como sustituto de su bombero, sino como agente de la ley. «Esta señora dice», dijo el policía a mi padre, «que oye sonidos intermitentes», y me sorprendió la fraseología del policía (ésas no podían ser palabras de La Polaca), pero sólo momentáneamente porque fue mayor el miedo al oír que La Polaca decía y repetía: «¡Telegrafía! ¡Telegrafía!», y aseguraba en un español malévola fluído de repente que las emisiones dementes (aunque perfectamente sanas para el policía) surgían de nuestro cuarto. Ocurrió en plena guerra y había en La Habana una especie de histeria vigilante del espionaje enemigo, desde que los

servicios de inteligencia habían atrapado in fraganti a un agente alemán, Heinz Emil Luning, quien fue juzgado, condenado a muerte y fusilado. Entonces esto fue un acto extremo y a pesar de la guerra en que el país estaba envuelto, aunque sólo nominalmente, hubo mucha gente a la que disgustó el fusilamiento de Luning, que tenía fama de buena persona. Con todo se buscaban espías por todas partes y justo en ese momento histórico venta La Polaca a acusarnos de producir sonidos de telégrafo en casa, donde uno de la familia era miembro de las fuerzas armadas, precisamente radiotelegrafista de la marina de guerra, destacado en la base de Casablanca, al otro lado de la bahía -y, colmo de la casualidad adversa o de la perversidad demente, mi tío el Niño, que era ese marinero telegrafista, estaba con licencia y de visita en casa! Mi madre, que no había tenido miedo a la vida política clandestina sólo unos años antes, ahora se aterró. Yo compartía su terror, mi pánico aumentado por el miedo que desde niño le tengo a la policía, a la ley, a los tribunales -todos para mí el enemigo malo. Afortunadamente vinieron otros vecinos, testigos de la defensa, y mi padre le dijo al vigilante que registrara el cuarto, donde era evidente que no había mucho que encontrar oculto: todo estaba a la vista. En ese momento, La Polaca cayó en una especie de ecolalia demente, hablando con agentes enemigos invisibles, y el policía se convenció de que no estaba entre espías nazis, que no había trasmisor de Marconi en código Morse y que los sonidos en clave que la exótica y ahora delirante denunciante decía oír no existían más que en su cabeza enloquecida. Después de otros incidentes que no se confinaron al solar sino que tuvieron lugar en la calle, en el parque Central, hasta en el Prado, La Polaca fue recluida en el manicomio de Mazorra -para congoja de su amante bombero, quien presuntamente no vivió mucho más. Como se ve, es una historia de amores trágicos y fue una lección de amor para mí: el amor, como la sífilis, también conduce a la locura y a la muerte.

En el cuarto frente a La Polaca vivía una de las tres Marías del solar: María la Mallorquina, como era conocida. María, una mujer muy mayor, había venido de España hacía muchos años aunque conservaba todavía un fuerte acento mallorquín. Vivía sola con su gloria y único amor, que era su nieta Barbarita. Ésta era una niña que debió de tener unos ocho años cuando llegamos al edificio y ya su belleza era notable: rubia, de guedejas amarillas y enormes ojos azules, tenía una boca, no una boquita, formada como la de una mujer madura que contrastaba con sus ojos infantiles y la hacía inquietante al sonreír como una menina monstruosa. Más de una vez lamenté que Barbarita no fuera mayor y cuando creció, antes de ser completamente una muchacha, desapareció con su abuela y a menudo me pregunté qué fue de su suerte sexual, qué se hizo de su belleza, adónde fue a dar que fuera más apreciada esa Barbarita que amenazaba siempre con hacerse Bárbara. El cuarto -antes de la lamentada desaparición de Barbarita hacia otro circo en que exhibir su encanto de enana erótica- fue compartido por una parienta de la Mallorquina (no recuerdo si era hija suya o sobrina) con su marido y sus dos hijas, Lucy y Daisy, quienes, como dice el judío, Barbaritas no eran, Daisy era la menos fea de las dos, con el pelo teñido de rubio desde niña, la cara redonda, de cachetes gordos y ojos pequeños, su mejor facción era una sonrisa sana. Su hermana Lucy era idiota, quiero decir retrasada mental, de boca babosa, por la que salían siempre unos dientes sarrosos botados, de ojos hundidos, más bien bizcos, pelo escaso y lacio y la cara con menos forma que el cuerpo, que tendía a ser jiboso y contrahecho. Ella era mayor que Daisy o al menos más grande y tenía como muchos morones una sexualidad a flor de piel. A menudo la veía recluida en los rincones rascándose las entrepiernas, pero lo hacía tan concentrada, tan seguido, su mano metida entre las ingles que era una masturbación por sobre la ropa. Era tan repelente que parecería que nadie se le podría acercar con intenciones sexuales, pero ya sea por la promiscuidad o porque el individuo era en realidad un canalla que además lo parecía, con su pelo ondeado envaselinado, sus facciones de castigador y su bigotico a la moda, su padre (que no era realmente su padre sino su padrastro) la dejó en estado, lo que se vino a saber, ambas cosas, la preñez y el causante, cuando fue demasiado tarde. En este tiempo Daisy había crecido y no sé por qué mostró cierta parcialidad hacía mí, que mi renuencia por no decir mi negativa a corresponder (ella de adolescente tenía demasiados granos en la cara), la convirtió en insistente atención, mandándome recados a menudo, demostrándose dispuesta a ser mi noviecita, no mi novia aunque ya ella era una muchacha hecha y derecha (no habla heredado la joroba de su hermana). (Si muestro cierta tendencia a telescopiar el tiempo aquí es porque esto ocurrió durante un largo período que estuvo mechado de otras circunstancias sexuales sucedidas en el solar.) El último mensaje de Daisy García lo recibí cuando todos ellos se hablan mudado para una casa en el paseo del Prado, casi llegando al Malecón, y fue, cosa curiosa, una canica, llena de faltas de ortografía, citándome para verla en el parque de los Mártires (ella le daba su otro nombre de parque de los Enamorados) una noche a las ocho. Era domingo y en vez de atender a su llamada me fui a pasear por el Malecón con Silvino Rizo, compañero de bachillerato, a mirar pasar las muchachas maduras. Recuerdo sin embargo haber visto a Daisy de lejos, merodeando. Ésa fue la última vez que la vi en tres dimensiones. A la siguiente vez, años después, la vi en una fotografía de la farándula, debajo de un título que decía SENSACIONAL RUMBEA-DELICIOSA DAISY. Allí mostraba, por entre la bata de velos abierta, unas piernas que nadie hubiera adivinado años antes y una figura espléndida: ella más que bella embellecida por el maquillaje, sus granos desaparecidos bajo el *pancake*, los ojos pequeños antaño ahora crecidos por el *rimmel* y su sonrisa de siempre. El pie de grabado daguerrotípico decía en qué cabaret bailaba y de haber tenido dinero habría ido a verla bailar la rumba, ciertamente de salón, y a lamentarme de no haber sabido cómo un renacuajo puede llegar a convertirse en sirena.

Al lado de La Polaca vivió un tiempo el enano violento que pretendió desafiar a mi padre por mi persona interpuesta. Cuando se fue con ira vinieron a vivir allí una prima hermana de mi madre, Noelia, y su marido Manolito, que era tabaquero en el pueblo y tabaquero fue en la ciudad. Como Noelia y Manolito fueron novios por siete años (estos noviazgos largos eran cosa común en el pueblo: mi madre conocía una pareja que habían sido novios quince años antes de casarse!) y como el compromiso consistió en las largas visitas que hacía Manolito cada noche, sentado en

un balance junto a Noelia en otro, los asientos paralelos (los balances cruzados se habrían considerado una impropiedad), bajo el ojo avizor de mi tía Luisa -que no sé cómo no advirtió que su guardia nocturna era una condena, el carcelero tan condenado como el prisionero- o bien Manolito, venido a media tarde con su caja de lápices de colores a copiar meticulosamente no las facciones de Noelia sino imágenes religiosas: calcando santos piadosos, vírgenes impolutas y Cristos celestiales, no es extraño que Manolito y Noelia no tuvieran hijos y asimismo inferir que no hubo lugar a muchas transformaciones non sanctas en ese cuarto -tan borrado para mi memoria erótica primero por el enano eternamente enojado, luego por Noelia y Manolito, sedantes, sosegados, tanto que cuando ellos decidieron regresar al pueblo, incapaces de soportar la presión de la vida urbana, buenos, inocentes, sólo habría podido sustituirlos en aquella habitación el Espíritu Santo.

En el cuarto siguiente vivía Georgina, que era la única negra pura (con excepción de la minúscula Elsitita en la azotea) que vivía en el solar. Era la mujer más alta del predio y de una belleza de rasgos regulares y perfectos que la hacían parecer nubia. Tenía varias hijas y la mayor, Marta, habla sacado las facciones finas de su madre pero era aún más negra y bella. Siempre lamenté no haber podido ver a Marta convertida en muchacha y a menudo he imaginado que debió de ser una espléndida belleza núbil. Su madre estaba casada con un marinero que era un negro grande, feo, ya mayor, con el exótico nombre de Tartabull: debió descender de esclavos de un colono catalán. Tartabull estaba poco en su casa, al principio por sus deberes náuticos (lo que era extraordinario pues la armada cubana era todavía tan exigua como en los tiempos cuasi heroicos de Eloy Santos y su motín a bordo abortado: la flota de guerra constaba de dos cruceros, el Cuba y el Patria, que estaban siempre anclados en el puerto, uno de ellos aparentemente en dique seco), pero luego se supo que el marinero en tierra, Tartabull, pobre y feo y viejo se permitía el lujo, la lujuria, de tener más de una familia y Georgina no era su mujer sino su mantenida. Georgina me tenía afecto y solía saludarme en los días en que me atacaba la melancolía y me sentaba en el patio, en la placita, en el espacio común a nuestro cuarto, negado al ser y al sexo, a mirar a la nada, con un «¿Qué, estás orate hoy?», sin saber que aludía a mi salud futura en su saludo. Yo también le cogí cariño a Georgina, pero siempre me separó de su belleza negra una segura barrera de seriedad profunda, de decencia innata: ella sería una mantenida, una mujer de segunda pero se comportaba como una primera dama. Además, a pesar de su bella cara, de sus largas piernas de nubia que podrían enredarse, según dijo Silvio Rigor de otra mujer, en otro tiempo, como culebras lúbricas, yo prefería el embrujo promisorio de su hija efigie. Una o dos veces, en sus doce años, tuve a Marta sentada en mis piernas, pero fueron momentos, puedo jurarlo, tan inocentes como las ocurrencias rubias en las piernas del reverendo inglés -¿o tal vez tan culpables?

Al lado y al frente del cuarto de Georgina había dos cuartos sin cortina, señal impúdica, pero que estaban casi siempre cerrados, a pesar de lo cual no eran cuartos inocentes. En uno, el de enfrente, vivió primero Macho Gener, que tenía extrañas conexiones políticas y, cuando se mudó para cuarteles de lujo, vino a vivir allí su her mano Serafín, entonces sargento de la marina. (La marina le ganaba al cuerpo de bomberos en el solar, aunque en el piso de abajo llegó a vivir un sargento de la policía que, años después, devino notorio torturador.) Serafín Gener, gran bailarín -por lo que tenía asegurada mi admiración incondicional-, llegó a ser buen amigo de mi familia y era una persona considerada decente en el solar -lo que no le impedía traer muchas mujeres al cuarto o una sola mujer muchas veces, a la que introducía con precauciones que llegaban al misterio, pero pude verla más de una vez, con mis ojos ociosos, y admirar sus piernas que eran el epitome de la pierna femenina habanera, toda carne, toda curvas. Después de mucho tiempo de noviazgo escondido que no era como los noviazgos del pueblo, Serafín Gener se casó con la poseedora de las piernas -y con todo su cuerpo también. El cuarto interesante para mí era el de al lado de Georgina, donde vivía, cosas de la casualidad, ocurrencias de la onomástica, Serafina: una Serafina enfrenté de un Serafín. Serafina era hija de otra de las Marías del solar, María la Asturiana, que vivía en uno de los cuartos con balcón a la calle. Serafina se rodeaba de un perfumado misterio, viviendo sola y visitando más que ocupando su cuarto. Era una mujer ya hecha (aunque hoy pienso que es probable que no tuviera treinta y cinco años pero entonces para mí treinta y cinco años era la edad de mi madre: respetable), muy blanca y con el pelo muy negro (evidentemente teñido), que usaba mucho maquillaje y tenía unas carnes nocturnas, como de pez abisal, tanto que Georgina a su lado la había bautizado La Cherna. El misterio de Serafina, que ella no parecía tener mucho empeño en guardar a juzgar por su estela de esencia, es que era prostituta: así es como la calificó mi madre: una puta de postín no una fletera de la calle como la alegre y didáctica Etelvina Marqués -supongo que tampoco contagiaba su contacto. Serafina, aunque lujosa, era puta y sin embargo tenía una buena relación con su madre, que era una vieja muy trabajadora, con otra hija, Severa, muy seria (sexualmente hablando) y otros hijos, todos decentes. Serafina ejercía su profesión con cierto decoro, casi con conciencia profesional, y, aunque sabía reírse y ser amable, mantenía las distancias, aun con sus vecinos inmediatos, y nunca hubo con ella ninguna de la intimidad (por no decir el relajo, tan buena palabra cubana para describir lo que el diccionario llama disolución de las costumbres, que yo pienso ahora que mientras más disueltas estén, mejor, que la libertad empieza en el libertinaje, pero yo no pensaba así entonces: es evidente que nací puritano o me hicieron -mi padre, mi tío Pepe, mi tío Matías: amigos del seso, enemigos del sexo) y solamente la educación sexual, la que recibí en esa escuela de escándalos que fue Zulueta 408, me salvó de una suerte peor que la muerte: hacerme hombre de bien) y solía mirarla de lejos, aunque algunas veces me acercaba a su carne perfumada: a su boca siempre pintada de un rojo subido y húmedo, a sus escotes que mostraban las grandes tetas blancas en su comienzo y prometían revelaciones que nunca pude presenciar y a su cuerpo de anchas caderas y, como no era cubana, sin nalgas. Después la universidad urbana me enseñaría a apreciar las nalgas gordas, grandes, los culos, la estética de la esteatopigia

-pero es evidente que fue un gusto adquirido: es más, lo perdí al poco tiempo. Tal vez la culpa de la pérdida del amor por los culos la tenga Hollywood, esa galería de figuras sin nalgas que era el cine, museo de dos dimensiones.

Al que conseguí otras maneras de ir gratis en Zulueta 408 que el favor de Isabel Escribá y su amor portero. Uno de esos accesos es curioso por la intervención del azar, diosa tutelar. Quiero hacer un paréntesis en la descripción topográfica del sexo en el solar para revelar esta ocasión propicia. Rubén Fornaris supo nuestra dirección (toda la gente del pueblo que se había desplazado a La Habana parecía saberla) y nos visitaba a menudo. Un día se apareció agitado, él que era calmo, casi frenético en vez de apacible, su timidez doblada acentuando la vacilación de sus oraciones, la pausa en sus períodos, el tartajeo habitual de sus frases hecho incoherencia. Por fin se explicó, sonriendo cortado: había venido al centro al cine pero antes, como hacia a menudo, almorzó en el restaurante, mera fonda, que había al costado del Teatro Payret (ahí también había una quincalla, ese establecimiento típico, tienda diminuta en la que se podía comprar desde cigarrillos hasta condones, de ganchos a puros, billetes de lotería y lápices de colores, y al lado de este bazar barato había, revelación habanera de una fontana exótica: una fuente de soda que era un manantial de milagros: allí pude probar lo que era un sorbete de soda, cuyos ingredientes surgían, gracias a pistones y un sifón, desde dentro de recipientes de metal y mármol, destilando un líquido viscoso verde y rojo y naranja, según el sabor, luego brotando el agua de soda invertida, de arriba abajo, hasta el largo vaso coloreado: un Lourdes del goloso: una de las destrucciones de esa Habana memorable de los años cuarenta comenzó por la reforma, la reconstrucción que fue un derribo, del viejo edificio del Teatro Payret, llevándose la piqueta demoledora a la fuente de soda y de gozo: hubo otras demoliciones de esa época pero ésa fue la primera que registré y la que más me importó) y Rubén había cometido un exceso gastronómico al pedir un nuevo plato (ternera a la chanfaina, que nunca supe qué era exactamente ese manjar, que ya nunca lo sabré: no he logrado encontrarlo en los numerosos libros de cocina, cubanos y europeos, que he consultado). «Muy sabroso», precisó Rubén pero cuando llegó la cuenta incurrió en el defecto de no poder pagarla. (Ahora sé que debían haber sido centavos lo que le faltaba para completar.) De alguna manera convenció al dueño o gerente para que lo dejaran salir a buscar dinero y vino a vernos a nosotros, a mi madre, para saber si le podíamos prestar lo necesario para pagar su pobre extravagancia, Rubén siempre cogido entre comidas de sobras y almuerzos en falta. En casa, como era habitual, no había un centavo: el poco dinero que teníamos lo traía mi padre encima: ésa era su costumbre, su única independencia que era una dependencia. No podíamos ayudar a Rubén. Pero a mi madre se le ocurrió una solución salvadora y atrapante: salvarla a Rubén mientras me atrapaba a mí. ¿Por qué no sustituía yo a Rubén en el restaurante durante el tiempo que él iba a su casa a buscar dinero? Su casa, infortunadamente para mí, la casa de Rubén, estaba ahora en Santos Suárez, por la Calzada de Jesús del Monte, lejísimo, y no sé cuánto tiempo pasé sentado en la fonda, ya vacía, ocupando una mesa compartida con varias moscas que tuvieron tiempo de pasar de conocidas a amigas, mi sustitución convertida en prisión, sin otra ocupación que desplazar mi mirada de las moscas movibles a las moscas inmóviles de las manchas del mantel, mirando al aire que comenzaba a hacerse sutil después que los espesos aromas del almuerzo se disipaban ante mis ojos, viendo algunos camareros ociosos echando un ojo avieso o travieso en mi dirección y luego ladeados sonreírse, ser centro de la atención directa del gerente o el dueño (evidentemente no un maître d'hotel), para finalmente ver incrédulo abrirse la puerta y entrar Rubén Fornaris con su sempiterna sonrisa tímida, bajo su bigote que se había hecho espeso desde los días de Monte 822, el mulato decente en extremo, salvado del embarazo pero condenado a la pobreza eterna a pesar de su oficio de carpintero de primera (o ebanista, como diría Marianín, agregando tal vez que a Rubén le faltaba un detalle) aun en los óptimos años cincuenta, pero en esos pésimos años cuarenta Rubén Fornaris era rico comparado con nosotros. Así, para pagar mi prisión por poder, lo hizo con una forma de escape: comenzó a invitarme al cine todos los domingos. No sé por qué razón Rubén había escogido el cine Fausto (que yo no conocía) como su cine favorito (había en La Habana un cine llamado Favorito: de haber escogido éste se habría convertido en mi cine fausto), que estaba en el paseo del Prado, lejos de las rutas de guagua que pasaban por su casa, cuando tenía en su barrio tantos cines fácilmente asequibles. Pero las dificultades de Rubén eran mi facilidad, mi felicidad. El cine Fausto, fatal en el futuro, era entonces un cine que estrenaba solamente un tipo de películas que Rubén parecía preferir, muestras de lo que años después y en otra cultura se llamó el cine negro, que yo disfrutaba sin saber que al mismo tiempo alimentaba lo que luego sería mi nostalgia, enamorándome de las sombras de Gail Russell, con sus inolvidables ojos verdes (aprendí en el cine a distinguir los ojos verdes de los azules, el pelo rojo del castaño, la piel trigueña de la meramente morena), ojos adultos pero idénticos a los de mi prima niña que me descubrió el amor y los celos. Todos los domingos estaba Rubén en casa a las dos, convenientemente almorzado y sin los inconvenientes de deudas, habiendo evitado el estrecho de la tentación, cruzando su alimentación entre platos con nombres exóticos y precios fuera del alcance de su bolsillo, ahora experto navegante gastronómico. Juntos nos íbamos rumbo al Fausto, a la función continua del domingo por la tarde, a encontrarnos con Alan Ladd y su amor -que fue también el mío- con larga cabellera rubia, de ojo tapado con una onda de pelo pasional, de voz grave salida de su boquita bien pintada, con sus ojos pequeños insolentes y su cuerpo tan menudo que yo mismo la hubiera podido manejar como Alan Ladd -sí, otro amor chico, Veronica Lake. Fuimos muchas veces los dos al cine Fausto, descubriendo otros fantasmas fáusticos, otros amores de sombras en la sombra, no otras actrices sino otras mujeres: Priscilla Lane, Anne Sheridan, Joan Leslie, Brenda Marshall, Ida Lupino y la falsa y fatal Mary Astor: un amor en cada parte. Fuimos al Fausto muchas veces, Rubén siempre invitándome aun cuando el rescate del restaurante no era siquiera un recuerdo. Debieron pasar años de estas excursiones cada domingo a los sueños del cine, cuando Rubén comenzó a hacerse raro. Solía sufrir de lo que se conocía todavía con el nombre de catarro malo y no de gripe, pero no era del catarro que padecía ahora:

era un enfermo imaginario, según descubrí después, más hipocondríaco que yo que tengo una historia de hipocondría que llega hasta la primera niñez. Al principio, cuando sus ausencias no se debían al catarro ni a enfermedad alguna, creíamos que tenía novia pero Rubén no parecía encontrar novia en La Habana (luego la encontraría y su matrimonio sería estable) y cuando reaparecía por la casa contaba las más imposibles historias de extraños males. Pero siempre reanudábamos nuestras incursiones al Fausto y sus films noirs. Volvió a desaparecer, esta vez por más tiempo, y cuando reapareció hizo una revelación extraordinaria. Le dijo a mi madre, a quien siempre le enumeraba sus males: «Zoila, me estoy volviendo homosexual». Mi madre registró una sorpresa extrema, aunque le aseguró a Rubén que su conversión no era posible: nadie se vuelve homosexual: los homosexuales nacen, no se hacen. Pero era evidente que ella había creído a Rubén y su revelación y cuando se fue (no hubo esta vez fuga al Fausto), mi madre me dijo que inventara toda clase de excusas para no volver al cine con Rubén. Extraño que mi madre reaccionara con tal intolerancia cuando apenas unos años más tarde iba a ser anfitriona de tantos amigos homosexuales que nos visitaban y hasta nuestro cuarto llegó a ser conveniente camerino de una compañía teatral que actuaba en el parque Central, cuyos actores eran, sin excepción, homosexuales y mi madre los recibía con afecto, tan verdadero como el que profesaba a Marianín. Es más, la última visita de Rubén Fornaris a Zulueta 408 (a la que volvía intermitentemente sin que saliéramos al cine) terminó con la intervención de mi madre frente a un desplante extrañamente machista de Rubén. Coincidieron en casa Rubén y un nuevo amigo mío, que era un emigrante español tímido y no parecía nada homosexual (aunque llegaría a serlo con el tiempo y con tal éxito sexual que yo lo declaré hombreriego) y sí era muy sensible. Rubén estuvo mirando a mi amigo mientras hablaba (Rubén no decía una sola palabra) y de pronto dijo, sin venir a cuento: «Pues a mí que me parece que usted es pájaro». Afortunadamente mi amigo no sabía todavía lo que quería decir pájaro (de no haber estado prohibido Lorca en España entonces lo habría sabido), pero debió darse cuenta por la incomodidad de mi madre, quien prácticamente conminó, no invitó, a Rubén que saliera de la casa, es decir del cuarto. Así terminaron lamentablemente los tiempos de ir gratis al cine, que no volvieron hasta que Germán Puig y Ricardo Vigón fundaron el Cine-Club de La Habana -exceptuando las veces que me invitó la hija de la encargada, Fina, que luego se casaría con mi tío el Niño, a ir al Payret remozado porque conocía al empresario y al cine América porque conseguía pases. La primera vez que visité este alto templo de la religión del cine (con estrellas luminosas en el cielorraso) oficiaba felizmente, vestal vestida, Ingrid Bergman, que había sido mi amor perverso desde que vi su espalda marcada mórbida en *El hombre y la bestia*, amada simiescamente por Mr. Hyde, contra quien concebí unos celos solamente desplazados por la envidia que sentí por Humphrey Bogart en *Casablanca*.

Las dos hermanas de Zulueta 408 no eran como las tres hermanas de Monte 822. Ellas vivían solas con su madre y mantenían una cierta distancia, ya sea porque no eran vecinas inmediatas o porque fueran reservadas, aunque finalmente se mostraron abiertas, cada una a su manera. La primera vez que tuve noción de la existencia de una de ellas (que luego resultó ser la menor de las dos hermanas, llamada Beba: cosa curiosa, creo que nunca supe su verdadero nombre) fue cuando siguiendo y discutiendo en público con su madre, como tenían por costumbre las dos, le dijo: «Lo que yo debía hacer es irme a vivir con Pipo». Ésos eran los días tempranos en que la luz del solar todavía era nueva, dando a todo un aire crepuscular, malva. Recuerdo mi reacción excesiva, con mi moral de pueblo, escandalizado porque esta muchacha, casi una niña, amenazaba a su madre con fugarse con su novio -al menos debía de ser su novio por el cariño con que pronunció la palabra Pipo. Pasó un tiempo antes de que saliera de mi error con ira y descubriera que Pipo era el nombre que ella daba a su padre, forma muy corriente de decir papá en La Habana y que yo nunca había oído antes. Pero esto me hizo notar a Beba, iluminada por el falso crepúsculo y la falsa noción: era una verdadera belleza trigueña, de ojos castaños un poco rasgados y una boca carnosa que revelaba a menudo, sin que sonriera, unos dientes grandes y blancos y parejos que ella solía venirse a lavar en la pila. Era imposible no darse cuenta cuándo ella salía de su cuarto y venía hacia el fondo, porque siempre iba cantando lo que parecía la miasma canción: eran en realidad boleros, habaneras viejas, hasta guarachas de moda que en su voz grave y desentonada adquirirían todos, por muy alegres que fueran originalmente las melodías, un aire fúnebre, como de tango triste. Quizá reflejaban el temperamento esencial de Beba, quien durante un tiempo me mostró una magnífica indiferencia.

Diferente resultó su hermana Trini, obviamente llamada Trinidad, que aludía a las tres personas que vivían en el cuarto, pero no formaba con su hermana Beba una Binidad. Trini era más blanca que Beba y más baja, no tenía el pelo ondeado sino lacio, y si la nariz de Beba era grande pero graciosa, la de Trini era prominente y ganchuda, casi colgando sobre sus labios finos rodeados de un ligero vello que me imagino que con los años se hizo más bigote que bozo. Trini tenía un genio vivo, no pasivo como el de Beba, que demostraba en los altercados con su madre. Manuela, éste era el nombre de la madre, trabajaba en la calle (me imagino que de criada o cocinera pues no era de muchas luces) y estaba divorciada o separada de su marido -el Pipo de la amenaza perturbadora de Beba. Más que baja, Trini era chata, de anchas caderas y unos pequeños senos que no necesitaban el sostén de los ajustadores, aunque entonces, rezagos de los años treinta o producto de la pobreza, ninguna de las mujeres del solar que recuerdo solían llevar sostén. Luego cambiaría la moda (o sería fruto del trabajo extra de su padre, que se llamaba pintor -por un tiempo esperé ver un día sus cuadros- pero en realidad todo lo que pintaba eran los letreros de las carteleras del Majestic y el Verdún, cines de barrio) porque sí recuerdo a Beba portando ese ingenio enemigo de los senos visibles, ese aparato que borraba los pezones, esa máquina de ocultar uno de los atributos del sexo femenino. (Silvio Rigor solía decir que si los hombres tuvieran vagina y tetas, se hacía homosexual.) A Trini y a mí nos unía el amor por los muñequitos, esos comics que podían ser cómicos pero también sabían ser serios: melodrama, drama. y, para mí, escondite erótico. Yo tenía gratis los muñequitos del periódico *Hoy* los domingos, que desplegaban las hazañas, entre otros

héroes, de Rogelio el Conquistador, el peripatético planetario Buck Rogers traducido. El lunes, en el periódico *Alerta* (que nunca supe cómo podían comprarlo en rasa) venía un folleto a colores que contenía otro de mis favoritos, El Spirit. Pero el sábado era el día de gloria ilustrada: el periódico *El País* vendía, junto con su edición de mentiras impresas, las verdaderas aventuras de Dick Tracy, el primer héroe dibujado que recuerdo haber seguido, semana tras semana, desde que tenía cinco años. También traía, de extra necesario, *Tarzán* y *El príncipe Valiente*. Esta Arcadia de tiras cómicas se la procuraba Trini cada sábado y llegamos a un acuerdo en que yo le compraba el periódico y ella me dejaba leer los muñequitos. (Entonces no se veía bien que una señorita hiciera mandados y, mucho menos, que comprara periódicos. Trini, aunque viviera en un solar, era una señorita.)

Muchas veces le compré el periódico a Trini -no recuerdo cuántas pero sí recuerdo un sábado particular. Había caído una lluvia de abril, un aguacero copioso pero como ocurre en el trópico, tan abrupto en empezar como en acabar, comienzo y fin sin relación con la intensidad de la lluvia. Aunque el puesto de periódicos estaba justamente en los bajos, protegido por el portal, si algo puede proteger de la lluvia torrencial del trópico, esperé a que escampara para ir a comprarle *El País* a Trini. Entré en su cuarto después del ritual «¿Se puede?», que me había enseñado mi madre como una de las reglas sociales del solar y me encontré del otro lado de la cortina que estaba sola, Beba de visita tal vez en otro cuarto o ida de una vez a casa de su Pipo. No importaba ahora dónde andaba Beba, lo que importaba era que Trini estaba sola y ya sea por la compartida pasión (en ella se degradaba a mero interés) por los muñequitos o porque Beba era más inaccesible, yo me sentía atraído por Trini -pero nada anunció lo que iba a ocurrir ese día, a no ser tal vez la lluvia.

Ella vestía una falda y una blusa, una especie de camisa con un bolsillito a un lado y cuando le pedí el dinero para el diario me dijo: «Lo tengo en el bolsillo». No entendí por qué ella no lo había sacado y entregado, pero no me dio tiempo a repetirle la petición. Me dijo: «Cógelo». Se me hizo evidente que el bolsillito (como todos los bolsillos en la ropa femenina un mero adorno, hecho para contener nada) era muy estrecho aun para mi mano adolescente y titubeé un momento. Ella volvió a decirme: «Anda, cógelo». Todavía no había caído en cuenta de lo que ella quería aunque yo sabía que era imposible extraer la moneda sin rozarle el seno. Pero hice lo que ella me pedía y metí mi mano en su bolsillito. Sentí enseguida la tela transparente al tacto, el contacto casi desnudo con la copa de su seno, luego con el pezón, después con todo el seno -y es una de las sensaciones que he atesorado siempre: aquella cornucopia, redonda, suave y propicia era algo que no me habían ofrecido antes. Por supuesto que me demoré en extraer la moneda, que no la pesqué de momento sino que cogí demorado el seno que ella me regalaba. Traté entonces con la otra mano, empujado por la timidez pero también por la compulsión del sexo, ese impulso totalitario que obliga a no conformarse con las partes sino tenerlo todo, de cogerle el otro seno, de desabotonarle la blusa, más para ver que tocar las que serían ahora tetas al aire libre y tibio de la tarde húmeda.

Pero Trini quitó sus senos, escabulló su pecho y me sacó la mano del bolsillo. Fue entonces que cometí un error: el primero y el último. Intenté besarla, sentir sus labios finos contra los míos, experimentar de nuevo aquella sensación que me había producido Emilia con su beso extraño, por inesperado y por súbito. Trini no tenía intención de dejarse besar pero tampoco me rechazaba del todo. Yo estaba consciente de mi turgencia y temeroso de que la cortina se levantara súbita para dejar entrar a Beba, tal vez, o lo que es peor, a la vieja Manuela, y con un golpe de tela me descubrieran en el acto. Pero no duró mucho el temor, tampoco el éxtasis (sí, fue un momento extático aquél con el ofrecimiento de Trini, con el tacto de uno de los componentes de su sexo, con lo que era para mí entonces el sexo, con el único elemento del sexo que había tenido contacto, aunque fuera visual, si me olvido de la breve visión venérea de Etelvina desnuda, de su zona velluda que contrastaba negra con su pelo rubio) pues ella sacó del bolsillo propicio la moneda, meros cinco centavos, un níquel, el valor del diario, y me la entregó: «Mejor vas a buscar el periódico», me dijo.

Así terminaron mis relaciones con Trini, breves y bruscas. Traté de encontrarla favorable de nuevo pero nunca estuvo dispuesta otra vez al truco de maga de la moneda escondida que se vuelve una entrada al misterio. Al contrario, estableció una relación si no íntima por lo menos cómplice con Pepito, uno de los muchachos del solar, que era más joven que yo, tanto que yo me preguntaba qué buscaba Trini en un niño a quien además ni siquiera le interesaban los muñequitos. Sin embargo le seguí comprando *El País* de los sábados a ella: después de todo si no gozaba la ventura sexual por lo menos me quedaba el consuelo de disfrutar las aventuras coloreadas. Sufrí celos con Trini, por su preferencia por Pepito, pero nunca tuve tantos como los celos que me ocasionó su hermana Beba.

Beba y yo crecimos juntos pero separados: inevitablemente mientras ella se hacía mujer yo entraba más en la adolescencia. Era familiar su camino a lavarse los dientes deleitosos, cantando en su marcha fúnebre, con su voz que se hacía cada día más bronca, su paso lento, entre majestuoso y cansado, como al compás de su canto desmayado, en adagio eterno, las faldas cubriendo y revelando al mismo tiempo sus muslos combados adelante, dejando ver las piernas que eran rectas y llenas, su cuerpo de perfil mostrando sus senos escasos pero prominentes, ya soportados por ajustadores, los refajos idos con el tiempo y con la moda: ya estábamos en plenos años cuarenta, cuando me interesé en observar a esa sirena cuya canción no me había encantado -pero sí su cuerpo.

No puedo decir cómo nos hicimos amigos Beba y yo -a pesar de la sorna sororal de Trini, que había desarrollado hacia mí una aversión ya abierta- cuando ni siquiera compartíamos el deleite dibujado de los comics que se habían hecho tragics entre Trini y yo. El expreso desprecio de Trini se mostraba en que apretaba su boca y levantaba las ventanas de la nariz, inflándolas más de lo que la naturaleza la dotaba, y dejando el cuarto cuando yo lo visitaba, salía silbando, súbita sierpe. Ahora yo me pasaba las tardes, después de regresar del Instituto, si las clases eran por la

tarde o mucho más tiempo si las clases eran por la mañana y no tenía educación física en que ejecutar las estúpidas contorsiones de la gimnasia sueca, las horas vivas hasta que me reclamaban las clases de inglés en el cuarto de Beba, ya que se convertía efectivamente en su cuarto al abandonarlo Trini por completo ante mi llegada, y hablábamos de esas cosas escasas que le interesaban a ella (tanto Trini como Beba no habían hecho más que la enseñanza primaria primera, por lo que no había mucho que hablar con ellas, pero yo me había acostumbrado desde niño, siempre cerca de mi madre, a la cháchara de muchachas y hasta el día de hoy prefiero conversar con una mujer idiota que con un hombre inteligente: las mujeres oyen mejor y además siempre está presente por debajo de la conversación la corriente oculta del sexo, subrayando y buscando Beba y yo encontramos un tema en común): como las canciones.

Siempre me ha fascinado la música popular y puedo todavía cantar las canciones, los valeses no vieneses, las canciones que estaban en boga cuando tenía cuatro o cinco años. De esa edad sólo puedo recordar con idéntica intensidad ciertas películas y los muñequitos diarios y la voz de la vida. Cuando niño me encantaban las serenatas que se solían dar en el pueblo, al son de tres, las guitarras criollas y las voces viriles o las retretas en el parque principal los domingos por la noche, y uno de los recuerdos más gratos que conservo (tendría entonces cinco años, calculando por la casa en que vivíamos) fue despertarme una mañana y oír una orquesta popular, tal vez un septeto de sones, que tocaba *Virgen del Cobre*, que no es una canción particularmente bonita pero ese día me sonó celestial, música de esferas, son de sirena. Luego vino el radio (el del vecino de arriba de la casa de mis abuelos, que tenía el memorable nombre de Santos Quesada, que fue de los primeros en tener radio en el pueblo) transmitiendo las melodías de moda. Había también las películas musicales. Entre las que recuerdo mejor están las de Carlos Gardel en que pululaban los tangos, muchos de ellos tan deprimentes que me producían una tristeza incoercible, sentimiento inolvidable. Por supuesto que veía muchos musicales americanos pero no guardo recuerdo de sus melodías, con excepción de la temprana tonada *La carioca*, entre los pies parlantes de Fred Astaire y las piernas que cantan de Ginger Rogers.

Vine a descubrir la música americana ya adolescente en Zulueta 408 (hubo un avance de lo que vendría en una película vista en el cine Actualidades, *Sun Valley Serenade*, que caminé desde la muy alejada cuartería de Monte 822 para verla -y, sobre todo, oírla), no sólo en las películas sino en las victrolas automáticas, como la radiante, multicolor, cromada Wurlitzer, que era como una metáfora de la ciudad, centrada en el vestíbulo del teatro Martí, entre innumerables pinballs, con sus guiños eléctricos, sus figuras iluminadas y su combinación de deporte y juego de azar, que debían haberme atraído más, pero según entraba en aquella cápsula cautivante, otro trompo del tiempo como el cine, me pegaba, virtualmente me adhería a la gramola, fonógrafo robot cuyo sistema de selección y cambios de discos me hechizó, movimientos mecánicos que preludiaban más que precedían el sonido sensual, cautivador pero antes debía esperar que alguien con dinero (yo no tenía ninguno) seleccionara uno de mis discos preferidos y si tenía suerte salía, como en un sorteo, mi favorito, entre los favoritos, *At Last*, al fin al principio. Me hice un fanático de la orquesta de Glenn Miller (la culpa inicial la tuvo *Sun Vally Serenade*, pecadora originaria) y por un momento que dura más de un momento pareció que la música cubana o sus imitadoras mexicanas o puertorriqueñas iban a quedar definitivamente desplazadas en mi memoria (recordándolas, que es el mejor almacén para los récords, grabándolas en mi mente, tarareándolas con voz silente para todos, menos para mí) por el swing, nuevo sonido. Pero llegó triunfador por mucho tiempo el mambo. En la era de los primeros mambos no tentamos radio en casa todavía, pero cuando se convirtió en fiebre nacional primero y luego en moda internacional, mambomanía, ya los podía oír sincopando sus sones en nuestro radio, aparato mágico alrededor del que vivíamos, junto al cual me convertí definitivamente (ya había comenzado a serlo en el pueblo y después lo fui intermitentemente en los radios vecinos al alcance de mi oído oportuno: el de Nila en Monte 822, el de Isabel Escribá en Zulueta 408) en oyente de los romances radiales, no sólo de las series de aventuras sino hasta de los novelones que prefería mi madre y, uniendo dos formas de arte popular, fui asiduo escucha visual del programa *Pantalla sonora* que transmitía, radializados, los argumentos de los últimos estrenos del cine!) en un melómano y así la música marcó muchos momentos de mi vida, antes y entonces y también en el futuro mediato. Los mambos fueron sustituidos, justa justicia, por el bolero, de regreso triunfal en la voz arcaica de Panchito Riset, volviendo desde el extranjero y del pasado con sus alargados plañidos en falsete -uno de los cuales yo iba a utilizar, bolero barato, en un cuento sobre el amor adolescente y el fracaso, nada menos. Después vino el descubrimiento (que tuvo avanzadas inesperadas y rápidas en la música incidental de los episodios de la radio) de un nuevo mundo sonoro: la música clásica, es decir de la música sinfónica europea y más tarde de sus imitaciones americanas y limitaciones cubanas. Pero ya de esta música no pude hablar con Beba.

Beba y yo llegamos a gozar de una idílica intimidad, a pesar de las innúmeras interrupciones de Trini (que ya habla dejado detrás los juguetes juveniles con Pepito y se había hecho novia en serio de un hombre -que debe permanecer en el anónimo porque era insignificante que trabajaba en el Palacio Presidencial, a lo que ella y su madre daban gran importancia aunque él no era más que una especie de camarero glorificado, un mozo en Palacio: «Pero ve al Presidente», era la excitante razón de ser de ese novio y de paso de Trini y de su madre, no de Beba: ella era diferente -pese al acto de doblez que cometió conmigo siguió siendo distinta a su familia), en su cuarto, primero, a veces en el nuestro jugando algún juego de salón, de cuarto, damas chinas, damasquina daga amorosa, pretextos para proximidades. Un día, una tarde (lo sé precisamente por la sombra que proyectaba el sol, implacable ahora vencido, sobre el borde de la alta tapia) estábamos en la azotea, que cubría todo el edificio: era tan extensa que podíamos jugar allí a la pelota, deporte que de hecho practicamos muchas veces los muchachos vecinos, pero donde también había estudiado solo textos difíciles y en ocasiones acompañado por Pepe Peña mi condiscípulo (que viene a cuento porque él

siempre alardeaba de su vasta memoria, que era «mejor que la de nadie», aunque hacía una concesión a la precisión de la mía y para probar ambas citó el título de un libro por el que se proponía preguntarme años más tarde diciendo solamente «El libro»: no llegó a someterme a esta prueba porque nos separaron los intereses comunes que eran diversos: a él le interesaba el estudio (de hecho era un excelente estudiante y llegó a ser un matemático notable), a mí me interesaba más la vida y después la literatura, pero ahora, treinta y cinco años después, puedo recordar su nombre nemotécnico: *A través de la naturaleza*: prueba ante la letra) y fue en ese rincón abierto donde establecimos nuestra intimidad Beba y yo muchas veces. Pero hay una ocasión particular en que paulatinamente dejamos de hablar y yo miraba su nariz, la única imperfección de su cara: era una de esas narices que parecen partidas por la naturaleza pero es que tienen el puente quebrado y ese defecto único le daba todo el carácter a su cara perfecta, con su óvalo largo, sus orejas pequeñas, su frente alta. Recuerdo que ella bajó la vista, mostrando sus párpados gruesos terminados en profusas pestañas (apenas si usaba maquillaje entonces) y arriba sus cejas sin depilar, curvadas naturalmente, y en ese momento, la contemplación pasiva se hizo acción activa y mi timidez, mi motor, me hizo acercar mi cara a la suya y rozar con mi boca sus largos labios carnosos -y ella no se movió: no devolvió mi beso pero se dejó besar y esto fue para mí un triunfo, la recompensa de años imaginando cómo besar su boca, viéndola desde pequeña hasta ahora que era una mujer, sus labios eternos porque no habían cambiado, y si antes eran enormes en su cara de niña, ahora completaban su belleza adulta. Yo no sabía besar, lo admito, pero pienso que aquél fue el beso perfecto, el que debía darle, el que tal vez ella estaba esperando (nunca lo supe exactamente) y no creo que lo sufrió pasivamente, que sólo lo toleró, sino que lo devolvió a su manera. A Beba no se le conocía novio ni interés por ningún hombre y que me prestara atención a mí, mero muchacho, más que una excepción era un acontecimiento. No la volví a besar más nunca porque a los pocos días vino una realidad extraña a interrumpir mi idilio.

A nuestra casa venían muchos comunistas, cosa natural, pero un día se apareció un comunista profesional: es decir, uno que trabajaba exclusivamente para el partido, cuyo empleo era el proselitismo. Se llamaba Carlos Franqui y resulta curioso que este visitante ocasional llegara a tener tanta importancia en mi vida, todavía más si se considera que nuestro conocimiento mutuo, cuando ocurrió, tuvo lugar bajo los peores auspicios. Franqui era un activista del Seccional de Tacón (misteriosa palabra seccional, casi tanto como accesoria), una de las divisiones habaneras del partido comunista. Zulueta 408 estaba comprendida en ese sector y era natural que Franqui viniera a visitar el solar y que escogiera como base nuestro cuarto, no sólo por ser mis padres viejos comunistas sino porque mi padre trabajaba en el periódico *Hoy*, sitio en que Franqui, escritor secreto, tenía puesta su mira. No me gustó Franqui la primera vez que lo vi, natural en mí que siempre he desconfiado de la amistad de extraños. O quizá fuera que presintiera ya que resultaría un intruso. En su segunda visita Franqui conoció a Beba y se interesó por conocer de cerca su belleza remota. Franqui (que nunca fue un tenorio típico sino lo contrario de un donjuán, que según creo no había tenido novia antes) se enamoró de Beba, se le declaró -y ella lo admitió. No sé si llegaron a darse algún beso (presumo que sí, naturalmente, y en aquel tiempo rabiaba ante la mera idea de que otro hombre rozara esos labios largos, peor todavía que lo hiciera este visitante histórico) y se hicieron novios formales. Yo que nunca he sido fácil a las lágrimas, ni siquiera cuando murió mi hermanita o mi bisabuelo o mi bisabuela, a quienes quería tanto, me encerré un día en uno de los baños a llorar de rabia y de celos, olvidándome en mi dolor de amor del hedor. Luego me atacó una fiebre que duró unos días y que no me cabe duda que tenía un origen viral. Pero tumbado en la cama, febril, casi delirando (siempre he sido víctima propicia al delirio y las fiebres solían entonces producirme extraños estados alucinantes que el Dr. De Quincey atribuyó al opio, el humo que hace soñar, alucinaciones en que las manos se me convertían en sólo hueso y la sangre se me hacía arena y sufría pesadillas paregógicas despierto) sentí que alguien se aproximaba lentamente, con cuidado y cuando esperaba a mi madre vi, invertida, la cara todavía amada de Beba. Se acercó más, bajando la cabeza y susurró a mi oído: «Sé por qué estás enfermo. Estás enfermo por mí. Pero quiero que sepas que yo no quiero a nadie más que a ti», dijo sólo eso y se fue. La furia me curó de la fiebre, me levanté y la busqué por todo el cuarto pero había desaparecido: se había ido ella pero no mi rabia: era una traidora que cometía una doble traición: me había traicionado a mí con Franqui y ahora traicionaba a Franqui conmigo. Antes podría haberle perdonado a Beba que me hubiera dejado por otro (después de todo ese otro era un hombre hecho y tenía trabajo: yo no era nadie y no tenía nada), pero ahora ella era imperdonable, una malvada. Felizmente su noviazgo con Franqui no duró mucho. Luego Franqui me contó que ella era distante y fría y sospechaba que fuera frígida. Todo terminó el día en que Franqui invitó al viejo Mauri -el remoto Pipo de años antes- y a Beba a un concierto de la Filarmónica. La pieza de resistencia del programa era *El pájaro de fuego* y, para asombro y embarazo de Franqui, el artista pintor Mauri, terminado ya el concierto, la gente dejando la sala, los músicos idos del escenario, seguía sentado en su butaca. Franqui le preguntó qué esperaba y el musical Mauri le dijo: «Falta que toquen *El pájaro de fuego*». Nunca me reí tanto, me reí con doble risa. No sé si esta gaffe la consideró Franqui una tara hereditaria o si ya estaba decepcionado de Beba, desilusión aumentada por su familia -Trini orgullosa de su novio palaciego, Manuela ignorante y vanidosa, Mauri pretencioso pintor de letreros- pero sí sé que fue por esos días que rompieron el compromiso. Nunca le pregunté a Franqui cuál fue la reacción de Beba, la de las canciones cansadas, a un concierto sinfónico. Pero puedo imaginarla: música clásica, música fúnebre.

De más está decir que nunca volví a tener ninguna intimidad con Beba. Seguimos siendo vecinos distantes hasta que su hermana Trini se casó con el camarero presidencial y se fueron a vivir todos a un apartamento de la calle Industria, no lejos de los cines Verdún y Majestic, predios de su padre. Por todo lo que sé Beba no se casó jamás. Franqui y yo nos hicimos amigos, luego, cuando dejó el seccional y empezó a trabajar en el periódico *Hoy*, muy ami-

gos, después cuando se fue del periódico (destino literario que se hace político: dejó el trabajo por una disputa sobre una cuestión de estilo de prosa de partido que como corrector debía haber corregido) y por esta renuncia lo expulsaron del partido comunista, fuimos inseparables, los dos acusados de trotskistas y fundamos revistas literarias y cinematecas y organizaciones culturales, él convertido en un maestro y un discípulo conmigo en el mutuo aprendizaje del arte y la literatura. Pero ésa es otra historia, la del conocimiento, no la de la vida amorosa. Si quiero revelar que nunca le dije a Franqui que yo estuve enamorado de Beba antes que él, que lo había precedido en besar aquella boca perfecta y pasiva y perversa. Tampoco le conté la historia de su visita incógnita a mi cama de enfermo: ésa permaneció secreta entre Beba y yo -hasta ahora. Y después de todo, esa aparición bien pudo haber sido un sueño.

Aunque objeto el ir y venir de algunas memorias modernas tanto como detesto la estricta cronología, hay una ocurrencia que tuvo lugar antes. Debí de pasar previo a mi romance (o más bien ausencia de romance) con Beba, pero su ubicación está en la misma azotea, ese vasto espacio en que Beba y yo estuvimos un momento juntos en un beso. Como en mi niñez, en mi adolescencia no fui muy robusto y aunque era adicto a los deportes, como juego, no era un muchacho sano y estuve enfermo muchas veces, mi vida en virus. En una ocasión tuve un catarro particularmente malo. Debí de ser alguna forma de gripe, cuando había dejado de llamarse trancazo pero no se conocía todavía como influenza, que me dejó con una gran debilidad, persistiendo el malestar insidioso, sin Dios dirá. Recuerdo que me pasaba los días sentado en un rincón, sin moverme, sin ganas de hacer nada. Tampoco probaba bocado y tenía muy preocupada a mi madre, que veía en mi figura encogida la imagen funesta de la muerte, atribulada por mi enfermedad, sin conocer lo mucho que vivimos los enfermos, que ella misma que no estuvo enferma un solo día de su vida me iba a preceder decenas de años a la tumba. Su congoja duró hasta que intervino Eloy Santos, que siempre confería una gran autoridad a sus palabras, tal vez porque hablaba y actuaba lentamente (era la persona que he visto demorarse más tiempo en tomarse un café negro, una tacita, y era quizás el único habanero que dejaba con su lentitud que el café se entibiara en la taza a pesar del calor ambiente y terminaba tomándolo ya frío, horas después de habérselo servido para eterna incomodidad de mi madre) y pronunciaba muy claramente a pesar de su acento sincopado habanero: virtudes de la enunciación y la parsimonia. Eloy Santos determinó que yo necesitaba tomar baños de sol -lo que parece una tautología física en el trópico. Pero en el tenebroso solar de Zulueta 408 no entraba el sol, sólo la luz ceniza, ubicua, y nuestro cuarto, que no tenía ventanas al exterior ni balcón a la calle, era particularmente oscuro. Mi madre decidió enseguida seguir el consejo sin duda sabio de Eloy Santos y escogió el lugar para mis baños de sol: la azotea por supuesto. Allá subí yo con paso indeciso, incrédulo, cargando una frazada vieja que extendía sobre los ladrillos cubiertos siempre de hollín y sobre ella me tumbaba. La extensa azotea lindaba por uno de sus extremos con el vacío, que era el pasaje que unta la calle Zulueta con el paseo del Prado. Al otro lado del pasaje estaba el hotel llamado inevitablemente Pasaje y entre nuestra azotea y el presuntuoso pent-house del hotel se alzaba como las ruinas de un puente una estructura de hierro enmohecido que sostenía un techo de cristal, ahora completamente ruinoso, con grandes pedazos al aire libre y otros con fragmentos de vidrio todavía adheridos a la armazón metálica. Estas peligrosas estalactitas vítreas hechas por el hombre a veces se desprendían y se estrellaban contra el suelo del pasaje: sólo el azar habanero impidió que mataran o mutilaran a un viandante ignorante de los peligros que amenazaban el cruce del pasadizo. No veía esta construcción decididamente malvada porque tenía los ojos cerrados contra el sol cegador. Pero después de estar las que me parecieron horas staccato (sin embargo el beso de Beba duró una eternidad legata en un segundo y habría dado mi alma inmortal entonces por prolongarla) tumbado bocarriba y que sin duda no fueron más que unos pocos minutos, me di vuelta y me acerqué aburrido al borde de la azotea en busca de distracción visual en medio del monótono resplandor vibrátil. El sol ardía sobre mi espalda mientras miraba para el hotel Pasaje y sus habitaciones con las ventanas abiertas a los balcones colgando sobre la arcada. Cuando acostumbré mi vista a la luz de magnesio magnificado vi que los cuartos del frente estaban todos vacíos: era voz del vecindario que la decadencia del hotel Pasaje corría parejas con el deterioro del techo de vidrio del pasaje. Pero seguí recorriendo el hotel con la mirada: una hilera de cuartos abiertos deshabitados. De pronto, en la esquina del edificio, lejana y sin embargo bien visible, había, como en los otros cuartos, una cama central pero ésta era un lecho: sobre las sábanas estaba acostada una mujer -completamente desnuda. Yacía bocabajo, con uno de los brazos bajo su cabeza rubia, el otro extendido a lo largo de las piernas abiertas formando casi una Y Su cuerpo era pequeño y prieto y perfecto. No supe si se hacía más oscuro por el contraste con las sábanas o por su cabeza incongruentemente blanca, pero ella se veta casi de color yodado. Sólo su pelo desentonaba -era rubia artificial sin duda- en chocante oposición del oxígeno con el yodo, una imposible combinación química hecha posible por la moda ahora. Esta mujer (quiero creer que era una mera muchacha, casi una niña por su desnudo en miniatura, aunque tal vez fuera una ilusión óptica creada por la distancia: los cuerpos, aun los femeninos, tienden a disminuir según se alejan del observador hasta alcanzar el punto de fuga) tenía unos muslos que no eran gordos sino llenos y una espalda lisa, breve, con una cintura fina que terminaba en unas caderas estrechas que hacían más notables sus nalgas, verdadera calipigia. La canal de la espalda, ligeramente más pálida, casi se unía con la raja del culo, oscura y, como la vagina de Etelvina, misteriosa y sombría. Todo su cuerpo brillaba como si estuviera untado de vaselina o mejor de mantequilla y las carnes se veían todas prietas y apretadas. Era la segunda mujer que veía desnuda-la tercera si incluía a mi madre y si las dos primeras estaban alejadas por los tabúes del incesto y la infección, esta de ahora era lejana y permaneció envuelta en tercer tabú terrible: ¿y si se volvía y miraba y me veía? Podría desatar su furia y alarmar al hotel y hasta alertar los perros guardianes que custodiaban el pent-house. No me moví de mi posición, que repetía la suya como si ella estuviera debajo de mí bocabajo, postura sexual que no iba a completar sino veinticinco años

después. Me hice inmóvil con la pretensión de hacerme invisible, siguiendo la regla natural del camuflaje del cazador y el cazado que declara que lo que no se mueve, no se ve: sólo se ve el movimiento. Pero me hubiera gustado ver su cara, que nunca vi. La sola visión de aquel desnudo que todavía me parece ideal (color, carne, cuerpo) me curó de mi catarro y de mi acidia: La cura consistió en una masturbación casi pública (otros edificios más altos tenían vista a la azotea del solar, estaba el pent-house del hotel, había el riesgo de una vecina venida a tender su ropa), que empecé no bien volví a la frazada, bocarriba ahora, desafiando cara a cara a los posibles testigos, al sol y al cielo sempiterno. Por supuesto después de la eyaculación, que fue la culminación espasmódica de mi homenaje anónimo a esa diosa decúbite supina, no regresé al borde del miraje sino que bajé a casa, a limpiar el embarro: por eso detesto las masturbaciones yacentes. Subí a la azotea al día siguiente y al otro y al otro, supuestamente a continuar mi cura de sol pero en realidad a buscar la aparición -que no volví a ver nunca más. Busqué en vano con los ojos por toda la habitación, que continuaba abierta, pero solamente estaba la cama vacía, ya no más lecho. Esa visión única es sin embargo un tesoro: la guardé conmigo todos estos años y es solamente ahora, generoso súbito, que la comparto. Pero la ocasión tiene un final feliz, casi cómico, dado por mi madre, la pobre. Volvió Eloy Santos a la casa días más tarde a preguntar cómo me había ido con su cura y respondió mi madre con un retruécano involuntario: «Remedio santo».

En el cuarto que hacía esquina a la izquierda de la T, vista desde nuestro cuarto, vivía un músico de la Filarmónica que tocaba el violín. Era alto, delgado y rubianco. Muy fino, ceceaba al hablar y se quejaba a mi madre a menudo de la poca hospitalidad del entorno, queriendo decir el solar. Era lo que se llamaba entonces pájaro, luego se llamó pato y finalmente, por los últimos años cincuenta, loca. En dos palabras, era maricón. Compartía su cuarto con un hombre más joven, también alto, también delgado, con aspecto de andaluz profesional -que tal vez lo fuera pues estaba aprendiendo baile flamenco y se pasaba las horas taconeando rítmico y haciendo sonar castañuelas. A pesar de que los habaneros son ruidosos y han sido bautizados los hablaneros, el solar de Zulueta 408 era relativamente callado, sobre todo temprano en la tarde, y el solo sonido que rompía la quietud de la poca gente que quedaba en el edificio, con los hombres ausentes, irrumpiendo en alguna siesta ocasional era el zapateado continuo y el repique de las castañuelas, las dos conchas de madera castañeteando penetrantes, insistentes -instrumento que hasta entonces era para mí feudo femenino, asociado siempre con los barrocos buscanovios y la intensa mirada de Imperio Argentina, falsa andaluza. Por supuesto el futuro flamenco era maricón. Ambos artistas vivían, practicaban sus respectivos instrumentos -a horas distintas- y presumiblemente hacían el amor tras puertas cerradas, discretos y distinguidos. Ellos eran los únicos maricones de nuestro piso pero no estaban solos en el falansterio.

En realidad el piso estaba emparedado entre dos pisos en que pululaban los pederastas. En los cuartos de la azotea vivía (aparte de Elsita una negrita menuda y flaca y fea) Eliseo, un maricón maduro, muy serio, más bien fúnebre, quien al hablar con mi madre solía decir: «Zoila, los que tenemos este defecto», aludiendo a su mariconería como Hamlet a su «falta particular». Eliseo solía rondar la ventana que quedaba encima y frente a nuestros baños, tratando de espiar a través de las telas metálicas que aireaban los baños a los bañantes no a las bañistas. Más de una vez lo vi mirando furtivamente al baño que yo ocupaba, su cara triste vuelta ávida para volver a ser lívida por el fracaso de no poder penetrar con su mirada de marica las telas metálicas hechas tapias por el óxido y el polvo acumulado. En contraste con el soturno Eliseo vivió allá arriba un tiempo, un negrito flaco, huesudo, pequeño, que usaba espejuelos de aro de metal y era costurero de oficio. Parecía una versión venérea del venerable Gandhi y se llamaba Tatica pero se hacía llamar la costurera Tatica. Tatica era un delincuente habitual que había estado varias veces en la cárcel y contaba a mi madre (ella era muy buena para oír confesiones de mujeres y maricas) cómo se divertía en el Castillo del Príncipe. «Zoila», decía, «he pasado en el Príncipe los mejores años de mi vida», y se sonreía como si hablara del Hotel Nacional y no de una prisión horrible. «Me tratan como una verdadera dama.» Tatica pasó poco tiempo en su cuarto de la azotea. Un día vinieron a buscarlo unos policías de paisano (nunca supe qué crimen había cometido esta vez) y mientras bajaba las escaleras como si fuera una escalinata de mármol se despedía de Eliseo, de Elsita, de mi madre diciendo: «Hasta luego, muchachas. Me voy de veraneo al Príncipe. ¡Cómo voy a gozar!», y parecía efectivamente feliz de volver a la cárcel. El otro inquilino de la azotea era Diego, un bugarrón profesional: se acostaba con maricones por dinero. Aunque por esa época compartía la superstición sexual popular en La Habana de que un bugarrón, al ser el miembro activo de la pareja, no era pederasta. Hoy sé que era tan homosexual como el culpable Eliseo y el inocente Tatica y que su profesión era una tapa, una coartada sexual.

En el piso de abajo, el primer piso, ese lugar oscuro y remoto al que no alcanzaba siquiera la luz ceniza, siempre en penumbras, estaba todo habitado por homosexuales. No tiene explicación racional esa congregación de cundangos. Con excepción de Venancia, la encargada, y sus hijas Fina y Chelo, y de Nersa y su madre y Emiliana (una mediotiempo rubia, de pelo largo y mucha pintura en la cara, solterona solitaria que sin embargo reunía a muchachas de la vecindad y del edificio, uniéndolas en un círculo del que era el centro, contándoles relatos románticos, tal vez leídos, tal vez inventados y de quien luego se llegó a rumorear que era invertida y tenía un cónclave de lesbianas jóvenes, zafia Safo de Zulueta: nunca se llegó a comprobar si era cierto pero entonces, puro puritano, me escandalizó, aunque ahora creo que el rumor era verdadero: Zulueta 408 era una colonia sexual) y la vieja Consuelo Monfor, que había sido cupletista y a quien yo respetaba por sus conocimientos musicales, que iban más allá de la zarzuela (un día fui a tararearle una melodía, oída por radio, que me acosaba y me dijo enseguida: «*La Serenata* de Schubert»), aparte de esas mujeres inquilinas el resto de los cuartos estaba habitado por hombres homosexuales, todos pasivos. Los maricones mantenían, como el matrimonio de músicos, un aspecto aceptable para el machismo cubano, aunque

muchos eran de ese tipo de loca habanera que proclama a gritos con su voz, su caminado, sus maneras y aire exageradamente afeminado su condición de loca irredimible, agresiva social en su pasividad sexual. Uno de los maricones que vivía allí era un mulato ya entrado en años, calvo, discreto -pero que rompió su voto de silencio una Nochebuena que se emborrachó y empezó a gritar por los pasillos: «¡Candela! ¡Que me den candela! ¡Mucha candela!», queriendo decir que necesitaba fuego y no fuego fatuo sino fuego sexual. Al otro día, contrito, se excusó ante cada puerta, en un acto de humillación que le era tan necesario como la explosión de la noche anterior.

El incidente que alteró, mejor dicho, acabó, con la discreción de las locas de Zulueta 408 hizo notorio al edificio no sólo en La Habana sino en todo el país. El protagonista era un maricón músico, organista de la iglesia de La Salud, un hombre muy serio, muy comedido y muy católico. Este organista, que vendría a ser conocido póstumamente como el organillero, rebajando su calidad de músico al tiempo que era difamado después de muerto, levantó un hombre joven en el parque de los Enamorados (al que habría que dar su verdadero nombre de parque de los Mártires -¿o tal vez sería mejor llamarlo parque de los Mártires del Amor?). A juzgar por las fotografías era bastante feo, con cara casi carcelaria, que sería sin duda patibularia con los años, pero este aspecto tal vez fuera causado por esa invariable calidad criminal que tienen las fotos de la policía y aun las fotos de los periódicos que cubren el crimen, la llamada crónica roja -aunque este tenorio notorio llegó a estar en la primera plana de todos los periódicos.

Una mañana oímos por radio que habían aparecido en los portales del Centro Asturiano, a media cuadra de casa, dos muslos humanos burdamente envueltos en periódicos. Nos preguntamos si no sería un crimen político más, que abundaban entonces, las pandillas en que habían degenerado las organizaciones terroristas políticas de los años treinta matándose entre sí en las calles de La Habana. No era difícil imaginar que el muerto a que pertenecían aquellos despojos fuera un pandillero asesinado, aunque las armas usuales eran las pistolas y no el cuchillo. Después la radio anunció que habían sido encontrados dos brazos en otro portal no lejano. Por el mediodía llegó la noticia de que unos muchachos habían encontrado un torso humano (y, un detalle que hacía a la víctima difícilmente un hombre de acción, una zapatilla) en el jardín del Instituto. Cuando me iba con mi padre para el periódico (había conseguido un trabajo temporal traduciendo del inglés para el magazine de Hoy), vimos un grupo de gente en los jardines y nos acercamos a mirar nosotros también la curiosa cosa que era un torso humano cuarteado. Todavía la policía no había levantado el cadáver (o el trozo que quedaba de él) esperando por el forense, quien, como el marido engañado, es el último en llegar al lugar del crimen. Envuelto malamente en periódicos, rodeado de moscas y de gente, vi lo que bien podía ser un pecho de vaca: no quedaba nada de aspecto humano en aquellos restos. No me impresionó particularmente porque no relacioné aquel pedazo de carne con una persona. Por la noche nos enteramos de que la cabeza del descuartizado, ausente hasta ahora, había aparecido en la taza del inodoro del bar Payret, al doblar. Comentamos la noticia con el mismo interés que habíamos hablado en el pueblo, a principios de los años cuarenta, del descuartizamiento de Celia Margarita Mena por su amante el policía Hidalgo, que ocurrió en La Habana, en la misma calle Monte en que vivimos, unas cuadras más arriba hacia El Cerro. Todavía recuerdo como mi padre me señaló el lugar del crimen, un enorme y feo edificio de apartamentos o tal vez un falansterio como el nuestro. Hablamos del caso del trucidado (el habla contaminada por la prosa periodística) definitivamente identificado como un hombre ya mayor. Lo hicimos con la morbosidad que despierta un asesinato atroz pero sin sospechar lo cerca que nos tocaba. El domingo por la tarde (era verano y mi hermano ya estaba en el pueblo con mi abuela y mi bisabuela) fui al cine, como de costumbre, ahora con dinero para regalarme y ver un estreno. Vi *La feria de las canciones*, con uno de mis amores actrices, la pulcra pelirroja Jeanne Crain. Pero más que la película, más que la imagen coloreada de Jeanne Crain, recuerdo la salida, yendo ya por el parque Central, y la sorpresa de encontrarme a mis padres, aparentemente de paseo, aunque sus caras revelaban preocupación y algo más: miedo. «Vinimos a buscarte», dijo mi madre, cosa que ya yo sabía al verlos de cerca. «Ha ocurrido una cosa terrible.» Entonces no vivía más nadie con nosotros, por lo que pensé que algo le había ocurrido a mi hermano en el pueblo. Mi madre no dio tiempo a mi pregunta. «El descuartizador vive en casa», así llamaba ella, como yo, al cuarto, al edificio entero, al solar, al falansterio. «También el descuartizado. Es ese pobre hombre con que tuve la discusión por el agua.» Ya comenzaba a escasear el agua en esta parte de La Habana, que apenas tenía fuerza para llegar al tercer piso, mucho menos a la azotea, y los vecinos tenían que ir todos con cubos a la pila del segundo piso, donde a veces la cola no mantenía el orden necesario, los buscadores de agua, como nómadas del desierto ante el espejismo de un oasis, desesperados por no poder llegar a tiempo para llenar su vasija. Fue en una de estas colas malformadas que el organista intentó pasar antes que mi madre. Yo no estaba presente porque ocurrió muy temprano en la mañana pero según ella el hombre había sido bastante desagradable, casi odioso. Ahora fui hasta la casa escoltado por mis padres, uno a cada lado como para guardarme del cuchillo asesino. La enorme entrada estaba custodiada por un policía, el portón que no se cerraba hasta las diez, dejando una puertecita lateral en la que estaba la cerradura, aparecía ahora trancado. Había más policías y fotógrafos y otros hombres que debían ser policías secretas y periodistas esparcidos por el pasillo del segundo piso, el lugar del crimen. Subimos hasta nuestro piso donde había agitación y también miedo. Recuerdo que no me dejaron salir de noche en muchos días. Pero más alarma que en ninguna parte habla en el cuarto de enfrente. Allí se había mudado, cuando se fueron las chinas devenidas suntuosas concubinas, una familia negra compuesta por el buen viejo Valentin (que no era tan viejo: el adjetivo se debe a la aliteración), su mujer Angelita, que era enorme: una negra grande y gorda y siempre sonriente, riente, a carcajadas, su hermana Fermina y los tres hijos del matrimonio: Eloy, constantemente dispuesto a cantar una guaracha o un guaguancó, eterno bailarín y adelantado fanático de la música de Chapottin, Nela que era una mulata por generación espontánea, alta y nada fea y que tenía uno de los culos más voluminosos que he

visto, esteatopigia que la hacía muy popular en el barrio, y su hermanita, que de tan enanita y despierta que era la llamaban por el apodo de Cominito. Ésta era una familia feliz, pobre pero de una gran riqueza folklórica. El viejo Valentín se hizo famoso en el solar por su consejo en tiempo de huracanes. «Contra el ciclón», solía decir, «no hay más que tres elementos: clavos, velas y agua», lema que repitió ad nauseam durante uno de los tantos ciclones que amenazaron La Habana y cruzaron por otra parte de la isla en esa época. Fermina, con su cara llena de arrugas y verrugas, acostumbraba a cubanizar todos los nombres de los actores que le gustaban. Así Robert Taylor se llamaba en su voz Roberto Taylor, Gregory Peck era Gregorio Peca y Clark Gable, de más difícil domesticación, se convirtió en Clarco Gable. Un día tuvieron una dilatada discusión (toda la familia, menos Cominito que no hablaba, era dada a discutir) técnica en la que el viejo Valentín afirmaba que se decía impulsión a chorro, Angelita decía que era expulsión a chorro, Fermina estaba por repulsión a chorro y Eloy por emulsión a chorro. Nela no participaba de la discusión, nunca interesada en las palabras a menos que fueran de amor -lo que me alegró pues ya hacía tiempo que le habla echado el ojo y ella no era indiferente a mis miradas. Hubo una gran consternación y tristeza en la familia cuando el viejo Valentín me llamó para que terciara en la discusión, como experto en palabras, y dijera quién tenía la razón sobre la propulsión, al declarar yo que nadie, que el término técnico era propulsión a chorro -frase en la que ninguno había pensado remotamente.

No puedo hablar de esta familia sin mencionar mi experiencia erótica con Nela. Ella era bastante sata, palabra habanera que quería decir coqueta pero de una manera que lindaba con la putería, sin significar putaísmo ni oficio de meretriz, sino mera salacidad -es decir, satería. Nela era más sata que santa y no había otra cosa que hacer que saturarla, desatarla. Ya ella había tenido sus encuentros con mi tío el Niño antes de casarse él y yo sabía que ella había aceptado también atenciones de más de uno en el edificio y en la calle. Pero al mismo tiempo que sata, Nela era difícil y apenas se podía pasar de un apretón, tal vez un beso veloz. Pasó el tiempo, años acaso, ocurriendo ocasionales encuentros con ella, persiguiéndola yo cada vez que era posible pero fuera de la vigilancia del viejo Valentín, que era un negro muy serio, severo, como suelen serlo algunos negros, tanto que hay mucho respeto, aun por los blancos más racistas, por un negro decente y digno. También estaba su hermano Eloy, que aunque todo lo que le interesaba era el baile perpetuo y la música incesante, tarareando un ritmo bailable cuando no había un radio sonando, aparato de transmisión que en el solar devenía instrumento musical, a pesar de su coreomanía sabía lo deseable que era su hermana y vigilaba a Nela. Tal vez supiera que ella era una mujer, una muchacha, una mulata dominada por su sexualidad. Hasta la monumental Angelita, angelical en su euforia, tenía un ojo en su hija, como un monóculo sobre su culo único, joya a la espera de una estereotomía, protuberancia preciosa, jiba donosa -mientras mantenía el otro ojo en sus innúmeros motivos de risa. Muchas veces, eluyendo experto la vigilancia familiar, cité furtivamente a Nela a la azotea, predio de todos mis juegos, pero aunque acudió a las citas no pasó de escarceos y toqueteos. Pero un día descubrí que ella estaba a solas, en la casa, completamente sola: hasta Cominito habla desaparecido, tal vez reducida a su más ínfima expresión: un, mínimo comino, la familia como fugada olvidando su más preciada posesión. No me detuve a desvelar ese misterio sino que entré en el cuarto, me acerqué a Nela, ansiosa ella, yo ya rijoso, y comenzamos a besarnos sin siquiera saludar, sin hablar: no había nada que hablar con Nela, aun intentar una conversación sobre sexo era inútil con ella: era un animal para el sexo práctico y solamente la estricta vigilancia había evitado que se expresara abiertamente hasta ahora, creí yo. Con mucha lucha y hasta un poco de pancracio, forcejeos, insistencias, negativas hipócritas, logré que se quitara el vestido único y como no llevaba ajustadores (no los necesitaba) vi sus tetas que hacían contraste con sus enormes nalgas: eran pequeñas y puntudas y declaraban a qué pueblo pertenecían sus antepasados africanos, sus raíces raciales. La empujé hacia una de las camas (en estos cuartos siempre había cuatro camas: ¿número mágico o capacidad cúbica?) que estaba en la pared de la puerta, orientada en el mismo sentido que se abría, detrás de la hoja. Había besado sus gordos labios color de hígado y ahora besaba, más bien mamaba, sus teticas del tinte de su boca, con pezones prietos que continuaban la punta de la teta, diosa dahomeyana. Ella se revolcaba en la cama cuando yo traté de quitarle los pantaloncitos, apretando los masivos muslos, considerables pero menos carnosos que su culo, ahora debajo del cuerpo levantando su pubis esquivo. Ante tanta resistencia insinuante no quedaba más que la insistencia. Me saqué la polla, la picha, la pinga y los numerosos nombres que tiene el pene en Cuba, todos curiosamente femeninos, mientras la vagina se llama bollo, extracción experta de un solo golpe de mano. Intenté introducirle todos esos nombres que era una sola cosa, mi cosa, por un extremo del pantaloncito, tratando de pasar por una hendidura lo que sólo cabía por una puerta, pero ella cerraba los muslos con tal tenacidad que desde entonces me hizo creer que no existe la violación si la comete una sola persona: es imposible penetrar a una mujer que realmente resiste. (En todo este tiempo sin tiempo la puerta estuvo abierta, nosotros solamente protegidos del pasillo y de un pasante curioso por la cortina que -propicia: era verano- colgaba inerte. Pero yo estaba consciente de que alguien de su familia podía entrar en cualquier momento, tal vez al instante siguiente.) Sus movimientos que eran opuestos y dispuestos al mismo tiempo y mi ardor adolescente me hicieron venirme sobre aquellos muslos inmensos color café, tabaco, yodo oscuro, y broté, fuente feliz, en torrentes espasmódicos, mojando su piel, los pantaloncitos invencibles, su vientre que era una barriguita que hacía un gracioso pendant púdico a su trasero total. La eyaculación, en uno de los movimientos periódicos del pene, había rociado su cara y ahora ella pasaba su lengua larga por las manchas blancas sobre su cutis oscuro y seguía moviéndose: los mismos movimientos mecánicos que me impidieron quitarle los pantaloncitos al principio y luego penetrarla, siendo tal vez el primero en gozar su salacidad, eran ahora giros de placer solitario. Pero no era caso de quedarse allí, ser sorprendido, difamado y tal vez obligado a casarme si no a punta de escopeta al menos por la fuerza moral del viejo Valentín, por lo que

guardé mi pene presto, abotoné la portañuela, me levanté de la cama y salí calmo del cuarto -dejando a Neta todavía ondulante en la camita que nos sostuvo milagrosamente por lo precaria que parecía ahora, ella moviéndose, meneándose mejor y aprovechando que el cuarto seguía vacío, que el pasillo estaba desolado, que la cortina caída a plomo la protegería de cualquier ojo observador, se disfrutaba sola sobándose un seno. Eso fue lo más cerca que estuve de acostarme (figurativamente porque realmente habíamos estado acostados: quiero decir de desflorarla) con Neta, quien probablemente siguió siendo virgen, su renuencia jamás anuencia, hasta que se casó con alguien del solar, de los portales de abajo, de las casas vecinas y de nuevo la familia fue feliz. Pero ahora eran individuos infelices. Estaban, como todos, más que todos, apoderados del miedo.

Todo estaba en los periódicos pero como siempre la verdad no estaba en los periódicos. Le costó a la policía solamente 48 horas resolver el caso, lo que no es asombroso dada la estupidez del descuartizador, que se las había arreglado para repartir los miembros en un radio de menos de cien metros. Pero hay que acreditar a la capacidad investigativa de la policía (ayudados por el cura de la iglesia de La Salud que reportó la ausencia de su trabajo por dos días del organista) que hubiera dado tan pronto con la casa del asesinado. Cuando entraron en su cuarto (fueron siguiendo una deducción que era más una intuición) obtuvieron una llave extra de Venancia la encargada para hacerlo. No notaron nada anormal hasta que uno de los técnicos -«criminólogo» lo llamaron los periódicos- encontró huellas de sangre en la pared y cuando aplicó sus detectores químicos halló que prácticamente todo el cuarto había estado manchado de sangre, las manchas lavadas cuidadosamente con agua -una hazaña en sí misma, habida la escasez de agua que había en el edificio. Dejaron el cuarto como lo habían encontrado, cerraron la puerta y dos agentes se sentaron en el cuarto de la encargada, cuya reja permitía dominar todo el pasillo. Había otros policías de paisano apostados en la calle, todos esperando al presunto asesino. Por fin apareció, caminando tranquilo, un hombre común y corriente, sin cargos de conciencia ni apariencia truculenta. Cuando enfiló por el pasillo Venancia (que lo veía todo) dijo que ése era el compañero de cuarto del organista. Lo prendieron antes de entrar al cuarto, sin hacer él la menor resistencia. En la jefatura de la policía secreta (que era la encargada de las investigaciones y cuyos agentes lo habían detenido: no había otra policía investigativa entonces, tiempos tranquilos, la policía nacional dedicada a guardar el orden y cuidar el tránsito) confesó enseguida. Había conocido al organista (que devino en la lamentable pero popular prosa de un columnista de músico sacro en mero organillero: parte del relato que sigue está reconstruido de los periódicos de la época) en el parque de los Enamorados y éste le había ofrecido su casa (su cuarto) y pagarle sus gastos. Le había prometido también (y aquí estaba el origen del crimen) darle dinero extra. Llevaron una relación más o menos estable por varios meses (el asesino cuidó mucho de establecer su identidad de bugarrón, de homosexual activo, el organista definido como el maricón, el homosexual pasivo, definiciones muy importantes para la mentalidad machista popular y, más decisivo, para su status en la inexorable estancia en la cárcel), pero últimamente el organista parecía desinteresado en su futuro asesino. No sólo no le daba el dinero prometido sino que llegó incluso a negarse a sufragarle sus gastos. El día del crimen (mejor dicho, la tarde), el próximo asesino había tenido una discusión, verbal pero violenta, con el organista, quien se había mostrado particularmente desagradable. El asesino inminente le pidió dinero una vez más y el proyecto de asesinato le dijo que no, que de ninguna manera, que fuera a buscar trabajo al parque. Furioso con esta salida, el casi asesino cogió un cuchillo cercano (su víctima estaba sentada en su usual mecedora, vistiendo su acostumbrado pijama, todavía sonriendo sarcástico) y sin dudar se lo hundió en el pecho. (La puñalada fue tan feroz que atravesó a la víctima de parte a parte, muriendo instantáneamente, y el cuchillo se clavó en el espaldar del mueble: pero el victimario no supo la profundidad de la herida ni sus consecuencias hasta horas más tarde.) Al ver lo que había hecho, salió del cuarto, cogió una guagua en la esquina y se fue a la playa de Marianao, recorriendo allá los distintos centros de diversión y no regresó al solar hasta tarde en la noche. Al entrar en el cuarto se sorprendió no sólo de que su protector estuviera muerto sino de que siguiera allí, sentado en la misma mecedora, inmóvil, los ojos abiertos, su sonrisa en los labios y el cuchillo clavado en el pecho. Decidió hacer algo al respecto y lo que se le ocurrió, para ocultar el crimen y deshacerse del cadáver, fue descuartizarlo. (El cronista criminal calificó el descuartizamiento de «tarea macabra».) Empleó el mismo cuchillo con que lo había matado, que extrajo no sin esfuerzo. Para llevar a cabo el desmembramiento, que le tomó tiempo, se quitó primero toda la ropa. Cuando terminó de cuartear el cadáver descubrió que había una gran cantidad de sangre esparcida por el cuarto, el piso y las paredes. Se dio a la labor de lavarla, vistiéndose para ir a tirar el agua ensangrentada al vertedero. No encontró a nadie en el pasillo en los muchos viajes que dio al fondo del piso. Finalmente envolvió las extremidades descuartizadas en periódicos viejos y comenzó a repartirlas por los alrededores. No fue muy lejos pues los miembros tendían a salirse de su envoltura. (Nunca se dio cuenta de que una de las piernas llevaba todavía una zapatilla a 1 pie.) Así tuvo que dejar los muslos en los portales del Centro Asturiano y el torso en los jardines más alejados del Instituto -que estaba a solamente veinticinco metros de la entrada al edificio. Lo que le dio más trabajo repartir, cosa curiosa, fue la cabeza, que trató de ocultar en los servicios sanitarios del bar Payret. Primero la lanzó hacia la cisterna pero rebotaba siempre. («Una suerte de baloncesto macabro», añadió el columnista criminal a la descripción.) Cansado de pelotear la cabeza y aprensivo de que entrara alguien al baño, trató de forzarla por la taza, inodoro adentro -cosa evidentemente imposible, pero no lo disuadió de su empeño enloquecido la idea de imposibilidad sino el hecho de que los periódicos, húmedos, se desprendían y la cabeza desnuda tenía todavía los ojos abiertos: esa mirada fija lo aterró y huyó. Nadie lo vio deshacerse de sus paquetes (lo que el periodista llamó «carga macabra»), pero en los varios viajes que dio a la calle, llevando sus miembros, siempre se encontró parado en la puerta lateral un negrito que lo saludaba. Llegó a pensar que este testigo inocente sospechaba y se preguntó si no tendría que matarlo también. Este

negrito era Eloy, cogiendo fresco en la puerta de la calle, como hacía a menudo en el ardoroso verano habanero. De ahí el miedo retrospectivo que padeció, por los periódicos, Eloy y que compartieron no sólo su familia sino todos los inquilinos horrorizados por el crimen. Pero el horror dio lugar a la indignación. Uno de los periodistas más conocidos de La Habana, de Cuba, había escrito un editorial de primera plana en su periódico en que condenaba justamente el asesinato pero injustamente había llamado al solar el «cubil de Zulueta 408» (hubo, naturalmente, discusiones entre el viejo Valentín y su familia acerca del significado exacto de la palabra cubil), acusando al edificio -y a sus habitantes por implicación- como incubador del crimen, capaz de albergar a otros asesinos (¿y no a otros asesinados?), albergue pasado y futuro de lo que él llamaba la «hez de la sociedad». Aunque muchos no entendieron esta última frase, todos compartieron la furia contra la injusticia verbal de ser llamados delincuentes, de ser tildados de criminales, de ser condenados sin haber sido siquiera juzgados -sobre todo cuando la mayor parte de los habitantes de Zulueta 408 no tenían otra culpa que ser vecinos ocasionales de un asesino atroz. Tardó mucho tiempo en olvidarse no el crimen sino la calificación moral. Pero la vida continuó, más persistente que las palabras.

Sin embargo hay que admitir que había algo en el edificio, en el aire del falansterio, que esparcía la luz ceniza, quizás a causa de la promiscuidad forzosa, tal vez el carácter cubano o lo que la canción llamaba el embrujo del trópico que predisponía a la pasión pública, al uso del sexo, a sus posibles variaciones (incluyendo el crimen) y lo hacían un plexo solar. Al cuarto en que vivían los músicos maricas, quienes dejaron de pronto su habitación poco tiempo después del caso del organista descuartizado, sin saberse sus razones, tal vez musicales, porque se habían mudado súbitos: desaparecieron silenciosos después de tanta melodía de violín y percusión de castañuelas, en esa esquina de pecado pederasta vino a vivir un hombre ya mayor, muy serio, de aspecto respetable, callado, de bigotito y con espejuelos de carey. Se llamaba Neyra a secas pero se hacía llamar el Dr. Neyra, la de ere antes del apellido confirándole mayor respetabilidad y su cuarto era su oficina (también vivía allí pero aseguraba insistente que tenía su casa propia en otra parte de la ciudad, indicando de paso que estaba en un barrio bueno) y fue el primer inquilino que instaló ese lujo tecnológico que era para nosotros un teléfono en Zulueta 408. El Dr. Neyra se creía importante y para muchos vecinos llegó a ser importante y le venían a consultar complicadas transacciones -cuyo carácter era un espeso misterio. Pasó el tiempo transicional y un día de asueto el Dr. Neyra invitó a los muchachos ya crecidos del piso a su oficina, que ahora él llamaba despacho, y vi el escritorio y el teléfono pero también noté la cama estrecha adosada. Casi enseguida el Dr. Neyra comenzó a hacer confesiones sobre su vida y milagros telefónicos. Era la primera persona que yo conocía capaz de hacer uso sexual del teléfono, Graham Bell reducido (o elevado) a alcahuete. Según el Dr. Neyra (y nosotros no lo dudamos entonces) llamaba a un número cualquiera (a veces estaba en la guía pero la mayor parte de las veces hacía llamadas al azar) y si salía al teléfono una mujer, después de saludarla cortés, comenzaba a hablar con ella de cosas sin importancia para entablar conversación, pero poco a poco la iba interesando en asuntos íntimos (aquí la voz del Dr. Neyra se hacía baja, grave, pastosa, tan íntima la confesión como la conversación) y terminaba teniendo un romance con ella, todo por teléfono. No fallaba nunca. Ahora mismo tenía una chiquita (no me explico cómo sabía su edad si su política, técnica y arte amorosa consistían en no conocer personalmente a su pareja) que cuando hablaba con ella se ponía tan caliente al teléfono que terminaba ella haciéndose la paja. (Fue la primera vez que yo oí decir que las mujeres podían hacerse la paja como los hombres y recuerdo que por un tiempo no creí una palabra de lo que dijo el Dr. Neyra, simplemente porque no me cabía en la cabeza la noción de la masturbación en la mujer, hembra sin miembro.) «Y yo tan tranquilo», añadía el Dr. Neyra. «Mi misión», ésa fue la frase que usó, «es hacer que ellas se vengán como locas». Nunca supe por cierto cómo resolvía sus necesidades sexuales el Dr. Neyra. Tal vez no tuviera ninguna: le bastaba con tener teléfono. Amor por control remoto.

De las otras personas que vivían en esa zona del piso, la T del pasillo, que tenían una vida sexual extraordinaria (aparte de la ordinaria vida sexual de la madre de Pepito, Joaquina, que aparentemente se entendía con el panadero que subía todas las mañanas a vender pan en el edificio) ninguna tan insólita como Nena la Chiquita. Ella era una mujer muy mayor, casi una vieja, sin un solo diente, que era la criada del viejo don Domingo. (Ése no era su nombre pero lo llamábamos don Domingo porque todos los domingos salía muy bien vestido a pasear por el Prado.) Parecía un senador (o la imagen ingenua que teníamos de un congresista entonces, como un padre de la patria, un patricio, legislador por todos y para todos), alto, caminando estable y erguido, con copioso pelo blanco, pálido de piel, entrado en carnes allí donde todos o casi todos éramos entecos. Pasaba todos los días frente a nuestro cuarto, rumbo al baño vestido con una bata a la que la felpa raída no menguaba su antigua elegancia, una toga, la toalla al cuello como una bufanda blanca. Regresaba del baño con idéntico atuendo y el mismo paso orgulloso y elegante. En ambos viajes lo precedía Nena la Chiquita cargando el cubo con agua y la vasija vacía. Hay que usar, abusar de la imaginación para concebir que alguien que vivía en Zulueta 408 tuviera un criado, mucho menos imaginable que un hombre solo mantuviera una criada. Pero en ese círculo lo imaginable era lo cotidiano y Nena la Chiquita era efectivamente su doméstica. Es más, en una ocasión don Domingo se refirió a ella como «mi ama de llaves». Era un caso de desaforado delirio de grandeza porque nadie nunca tuvo imaginación tan desbocada como para pensar que hubiera entre ellos una relación que no fuera la de señor y sirvienta, que hubiera un nexo de sexo entre don Domingo, tan bien plantado, tan caballero, tan orgulloso y Nena la Chiquita, que era casi lo que describió el editorialista para llamar a todos los habitantes del falansterio: la hez de la sociedad. Nadie sabía cuánto pagaba don Domingo a Nena la Chiquita, como nadie conocía el exacto oficio o profesión de don Domingo, que dormía hasta tarde y salía todas las noches temprano y regresaba después de medianoche. Era imposible que fuera proxeneta (él no podía ser un mero chulo: la palabra le quedaba pequeña para sus ínfulas) y regresaba muy temprano para ser sereno y ese trabajo estaba por deba-

jo de su aspecto. A veces pensé que podía ser un contrabandista constante y rápido que hacía incursiones audaces y raudas cada noche. Pero esas imaginaciones eran sueños inducidos por el opio dominical de mis lecturas de Terry y los piratas y el problema a resolver era cómo catalogar a Nena la Chiquita -¿sería ella una versión vieja y caribe de la osada Dama del Dragón que acosaba a los navegantes del mar de la China? Sabíamos que Nena la Chiquita ganaba dinero porque mantenía al Diego que vivía en la azotea, adonde ella subía sin misterio a menudo. Un día, atacada por uno de los accesos de confesión estentórea a que eran dados algunos inquilinos (inexplicablemente para mí ya que había sido testigo de muchos paroxismos públicos que afectaban a Gloria, la arisca asiática, por ejemplo, quien en una ocasión gritó a todo pulmón en la placita: «¡A mí lo que me gusta es que me singuen bien!»), Nena la Chiquita vino de la azotea, saliendo del cuarto de Diego, adonde ya yo sabía a qué iba, exclamando a toda voz: «¡Yo soy la bien mamada! ¡A mí me maman muy bien!». Nadie vaya a creer que esto avergonzó lo más mínimo a Diego frente a los vecinos: al poco rato bajó la escalera de madera muy tranquilo, taconeando vigoroso contra los escalones como siempre, acentuando su masculinidad. Así no sólo don Domingo tenía un ama de llaves sino que ésta, una vieja nada menopaúsica, tenía un gigoló -y no era la Riviera sino Zulueta 408.

Tuve un encuentro breve pero inolvidable con la sexualidad inaudita de Nena la Chiquita. Aunque yo no era muy estable, solía bajar las escaleras a gran velocidad, a pesar de que, al poco tiempo de vivir en el edificio, me caí en el tramo que iba del primer piso a la calle y me partí un dedo al tratar de agarrar la baranda. Allí mismo tuve una segunda caída, menos seria pero más aparatosa: me golpeé en la espalda, un escalón se me clavó en la espina dorsal y no sé por qué efecto particular, tal vez los nervios, me quedé paralizado, inmóvil sobre la escalera, en la posición que había caído. Estaba paralizado pero podía hablar y hasta gritar, aunque la secretividad del primer piso, colmado de maricones que preferían permanecer en el anónimo, hacía inútil cualquier llamada de auxilio -de manera que me quedé quieto, las piernas estiradas, los brazos en cruz. Al poco rato, por azar o por Eros, venía de la calle nadie menos que Nena la Chiquita, que me vio desde la vuelta de la escalera y subió hasta donde estaba yo tumbado. Me preguntó qué hacía yo en la escalera, acostado, en semejante posición. Le conté la caída. «Hay que buscar ayuda», dijo enseguida pero no se movió de su sitio. Al principio no hizo nada pero lo que hizo al momento siguiente fue sorprendente: como si fuera a auscultarme, doctora dudosa, comenzó a pasarme la mano por el bajo vientre, luego bajó hasta la portañuela y me frotó las partes, sobándome con sus dos manos. Ni aunque estuviera en estado normal habría yo respondido al asalto sexual de Nena la Chiquita, tan vieja, tan desdentada, tan repelente. El terror a que me abriera los pantalones, me sacara el pene y comenzara a actuar (no tenía la menor duda de que empezaría a chuparlo, succión blanda, con su boca sin dientes), era superior al miedo de estar paralizado, tal vez para siempre, reducido a una silla de ruedas. Pero un pavor mayor me atacó: Nena la Chiquita había declarado que era la bien mamada: a lo mejor era también una buena mamadora y a pesar de la parálisis ya yo sabía que el pene tiene vida propia -¿y si respondiera a la tentación toda tacto de Nena la Chiquita y se erigiera en su propio monumento? En ese momento de pánico ella levantó la cabeza y dijo, mirando por encima de mi cabeza: «Se cayó». No me hablaba a mí sino a Venancia (que lo oía todo: no había oído el estruendo mío al caer, pero oyó el frote de Nena la Chiquita tratando de levantarme el pene) que había salido de sus cuartos, de sus cuarteles. Venancia se alarmó y juntas las dos me alzaron en peso (siempre fui flaco de joven) y me llevaron hasta su cuarto y me acostaron en su cama y Nena la Chiquita anunció que iba a buscar a mi madre -para mi alivio, mental y físico. Cuando vino mi madre, aterrada, ante sus ojos doblemente incrédulos (yo herido, yo sano) pude levantarme y caminar y hasta decir: «No fue nada». Nunca tuve otro efecto de la caída que mi encuentro sexual con Nena la Chiquita -y su recuerdo repugnante.

Mi segundo amor en el edificio tuvo por objeto a uno de los raros habitantes femeninos del primer piso y que nunca formó parte de la escuela de lesbianas futuras de la vieja Emiliana. Fue, tenía que ser, un amor de un solo lado. Ella era Chelo, la hermana de Fina, hija menor de Venancia, la que veta todo y oía todo y estaba siempre vigilante. Alguna señal de devolver mi amor tuvo que darme Chelo para venir a despedirnos a mi madre y a mí a la terminal una noche en que cogíamos el tren para ir de temporada al pueblo, aunque nuestra pobreza no nos permitía la elegancia de ir de veraneo (el pueblo era famoso en toda la zona por sus balnearios) sino solamente en viaje de visita al resto de la familia que quedaba viva, apenas nadie. Recuerdo nítidamente esa noche por la despedida de Chelo (que no tuvo nada de extraordinaria, en absoluto tolstoyana, limitándose ella a decirnos, a gritar con su voz adenoidal por encima de los bufidos de la vieja locomotora a vapor adiós que la pasen bien vuelvan pronto, sonriendo con su boca sensual, aumentada al morderse siempre ella el labio inferior y sus grandes ojos negros, rodeados de unas eternas ojeras malvas -que eran como el labio inferior de su mirada- y el pelo lacio cayéndole sobre la cara larga) por el sentimiento de amor que me embargó al momento del arranque estrepitoso del tren, aumentado por el interminable viaje que durarla toda la noche y todo el día entre paisajes cambiantes excepto al atravesar la sabana que era casi como cruzar Siberia en el Transiberiano de la literatura y que me haría fanático del viajar en tren para toda mi vida, pensando rítmicamente en Chelo Chelo Chelo, el ruido de las ruedas haciendo eterno el viaje y mi amor. Pero también estaba el recuerdo de la cara de Chelo, de su brazo tan fino agitando la mano blanca, ondeando brazo y mano hasta que nos perdimos de vista, de su cuerpo delgado hecho frágil por el contraste con sus grandes tetas -que no recuerdo haber notado entonces, ella delicada, sino en otra ocasión.

Chelo contrajo una rara enfermedad: estómago caído. Yo había oído hablar del colon caído, que cuando oí el nombre la primera vez me pareció tan cómico, mal casi como el que aseguraban los libros de historia que acaeció al Descubridor en su último viaje en cadenas: Colón caldo. A Chelo se le había hundido el estómago por culpa de lo que era para mí su encanto: su delgadez. (Años después me puse a analizar por qué me enamoré de Chelo y descubrí

que tenía su origen en su parecido con Ann Dvorak, la impronunciable, casi caquética hermana de Paul Muni en *Caracortada*, que fue uno de mis amores de sombras en mis años infantiles.) Para curarse de su mal, Chelo debía reposar. Hacía su reposo en el segundo cuarto (ahora Venancia tenía tres cuartos como habitación, que era para el solar casi una suite: por una suerte de justicia doméstica la criada del falansterio vivía incomparablemente mejor que cualquiera de sus inquilinos) en una cama colocada frente a la puerta abierta para disipar su tedio: así podía ella mirar afuera y ver el tránsito de los inquilinos escalera arriba y abajo. A veces yo venía a aminorar su soledad y me sentaba a conversar con ella. Pero no lo hacía sólo por ser buen samaritano sino porque en su bata de reposar, una suerte de pijama o varios pijamas con el mismo diseño, un desmedido descote dejaba ver bastante de las desmesuradas tetas de Chelo. Yo me entretenía (olvidando de paso la historia que ella contaba o el cuento mío que debía hacer de contrapartida) mirando esos blancos globos gordos que colgaban hacia los lados, preguntándome a veces hasta dónde llegarían, viendo que desaparecían por el extremo último del escote. Pensaba que Chelo no era inocente a mis miradas, que ella sabía que yo estaba allí para mirar más que para oír, que más que sus ojos negros, con ojeras ahora más oscuras, su boca toda labios, lo que me interesaban eran sus ubres ubérrimas ubicuas: regadas por todo su pecho, lechosas, pálidas, palpitantes. Muchas veces estuve a punto de poner mi mano donde posaba mi mirada. Un día particularmente, en que Chelo me pidió que me sentara más cerca, en la cama, tentadoramente, peligrosamente, levanté el brazo audaz para hacer descender mi mano tímida dentro de ella y cuando estaba a punto de zambullir mis dedos náufragos entre aquella cantidad de carne blanca que ondulaba un mar erótico, oí detrás mío la voz de Venancia que decía: «Chelo, ¿no crees que hace demasiado calor?», con su fuerte acento gallego. Años después me iba a maravillar su discreción, su tacto, el hecho de que no me dijera que me levantara de la cama o que me fuera, sino que solamente lo implicara, acto tan ajeno a las costumbres contundentes del solar, en que nada se hacía por implicación sino por la expresión más directa, y el resultado de que tocara exactamente mi susceptibilidad, que era entonces descomunal, y me hiciera levantarme, despedirme de Chelo diciéndole que tenía que estudiar y saber que ella lo sentía, no sólo porque lo dijera sino porque era evidente en su expresión. Otras veces volví al cuarto en que Chelo reposaba en su cura, pero no volví a sentarme en su cama, nunca más estuve a punto de sobar sus senos, que se convirtieron en eso: senos: dejaron de ser tetas íntimas y se hicieron ajenos.

En el serife izquierdo de la T vivió una vez María Martí, otra de las Marías del solar, española, con un hijo gimnasta obsesivo, y ella poseedora de un temprano radio en que solfa oír las atrocidades sonoras de El Monje Loco y su invariable introito: «Nadie supo, nadie sabe la maldad que engendra el corazón del Monje Loco-Jajajá». Nada más la hizo recordable porque se mudó pronto. El cuarto vino a ocuparlo un personaje más memorable que el Monje Loco por su carácter inofensivo dentro de un cuerpo malvado: era pequeño, de una fealdad sobrenatural: su calva, cabeza de domo, y sus ojos saltones más su minúscula barbilla lo hacían parecer un marciano de Wells. Ayudaban a esta impresión sus cortas piernas, su delgadez extrema y la característica de sus facciones borradas que hacían imposible saber su edad: lo mismo podía haber tenido cincuenta que cien años. Claro, no podía tener cien años cronológicos pero lo parecía. Era español, se llamaba Tomás y tenía una librería de viejo (vendía libros realmente viejos pero nunca valiosos) en los portales de Zulueta, en la misma cuadra nuestra. Se movía además con gran dificultad, caminando con un balanceo que pedía la cubierta de un barco, mientras sus brazos iban en otra dirección, cada uno por su parte pero ambos separados del cuerpo en ángulo recto que la doblez del codo hacían casi un triángulo. El torpe Tomás, como lo llamábamos, siempre dados a los apodos todos nosotros, comandados por mi sentido de la aliteración aguda, mudó a su cuarto un día de sorpresa a una de las mulatas más grandes que he visto: no sólo era alta sino que era corpulenta, pero empezando su corpulencia desde la cintura. Arriba apenas tenía tetas, mientras que abajo desplazaba unas caderas anchas (como una lancha, era la rima de risa nuestra), y grandes nalgas que formaban un culo enorme y muslos y piernas elefantiásicas que hacían juego al conjunto gigante. Los dos componían una pareja tan desigual que resultaba armoniosa: la masiva mulata prieta y el viejecito minúsculo y pálido. Los muchachos del piso siempre fantaseábamos sobre las palizas que propinaba Juana al torpe Tomás en la intimidad, a quien acostaba sobre su gran regazo para castigarlo, perdiéndose mínimo entre sus muslos máximos. Unos años más tarde y mis fantasías se habrían concentrado en la visión del acto sexual de la mulata monumental y el español enano encima: cópula con cachalote chocolate.

Si Juana es importante para mí es porque tenía una parienta que no parecía tener nada de negro, quien aparentemente había pasado años en Estados Unidos y hablaba con acento americano. Ella tenía dos hijos y, muy importante, uno de estos hijos era una hija. La madre, la parienta de Juana, tomando la partida por el súbdito, era conocida como la Americana, sufrió una tragedia que la marcó para siempre. Sucedió que en tiempos de Machado o tal vez después, ella mandó a su hijo mayor, que tenía entonces unos diez años de edad, a comprar a la esquina. No bien había salido el niño cuando hubo una explosión. Ella corrió a la calle entre el estruendo y la gente amontonada alrededor de un centro de expectación para encontrarse con lo que temía antes de abandonar la casa, peor que lo que temía: su hijo estaba muerto, despedazado por una bomba. Jamás se supo si éste tuvo la mala suerte de que la bomba estallara al pasar o si el niño la golpeó con el pie, la bomba parecida a una pelota. Lo que es cierto es que la madre nunca se recobró de esta pérdida y ahora que tenía dos hijos, cuidaba a su hijo con una atención enferma y apenas se ocupaba de su hija-que era digna de cuidado. Ella tal vez tuviera catorce años, tal vez dieciséis cuando la conocí, pero era de una única belleza adolescente. He visto muchas muchachas y mujeres después, gente profesionalmente bella, como actrices y coristas y modelos, en todas partes, y ninguna se aproximó a la belleza de Elena -Elenita para mí, lo que atenúa los paralelos homéricos y la hace más actual. Elenita era de un color canela claro en su cutis inmacula-

do, con una nariz fina y recta, grandes ojos negros que doblaban el negro de su pelo, que peinaba partido al medio, cayendo alrededor del óvalo exacto de su cara. Sin embargo lo que era más notable en su belleza era la perfección de sus labios, dibujados precisamente y al mismo tiempo llenos, yéndose por encima del dibujo en un borde plegado hacia su nariz, eran labios sensuales pero con un toque inocente, casi infantil, en los pliegues de la boca, no comisuras cosméticas sino diseño divino. Verla y enamorarme de ella fue la misma acción. Ella venía muchas veces sola y solfa conversar con Nela, de quien se hizo amiga -tal vez le pareciera una versión joven de su tía Juana. Estas conversaciones no tenían lugar en el cuarto de Nela sino en la placita frente a nuestro cuarto. Mi hermano, con su pasión de tuberculoso (no he hablado cómo se contagió mi hermano de tuberculosis, convirtiéndose la enfermedad en el centro morbosos de la familia, porque mi vida era un caos, concéntrico de estudios, aspiraciones literarias, relaciones familiares y su verdadero vórtice era el amor), también se enamoró de Elenita. Era claro que Elenita lo prefería a él, con su belleza y el vago aire romántico que le prestaba la tisis, y me retraje, dejando de oír la voz de ella, agradable y algo ronca y su risa libre, que desmentía la pesadumbre constante de su madre, que debía pesar sobre su adolescencia adorable. Por contraste todas las muchachas del solar, incluyendo a Beba, palidecían frente a Elenita. Un día, para mí sorpresa eterna, Nela me vino a hablar de Elenita. Nela debía saber que yo estaba perdidamente enamorado de ella: todo el mundo, creo, lo sabía, tanto lo proclamaban mis sentimientos. La sorpresa de la conversación con Nela es que casi pareció un recatado recado. Nunca olvidaré cuando ella me dijo que yo le gustaba a Elenita más que mi hermano: ella misma se lo había confesado. Debí dar saltos mortales, debí cantar canciones con palabras, debí componer un poema épico -pero sobre todo debía haberme acercado a Elenita con este nuevo conocimiento, tan inesperado, mi timidez vencida por la sabiduría, mi amor si no correspondido por lo menos alentado. Pero se interpuso un obstáculo que no fue la consideración a los sentimientos de mi hermano, que iban a ser heridos por la misma flecha de Cupido elenístico. Por alguna razón desconocida Elenita dejó entonces de venir por el solar y siempre pensé que su confidencia a Nela era el recordatorio de una coqueta, su tarjeta de despedida. Mi corazón se hizo evidente, tanto como mis nervios, cuando Elenita, poco tiempo después, subió en Galiano y Neptuno a la misma guagua que yo había cogido en el parque Central, ómnibus predestinado, vehículo elegido por los dioses del amor: Eros, Ánteros. Cuando ella me vio vino a sentarse alegre a mi lado. Dichosos los ojos, estaba encantada de verme, cómo estaba yo. Me contó que la familia se había mudado para La Sierra, que era el Miramar del pobre, y olvidé adónde iba para ir con ella hasta su casa. Claro que mi timidez me impidió acompañarla hasta su casa y no pude anotar su dirección, desprovisto de lápiz y papel, y la confié a la memoria, madre de las musas pero ahora traidora personal: olvidé por completo dónde vivía. Así me vi una y otra vez recorriendo las calles entonces para mí elegantes de La Sierra días más tarde, sucesivos días, días alternos, tratando de encontrarla, fingiendo tropezarme con ella, en una casualidad fabricada que mi capacidad de actor revelaría enseguida como un fraude. Pero el encuentro nunca ocurrió, Elenita perdida pero nunca olvidada. Años después la vi en una tienda de Cuban curios, en La Habana Vieja. Se había hecho una mujer pero la reconocí enseguida. No hubo reacción de mi corazón impaciente porque aunque era una belleza criolla, con un dominio del inglés casi autóctono, no era la Elenita de mi adolescencia, la muchacha de mis sueños y mis desvelos. Más tarde la vi por la calle del brazo de un militar de alto grado. Era todavía más mujer, ahora ancha, cambiada pero con restos de su antigua belleza en su cara. La primera vez que la encontré no tuvo tiempo de verme, ocupada vendiendo souvenirs a turistas pero sin saberlo también me vendió a mi un recuerdo. La última vez miró en mi dirección, sin dejar el brazo de su aparente marido, y no me reconoció: no podía reconocerme -tanto habíamos cambiado los dos, sus ojos incapaces de brillar como en el pasado, imposibles de mirar al pasado, el pasado convertido en sabana de sal.

Al otro extremo de la T vivía otra María, María la Asturiana, madre de la puta de postín pero también de Severa, que no tenía nada de severa. O mejor, era Severa a su modo. María la Asturiana había sido convertida por mi madre al comunismo, tarea extraordinaria si se considera que María la Asturiana (siempre se la llamaba así, su nacionalidad española olvidada por la región en que nació, el nombre regional convertido en gentilicio) era analfabeta, incapaz siquiera de leer un letrero pero mostraba un entusiasmo por las actividades comunistas que aumentaba con los años. Severa tenía una belleza original en su familia: no tenía los ojos azules de su hermana o de su madre sino negros, como negro era su pelo que llevaba lacio y partido al medio, cayendo alrededor de su cara de óvalo largo, con una barbilla pronunciada pero partida, que era su mayor gracia pues sus labios eran finos y la nariz larga y recta, dándole un perfil, cosa curiosa, nada cantábrico y sí muy mediterráneo. Había algo antiguo en la cabeza de Severa. Tenía como su hermana las tetas grandes y el cuello largo pero era más bien alta. Su más definida característica era su carácter, que aprendí a respetar temprano y que es muy particular de muchas mujeres en Cuba. (Al revés de su hermana y de sus hermanos, que no vivían en el edificio, Severa era muy habanera.) Consiste en una agresividad casi masculina, al hablar y al moverse y al enfrentarse con cualquier otra persona que presente un reto, sobre todo con los hombres. Severa era muy liberal con las malas palabras y tenía un sentido del humor agudo pero vulgar, eso que se llamó relajo, sustantivo tan usado en La Habana, en tantos sentidos, todos bordeando el tema erótico, cuando no cayendo en la pornografía, al mismo tiempo que insinúa la falta de respeto a todo. Cosa curiosa que la palabra venga del verbo relajar y signifique lo contrario de rígido: así era Severa. No había nada sagrado para ella y, al mismo tiempo que invitaba a aproximarse, alejaba con una actitud de cuidado conmigo, juego no jodo. Eso y su edad (su edad, ¡cielos! ¿Cuántos años podía tener Severa? ¿Veintisiete, veintiocho? En todo caso no era una mujer de treinta años) me hizo cobrarle respeto: ella podía hacer trizas a cualquier pretencioso pretendiente con una de sus salidas, sin darle entrada, lo que la mantenía aparte de las otras mujeres del solar al mismo tiempo que participaba ella de su vida vis-

itando, recibiendo visitas, organizando juegos sociales (por ejemplo, largas loterías que animaban las veladas, en las que todos los muchachos del piso tomábamos parte: recuerdo una noche particular en que sentado jugando frente a Severa sentí que me frotaban la pierna con un pie desnudo: fue sólo un toque y debió de ser más que una alucinación una ilusión, una forma particularmente aguda del deseo, pues a los lados tenía muchachos entusiasmados con el juego y en el puesto opuesto estaba sólo ella y de seguro que no podía ser ella: mejor olvidarlo, que fue lo que hice), ella era en extremo sociable y sin embargo por su carácter se sabía que se quedaría soltera, sola, sería una solterona: una tía -y aquí llego por meandros al mar, por vía estrecha a la estrella, por digresión a la cuestión: no es de Severa de quien quiero hablar sino de su sobrina, Rosa, Rosita siempre, ella que fue mi último amor en Zulueta 408.

Rosita era hija de un hermano de Severa y no sé por qué razón incómoda vivía ella todo el tiempo en el cuarto de su abuela María la Asturiana. La conocí niña y prácticamente crecimos juntos pero nunca le presté la atención que entregué, por ejemplo, a Beba, hasta el día que vi que se había hecho una muchacha. Ella no era bella sino linda -mejor, mona. No era muy alta, lo que me venía muy bien: soy bajo, ya lo era aunque no lo supiera y todavía no sentía la atracción por las mujeres altas que iba a sufrir más tarde en mi vida. Rosita seguía siendo gordita de muchacha como lo había sido de niña, pero con una gran gracia ahora. Era muy tetona, lo que la hacía parecer más baja aún y tenía una cabeza redonda rodeada de rizos rubios naturales (nada de tintes ni de permanentes) con ojos azules y una sonrisa terminada en hoyuelos tan agradable como frecuente. Era una versión tamaño natural de Shirley Temple. No recuerdo cómo empecé a hablar con ella un día y me encontré con que tendíamos a hablar a solas, a pesar de la presencia casi constante de Severa, que parecía vigilar a su sobrina con más sospecha que solicitud. Rosita estudiaba comercio (que entonces quería decir taquigrafía y mecanografía y un poco de aritmética) en una academia al final del Prado, subiendo una cuadra por San Lázaro, a media cuadra del Malecón. Un día me dio permiso para que fuera con ella a aquella exótica Havana Business Academy. La acompañé, luego la escolté, más tarde le pregunté si podía esperarla a la salida de clases, me dijo que sí y así me vi matando el tiempo de espera sentado en el último banco del paseo del Prado, allí donde los falsos laureles mueren verdaderos por el sol y el salitre, mirando hasta aprenderme cada detalle de la estatua al poeta Juan Clemente Zenea, más recordable por haber sido fusilado injustamente (pero hay alguien ajusticiado justamente?) durante la colonia que por sus poemas publicados -¿inolvidables los inéditos? El monumento no consistía solamente en su efigie: en la base había una musa desnuda (de intención Euterpe, de resultado Erato), alba, de impoluto mármol -ala que manos ocultas y expertas sombreaban a cada rato su monte de Venus, haciéndola una representación cruda del sexo femenino, añadido venéreo verista que borrarían de continuo empleados municipales tal vez preparados especialmente para ello. Pero siempre volvían los anónimos artistas del carbón a hacerle un pubis negro a la estatua blanca. Allí estaba yo frente al grupo escultórico del poeta mártir y su musa ahora pulcra, luego procaz, capaz con mi presencia constante de ver a la indecencia y a la decencia en el ejercicio encontrado de sus labores de amor por la imagen del sexo explícito o esbozado. Luego, temeroso de que me acusaran de obscenidad (siempre tuve ese temor infundado que se hizo por fin fundado un día), ya que era evidente que no estaba entre los agentes detergentes de estatuas polutas y sintiendo oneroso el peso responsable de ser corresponsal privado de aquella guerra pública, cambié de sitio de espera, yéndome más hacia el paseo. Pero cansado de estarme allí viendo las horas danzar sin hacer nada (antes por lo menos tenía la musa y sus formas femeninas y la lucha incierta por el carácter de su pubis, que unos mantenían impúber, otros deseaban púber) le dije a Rosita que vendría solamente a buscarla y ella no objetó mi intención -tampoco puso reparo a que dijera buscarla en vez de esperarla, pasando de un verbo pasivo a uno activo, en semántica sexual.

Pero Rosita no era mi tipo. Aunque yo no tuviera un tipo de mujer definido todavía, prefería las flacas (Chelo, por ejemplo, fue una elección natural, mientras que Beba., con caderas amplias, que tendía a la robustez que creo que alcanzó en sus veinte, fue una selección histórica o social), delgadas si se quiere más delicadeza, y hacia las mujeres esbeltas se dirigirá mi preferencia decidida un día. Ahora sin embargo me contentaba con coger a Rosita por uno de sus brazos bruñidos (solamente, bien entendido, al cruzar la calle o al dejar un tramo del paseo: no me atrevía a otra impropia manifestación de propiedad), apretando su carne blanca, blanda. Apenas si hablábamos. Ya había comenzado mi interés que fue condena por la cultura y, siendo muy joven, era extremista: no soportaba una conversación menuda, hablar por hablar, la cháchara: en una palabra (que siempre quiere decir más de una frase), empezaba a encontrar que se podía conversar muy poco con las muchachas que conocía y aunque siempre he preferido la conversación con mujeres (no sólo suelen ser más bellas que los hombres sino menos veraces pero más verdaderas), no encontraba muchas afinidades electivas femeninas, excepto por una o dos compañeras del bachillerato -fue eran desgraciadamente tan feas que tenía que hacer un esfuerzo grande para mirarlas al hablar, olvidando mi nariz la halitosis y así volverme literalmente todo oídos. Rosita, rubia, baja, tetona, gordita, tonta y casi imposiblemente decente, era sin embargo deliciosa en que componía en carne y cutis la imagen de un personaje que yo había tomado de una novela leída años atrás, lectura que empezó como pornografía pura y terminó por ser un libro mayor, al que volvía siempre para tomar nota. En esta historia el héroe (todavía las novelas que leía tenían héroes) pasaba de la desgracia de la extrema pobreza (como la mía) a la gracia y la gloria gracias a las mujeres y por medio del periodismo (al que yo aspiraba). Este héroe triunfal fue mi ideal durante un tiempo y aunque yo distaba mucho de ser buen mozo y por supuesto no era francés, me identificaba con él al punto de compartir sus gustos en el amor: arribista afortunado siempre conservó una amante menuda, charlatana, de poco seso y mucho sexo: así me imaginaba yo a Rosita: ella era para mí la encarnación de esta representación literaria, versión virgen de Madame de Marelle. Ma boule de Swift. My Stella Rosae. Rosita se convirtió en mi amor, tal vez de un solo lado, aunque yo llegué a pensar que ella compartía

secreta mis sentimientos. Mi sorpresa fue naturalmente extrema cuando Rosita me dijo de pronto un día: «Mejor no me acompañas más a las clases». Lo que resultó un jarro de agua fría en mi cara caliente. Además, yo no la acompañaba a clases, sino que la traía de clases. Era por supuesto inútil señalarle la distinción gramatical: no habría notado la diferencia. Se dio cuenta sin embargo de que había sido bien brusca. «Tú sabes», me dijo, «en el edificio están comenzando a comentar». Ella, como yo, evitaba llamar a Zulueta 408 por su verdadero nombre de solar y así la escalera, el pasillo, los balcones, los cuartos, los baños, los inodoros, la pila, colectivos, hablaban como uno de nosotros dos. Le iba a decir lo poco que importaba que comentaran, que dejara que la gente dijera, que sólo valía la verdad -y la verdad era que yo no hacía otra cosa que ir a esperarla platónico a esa remota academia, de la que por otra parte yo bendecía su lejanía: así tenía más tiempo de acompañar a casa a aquel conjunto de carne perfumada. (Siempre olió bien Rosita: a todas horas parecía recién bañada, pero sobre todo a la hora de la escuela, oliendo a jabón Pompeya, a perfume, a talco. Tal vez por la obsesión de mi madre con el aseo personal -llegaba ella a bañarse dos veces al día- y su uso de jabones olorosos y del perfume, llamado esencia en mi pueblo, fragancia frecuente en mi casa aun en los días de mayor pobreza, tengo fijación con los olores humanos y no hay cosa que deteste más que una persona que hieda, sobre todo una mujer que no huela bien -aunque he llegado a pasar por alto esta obsesión odorífera con dos o tres mujeres que conocí, que no olían precisamente a rosas. Pero no Rosita, pero no Rosita.) Rosita, con sus hoyuelos, sus rizos rubios y sus ojos azules, era a su manera muy decisiva persona y su petición se hizo casi una orden: no pude volver a escoltarla. Lo más que llegué a hacer fue calcular la hora precisa en que debía atravesar el parque Central y cruzarme en su paso. O visitar el cuarto de su abuela, a conversar con Severa, a oírle madurar sus cuentos verdes, en espera de la vuelta de Rosita. Un día en que el atardecer se había hecho noche subrepticamente (debía ser invierno y, aunque apenas se nota la diferencia de temperatura en Cuba, soy muy sensible a los cambios de luz y en invierno los crepúsculos crecen cortos), estábamos conversando Severa y yo en su balcón, que enfrentaba no el pasaje sino el macizo edificio gris del Instituto de La Habana, plantel que yo estaba a punto de abandonar del todo, dejados detrás los estudios escolares por el aprendizaje de la literatura. No recuerdo qué nadería conversábamos. Severa haciendo chistes o satirizando sutil tal vez mi situación amorosa. Sólo recuerdo que Severa me dejó solo de pronto y entró al cuarto sin pretexto, donde no había nadie, su madre de visita en casa de sus hijos -o en un mítin comunista. Me entretuve mirando la calle, siguiendo el curso monótono de los tranvías hacia el infinito en que se encuentran, pensando, deseando tal vez la inminente entrada de mi Madame Marelle, cuando me sentí de súbito abrazado por detrás y dos tetas duras se me clavaron en la espalda. Me quedé paralizado, como la oportuna oruga víctima de una avispa ichneumon y al mismo tiempo estaba deleitado con lo que creía un repentino ataque amoroso, Rosita regresada, retractando su decisión, afirmando su amor apabullante. Mi sorpresa fue aún mayor cuando oí al oído la voz de Severa susurrando: «¿Qué dirían los periódicos si se cayera ahora mismo el balcón y los dos fuéramos a parar a la calle así abrazados?». No pude responder. O mejor dicho, la pregunta contenía en sí su respuesta y fue su acción lo que hizo mi sorpresa extraordinaria. Ya había olvidado el roce casi imperceptible en mi pierna que no podía venir más que de ella aquella noche en que jugábamos lotería, Severa convertida en mi mente en una mujer sexualmente inexpugnable por la fortaleza de su carácter, sus mismos chistes de doble sentido, su espíritu juguetón y distante a un tiempo, en un estereotipo de mujer masculina, transformada para mi en la tía eterna de Rosita. Me soltó enseguida, la picada paralizante completada y voló de nuevo al cuarto. En ese mismo momento, como en un melodrama malo, regresó Rosita de veras. Su entrada tuvo un efecto extraordinario. Nunca antes había acogido su presencia perfumada con indiferencia, pero ahora me resultaba inconveniente, entrometida, aborrecible -porque en un instante había llegado a desear a Severa como jamás había deseado a Rosita, si es que de veras la había deseado o habla sido todo una visión vicaria, labor de amor literario. El incidente, el abrazo furtivo en el balcón, no se volvió a repetir y quedó como un secreto entre Severa y yo. Más que un secreto un enigma: nunca pude descifrar la actitud de Severa, pero con un solo gesto y una frase había borrado los múltiples intercambios, que creí significativos, que hubo entre su sobrina y yo: de golpe ella habla dejado de existir -hasta no repetir su nombre ahora es consecuencia de aquel abrazo raro. Entonces no pude explicármelo. Con el tiempo llegué a la conclusión de que no fue más que una forma de parodia.

La historia de mi vida erótica en Zulueta 408, ese tramo del tránsito de mi vía crucis sexual, esa parte de mi pasión parece una larga iniciación al fracaso: hay demasiados encuentros con mujeres burlonas, falsas difíciles y difíciles fáciles. Pero hay que recordar que hablo de los años cuarenta, una época en que la sexualidad tropical no había sido asumida, al menos por las mujeres, como ocurriría en los cincuenta, años americanos. Todavía quedaban muchos rezagos de esa moralidad española que en mi niñez consideraba que una mujer que se teñía el pelo y se pintaba los labios y se untaba colorete era una puta. Eso ocurría en el pueblo pero también pasaba en La Habana, y a pesar de la promiscuidad propicia de Zulueta 408, allí también imperaba una moral profundamente hipócrita, por debajo de la aparente facilidad social y todas mis amigas cultivaban la virginidad como un don precioso, una suerte de dote. Pero habla también lo que luego conocería por el exótico y exacto nombre de calientapollas, palabra nada cubana, que de hecho río existe en Cuba pero muy apta para describir a estas muchachas y mujeres que conocí de cerca pero no, ay, con la intimidad que yo deseaba. Una de estas mujeres era no por casualidad una muchacha venida del pueblo.

Una de estas calientapollas no tenía, cosa curiosa, virginidad que conservar. Era una mujer, no una muchacha, que estaría en sus veinte pasados, tal vez en los comienzos de sus treinta. Vivía, aparentemente sola, con una hija pequeña, frente a Beba y a Trini. Su cuarto era de puerta abierta con cortina y ella se ganaba la vida cosiendo. Como mi madre que bordaba, ella estaba la mayor parte del tiempo «pegada a la máquina», frase que parecía copiada de

mi madre. Pero no se parecía a mi madre. Hoy diría que era bella, entonces me pareció exótica. Exótica en Cuba debía ser una sueca o alemana, pero mi vocabulario estaba sacado del cine y así Hedy Lamarr, embadurnada de maquillaje oscuro, era exótica en su imperecedera aparición como Tondelayo, la nativa de Malaya. Pero Elvira (ése era su nombre: nunca supe su apellido: en Zulueta 408, como en el partido comunista entonces y luego en Hollywood, todo el mundo se llamaba por su nombre) era a su manera exótica pero no se parecía a Hedy Lamarr, mi amor gigante y en dos dimensiones. El contacto con Elvira tuvo lugar muy temprano, mucho antes de mis aproximaciones a Beba y Rosita, y yo era entonces muy joven. No sé cuál fue el pretexto para entrar en su cuarto. Aunque no hacían falta pretextos en el solar para visitar a un vecino yo conservaba todavía mis costumbres del campo. Elvira era alta y delgada y llevaba el pelo por los hombros, ligeramente ondeado, al gusto de la época: Elvira imitaba a Marta Félix o tal vez la prefiguraba porque María Félix no era conocida en Cuba en esa época: quizá fuera que María Félix encarnaba el epítome de la belleza de los tiempos en América Latina. Pero María Félix fue celebrada como María Bonita mientras Elvira no era considerada bonita por los hombres del edificio y no creo que tampoco fuera bella con un criterio cubano. Ella, como mi madre, solía conversar mientras cosía y un día me preguntó de pronto si yo no tenía una noviecita. Le dije que no, lo que era la verdad. «Debieras tenerla: ya estás en edad. Además, que tú no eres mal parecido.» (Esa declaración fue repetida, para mi asombro doble, por Beba, que le dijo a mi madre un día: «Zoila, ¿cómo tienes hijos tan lindos?», incluyendo a mi hermano en la pregunta que era una forma de elogio, pero aludiéndome directamente: fue esa observación lo que me hizo acercarme a Beba con intenciones, con algo de aliento pues yo me consideraba fatalmente feo, tanto que cuando la Niña, una de las muchachas del pueblo que vivían en el solar, declaró frente a nuestro cuarto, al reprocharle alguien que le gustara el hombre que después iba a ser su novio: «A mí me gustan los hombres feos», me dije que había entonces posibilidades para mí de tener novia, si no tan bella como la Niña, alguien que se le aproximara.) Y he aquí que Elvira, viviendo sola, sin hombre conocido más que el remoto padre de su hija, yendo más allá que la Niña, casi tanto como lo haría Beba en el futuro, me anunciaba que no era mal parecido. Ella y yo conversábamos un día, recuerdo, y me hizo trasladarme de donde yo estaba sentado hacia un lugar no más cerca de su máquina en movimiento perpetuo pero sí propicio a hacerme más íntimo a su persona, con el pretexto (ahora pienso que fue un pretexto, entonces era un motivo) de que le ocultaba la luz. Al levantarme y sentarme de nuevo vi su vestido abierto (tal vez fuera una blusa: entonces no se usaban las camisas para mujeres) que dejaba a la vista su pecho plano y el comienzo de sus senos. Ella no usaba nada encima de ellos, tal vez por pobreza, tal vez porque la pieza era tan rara, tan calurosa que hasta su nombre cubano es extraño: ajustadores. ¿Ajustar qué, cuentas o tetas? Siempre preferí, cuando la descubrí, la palabra venida de Estados Unidos *brassieres*, aunque la palabra sostén tiene una brevedad y un sonido que me gustan, pero vine a descubrirla más tarde y me es de uso ajeno. Más engorrosa es la palabra francesa, *soutien gorge*. Su corpiño, como todas esas palabras anteriores, estaba evidentemente ausente. Miré bien y vi más que el inicio de sus senos, vi una de sus teticas y ella se echó hacia adelante, atendiendo tal vez a su costura o acomodando mi visión, y vi su teta entera, hasta el pezón puntudo. Siempre me ha emocionado la vista de una teta (también la de dos tetas: doble emoción) y ese día comencé a sentir que mi ánimo se hacía físico y se localizaba en la entrepierna. No me había pasado antes con Elvira, con quien tenía cierta amistad pero por quien no sentía nada. Ella se inclinó más aún y yo miré ávido, olvidando a su hija que jugaba en el balcón y sabiendo que estábamos protegidos de los vecinos por esa cortina que era siempre otra puerta. Mirando, ya sin decir nada, sin hablar, la conversación interrumpida por la visión, pude observar que sin dejar de atender a su labor, Elvira me estaba observando, atenta a mi reacción, y puedo jurar que se estaba sonriendo. Elvira, que tenía según mi madre fama de cochina, que aparentemente sufría esa forma poética (al menos su nombre me es grato) del mal infame: flores blancas, se convirtió en una hembra en celo tan violento que la hubiera sacado de entre su máquina incesante y tirado sobre la cama -y acabado con mi virginidad. Aunque ella me llevaba por lo menos diez años: eso era una generación para mí entonces, casi una vida. Pero yo era el claro objeto del deseo porque Elvira se sonreía con su sonrisa arcaica en su cara contemporánea. Impulsado por el sexo, me volví impúdico y me puse de pie, frente a la máquina, que era como decir frente a ella, casi frente a su cara con mi bulto, mostrándole la evidente erección que ella había provocado con sus historias de noviecitas necesarias, sus apreciaciones estéticas y el desplazamiento de mi persona para propiciar la visión de sus senos. El resto lo había completado la intimidad indolente que ella creaba conmigo. Elvira dejó de coser por primera vez desde que visitaba su cuarto, lo que era un acontecimiento: ¿ocurrirían transfiguraciones? Ella me miró a la cara, miró para mis entrepiernas y volvió a mirarme a los ojos. «Ahora siéntate», me dijo finalmente, como si dijera: Bueno, ya veo lo que eres capaz de hacer, ¿y ahora qué?, pero añadió: «Que no me dejas coser con tus distracciones». Su tono era de tan lejana indiferencia que me sentí insultado. Con su desdén Elvira me enfrió de un solo golpe de voz. Había sido un cubo de agua helada sobre mi calentura. La erección se desinfló instantáneamente, el bulto desapareció de entre mis piernas, pero no me senté. Di media vuelta, caminé unos pasos, levanté la cortina y salí del cuarto -nunca más volví a entrar en casa de Elvira. Así era yo de susceptible entonces.

Pero la peor -o tal vez la mejor- fue Lucinda, calientapollas extraordinaria. Ella era hermana de Balbina, cuñada de Carlitos, tía de Payeye y hermana menor de la Niña. Venían todos del pueblo. Balbina, Lucinda y la Niña, la que me hizo concebir esperanzas para nosotros los monstruos y que se había casado pronto con un hombre horrible, vivían en el cuarto que me reveló a Etelvina, la puta precoz, la fletera sifilítica, mi maja desnuda. El padre de las tres hermanas era español, tal vez asturiano, pero su madre era una mulata atrasada que había dejado una marca morena en sus hijas y, sobre todo, en sus hijos, que solamente logró disimular la Niña con su pelo teñido, falsa rubia temprana.

Todos querían con locura a su padre que era una figura respetada en el pueblo, dueño de un café céntrico en que trabajaban los hijos. De cierta manera la venida de media familia a La Habana había sido un paso atrás social, condenados como estuvieron siempre a vivir en el solar (cuando nosotros nos mudamos todavía vivían allí) y por el pobre salario de Carlitos, afilador ambulante. Balbina era una mujer madura y atractiva, aunque tenía las nalgas más aplastadas que he visto nunca, seguramente herencia paterna. Desde los días juveniles, casi infantiles, en que Carlitos era objeto de bromas a sus espaldas («Cárlitos, amolador de cuchillitos»), Balbina fue el paradigma de la mujer desnalgada y nalgas a la Balbina se convirtió en una categoría del museo de medidas de mujeres. Lucinda no era tan alta como Balbina, era bastante baja y con caderas breves pero no tenía el culo achatado como Balbina sino más bien prominente: su figura era graciosa, aunque con una ausencia notable: no tenía una gota de senos: era tan planchada de tetas como Balbina de nalgas y no exagero si digo que nunca, antes o después, he visto una mujer con menos senos. La vi llevar toda clase de ropas: vestidos, blusas, hasta la vi en refajo un día y no tenía más que las marcas de las costillas, estrías en el raso. Su cara parecía polinesia, lo que no es extraño en muchas mulatas, con grandes labios carnosos y ojos rasgados. Tenía el pelo ondeado natural y la nariz chata pero graciosa. Solamente echaban a perder el agrado de su cara unos granos que le salían continuamente. Había hecho de todo para eliminarlos, inclusive practicó por un tiempo un antídoto asqueroso: por las noches se ponía saliva en cada barro y se lavaba cuidadosamente en la mañana. Nunca oí antes de un remedio semejante y tengo que decir que no le sirvió de mucho el unto. Con todo, babas y barros, Lucinda resultaba muy atractiva, pero por alguna razón (¿culpa de su cutis?) nunca tuvo novio y cuando lo consiguió finalmente el resultado de la relación fue casi una catástrofe. Era este novio nocivo chofer de alquiler de la piquera de Puerta Tierra, también terminal de los ómnibus llamados contradictoriamente Flecha de Oro: no podían ser más lentos y sucios. El pretendiente se llamaba Prendes, de nombre Alberto, y era joven, bastante bien parecido, serio y tan callado que resultaba taciturno. Le apodaban el Turco, tal vez, creía yo, porque se parecía a Turhan Bey, el eterno enamorado de María Montez. Pero Prendes llevaba una doble vida y cuando el robo notorio del banco del paseo del Prado, extraordinario porque era uno de los primeros robos de banco que hubo en La Habana y porque los ladrones realizaron un robo récord al llevarse un millón de pesos, que equivalían entonces exactamente a la misma cantidad en dólares, se descubrió que el chofer del carro de la fuga era conocido como el Turco Prendes, de oficio taxista. De milagro no conectaron a Lucinda con el robo para que Zulueta 408 volviera a estar en los periódicos, precisamente en la crónica roja -y tal vez en editorial insidioso señalando a ese centro de infamia donde aun las mujeres son peligrosas.

Antes de que ocurriera el robo (que obligó a Lucinda avergonzada a irse por un tiempo al pueblo: el amor de un criminal incrimina), mucho antes de que conociera al Turco Prendes, fascinante y fatal, que la hizo a mis ojos María Montez por un día, yo solfa tener una relación estrecha con ella, pero no todo lo estrecha que yo quería: me gustaba Lucinda, con cutis maltrecho y ausencia de senos y todo. A pesar de Balbina, de Carlitos y de Payeye, público presente, solíamos quedarnos solos los dos en su cuarto a menudo. Un día ella dijo que le gustaría leer una novelita y pensé en Maupassant, pensé en Chejov pero no pude pensar en Corín Tellado. «Tú sabes», especificó ella encantadora, «esas donde se hacen cosa». Antes de que ella precisara qué tipo de lectura le gustaría, yo sabía qué era lo que se conocía como novelita de relajo, definidas por sus autores anónimos como novelitas galantes. Me había encontrado un espécimen esotérico -titulado *La lujuria de la boba-*, cosa curiosa, debajo del colchón de la cama de mis padres. El hallazgo era inusitado por lo puritano que era mi padre y sospecho que su presencia pornográfica se debía a la curiosidad de mi madre, lectora ávida, pero estoy seguro de que ella no lo compró por las dificultades de adquisición que se hacían insalvables para una mujer. Nunca pude desvelar el máximo misterio de aquella aparición impresa que surgió sorpresiva de entre el bastidor cundido de chinches y la colchoneta inerte. Leí aquel librito con avidez y de nuevo subrepticamente y me abrió una puerta erótica por la que entré a raudales. (*Las memorias de una princesa rusa* y mucho menos *El satiricón* estaban muy lejos de aquella literatura que podía considerar una experiencia nueva más que renovada.) A esta iniciación siguieron otras novelitas, esta vez compradas por mí aunque su venta estaba prohibida por la ley (siempre seca de sexo) y había que descubrir la exacta librería de viejo (una particularmente provista estaba en la calle de Neptuno, frente al cine Rialto, oponiendo dos tentaciones: la letra impresa turgente y las sombras animadas) en que se vendían más que por debajo del mostrador, detrás en la trastienda, donde había toda una biblioteca licenciosa sin licencia. Leía una y otra vez cada tomito y siempre resultaban materia esencial para la masturbación. Sus argumentos eran variados, pero la fórmula fornicatoria era la misma: invariablemente el narrador (o todavía mejor, la narradora, como en *La pepita de Pepita*) terminaba acostándose con todo el mundo, inocente o culpable, incluido el mayordomo. Hubo una muestra temprana que por alguna razón particular fue fuente fabulosa de fantasías eróticas para mí. En ella dos mujeres (de la vida o aventureras, como ellas se llamaban) iban a patinar al parque del Maine, Malecón arriba, llevando incongruentes abrigos largos pues era invierno (¡abrigos, invierno, en Cuba!) y al patinar, no sobre el hielo imposible de imaginar sino sobre ruedas, una de ellas mostraba por la abertura del abrigo que no llevaba absolutamente nada debajo. Este hallazgo precioso lo hacía un hombre (un cateador sin duda, en busca de pepitas no de oro sino de carne eréctil) que acertaba a pasar por el lugar y allí mismo, en el parque público, ¡se acostaba con las dos! Era muy temprano en la mañana y no habla nadie más por los alrededores, por lo que el trío (tr(bades y un semental) cometía toda clase de actos indecentes y algunos inclusive contra natura.

Ésta fue una de las novelitas que leí a Lucinda, tal vez la primera. De más está decir que yo me excitaba con el sexo oral -pero no como Lucinda. No era tanta mi excitación porque yo tenía que atender a la lectura, al mismo tiem-

po que debía vigilar la puerta, observar la cortina atento a si venía alguien de la familia, no Carlitos, que siempre regresaba a la misma hora, cinco en punto de la tarde, sino tal vez Balbina, y en una ocasión se apareció acucioso Payeye a destiempo de la escuela, por lo que tuve que realizar una maniobra de ocultamiento rápido del material de lectura que fue casi una prestidigitación, disfrazar mi excitación y al mismo tiempo iniciar una conversación que pareciera continuación y no inicio. Lucinda se excitaba enormemente con estas lecturas libidinosas, pero creo que más la excitaba mi excitación, que pese a la labor de lectura o por ella misma, al interpretar el papel del sempiterno semental que se fornicaba a todo lo que se mueve, estímulo iniciado por las aventuras eróticas en la novelita y aumentado por la presencia de Lucinda, por su semisonrisa mientras oía, sentada siempre en su silla, sin otra muestra de su estado que su apenas sonrisa. Sus tetas inexistentes no se podían erguir, sus pezones ausentes no se hacían turgentes, sus piernas eternas en la misma posición, cerradas, apretadas una contra la otra, sus ojos que brillaban de malicia todo el tiempo pero no eran reveladores y así era su boca gorda la que indicaba su grado de placer en sus grandes labios distendidos. A veces mi excitación se hacía insoportable porque me imaginaba que era el pornógrafo, el protagonista de estas aventuras amorosas y Lucinda me acompañaba en cada cuadro, en todas las posiciones y muchas veces de perfil. Pero lo que me devolvía a la realidad de la página impresa, de la literatura, era que Lucinda no me dejaba acercarme nunca a ella en este estado de sitio, mucho menos tocarla estando en celo perpetuo, al que me inducía la lectura qué debía recomenzar cada vez que intentaba una aproximación más allá del límite del cerco de metro y medio aparentemente imaginado pero muy real para ella, que no sólo se controlaba sino se reservaba. Lo más lejos que llegué fue a escurrirme hasta esta línea Maginot y extraer mi Bertha poroso y mostrar mi miembro formidable desde mi punto de vista a Lucinda, casi para su inspección: tumefacto, morado, de aspecto adolescente: mi cañón tan imaginario como su frontera. Ella lo miró con curiosidad medio médica, sin ningún interés erótico y no me permitió sacudírmelo, mucho menos tocarlo ella: el pene puede ser peligroso. Tan pronto como inicié la fricción, olvidado de Balbina vigilante, de Payeye parejero por púber y aun de Carlitos y sus cuchillos ahora amenazantes: ¡zas! abajo de un solo tajo, me dijo: «No, no, que vas a embarrarlo todo!». No se refería a nuestra relación de relajo sino al piso, al cuarto, a su universo doméstico, porque Lucinda -toda su familia, como mi madre: mal del pueblo- era pulcra, limpia aun en su libido.

Esa fue la única vez que penetré su intimidad con mi pene, pero continuamos nuestro contacto sexual por las palabras, locutor libidinoso yo. Ahora me veía obligado, tiranía del sexo más que de las mujeres, a abandonar a mis amigos, a mis compañeros de juego, a mis condiscípulos con las excusas más desaforadas (la verdad era más extraña que mis ficciones) para ir a leerle a Lucinda -labores literarias, como quien dice. Debía además entrar en su cuarto sigilosamente -doble sigilo, el de la lectura, triple incluyendo la librería clandestina, sin que me viera nadie. Tenía además que comprar con mi poco dinero, sacarlo del ahorro para el cine, invertirlo en las novelitas -pero valía la pena. Le agradezco a Lucinda estos trabajos de amor. Aunque ella gozaba con mi situación de impotente potencia, oyendo atenta, mirando curiosa pero siempre cuidadosa de permanecer fuera de la situación, sin siquiera darme la satisfacción de una muestra de su excitación, con su inmovilidad y su cara de Mona Licenciosa, yo me cobraba todos los gastos, aun la calentura vana pensando, imaginando las cosas que ella hacía cuando se quedaba sola. Las lecturas libidas duraron un tiempo, hasta que apareció Alberto, alias el Turco, Prendes en su vida -y su cerebro (que en el habla popular habanera significaba sexo) tuvo su cuerpo. Después, cuando el Turco Prendes desapareció en la cárcel, a la vuelta de ella del pueblo, mis intereses, aun sexuales, eran otros para volver a ser lector lúbrico de Lucinda.

Había empezado a escribir y dejar de leer, pero hubo un momento en que se unieron el amor y la literatura y aunque en la práctica de uno y en el hacer de la otra no triunfó, uno sobre la otra sino que pudo más la sangre -pero aunque no fue la fuerza de la sangre metafórica sino la sangre real, estuvo también presente la sangre familiar. Aunque no voy a hablar de mi larga lucha con los dientes y el dolor, sí quiero anotar mi extrañeza ante lo poco que aparece en la literatura algo tan presente en la vida como una neuralgia molar: no recuerdo más que tres novelas, *Ana Karenina*, *Á Rebours* y *Los Buddenbrook*, donde el dolor de muelas sea un mal siniestro. Tal vez se explique porque un dolor de muelas parece cosa vulgar, pero curiosamente esas tres son novelas elegantes, pulcra y refinadas. Por otra parte se ha descrito minuciosamente la tuberculosis en literatura y yo, que la conozco de cerca, no creo que la tisis sea una enfermedad particularmente glamorosa o elevada, los pacientes entre esputos y hemoptisis -si es que puede exaltarse. alguna enfermedad. He padecido mucho de mal molar, peor que el mal moral. Ahora me había sacado otra muela tarde en la tarde, y aunque siempre he tendido a sangrar, sé qué es una escaramuza de hemorragia y no una verdadera hemofilia. Ese día comencé como siempre a obsesionarme por el hecho de que horas después de la extracción todavía sangraba la herida, lo que mi madre, conocedora, llamaba la cesura. Para comprobar si sangraba o no, tocaba con mi lengua la herida y al hacerlo sacaba siempre sangre. También debía chuparme la sangre inocente. Mis padres se fueron para el cine (que mi padre odiaba entonces, como ahora hay gente que odia la televisión: reaccionarios a la imagen) y mi hermano debía de estar una vez más de vacaciones en el pueblo. Pero no me quedé solo. Vivía con nosotros entonces mi prima, la muchacha de ojos verdes obsesivos que mi madre llegó a adoptar, la que yo quería como una hermana (mi madre y yo evidentemente tratábamos de encontrar la hembra de la familia, dos veces presente y dos veces ausente en la muerte temprana), la que era para mí la niña legendaria que me descubrió el amor y los celos al mismo tiempo, a los seis años, con quien tuve la iniciación infantil, incompleta no sólo por la aparición adusta y súbita de mi, de nuestra abuela mutua, sino por la natural incapacidad para la práctica sexual que se padece a los seis años, el incesto incompleto. Esa noche me acosté pero no pude dormir, no sólo porque seguía sangrando sino porque de pronto se me hizo evidente que estaba solo con mi prima hermana en el

mismo cuarto, envueltos en la oscuridad protectora que se hizo enseguida culpable. Desde mi cama extendí el brazo hacia la cama de mi prima y toqué su pierna y ella no se movió. Seguí avanzando la manó por sobre la rodilla, por los muslos y llegué a descubrir lo que era visible a los ojos del día pero que sólo la noche me revelaba: mi prima había dejado de ser mi primita, aquella niña de rara belleza, de grandes ojos verdes y boca bella que su madre y toda mi familia exhibía como nuestra respuesta a Shirley Temple. Era evidente que estaba despierta, que me dejaba hacer pero ella no respondía, cuando de niña había sido suya la iniciativa. Súbitamente sentí un golpe de sangre y tuve que levantarme a escupirla. Comprobé que no era demasiada sangre. De regreso no volví a la cama ni a mi intento inces-tuoso sino que sentí que debía sentarme a escribir. Ya yo había escrito uno o dos primeros cuentos y ahora sabía que iba a morir de seguro y antes de desangrarme, como Petronio, tenía que dejar un último mensaje, comunicación de una importancia extrema, testando. Encendí la luz y cogí papel y lápiz y comencé a escribir una historia que mezcla-ba mi todavía potente pasión por la pelota y las lecturas recientes. Así un pelotero viejo al que tocaba salvar su equipo de la derrota, bateaba un homer, haciendo llegar la bola más lejos que nunca antes, que nadie y mientras corría sufría un ataque al corazón y casi caía. Pero seguía corriendo las bases, casi dando tumbos, moribundo y con terrible tra-bajo conseguía llegar al home, pero al pisar la goma y así ganar el juego, moría. Escribiendo este doble testamento estaba convencido de que no había dudas de que era escritor, tal vez un gran escritor que componía su obra maes-tra y moría. De esta tarea torpe me sacó mi prima, sentada en la cama, diciendo: «¿Qué estás haciendo ahora?», no sé si se refería a la ocasión o a la hora. «Ven para acá» -y no supe si quería decir mi cama ola suya, mientras mira-ba esos labios que varias generaciones de mi familia, Infantes y Castros y Espinozas y Reynaldos, habían logrado componer para formar la obra maestra de su boca ahora abierta. Sentí que tenía que ir hasta ella y al mismo tiempo sabía que debía terminar mi cuento. De esta indecisión vino a sacarme un golpe de sangre mayor que los anteriores y tuve que levantarme a escupir lo que era una evidente hemorragia pero para mí parecía una hemoptisis chopiniana: entonces no conocía a Keats ni sabía de qué había muerto Chejov: mis referencias de muertos gloriosos vomitando sangre eran sólo imágenes del cine. El cuento quedó inconcluso y, para mi pesar momentáneo y alivio posterior, la virginidad de mi prima permaneció intacta para su eventual matrimonio -regresaron mis padres. No sabía de qué cine venían ellos que apenas saltan juntos y nunca regresaban a deshora. Solamente supe del tiempo porque mi madre exclamó: «¿Qué haces despierto a esta hora?». A lo que pude responder, sin mentir, sin acudir a falsas excusas y sin inventar coartadas morales que salvaran el honor de la familia a la que estuve a punto de profanar su monumento: «Tengo una hemorragia». Mi madre, experta en muelas y migrañas, mal que he heredado de ella, inventó un remedio casero para restañar la sangre, pero seguí sangrando y todavía por la madrugada sangraba, ahora a borbotones. «No va a quedar más remedio que lo laves al dentista», sentenció mi madre que daba todas las órdenes en la casa y mi padre comenzó a vestirse para acompañarme a la consulta. Recorrimos las calles vacías, silenciosas y oscuras: el dentista vivía en San Nicolás pero no me explico por qué cogimos por tantas calles laterales -o sí me explico: mi padre tenía el arte de Dédalo urbano de hacer de La Habana un laberinto de calles en zigzags. Costó trabajo despertar al dentista, que salió al balcón alarmado: ¿quién toca en mi puerta tan tarde en la noche? Al abrírnos negó la evidencia de una hemorragia diciendo que era solamente mi mente y a pesar de su cacofonía me sentí halagado de que alguien confiriera poderes sobrenaturales a mi imaginación y dotarla así de la facultad de producir el efecto de que la sangre imaginaria manara real del hueco en que estuvo mi muela, llenara mi boca y me hiciera escupir a borbotones. Pero cuando alumbró su consultorio vio que de veras tenía una hemorragia y sin alarmarse dijo: «La vamos a acabar enseguida», y canturreando (al revés de los pájaros y los tenores, los dentistas son capaces de cantar a cualquier hora) empezó a preparar un compuesto amargo que colocó en el hueco: «Polvo de tanino», explicó y taponeó todo con algodón. «Completo», determinó finalmente. No sé qué hice con el algodón y el polvo de tanino pero sí recuerdo que ya amaneciendo mi padre me llevó a una lechería de la calle San Lázaro, donde pidió un litro de leche y me hizo tomarlo todo. (Fue una de las pocas veces que estuve cerca de mi padre desde que llegamos a La Habana, cuando comencé a distanciarme por causas oscuras: tal vez fuera que crecía.) Luego me explicó: «Lava la sangre». Por un momento creí que se refería a la sangre en mis venas, después pensé que era a la sangre de familia que hacía de mi prima y yo uno, luego a la sangre de escritor que me había probado a mí mismo esa noche -pero quería decir sólo la sangre del hueco de la muela que me había tragado, vampiro autárquico.

Ya había estado en todos los cuartos carnales (aun en el mío), en ocasiones hasta dos veces. Ahora todo pasaría en la placita frente a nuestro cuarto. Fue allí que ocurrió una de las revelaciones sexuales sorprendentes de mi ado-lescencia, aunque no tuvo que ver conmigo: yo fui un mero espectador. El protagonista de este misterio a mediodía fue Rosendo Rey, que había sido durante años el apacible inquilino del último cuarto del piso, que estaba junto a los baños, al que accedió después de Dominica y los suyos. Era el hombre más serio del solar y pasaba todos los días de regreso de su trabajo (nunca determiné cuál era) caminando erguido, trajeado casi siempre de blanco o de beige, su sombrero blanco de falso jipijapa calado correctamente en ángulo recto. No tenía la apostura de don Domingo pero tampoco su impostura, un falso hombre serio. Aventajaba al Dr. Neyra en que era más alto y no era un charlatán. Es más, era parco, lacónico, casi hermético. Cuando un día se cayó frente a nuestro cuarto, su verticalidad devenida súbi-ta horizontalidad, en una caída aparatosa (que luego se mostraría como grave), cayendo a plomo al resbalar en el cemento húmedo (mi madre posiblemente habría llevado su manía de la limpieza, del baldeo, más allá de nuestra zona sanitaria) y se levantó sin una queja y caminó cojeando, todos los vecinos inmediatos testigos de su resbalón y estruendoso desplome lo sentimos mucho, más aún al saber luego que se había partido la rabadilla. Mi madre se interesó por él siempre, tal vez un poco culpable, preguntándole a menudo cómo se sentía, y Rosendo Rey respondía

siempre con su acento gallego que iba mejor, mostrando de paso su estoicismo español, ya que iba peor: la fractura del cóccix se le complicó y tomó meses en sanar. Cuando yo era más muchacho y estaba con mis otros compañeros de juego alrededor de la fascinante luceta, suspendíamos la partida al verlo venir y casi siempre terminábamos ahí la competencia, ya que sabíamos que Rosendo Rey tenía que acostarse temprano pues se levantaba de madrugada para ir a su trabajo. Su fama de hombre serio aumentó cuando pasó el tiempo y no se le vio nunca meter mujeres en su cuarto, que debían ser necesariamente putas, pues Rosendo Rey ya no era joven y a pesar de su apostura distaba mucho de ser bien parecido: sólo su sonoro nombre era hermoso. Así mi sorpresa y la de todos los que fuimos testigos (estaban mi madre sin duda, Dominica y tal vez Zenaida) fue mucho mayor al haber tenido él un historial de seriedad y, como decía mi madre, de perfecto caballero. Esa tarde regresó más temprano, casi al mediodía, y venía mal acompañado -inmediatamente detrás le seguía Diego. Ambos pasaron sin decir una palabra: Rosendo Rey no saludó como hacía siempre, Diego, que no saludaba nunca, iba con una leve sonrisa en su cara que por un momento no supimos qué significaba. Rosendo Rey abrió su puerta y entró. Detrás de él pasó Diego y la puerta se cerró completamente: Rosendo Rey no usaba cortina. La puerta estuvo cerrada un buen tiempo. Todos los que estábamos en el patio nos quedamos esperando, casi sabiendo lo que ocurría. Al rato, largo, la puerta se abrió y salió Diego solo (o acompañado por su sonrisa) y pasó contando ostentoso billetes en su mano, dos, tal vez tres, satisfecho como aquel que ha hecho una buena faena. Enseguida supimos qué había ido a hacer Diego en casa de Rosendo Rey, con quien nunca había tenido relación ni el menor contacto, encerrados los dos: Diego, además de chulo de Nena la Chiquita, era un bugarrón profesional. Consecuentemente, el respetable Rosendo Rey, con su seriedad, su empaque y hasta su porte de caballero español, se revelaba de pronto como maricón. No sé si lo fue siempre y hasta ahora había conducido su vida privada como coto callado o con la suficiente discreción para que nadie supiera su secreto sexual. (Llegué a pensar que su mariconería se debía a la caída y la rotura de lo que comúnmente se conocía como el huesito de la alegría. En todo caso era un rey sin corona, en verdadero jaque mate por un peón. Pero 1a última palabra la tuvo Silvio Rígor, al conocer años después la revelación, emitiendo como un veredicto su frase favorita sobre la doble caída: «Obviamente fue una profanación del sacro».) De allí en adelante Diego fue visita corriente en aquel último o primer cuarto, en el que se encerraban los dos un rato pero no mucho tiempo: el amor que se atrevió a decir su nombre era siempre rápido. Nada cambió en el aspecto exterior de Rosendo Rey, lo que me intrigó. Ingenuamente yo esperaba que comenzara a depilarse las cejas, darse colorete y teñirse las canas de las patillas que dejaba ver bajo su perenne sombrero de pseudo-panamá: no era Von Aschenbach pero, pensándolo bien, tampoco Diego era Tazio. Excepto por aquel día en que se reveló (yo pienso que fue entonces que él se descubrió) siguió saludando como de costumbre y pronto todos los testigos de su revelación nos acostumbamos a saber que practicaba enclaustrado su arte amatoria.

En ese patiecito tuvo lugar una aparición que me concernió directamente. Pero tengo que mencionar antes, brevemente, la revista literaria que fundamos, hicimos y escribimos varios amigos, algunos de ellos mis compañeros de estudios. La idea de la revista partió de Carlos Franqui y suya fue casi su realización. La publicación no duró más que cuatro números y se hundió en el olvido total, que es mayor que el olvido literario pero no peor. Pronto Franqui inventó un sucedáneo mayor, una suerte de sociedad artística y literaria que se llamó (con las mismas intenciones que la revista, con idéntica pretensión, casi con el mismo nombre: la revista se llamaba *Nueva Generación*) Nuestro Tiempo. Allí nos reunimos muchos aprendices de intelectual, de escritor, de artista, de músico, de espectador. Fue entre los músicos amateurs que hice mayor amistad, con mi amor a la música ganándole a una vieja pasión por la pintura. Entre los músicos que conocí estaba un joven abogado, que había sido campeón de trampolín de Cuba años atrás pero que había cometido el primer pecado musical de componer una piecicita titulada *Canción triste*, más Lecuona que Schubert, que yo siempre le declaraba culpable ahora que sus pretensiones musicales eran más ambiciosas. Juan Blanco, bajo pero rubio y de ojos azules, tenía mucho éxito con las mujeres músicas, aunque era bastante feo. Por ese tiempo yo ya había salvado los complejos sociales que me atacaron antes por vivir en un solar. Así todos mis amigos, viejos y nuevos, venían a visitarme a mi casa, a nuestro cuarto, a disfrutar la hospitalidad de mi madre, a tomar su café, y se reunían en el patio, en la placita que era un ágora ahora. Juan Blanco estaba entre los que venían más a menudo. No me extrañó pues que una de sus musas se apareciera un día a visitarnos de buenas a primeras. Solamente me intrigó saber cómo había conseguido la dirección. Ella se llamaba Gloria Antolitia y parecía tan italiana como su apellido, aunque tal vez fuera una falsa italiana. En todo caso Juan Blanco llegó -tal vez extenuado por la persecución, ella una Dalila incansable tras este Sansón del sexo- a casarse con ella. Ese día particular (y que iba a cambiar tantas cosas en mi vida) Gloria Antolitia vino acompañada por su media hermana, que estaba de vacaciones de Semana Santa, antes de regresar al convento en la Calzada del Cerro donde estudiaba. Era alta, muy delgada, trigüeña, de ojos hundidos pero radiantes y, sin sonreír, por entre los labios le salía un diente frío. Sus labios eran irregulares -demasiado fino el de arriba, demasiado carnoso el de abajo- y su nariz de frente era de puente demasiado grueso. Pero el cuello largo, la barbilla en punta graciosa y el dibujo de la nariz configuraban un perfil delicado. El conjunto contradictorio me resultó atractivo y aunque esa primera vez yo no le parecí gran cosa a ella, esta muchacha (era muy joven entonces, tal vez tuviera diecisiete años, no más) llegó a ser mi primera novia, mi primera mujer. Nada de eso pareció posible ese día, tanto que no lo he marcado entre mis fechas memorables, pero fue notable, tal vez el más significativo día de mi vida en el solar, la cuartería, el falansterio: la extraña luz ceniza que fue una vez malva se había hecho familiar, la atmósfera de pesadilla era el sueño cotidiano, los habitantes ajenos o peligrosos eran ahora amigos, el sexo se hizo amor y a su vez sexo de nuevo, pero la salida fue como una salvación.

Pocos meses después nos mudamos de La Habana Vieja, dejamos detrás sus riberas sin decir hasta luego sino adiós para vivir en El Vedado, en su extremo pero entre jardines y árboles, en una avenida, y pudimos salir a ver el cielo. Aunque no fuimos más pudientes (por un tiempo resultamos más pobres que antes, mi padre perdió su trabajo, la tuberculosis de mi hermano se agravó peligrosa, casi mortal) fue un cambio oceánico. La etapa de Zulueta 408, más que un tiempo vivido, fue toda una vida y debió quedar detrás como la noche, pero en realidad era un cordón umbilical que, cortado de una vez, es siempre recordado en el ombligo.

Amor propio

No voy a hablar del desmedido aprecio por uno mismo sino del amor bien entendido que, como la caridad, empieza por casa, por la casa del propio cuerpo: ese campo de batalla sexual en que tuve tempranos triunfos y en el que no sufrí una sola derrota. Hablo de la masturbación, esa que se llamó paja al principio (fue mucho después que vino a ser masturbación pero por mucho tiempo fue paja solamente y su ejercicio hacerse la paja), en ella, por ella, gracias a ella vencí mi soledad: nunca me sentí solo con mi mano y todavía recuerdo el momento de amor más imperecedero que sentí en mi vida el día, después de años de práctica pajera, en que en uno de los baños de Zulueta 408 yo solo con mi mano produjo un instante que duró más de un instante, inmortalidad temporal, el lapso de tiempo que tomó la venida, demorada muchas veces, hecha interrumpida como un coito, saliendo el pene de la mano, la mano soltando el pene en el último instante, hasta que la culminación se hizo avasallante y el hundirse del piso de cemento húmedo, logrando la desaparición del espacio (no más suelo, no más paredes, no más puerta, el techo elevándose miles de metros por encima de la ducha fundida y el cielo fue testigo), el momento hecho todo de tiempo, oyendo una canción en un radio lejano que sonó como debían sonar los sonos celestiales, la música de las esferas, los acordes perfectos para un oído musical, hundiéndome, hundido, cayendo con las piernas aflojadas, cediendo bajo el torso (porque el vientre y el bajo vientre se habían volatilizado) pero la mano derecha existía todavía soldada a mis partes sólidas en ese momento -catedral de mi religión- y por cuya causa, plexo universal, dejaba de existir ahora todo el cuerpo, latiendo como un enorme corazón solitario que diera sus últimos latidos, temblando como carne con temblor postrero, esteriores del yo, desaparecido el ser en el semen que iba a pegar en chorros espasmódicos contra la materializada puerta ahora metro y medio más allá, no sabiendo entonces que nunca después iba a sentir tan intenso eso que todavía no se llamaba orgasmo, la que era venida de venidas.

Amor trompero

Había un viejo viejo refrán en el pueblo que decía: «Amor trompero, cuantas veo, tantas quiero». Hace tiempo que no lo oigo pero no he olvidado lo que quiere decir: el que no se enamora de una enamora a todas. Tal vez el hombre que no ha gozado la dicha de enamorarse de una mujer deba sufrir la desdicha de enamorarse de todas -así es Don Juan. Pero por mucho tiempo y aunque me enamoré muchas veces se me pudo aplicar el refrán porque no hacía más que salir a la calle y ver una muchacha (por lo regular eran entonces muchachas) y la seguía durante un rato, que a veces se hacía camino largo. Al principio no me atrevía a hablarles: las seguía solamente, sombra enamorada. Luego, con el tiempo, me animé a aparejarme a ellas y saludarlas, cortés pero no bizarro. A veces conseguía que me contestaran, otras veces sólo me respondía el silencio, Narciso sin Eco, o una mirada matadora o una frase de desdén habanera, que es la peor forma del desprecio: «¡Échate para allá!». «¡Qué se habrá creído!» «¡Descarado!» Pero nunca me pasó lo que a mi amigo, Jaime Soriano, descubridor de películas B y mujeres A.

Todo eso estaba en el futuro. Entonces (no sé cuándo entonces fue ahora porque una cosa que me chocó como extraordinaria en La Habana fue la costumbre del piropo que no existía en el pueblo: allá el contacto de muchachos con muchachas se hacía en el parque, donde paseábamos circularmente -paseando conseguíamos la circularidad del cuadrado pero no lo sabíamos- unos encontrados con las otras y todo el amor se iba en miradas y nadie se dirigía la palabra, mucho menos esas frases de hombre habanero que querían ser elogios a la carne y eran insultos públicos a las partes privadas) yo miraba a las muchachas, las seguía y les hablaba o no les hablaba, pero todas eran mis enamoradas -quiero decir que yo estaba enamorado de todas. Ocurría que había una pelea en casa (más bien mi madre peleando contra todos) o cualquier disgusto familiar o decepción que sufriera y me iba para la calle a airear la contrariedad caminando y en cuanto veía a una mujer o mejor muchacha se disipaba el estado de ánimo contrario, favorecida mi vela por el viento erótico. AL principio no era muy discriminante y me iba detrás de una muchacha que años después ni siquiera miraría. Pero por esa época yo era un amor trompero, un donjuán burlado.

Mi amor fugaz por las mujeres se alió a mi pasión eterna, el cine, y me hice un cateador, un rascabuceador, un tocador de damas en los cines. No fue mi idea buscar en el interior del cine el fruto prohibido sino de una Eva madura: esa ocasión fue en realidad mi iniciación. Recuerdo que estaba con mi hermano en el viejo cine Lira (que luego se haría pretencioso, aunque seguía siendo pequeño y cambiaría su nombre apolíneo por el apodo de Capri) viendo un cartón inusitado (un largometraje de los viajes de Gulliver, que se reducía a la estancia magnificada de Gulliver en Lilliput) y el cine estaba lleno de fiñes, que es la menor expresión habanera para un niño. Cuando pude hacerme consciente de lo que me rodeaba (fue una función continua, de tarde, y el cine era una verdadera cámara oscura), vi que me había sentado al lado de una mujer con un niño adosado. La mujer era grande y gorda, mayor en más de un sentido. Volví a las aventuras de Gulliver, ahora aceptado por los lilliputienses como un gigante amable, pero perdí la noción de lo que estaba pasando en la pantalla porque la mujer viva me había puesto una mano en mi muslo. Fue una sensación de veras novedosa pero que no duró mucho tiempo porque ella retiró la mano, haciendo ver como si fuera un roce accidental. Seguí sentado sin hacer nada, sin siquiera mirar a la película, al cartón que me interesaba tanto porque era la contrapartida de una fábula favorita -Pulgarcito, diminuto vencedor de gigantes- y aquí era el gigante quien tenía que ser astuto para vencer a los enanitos belicosos, cuando la mujer se recostó hacia el brazo de mi luneta (era el brazo izquierdo suyo, el brazo derecho mío, es decir el que me pertenecía por derecho: esas preferencias en el cine las aprendí bien temprano, ya que desde mi pueblo solía haber discusiones y hasta peleas sobre a quién tocaba cuál brazo, y mi vecina no era una Venus de Milo) y pegó todas sus carnes a mi brazo, a mi carne no al brazo de madera. Estuvo arrimada a mí un tiempo y se separó al rato, como aburrida, pero luego volvió a hacer contacto con toda su carne (era la zona inmediatamente debajo de la axila, más bien la parte trasera pero sin llegar a ser su espalda) y me di cuenta de lo que quería. Mi hermano estaba inmerso en la película y yo no alcanzaba a ver el niño con la mujer, probablemente atento a los dibujos animados, de manera que no podía estar mirando para nosotros por el doble obstáculo, la translúcida pantalla y su opaca madre masiva -y dejé caer mi brazo que como por accidente también se posó en su gordo muslo. Ella no hizo nada, ni siquiera me miró, su vista fija al frente. Comencé a mover mi mano monte arriba, hacia la entrepierna, y mientras lo hacía sus muslos se hicieron enormes laderas. Rocé mi mano contra su entrepierna, donde debía estar su montaña de Venus pero no sentí nada porque era una superficie homogénea, sin relieves. Después, con los años, calculé que ella debía estar usando una faja, pero ésa era una máquina ortopédica que yo no conocía: las mujeres de mi familia (mi madre y mi prima) siempre fueron flacas. Rozaba yo la mano contra la tela tensa y no lograba asir nada. Pero la mujer se abrió de piernas (sentí el fuelle cuando hizo

este movimiento propiciatorio, no lo vi porque todo este tiempo, mientras mi mano acariciaba inútil su falda, yo no miraba para ella sino que tenía los ojos clavados en la pantalla en blanco), indicándome mi próximo movimiento. Bajé la mano hasta el borde de su vestido y toqué carne. (Esta primera vez sentí la piel: otras veces, otras mujeres, sentiría sólo la superficie viscosa del nylon, que he detestado siempre, seda insidiosa.) Comencé a hurgar ahora debajo de la tela sobre sus muslos que ella trataba de abrir propicios, pero la falda era estrecha (o ella era más gorda debajo de la ropa) y no lograba avanzar mi mano. Luchaba contra la tensión de la tela y al mismo tiempo la sentía a ella tratando de abrir las piernas. Pero yo no lograba penetrar la barrera carnosa y hurgar en ella se había convertido en una invitación imposible. La mano me sudaba (siempre me han sudado las palmas en los momentos decisivos de mi vida) y su muslo también estaba húmedo, lo que hacía todavía más difícil mi labor de zapa suave. En esa lucha, ese ajeteo estaba cuando sentí un tirón en mi otro brazo (por un momento pensé que era alguien del teatro o lo que es peor la policía: ya yo había oído los cuentos de policías contra rascabucheadores, esos contrabandistas de carne, ya fueran tocones o mirones, y siempre supe lo que era la policía secreta del sexo) cuando una voz que se hizo familiar enseguida dijo a mi oído, gritando: «Aquí llegamos». Era, por supuesto, mi hermano, ojos y orejas oportunos, anunciándome que en esta parte de la película habíamos entrado al cine. Tuve que dejar mi labor de amor, ni ganada ni perdida pero inicial, y abandonar mi rincón romántico. Pero antes de salir del cine pude ver, a la escasa luz intermitente que venía de Lilliput, la cara sur de mi Everest por conquistar: es decir, vi su perfil, que fue siempre lo que me dio, y me pareció que sonreía -pero es difícil discernir una sonrisa perfilada.

No sé si fue esta experiencia alpinista o el interés natural (aunque no hay nada natural en el sexo) en las muchachas, iniciado por una mujer, lo que hizo que mi amor trompero se desplazara definitivamente de las calles soleadas o desoladas a las salas oscuras (casi siempre iba al cine de tarde y la oscuridad formaba cavernas platónicas) del cine para interferir, con mi pasión por el cine, la realidad de la carne desvelándome del sueño del cine. Hubo todavía, claro, persecuciones al aire libre (de la ciudad considerada como un coto de caza del coito), el recorrer cuadras y cuadras detrás de una muchacha por el simple placer de seguir su estela -o tal vez por la eterna timidez que me impedía abordarlas. O la maniobra de dejar una guagua cogida pocas cuadras antes, tirarme de ella corriendo (ésta fue una pericia habanera de dejar el vehículo en marcha y aterrizar sano y salvo sobre asfalto y adoquines que tuve que aprender, como todas las otras técnicas del amor) por una muchacha entrevista rauda al pasar. O en la misma guagua, buscar un puesto vacío junto a una muchacha y sentarme primero con mucho cuidado, en el borde del asiento y luego ir abordando a la pasajera, capturando más espacio vital hasta los muslos promisorios -para encontrar muchas veces un fiasco. (Aunque en el futuro, muy en el futuro, hubo encuentros promisorios que yo mismo hice abortar en el fracaso.) Hay la mulatica que cruzaba los arcos del Centro Asturiano rumbo al parque Central, que resultó en principio tan abordable y terminó en nada, pero todavía queda ella en el recuerdo con su piel prieta y su voz dulce y sus ojos redondos y negros, asombrados ante el futuro, ahora el pasado.

Pero están, primordialmente, los cines más que el cine, con la mortificación de la busca sexual sólida interrumpiendo el disfrute de las sombras en la pantalla. Había una técnica que consistía en acostumar los ojos a la oscuridad del interior del cine después de la luz cegadora de afuera, como primer paso. Así me sentaba donde nunca me he sentado, en la última fila: desde niño, como todo verdadero aficionado, me senté en la primera fila o lo más próximo posible a la pantalla. Luego venía a buscar a las espectadoras solas. Esto fue difícil de encontrar al principio porque no era costumbre en La Habana que las mujeres (mucho menos muchachas) fueran solas al cine, pero a mediados de los años cuarenta comenzaron a ir, sobre todo de día, muchachas solas o solitarias. Esta búsqueda había que hacerla con cautela. La tarea se hacía más difícil si me acompañaba mi hermano, que exigía o bien sentarse delante desde el principio -él también era un fanático- o quedarnos donde estábamos para toda la tanda -un fanático enraizado más que enragé. Muchos de mis fracasos iniciales fueron la culpa de esta compañía obligada. Después de localizada la posible muchacha approachable, venía levantarse, buscar la fila apropiada y sentarse junto a ella como si fuera un hecho natural, no una operación cuidadosamente planeada. Ahora llegaba la aproximación peligrosa, que consistía en poner alguna parte del cuerpo propio en contacto con un cuerpo ajeno, bien un brazo medio desnudo (el mío, con camisa de mangas cortas que siempre usé hasta que se puso perentoriamente de moda llevar guayabera, maldita prenda que hacía a los gordos obesos y a los flacos esqueléticos) con el brazo a menudo todo desnudo de la vecina. Por ese tiempo ya había podido adivinar por el perfil próximo cómo serían las facciones (a veces me llevaba un chasco chocante: por eso no hay nada más perturbador para mí que un perfil que no concuerde con las facciones de frente), aunque el cuerpo continuaba siendo un misterio, acaso revelado a medias por el busto visible por encima de la línea de sombra de la fila delantera. Tal vez mi brazo pudiera pegarse por capilaridad a su codo, carne cálida, no callosa. O quizá la pierna hábilmente cruzada conseguiría que mi pie tocara su pantorrilla. (Sé que desmiembro a mi muchacha pero no es mi víctima y la mía es una labor de amor, no de odio.) El más raro de los contactos era el de mi muslo con su cadera porque casi siempre lo impedía anafrodisíaco el brazo de la luneta. Muchas veces, después de iniciado el contacto (que nunca era inocente: las habaneras, tropicales al fin y al cabo, estaban muy conscientes de su cuerpo, la piel un aparato detector de intrusos) la dama se movía al extremo de su asiento o, lo que era peor señal, abandonaba su sitio y se iba a la luneta vecina o se mudaba unas filas más allá. Siempre se corría el riesgo de un escándalo, del alboroto, de la protesta airada que atrajera la presencia de la acomodadora, del regente del cine, del empresario, de la policía, de sabe Dios quién. Pero esto nunca me pasó, aunque sí ocurrió en el Rialto una revelación fabulosa: hubo un motín de una mujer tocada y encendieron las luces -para descubrir a varios presuntos espectadores a los que faltaba un zapato. El misterio casi criminal de esa ausencia se desvela en cuanto diga que

una de las técnicas de rascabucheo (aunque no era eso, el simple contacto, lo que yo buscaba en lo oscuro sino amor, el amor, ese vencedor conquistado) en el cine era introducir un pie descalzo por la hendija de la luneta, la abertura que queda entre el espaldar y el asiento, y buscar las nalgas mullidas en la dura madera.

En el mismo Rialto, esta vez en una función nocturna en que exhibían *El filo de la navaja*, me senté como por casualidad (nada pasaba por azar con las mujeres en el cine, era todo técnica) junto a una muchacha que era una belleza en la oscuridad (más de una vez me pasó que al encenderse las luces o al salir a la calle, yo acechando a mi presunta presa, me encontraba con una versión joven de la bruja de *Blancanieves* cuando vieja) y mientras trataba de seguir las indecisiones de Tyrone Power entre la belleza posesiva de Gene Tierney y su búsqueda de la verdad (no hay duda de qué yo hubiera elegido entre lo físico y lo metafísico) yo intentaba al mismo tiempo apropiarme a mi bella vecina, versión virgen de Gene Tierney. Terminó la tanda y se encendieron las luces y pude ver que ella era de veras bella. Pero vino a interponerse entre los dos el ridículo, esta vez impersonado por alguien que creía parecerse a Tyrone Power y había visto ya la película, era evidente, porque llevaba una boina y del brazo le colgaba un inútil impermeable -o al menos inusitado: en Cuba cuando llueve, llueve, y solamente en el campo llevan los guajiros con que protegerse de la lluvia, capas de agua de hule, y en La Habana, por lo menos en esta parte de La Habana en que queda el cine Rialto (que no es La Habana Vieja ni La Habana Nueva, ambas desnudas, descreídas del trópico) arquitectos conocedores construyeron, previsores, portales, columnadas, corredores por los que es posible caminar cuerdas bajo la más espesa lluvia sin mojarse apenas. Este personaje recién venido, Tyrone Power tropical (a quien con los años y las amistades comunes llegué a conocer personalmente: no era mal muchacho, solamente engrdeído) escogió sentarse en el asiento que quedaba vacío al otro lado de la bella solitaria. Ya ella no tuvo más ojos para la pantalla (aun para la pantalla vacía en el intermedio) porque el aparecido era bien parecido y ella optó por su atención (que era escasa: la que se escurría por los intersticios de su narcisismo) en vez de haber hecho lo que debía y haberme escogido a mí. Con su acción contraria sólo se ganó este bosquejo -pero no puedo traicionar al recuerdo y dejar de decir que era realmente bella, aunque no tanto como la eterna Gene Tierney, mi cara más cara.

Hubo muchos intentos de buscar tanteando el amor en la oscuridad del cine, tal vez repitiendo lo que ocurría en la pantalla. Pero contarlos todos, siquiera enumerarlos, sería tedioso y además inútil, porque aun a la memoria puede traicionarla el recuerdo. A veces no hay más que un fragmento de mujer no de recuerdo, como la noche en el teatro Alkázar en que delante de mí estaba sentada una muchacha cuya cara nunca vi -solamente su espalda y sus hombros eran visibles. Llevaba uno de esos vestidos (o tal vez sería mejor hablar sólo de chambra) que se empezaban a usar por ese tiempo en los que la línea de la blusa quedaba por debajo de los hombros y por encima del busto, dejando una zona de la espalda y los hombros al descubierto delicioso. Era una espalda perfecta (tal vez de línea demasiado lánguida para mi gusto actual, los hombros un poco caídos) y estaba ahí mismo, delante de mí, al alcance de la mano. No me dejó ver la película (o no me acuerdo de nada) pero recuerdo esta espalda que aun en la penumbra gris del cine tenía un color canela y una lisura de la piel a la vista que casi se veía su olor en la oscuridad. Mi dedo recorría el espaldar del asiento, unos centímetros -menos, milímetros- por debajo de la carne ansiada de la muchacha. (Tenla que ser una muchacha: no podía ser una mujer con aquella piel tan turgente, joven.) Volvía a pasar el dedo de izquierda a derecha y subía un poco, no mucho, no fuera ella a sentir la sombra de mi mano. No recuerdo su pelo y tampoco puedo decir por qué no me quedé hasta que ella se levantó, sola o solicitada, y dejó su asiento para verla completa. Tal vez esa espalda me bastaba. Tiendo a recordar las muchas piernas que he mirado, que he visto en mi vida, y por supuesto que no puedo contarlas todas, pero esta espalda de esa noche en el cine Alkázar se presenta como una visión única. De seguro que la vida la ha maltratado, el tiempo ajando, ultrajando su esplendor, los años la desfiguraron pero no pueden envejecer el recuerdo: esa espalda estará siempre en mi memoria y siento que hice bien en no tocarla, en no alcanzarla con mi dedo porque su destino era ser el epítome de las espaldas que he visto, que he deseado, que he registrado, y solamente hay otra que recuerde con tanto fervor al verla por primera vez -desnuda- pero ese recuerdo pertenece a otro tiempo, otro lugar y será revivido en otra parte, en otro libro.

Está la ocasión relevante en que tuve dinero (no recuerdo cómo alcancé ese caudal) para dejarlo que en La Habana se llamaba tertulia y en el pueblo se había llamado oficialmente el paraíso y el gallinero por sus ocupantes: las localidades más baratas de arriba para sentarme en luneta abajo en el Radiocine. Ponían (ése es otro habanerismo: en el pueblo se decía que daban una película, allá regalaban el cine, aquí apenas lo prestaban) *El séptimo velo*, que es una compleja historia de amores casi incestuosos y de celos y de mal mental. He visto la película otras veces pero recuerdo la primera vez que la vi porque mi voluntad carnal me hizo sentarme cerca de una muchacha con un muchachito adjunto -afortunadamente del otro lado de la barrera de belleza. No estaba yo sentado precisamente junto a ella porque entre ella y yo quedaba un asiento vacío. No podía llegar a ella con mi pierna a establecer un contacto, por lo que debía mirarla solamente y hacerlo de tanto en tanto para que no se me notara ofensivamente insistente y se cambiara ella de asiento. (O, de nuevo, llamar ella al acomodador o a la acomodadora -lo que era peor- o a ese temido regente que era casi un agente de la ley de la libido.) Creo que en una o dos ocasiones ella me devolvió la mirada, como si hubiera sido prestada. O tal vez lo imaginé. Pero yo continué mirándola y al finalizar la película (era por la noche, no por la tarde, en una función continua: justamente llamadas así en La Habana: tuve que continuar más de una visión para gozar el privilegio de ver a la clara luz del día el objeto de mi amor trompero) salimos juntos. En el cine me había parecido bella, pero al salir a la calle la encontré radiante bajo la luz artificial: su pelo negro le enmarcaba la cara de una manera novedosa, su boca protuberante y húmeda y los ojos negros que miraban hondamente, haciéndose más negros al mirar, no absorbían la luz sino la reflejaban, enigmática como espejo oscuro. Caminé ella

Galiano arriba (que era como decir mi camino indirecto: la distancia más larga entre dos puntos) y me atreví a saludarla y ella, milagro ecoico, me contestó. En la conversación (porque llegamos a entablar una conversación, sociedad secreta) descubrí que era hija de un bedel del Instituto. Puedo considerar ahora a un bedel como un conserje uniformado, pero entonces, en los días del bachillerato, era la policía del plantel y tenían bastante autoridad: podían, entre otras cosas (como los regentes de los cines) conducir a la dirección, de donde se solía salir expulsado -sobre todo si se era como yo un buen alumno, inofensivo al no pertenecer a ninguna de las varias bandas armadas, los tira-tiros, que habían hecho su cuartel en el Instituto y era, como siempre, un riesgo ser inocente. Cuando ella me dijo que era hija de un bedel comencé a pensar que mi conversación podía hacerse peligrosa (siempre he tenido tendencia a considerar las conversaciones como posiblemente peligrosas) y me alegré de no haber intentado ninguna aproximación física en el cine. Pero ella me gustaba más ahora y parecía estar sola (es decir, no tener novio, al ir al cine con un muchachito que debía ser su hermano menor) y ansiosa de compañía: he aquí el amor perfecto que yo buscaba en todas partes, pero especialmente en los cines, ahora el cuarto oscuro de las revelaciones. Caminando y hablando llegamos adonde ella vivía. Me despedí no sin antes conseguir que ella me dijera dónde podíamos vernos de nuevo. Ella escogió el Instituto, territorio hostil, a donde iría, según dijo, un día de éstos. En respuesta a su vaguedad esperé con precisa ansiedad su visita. Yo no sabía cuál de los bedeles (había, por supuesto, varios) era su padre, pero ella me dijo que trabajaba en la dirección, lo que quería decir que no era ninguno de los que hacían posta en la portada principal y estaría posiblemente localizado en la entrada lateral. En cada receso me iba hasta la puerta de la dirección para ver si veía de nuevo a mi carne descubierta, a la que tengo que llamar la muchacha a secas o la muchacha de los ojos negros como espejos o la muchacha del cine Radiocine -porque ella no me había dicho su nombre: era endemoniadamente complicado preguntarle el nombre a una muchacha entonces, que era como pedirle prestado una propiedad, algo impropio, y excepto las muchachas del bachillerato (cuyo nombre me sabía por el pase de lista) o las vecinas del solar o las muchachas del pueblo (cuyos nombres eran patrimonio familiar) no sabía el nombre, nunca lo supe, de la mayor parte de las muchachas de quienes estuve enamorado -lo que dice mucho del carácter de esos amores adolescentes, totalmente ladeados. Recuerdo por ejemplo ir a menudo a la salida del colegio de hembras (justa denominación) del Centro Gallego, a ver una muchacha que salía todos los días a las cinco y caminaba desde la calle Dragones y Zulueta hasta Teniente Rey y Bernaza donde vivía, a la que seguía el rastro luminoso que dejaba detrás su cuerpo en movimiento. Recuerdo haber hecho este recorrido estelar durante meses y no haber sabido jamás el nombre de esa muchacha: ella siempre fue la prieta del caballo (que es casi como decir la Dama Morena de los Sonetos) porque un día llevaba sobre la blusa de su uniforme un prendedor que era un caballo piafante, extraño adorno que fue una etiqueta. Esta muchacha de una belleza lozana andaluza se ha quedado fijada en mi recuerdo como un objeto amoroso y como tal tiene un nombre en mi harén imaginario que nada tiene que ver con su nombre verdadero. Esta otra muchacha del cine Radiocine, la que buscaba ahora todos los días, entre la breve escalera de piedra que accedía a la dirección (no entré nunca a la verdadera dirección: allí uno penetraba no en un recinto sino en un problema: recuerdo no haber estado en las oficinas más que dos o tres veces, una de ellas, memorable, para matricularme cuando ingresé en el Instituto, otra, también inolvidable, solamente a la antesala cuando, vestido con una improbable capa de nylon sin estar lloviendo y llevando bajo ella un cuchillo de cocina en la cintura, acompañe a Armando Hernández a rescatara Alberto Acevedo, que estaba refugiado en la dirección porque los gánsters de la Asociación de Estudiantes lo habían amenazado de muerte por haber declarado Alberto que la bandera no era más que un trapo de colores: pero no es de política que quiero hablar ahora sino de amor en el lugar de las expulsiones) y los jardines exiguos de esa ala del edificio: no había allí un recinto rodeado de setos confusos donde ella pudiera esconderse: el único laberinto era el tiempo: tenía que escurrir mis visitas a esa zona amorosa entre una clase y otra, disparándome en cuanto terminaba la lección escaleras abajo como un endemoniado, excepto por las tardes cuando tenía más tiempo libre -aunque algunas tardes, tres veces a la semana, debía ir tan lejos como al parque Martí, a las paralizantes clases de educación física. No sé cuánto tiempo pasé en esa búsqueda, creo que hasta se me ocurrió volver al Radiocine, lo que era un ejercicio más estúpido que la gimnasia. Un día, sin embargo, mi busca se vio retribuida y de pronto me encontré -ten la escalera, junto a la escalera, alrededor de la escalera?- a la muchacha del séptimo velo en toda su belleza morena: los ojos negros brillando en la mañana, más luminosos que el trópico, sus labios más protuberantes y húmedos que en la noche, facciones que exaltaba el marco brillante de su pelo. No recuerdo su cuerpo porque no le prestaba atención al cuerpo entonces: sólo las cabezas, las caras contaban como puntos de atracción, las bellas hechas busto. Ella hablaba con una mujer, no con una muchacha, no con una alumna sino con una mujer ya mayor (luego supe que una pareja cuidaba el Instituto y vivía en el edificio y pensé que debía ser su padre el bedel y aquella mujer los que vigilaban el plantel de noche, pero no me pareció que esa mujer fuera su madre, por una parte, y por otra sabía que ella, mi muchacha, no vivía en el Instituto) y esperé casi oculto (en el recuerdo la escena parece pertenecer al teatro primitivo, en que los actores se ocultan unos a otros entre la exigua escenografía, refugio imposible en la realidad, pero ¿qué tiene que ver la memoria con la realidad?) en el jardín o en el otro descenso de la escalera, que se dividía en dos accesos, temible simetría, a la puerta de la dirección. Después de un tiempo interminable (por supuesto que ya se había acabado el receso y tal vez hubiera pasado el próximo) la muchacha del cine Radiocine dejó a la mujer (afortunadamente no estaba con el niño inseparable, intruso en la noche) y vino hacia donde yo estaba, por entonces nada oculto sino bien visible en la mañana tropical que lo hace todo nítido. Me adelanté a su paso: «¿Qué tal?», le dije, sólo un saludo. Ella se detuvo un momento y me miró como si me viera por primera vez. Tal vez fuera la noche que me favorecía. Yo me di cuenta del olvido y le dije: «¿No te acuerdas de mí,

del Radiocine, de *El séptimo velo?*». Ella no dejó de mirarme pero hubo una variante en su mirada y abrió los labios deliciosos como para decir algo -pero no dijo nada. Tal vez un tic. Me pareció que no entendió la referencia al cine. «*El séptimo velo*», dije didáctico, «la película esa en que el tío tortuoso se enamora como un enajenado de la sobrina sana a la que vuelve psicótica». Me detuve a tiempo: de dejarme le hubiera contado toda la trama traumática con mis referencias pedantes. Ella siguió mirándome, pero ahora cerró sus labios magníficos (sé que la edad es particularmente cruel con los labios, que los frunce, los reduce, los consume, pero quiero pensar que esta muchacha morena, la verdadera protagonista de *El séptimo velo* y no la rubia desvaída del cine, ha mantenido sus labios botados como los vi la primera vez, de perfil, y como se repetían ahora de frente a pesar de haberlos cerrado) y al momento los volvió a abrir, esta vez para hablar, que no debió haberlo hecho nunca. «Yo no lo he visto a usted en mi vida», fue todo lo que dijo, pero no tenía que decir más. Me quedé totalmente anonadado, desinflado, incapaz de decir una palabra y así, todavía con mi boca abierta de asombro, la vi dar media vuelta y desaparecer en la mañana, tal vez en la esquina del edificio del Instituto, tal vez en dirección del Centro Gallego, tal vez cruzando Zulueta hacia los portales -aunque bien podía estar caminando rumbo al olvido.

Lo que no me impidió seguir yendo al cine, a buscar a mi amor, a la muchacha posible que yo sabía que me esperaba en la oscuridad para compartir otras delicias que fueran algo más y algo menos que las que se veían en la pantalla.

Recuerdo todas las muchachas vistas solas o convenientemente acompañadas por chaperonas propicias (por un niño, por ejemplo o por otra muchacha más joven) en el cine en este tiempo adolescente, como recuerdo casi todas las películas que vi entonces. A veces recuerdo una película sin recordar a una muchacha particular y es porque esta película era romántica, es decir trataba del amor, el romance que yo acababa de descubrir, y era capaz de apreciar, cuando antes nada más que me gustaba la aventura, la peripecia o la música. Hay una película que es doblemente recordada porque está doblemente perdida. Hoy sé que se llama *Humoresque*, pero entonces se llamaba *Melodía pasional* y recuerdo su estreno, como recuerdo el cine en que se estrenó y que dejó de existir hace tiempo y con él desapareció uno de los jalones de La Habana: el viejo Encanto, situado justo en medio de mi campo de visión y sin embargo inaccesible como un espejismo durante mucho tiempo porque era una sala elegante y costaba más caro entrar que a los otros cines, con excepción del América. Fue en el Encanto que Joan Crawford se murió de una larga melodía que luego supe que era el epítome de la música romántica, *La muerte de amor de Tristán e Isolda*. Ya comenzaba a interesarme por la música europea, la que luego conocería como música clásica, y *Humoresque* me hizo tina impresión duradera y falsa: es mejor el recuerdo que la visión de la película. Otra película a la que fui por la música (esta vez no por ser una comedia musical, a las que soy adicto todavía sino porque era la música clásica el tema de la película) fue *Carnegie Hall* Pero en este estreno, por casualidad o por designio (había desarrollado tal técnica que ya no sabía cuándo me sentaba junto a una muchacha porque lo había buscado o por pura suerte, como un cateador del Yukon en busca de una veta), me senté junto a una muchacha y a pesar de mi interés en la música pudo más la carne que *Carnegie Halé* Logré hablar con ella, haciéndole preguntas tan urgentes y decisivas como «¿Le gusta la música clásica?», cuando ella estaba viendo una película que era una especie de historia apócrifa del teatro de conciertos en Nueva York. Lo más asombroso fue que ella interrumpió su visión para contestarme y me dijo que sí, que le gustaba mucho la música clásica. Entablé una conversación ,por entre la trama tenue y la mucha música, pero por una razón inexplicable o tal vez por el mismo aspecto de la muchacha o por el tono de sus respuestas no intenté aproximar mi brazo al suyo o hacer contacto de un pie con su pierna o mirarla intensamente. Así, cuando sonó la coda y acabó la película, éramos como amigos y salimos juntos -pero sufrí una decepción. El glamour existente en la sala semioscura (era el cine América con su cielorraso de falso planetario y había siempre una media luz añadida a las luces y sombras de la pantalla) desapareció en cuanto estuvimos en la calle, expuesta a la cruda luz eléctrica. Yo había visto su perfil en el cine (era lo que más veía entonces en el cine: un desfile de perfiles) y me pareció romo pero mono (ése es un adjetivo que empleo ahora, pero por aquel tiempo ni muerto lo habría usado) y su melena corta parecía lo que luego se llamó peinado paje. No vi nada de su cuerpo pero creo que he dicho que los cuerpos no existían en el cine, sesiones espiritistas eróticas. En la calle la nariz recortada de perfil y el pelado paje se mostraron como un conjunto de facciones de niña ñoña. Ya habla en su voz del cine algo fañoso pero ahora era definitivamente voz de boba. Era una morona. Tal vez no fuera del todo idiota porque no la habrían dejado ir sola al cine pero estaba en las fronteras de ser una mongólica. Además caminando (porque seguí caminando con ella: no la iba a dejar sola abruptamente, además entonces yo no era despiadado con las mujeres: ni siquiera sé serlo todavía) me dijo que su hermano se llamaba Miguel Míguez y que estudiaba bachillerato. Sucedió que yo tenía un amigo (no demasiado amigo porque no estaba en mi año sino en uno superior) que se llamaba Miguel Míguez y no iba a haber dos aliterantes Miguel Míguez estudiando en el Instituto de La Habana al mismo tiempo: sería llevar la coincidencia onomástica demasiado lejos. Me alegré de no haber intentado siquiera la menor aproximación, física o sentimental, con aquella pobre muchacha que daba lástima nada más que verla. Hasta me pareció que cojeaba-¿o sería andar de retrasado? Fue una situación penosa y me curó de mi afición a las aventuras amorosas en el cine -pero sólo por un tiempo. ¿O debo decir unas noches?

Me costaba trabajo intentar algún aproche a una muchacha en el cine cuando iba con mi hermano, que era a menudo. Era entonces difícil cambiarse de asiento, de fila, atravesar casi medio patio de lunetas, como hacía yo cuando veía una muchacha sentada aparte o simplemente sola. Pero la maniobra se hacía un engorro cuando iba con un amigo (cosa que evitaba en lo posible: siempre me gustó ir solo, no solamente por las muchachas posibles sino por

disfrutar el placer solitario del cine) y estas complicaciones se hacían un lío, un embrollo imposible de desenredar cuando iba con mi madre, a quien gustaba tanto el cine que ya en el pueblo de niño ella tenía un refrán que proponía olvidar la comida por el alimento visual de una película y decía, para que escogiéramos: «Cine o sardina?». En La Habana iba mucho con mi madre al cine, lo que presentaba problemas típicos más que edípicos. Imagínense pues los obstáculos que tuve que vencer cuando fui al Universal, a su tertulia, con un amigo, con mi madre y además con mi padre que no iba nunca al cine. No recuerdo por qué decidió acompañarnos esta vez. No fue porque ponían *Sierra de Teruel*, cine comunista, porque recuerdo bien la noche de su estreno, en ese mismo Universal de la plaza de las Ursulinas, ocasión en que registraban las carteras de las mujeres y cacheaban a los hombres como si fuera a ocurrir una guerra civil en el cine, confundidos público y película. Lo cierto es que no recuerdo qué fuimos a ver al Universal en multitud esa vez: la película está olvidada pero no la ocasión. Nos sentamos (mis padres y mi amigo, Carlos Franqui) en la segunda sección de la tertulia, pegados a la caseta de proyección. Yo no había descubierto todavía mi miopía, mal de ojos. Si habla habido casos de compañeros del bachillerato que se hablan quejado de haberme saludado por la noche en el paseo del Prado o tarde en la tarde (la peor hora para el miope, añadida a la pobre visión el crepúsculo coloidal) y que yo no había respondido el saludo. Esa noche en el cine Universal me di cuenta de que no veía de tan lejos y a mediados de la película, para asombro de mi madre, me levanté y dije: «No veo nada». Ella se alarmó pensando que me había atacado una ceguera súbita, Edipo tropical. «Quiero decir», dije, «que veo muy mal.» Mi padre, como siempre, no expresó ninguna opinión y Franqui estaba hundido en las imágenes hasta el cuello. «¿Qué vas a hacer?», me preguntó mi madre, Zoilícita. «Me voy a sentar más adelante.» Tertulia abajo me fui con estas palabras, buscando ver mejor pero al mismo tiempo atento a mi coito de caza. Encontré un asiento, justo al lado de una muchacha que parecía estar sola, y aunque había alguien sentado a su diestra (no recuerdo si hombre o mujer, pero debió de ser una mujer, si no en celo siempre celosas) supe, con mi sexto sentido del sexo que estaba sola. Había llegado yo en medio de la película y parecía un movimiento calculado (en realidad había sido el menos calculado de mis movimientos con respecto a una muchacha en el cine) para sentarme junto a ella. Me miró. Ya yo la estaba mirando a ella. Llevaba el pelo largo que tanto se usaba en los años cuarenta (no cayéndole en cerquillo sobre la frente y moldeando su cara, como la muchacha del séptimo velo), tal vez con permanente, tal vez natural, y parecía linda. De entrada se veía muy modosa y yo me senté a ver la película o su continuación. Pero al cabo del rato pudo más mi amor trompero y empecé a arrimarme a la muchacha, a su brazo (que no descansaba en el brazo de la luneta que me pertenecía sino que colgaba junto a éste), poco a poco, hasta que sentí el calor del otro cuerpo que me avisaba que un brazo ajeno estaba próximo, ese tercer brazo que completaba mi unidad. Yo había aprendido a medir térmicamente la proximidad de otro cuerpo en el cine con precisión casi científica. Me ayudaba que ninguna muchacha llevaba manga larga y la carne estaba desnuda, irradiando calor erótico hasta mis brazos como antenas vibrátiles. Pegué mi brazo a su brazo y ella no quitó el suyo, ni siquiera lo eludió con un movimiento lateral, la más fácil forma del desdén. Aproximé más el brazo y ahora estuvimos en contacto, piel con piel, su calor vuelto mío. Como siempre mi cara debía de estar roja, sudándome la palma de las manos, latiéndome el corazón con tal fuerza que yo creía que se podía oír en todo el cine por sobre la banda sonora, sobresaltado el estómago, tumefacto mi pene: todo mi cuerpo esperando una acción enemiga y al mismo tiempo buscando una respuesta amiga -o al menos una actitud pasiva que equivalía a una declaración positiva.

El próximo movimiento mío en este ajedrez del amor sería ponerle una mano en un muslo: peón del rey a dama. Pero no lo ejecuté porque aunque ella era asequible seguía viéndose modosa. Lo que hice fue hablarle. Todo este tiempo, desde el mismo momento que recorrí el tablero y me senté a su lado en un gambito de juego de azar, yo estaba consciente de lo que me rodeaba, de la gente alrededor, de los vecinos próximos, que eran para mi el enemigo o cuando menos la oposición: ellos estaban concentrados alrededor de esta muchacha para comentar sus acciones -y por tanto las mías. Así me costó tanto trabajo hablarle como acercar mi brazo al suyo, el contacto verbal una forma de sexo oral. Siempre ocurría igual: era muy sensible al posible comentario vecino pero al mismo tiempo, como una compulsión, no podía evitar buscar a las muchachas en el cine, acercarme a ellas, apropiarme (dice el diccionario, ese cementerio de elefantes lingüísticos adonde van a morir las palabras, que esta palabra no se usa más que en sentido festivo, pero en mi pueblo era muy dato su sentido: arrimarse con segundas intenciones, que en mi caso, en esta época de mi vida, eran las primeras) y esperar anhelante sus respuestas. Le hablé a la muchacha del cine Universal (no habla habido aquí otra así de asequible) y ella me contestó. Tenía una voz agradable, pero, aunque yo era un fanático del radio tanto como del cine hablado, no me impresionó: lo que me hizo impresión fue su cara cuando se volvió a mí para contestar mi pregunta, que era, original que soy, si le gustaba la película (de la que por supuesto yo había visto muy poco, con mi miopía incipiente que la distancia del fondo de la tertulia convertía en aguda y la atención prestada ahora a mi viva vecina), a lo que ella respondió que sí, que mucho. ¿Venía ella a menudo a este cine? Sí, si venía. ¿Venla sola? (Una manera de saber si estaba sola, de lo que no estaba seguro todavía: no, con esa mujer a su lado tan atenta a nuestra conversación.) Casi siempre. Pero añadió: «Aunque mi padre no quiere». Esta última declaración me pareció un presagio, no sólo por la negativa paterna a que ella viniera sola al cine, sino porque enseguida imaginé un ogro peligroso dedicado a vigilar a su hija con cien ojos -si es que esta criatura de mi mitología erótica es posible: el ogro con atributos de argos. Sin embargo (estábamos lejos de la esfera de influencia de su padre) seguimos conversando. Yo había desarrollado ya un estilo para conversar en el cine, no para no molestar a los otros espectadores (había en La Habana entonces tan poco prurito en hablar en el cine como tienen los pekineses para conversar y comer durante una función de la ópera china: es más, los espectadores habaneros no sólo conversaban

entre sí sino que muchas veces entablaban monólogos que parecían diálogos con la aparición en la pantalla: uno de mis recuerdos atesorados del cine no ocurrió en una película sino en el público: fue en el Radiocine, durante la exhibición de *El diablo y la dama*, que es el título que tuvo en español la versión francesa de *Le diable au corps*, en la escena en que el muchacho de la película, que es de veras un muchacho, se encuentra en la difícil posición de dictar las cartas que su amante de París escribe a su marido en el frente de batalla y al preguntar ella: «¿Qué pongo?», de algún lugar de la tertulia salió una voz poderosa que sugirió: «Querido Cornelio») sino para forzarla a ella, a la muchacha del cine, a una relación verbal demasiado violenta: yo también había aprendido esa técnica. Ahora dejé de hablarle para mirarla: ella me daba su perfil intermitente, apagado por un eclipse en la pantalla y a ratos iluminado por la luz reflejada en los blancos escasos de la película, que era evidentemente un melodrama en el que abundaban las sombras. De todas maneras, si yo no veía bien su cara podía adivinarla y además lo que se veía me gustaba. Ella estaba consciente de mi atención porque a veces me miraba con el rabo del ojo. Por fin la película terminaba: sin mirar a la pantalla, sin seguir la acción podía saberlo por la intensidad de la música: los músicos del cine, al revés de los niños victorianos, deben ser oídos y no vistos.

-¿Dónde te puedo ver? -le pregunté.

-Por favor -me dijo, vuelta a mí súbita-, no me acompañes.

Ella, espectadora expectante, también sabía que la película se acababa.

-Me puede ver mi padre -añadió.

Yo insistí:

-Pero te quiero volver a ver. ¿Cómo hacemos?

Ella lo pensó de perfil y todavía de perfil me dijo:

-Yo vivo en San Isidro, cerca de la Terminal. Número 422. Yo salgo a veces al balcón. Ahí me puedes ver.

-Yo quería decirle que yo no quería verla de lejos, en un balcón, mis ojos colgando del borde como Romeos miopes: yo quería volver a tenerla cerca, tanto como en el cine ahora, en el cine de nuevo: ése era mi lugar favorito para el romance: igual para las peripecias amorosas en la pantalla como para la pericia del amor en la vida. Pero ella no me dio tiempo: nada más sonar los acordes altos que indicaban la culminación de la película y ya ella estaba levantándose, yéndose. Yo también me levanté. Otras gentes se levantaron. Pensé en mis padres allá arriba cuando salía detrás de esta muchacha móvil, las luces encendiéndose ya, yo tratando de salvar los brotes de espectadores que surgían hacia la única salida, pensando si me verían mi familia y mi amigo, pero sin embargo empeñado en caerle detrás a esa muchacha que bajo las luces verticales del techo (hasta ahora sólo la había visto iluminada por las luces horizontales de la pantalla) se veía casi bella o por lo menos bonita, aunque no había podido verle toda la cara, antes un solo perfil, ahora la nuca y la cabeza. Pero en este momento había más gente a su alrededor, una verdadera turba que se interponía entre ella y yo: espectadores salidos, saliendo de lunetas: la oposición, una multitud en motín. De pronto, ya afuera, no en la calle sino en la acera todavía, la perdí de vista por las personas interpuestas. No lo dudé un momento. Atravesé la calle Sol y seguí por Monserrate, arriba o abajo: no sé bien, esta calle que tiene tantos nombres (Monserrate y luego Egido para terminar en el Malecón casi llamándose avenida de las Misiones y cuyo nombre oficial, el de las placas, es avenida de Bélgica: dédalo de títulos), no sé cuándo sube y cuándo baja. Sin hacerme estas reflexiones, rémora entonces, más tortuga que liebre, ya estaba atravesando la calle Luz y no la veía por ninguna parte, ni en Sol ni en Luz. Seguí caminando por Monserrate, dejando detrás el cine conteniendo a mi familia y a mi amigo, dirigiéndome a San Isidro como a mi presa, caminando cada vez más rápido, mirando ansiosamente adelante sin verla, sin siquiera atisbar su vestido (que no noté antes, que no puedo describir ahora pero estoy seguro de haber podido distinguir en la calle apenas iluminada: es curioso cómo Monserrate, tanto como Zulueta, se hacían más oscuras cerca de la Terminal aunque este edificio estaba bien alumbrado, por dentro, no por fuera), atravesando otras calles laterales, hasta que tuve a la vista la plaza con la Muralla, un trozo de ella, una ruina, una reliquia, llegando ya a San Isidro. No me costó trabajo encontrar el número 422, como no fue difícil recordarlo: eran los dígitos del día y el mes de mi nacimiento. El edificio, falso falansterio, estaba casi en la esquina de Monserrate y San Isidro. Pero no la vi a ella ni ninguna ventana iluminada que indicara su presencia: nadie a la vista, los balcones vacíos, la casa a oscuras. ¿Sería que ella no había llegado todavía, que la había pasado de largo en la calle sin verla, que había tomado otro derrotero? Decidí esperar. No sé cuánto tiempo esperé: entonces yo no usaba reloj: no tenía dinero para comprarme uno: por tanto no había necesidad de usarlo. Esperé un poco más. De pronto me acordé de mis padres, de mi amigo -y di media vuelta para regresar al cine. Cuando alcancé el Universal todo estaba apagado, pero en la puerta pude ver a mis padres y a mi amigo, aguardando, todavía mirando para la entrada del teatro como si esperaran que yo surgiera, Jonás del cine, del interior del leviatán muerto: no hay nada tan poco animado como un cine cerrado. Me vieron, primero mi padre que, como siempre, parecía indiferente o al menos resignado, luego mi madre, que se animó como una furia:

-¡Muchacho! ¿Dónde te metiste?

No sabía cómo explicar lo que había hecho. Afortunadamente, ella no me dejaba hablar:

-¡Primero te vas de nuestro lado y después desapareces sin dejar rastro!

Franqui, mi amigo, sonreía, no de la furia de mi madre sino de mi desaparición: él adivinaba dónde yo había estado. Sabía que me había ido con una muchacha pero no sabía el fracaso que había sido mi fuga: ejercicio más para mis dos pies que para mis diez dedos. Mi madre era dueña de un mal genio en la botella y ahora estaba furiosa además de asustada: mejor dicho, la furia había sustituido al susto, como siempre pasa con el miedo inútil. Yo me

había desaparecido en el cine en una secuencia que le había resultado inquietante. Primero, había dejado el asiento vecino para irme sin mayor motivo para la parte delantera de la tertulia. Segundo, había salido de la sala disparado, sin que ella me viera. Tercero, me había esfumado por completo y ellos habían esperado como tontos fuera del cine a que yo saliera y cuando abandonó el teatro el último espectador (o tal vez los acomodadores, el portero, la taquillera, hasta el proyccionista), todavía habían tenido que esperar allí por mi reaparición, que ahora se producía viniendo de donde menos me esperaban, de la dirección de la Terminal, vía del viajero, no del espectador. Mi madre no gritaba (ella nunca gritaba cuando estaba furiosa), sólo silbaba su frase «¿Dónde te metiste?». Mi padre no decía nada sino que, entre los silencios de la pregunta repetida de mi madre, carraspeaba limpiándose de la garganta imaginarios gargajos de embarazo y Franqui sonreía su sonrisa sabia: él sabía dónde yo estaba. Pero yo no podía decirle a mi madre dónde estuve, al menos no con todas las letras: yo conocía su temperamento, lo que ella era capaz de hacer en su furia, su genio suelto: había visto, no hacía mucho, en una discusión doméstica con mi tío, que era todo un hombre, cómo ella lo abofeteaba sonoramente acentuando sus argumentos con una bofetada final. Sin embargo, viendo que estábamos solos en el descampado de la plaza de las Ursulinas, que no había nadie ante quien embarazarme, que no veía muchacha alguna presenciar mi humillación de aspirante a adulto reducido al regaño, dije:

-Acompañé a una muchacha a su casa -lo cual, si no era toda la verdad y nada más que la verdad, era la verdad en parte.

-¿Así que acompañaste a una muchacha a su casa? -preguntó mi madre, convirtiendo mi declaración en una duda.

-Sí -dije afirmativo.

-Y nosotros aquí como bobos buscándote por todas partes, mientras tú acompañabas a una muchacha a su casa -ella sonaba ahora más furiosa si cabía, aunque menos sibilante.

-Sí-me preparé a mentir-, una compañera del bachillerato que me encontré por casualidad en el cine.

-¿Una compañera del bachillerato?

-Sí.

-¿Que encontraste en el cine así como así?

-Por casualidad.

-¿Por casualidad?

-Sí.

Pensé que la próxima acción de mi madre no sería verbal sino que me abofetearía en plena cara en plena calle -mejor dicho, en plena plaza. No podía alegar mis derechos porque con mi madre yo no tenía ninguno. Ni siquiera legalmente podía reclamar mis derechos porque no había cumplido dieciocho años todavía y entonces los derechos de la persona comenzaban a los veintiuno. Opté por el silencio, imitando a la noche y a mi padre. Mi madre siguió empeñada en su retórica interrogatoria que, como la policíaca, consistía en hacer las mismas preguntas varias veces. Pero de pronto arrancó a caminar, atravesando la plaza de las Ursulinas, rumbo a casa, seguida obedientemente por mi padre, y Franqui, más lento, me acompañaba en la retaguardia, todavía sonriente, siempre sabio. El incidente aparentemente había terminado.

Pero sólo acabó la rabia de mi madre, no mi amor que desató su furia y me encadenó. Decidí ir por San Isidro a tratar de ver a la muchacha móvil (no tenía para recordarla más que su perfil parco en las sombras), que vivía en el número 422. Fui a todas horas. Por la mañana, escapado del Instituto, amor furtivo. Por las tardes, fugitivo de las clases de educación física y de lo que era más atrayente, casi obsesionante, del juego de pelota, yo tratando todavía de formar parte si no del equipo interescolar al menos del team del Instituto, en que unos años jugaban contra otros. Por prima noche, dejando de oír el programa de El Spirit, que era mi favorito no sólo porque era una adaptación para radio de uno de los muñequitos mejores sino porque su tema musical, lema leteo, me deleitaba (iba a saber que era un motivo de la *Sinfonía del Nuevo Mundo*), y dejaba detrás todas esas caras costumbres para ir a ver si veía otra vez a aquella efigie entrevista. Hubo veces que hasta fui de noche (diciendo en casa que iba al cine) y me pasé horas frente al edificio, esperando verla asomarse a una ventana, salir al balcón, tal vez entrando en su casa. En otra época aquella vigilancia que se hacía vigilia habría resultado peligrosa, pero eran tiempos tibios -aunque no para el tiempo. Septiembre se convirtió en octubre y comenzó a llover, unas lloviznas pertinaces por no decir impertinentes que dificultaban mi pesquisa.. No que la lluvia me importara -todo lo que me podría pasar era mojarme, empaparme, arriesgar un catarro, tal vez coger neumonía y morir, ¿qué es todo eso comparado al amor que dura más allá de la muerte? Pero había un problema insoluble, ¿cómo justificar estar parado en la esquina todo ese tiempo? Ni siquiera podía simular que esperaba el tranvía porque no pasaba el tranvía por esa calle sino por Monserrate, unos metros más allá de mi vigía. Finalmente, sin poder sostener mi posición, el jaque mate inminente, me di por vencido, declaré el juego perdido y no volví a la esquina de espera. A la suave, asequible espectadora del cine Universal, a la -¿por qué no decirlo? -muchacha mentirosa no la volví a ver.

Nil desperandum, como dice Horacio. ¿O es Mr. Micawber? Había otros cines y espectador esperé. Si una ventaja tenía Zulueta 408, aparte de la promiscuidad promisor, era estar en lo que era el centro de La Habana entonces y vivíamos rodeados de cines, aparte de otros espectáculos como el teatro de la vida, la comedia humana, y así había poco pan pero cientos de circos. Pegado a nuestro falansterio de funámbulos con su grand guignol grotesco estaba el edificio del teatro Payret, al lado justo al lado, tanto que era posible pasar de nuestra extensa azotea a la breve terraza trasera del teatro y muchas veces subía a ella a estudiar primero, luego a leer y muchas veces a mirar para el parque Central que quedaba a unos cincuenta metros, tal vez menos, de la puerta de la casa. El teatro Payret exhibía

entonces películas españolas pero unos años más tarde lo reformaron, destruyendo de paso su interior con palcos y el foso de la orquesta, construido en tiempos de la colonia, para convertirlo en un cine de estreno moderno de importancia. Al lado del Payret, divididos solamente por el pasaje y el Hotel Pasaje, estaba el pequeño cine Niza, que nunca conocí porque bien temprano me advirtieron (no sé si fue mi padre o mi madre, pero debió de ser mi madre, encargada de mi educación social) que no era un cine decente, no sólo por las películas que ponían (que después resultaban ser tan inocentes como sus títulos: *Cómo se bañan las damas*, *Mariposas mancilladas* y *Lo que sus hijos deben saber* -que según mi madre era lo que su hijo no debía saber-, que juzgadas por los enterados -siempre hubo un amigo que fue al cine Niza- eran bien decepcionantes, sobre todo la última, llena de chancros y de penes enfermos, ilustraciones de males venéreos) sino por la concurrencia, aparentemente compuesta enteramente por degenerados -aunque nunca me explicó ella su degeneración particular. Exactamente a una cuadra de distancia, por la misma acera, estaba el cine Montecarlo, que tenía tan mala reputación como el Niza: depravaciones en la pantalla, depravados en el público. El cine más al sur, el Bélgica, fue otro que nunca visité por su fama de infame, con el peor público de todos los cines nefandos de La Habana. Debió llamarse Ostende, para formar el trío deformado de cines como casinos. Casi enfrente estaba el Universal, dejado detrás por mi historia, no por la cronología. Volviendo al Prado, enfrente, un poco a la derecha del Payret, estaba el teatro Nacional, contenido dentro del Centro Gallego y sitio desde la colonia de un teatro con mejor reputación que acústica, ahora dedicado casi enteramente a dar películas mexicanas y argentinas. Prado más abajo estaba el Lara, aliado aliterante del Lira, que está en mi itinerario erótico pero por razones turbias, torvas. En la acera opuesta estaba el cine Plaza, agradable de concurrir, concurrido agradablemente hasta que fue destruido por la televisión, casi una metáfora futura, y convertido en estudio-teatro del Canal 4. Enfrente estaba el cine Negrete, un tubo largo, de mala visión, como un telescopio invertido, al que fui mayormente por la calidad de las películas que exhibió en los primeros años cincuenta. El cine más al norte y el último que quedaba en el Prado era el Fausto, al que fui mucho en los primeros años cuarenta, donde vi más de una película inolvidable gracias al patronazgo de Rubén Fornaris, el fausto Fausto fatal un día. Hacia el este el cine más lejano era el Habana, en la plaza Vieja, donde estuve pocas veces. Más cerca de la casa estaba el Cervantes, en la calle Lamparilla, al que también iba poco. El Ideal quedaba en la calle Compostela pero fui sólo una vez, olvidado. Volviendo a la vecindad, estaba el Actualidades, al que venía desde que vivía en Monte 822, venida que era una gran, grata tirada. Después, por supuesto, seguí yendo pues no quedaba más que a tres cuerdas de casa. Más cerca estaba el Campoamor, pero había que tener cuidado físico con este teatro: aquí la depravada era la arquitectura, con una tertulia tan inclinada como para hacerla peligrosa: un paso en la oscuridad podía ser el último. El Campoamor tenía pretensiones de teatro, pero el único espectáculo vivo que vi allí fue un desfile erótico americano, el Minsky's Burlesque Show, donde presencié mi primer striptease por la inolvidable Bubbles Darlene, ahora posiblemente abuela decaída pero entonces turgente, bella y audaz: se paseó por La Habana desnuda (es decir, tan desnuda como se permitía entonces en el striptease, con la llamada G-string, hoja de parra plástica que en La Habana se convirtió en la tirita), llevando encima solamente un impermeable de transparente nylon, caminando por las calles céntricas hasta que la arrestó la policía por atentar contra la moral ciudadana cuando todo lo que hacía era acabar con el aburrimiento cívico. Del Lira, que quedaba frente al Campoamor, ya he hablado como sitio de mi primera experiencia exploratoria, alpinismo amoroso. A igual altura, en la calle San Rafael, estaba el Cinecito, que exhibía noticieros y cartones, y en la misma San Rafael el cine doble llamado Rex Cinema y Duplex -el primero no exhibía más que noticiarios y documentales, pero el Duplex estrenaba películas y ambos tenían un gran lobby común que sería un día mi vestíbulo erógeno. Casi paralelos en la calle Neptuno, al comienzo, se veía el Rialto y un poco más arriba el Encanto y a un lado, en la calle Consulado, transversal, había tres cines, dos de ellos aparentemente en el mismo edificio, el Majestic y el Verdún, este último con la novedad habanera de poder correr su techo y quedar los espectadores nocturnos viendo cine «bajo las estrellas», como decía su propaganda. Más cerca de Neptuno estaba el Alkázar. No puedo decir a cuál de estos tres cines fui más a menudo. Más arriba en la calle Galiano (en realidad era la avenida de Italia pero nadie la llamaba por este nombre: en La Habana, sobre todo en La Habana Vieja y Central y aun en muchos barrios, en los barrios viejos, los habaneros nunca aceptaron los nombres nuevos de las calles y se siguieron llamando como al principio de la República o en la colonia, desmintiendo a las placas, los viejos nombres conservados por la tradición oral de la ciudad) estaba el Radiocine y el que era, en los primeros años cuarenta, el mejor cine de La Habana, el más lujoso y el más caro y el que ofrecía mejores estrenos y al que pude ir solamente muchos años después de vivir en La Habana con un pase de gracia: el América. El cine más al oeste era el Neptuno, en la calle de Neptuno inevitablemente, pero mucho más arriba de Galiano y al que iba raramente. Al suroeste el límite era el cine Reina, en la calle Reina por supuesto. Había otros cines más lejanos, como el Favorito y el Belascoaín en la calle Belascoaín, de seguro, y el Astral y el Infanta en la calle Infanta, tenía que ser, al que iba más raramente, y había, claro, los cines de los barrios extremos, como Los Ángeles, en Santos Suárez, al que fui más de una vez, o el Apolo en la Calzada de Jesús del Monte. Pero ésas eran excursiones y yo quiero hablar de incursiones íntimas y hacer un mapa de los cines en que vivía, describir la topografía de mi paraíso encontrado y a veces de mi patio de luneta. A todos estos cines iba buscando el entretenimiento, el sortilegio del cine, la magia blanca y negra pero también me conducía un ansia de amor.

Fue en el cine Lara que el cazador resultó cazado. El Lara estaba en el paseo del Prado, en su comienzo, pero se hallaba situado, en el mapa moral, en una zona crepuscular, a la que también pertenecía (o había pertenecido) el Lira, que se iba a regenerar aún más hasta conseguir la rehabilitación arquitectónica y llegó a iniciar una nueva vida, con otro nombre, convertido en pretencioso cineclub los domingos. Pero el Lara nunca sufrió esa salvación del ejército del

arte. Al Lara íbamos a menudo mi hermano y yo porque era barato y se podían ver buenas películas, muchas de ellas estrenadas en el Fausto o en el Rialto. Una noche (o tal vez fuera una tarde afuera) estábamos los dos sentados disfrutando peripecias o periplos, viajes, venturas, desventuras, aventuras, olvidados del calor y del reducido espacio de la sala, la pobre visión obviada por la concentración en lo que pasaba en la pantalla (siempre los acontecimientos en la pantalla ocurrían, nunca eran contados, el relato superado por la ocurrencia), ajenos a todo lo que nos rodeaba, hechos todo ojos -cuando de pronto sentí una mano posarse en mi muslo. Casi salté de sorpresa pero antes del sobresalto miré para ver quién era el dueño de la mano, pensando que tal vez había sido tocado por la gracia femenina como en el Lira iniciático y vi que la mano era enorme (tal vez su posesora fuera una mujer descomunal, del tamaño de las actrices, una estrella del cine encarnada), pero esta mano se continuaba en un brazo grueso peludo y pertenecía a una especie de gigante envejecido: era un hombre, mejor dicho un viejo, quien me había puesto la mano en el muslo. No había duda de cuáles eran las intenciones de mi vecino con la mano materializada y no me asombró mucho que fuera un hombre porque al Lara iban pocas mujeres: el pasmo vino de saberme tocado por un hombre. Decidí que lo mejor no era ofender con un escándalo (¿qué iba a decir? ¿Socorro, me tocan? ¿O auxilio, me asaltan?) sino efectuar una retirada. Se lo dije a mi hermano: «Tenemos que cambiar de asiento». «¿Por qué?» Mi hermano siempre quería saber el porqué de toda situación nueva o variante. No le podía explicar, entre otras cosas porque temía que el hombre, el viejo de al lado, oyera si me refería a su acción: era tan grande que me aterrorizaba su mera presencia, más temible que lo que había hecho o tratado de hacer. «No veo muy bien aquí», le contesté. «Pero yo veo bien», me dijo. «Pero yo no», repliqué. «Entonces mejor nos cambiamos», accedió él, que podía ser razonable, y nos levantamos y nos fuimos a sentar a otra parte, más cerca de la pantalla, por supuesto, entre gigantes inofensivos. Yo no me atreví siquiera a mirar para verle la cara al viejo tocador, pero nunca me olvidé de su aspecto formidable y del hecho de que fuera viejo, habituado como estaba a ver a los homosexuales como jóvenes y delicados o de mediana edad pasiva.

En el Lara ocurrieron otros encuentros con homosexuales agresivos pero no creo que fueran de la especie degenerada a que aludía mi madre. Después del incidente con el vecino enorme con su manaza avanzada fue que supe que el cine era teatro de raros gestos: extraños movimientos, permutas, tropismos: gente que se cambiaba frecuentemente de asiento y venía a sentarse en las primeras filas. Pero no eran fanáticos del cine sino amantes de los espectadores: su espectáculo no sucedía en la doble dimensión de la pantalla sino en las lunetas tridimensionales. Uno de estos parroquianos inquieto era un japonés. No sé cómo supe que era japonés y no chino, habida cuenta de que la proporción entre chinos y japoneses en La Habana era abrumadora en favor de los primeros. Tal vez tuviera que ver con esta identificación la guerra mundial entonces y el hecho de que para mí este japonés era un malvado, como sucedía siempre en el cine de la época, donde los japoneses aguardaban ocultos en las sombras a los americanos para sorprenderlos en emboscadas y lavarles bayonetas caladas en el vientre. En realidad este japonés del cine esperaba en la penumbra para meterte la mano en el bajovientre: era un succionador compulsivo, Drácula en pene, vampiro del bálano, que se dedicaba a la felación del espectador que lo permitía, en un juego de pasar de pasivo a ser activo. Un día me senté en la segunda fila, tal vez porque toda la primera fila estuviera ocupada, pues ya era una fanático inveterado, veterano de la primera fila, mientras más grandes las sombras, mejor la visión, al revés de la vida. De pronto, en un sueño que no sucedía en la pantalla, uno de los espectadores de la primera fila volvió la cabeza -y era el japonés villano. Vi que me miró de arriba abajo, luego volteó su brazo y vino a dejar caer su mano kamikaze en mi entrepierna. Me quedé tan pasmado como cuando el viejo gigante puso su mano en mi muslo, aunque para entonces ya había aprendido a reconocer al japonés canalla. Yo estaba solo en el cine: ni mi hermano ni un amigo me acompañaban y debía enfrentar al enemigo alevoso sin ayuda, como Robert Taylor en *Bataan*. Pero no sabía qué hacer con aquella mano que me estaba tocando ya, más que reposar inerte como la mano del ogro. ¿Y si mi pene traidor confraternizaba con el enemigo? No podía cambiarme de asiento porque estaba en medio de la fila, aparentemente atrapado entre los cómplices vecinos de luneta, evidentemente italianos y alemanes (es obvio que podía haberme puesto de pie y el hecho de que no se me ocurriera hacerlo o de que me sintiera impedido, casi inválido, necesita otra explicación) pero en el último momento acerté a coger la mano del japonés por la muñeca (no era muy ancha ni era peluda como la mano del cíclope -a quien imaginé mirando la pantalla con un solo ojo central- ni era viscosa, como los japoneses del cine: era una mano humana) y la levanté de entre mis piernas para depositarla en el respaldo de su luneta, calmadamente, sin premura pero firme, y el brazo de que pendía la mano quedó reposando en el respaldo, la mano beligerante desarmada ahora, para que la utilizara si quería en un harakiri masturbador. El japonés sevicioso se volvió hacia la pantalla pero no llegó a mirar la película porque se levantó enseguida y se fue -no del cine, supongo, sino a buscar otro espectador occidental que no resistiera sus avances asiáticos.

El tercer acontecimiento extraño en ese cine (o tal vez no fuera extraño, lo extraño era que nadie me hubiera advertido que el Lara podía ser un cine como el Bélgica, el Montecarlo y el Niza, como decían mis amigos entonces, un poco peligroso) pasó siendo mayor que cuando el asalto del japonés insidioso, mucho mayor que cuando los avances del viejo ogro ciclópeo. Ocurrió una vez, un día o una noche, pero es más probable que fuera una tarde de agosto, que estando en el Lara en la ocupación propia de mis sentidos en el cine sufrí unas ganas incoercibles de orinar y tuve que ir al baño para villanos pues ni siquiera tenía el letrero de Caballeros. Yo sabía lo repelentes que podían ser estos baños de cines de barrio, pues la educación de mis esfínteres la inicié en el Esmeralda, que era una joya hedionda, pero ya estaba habituado a los inodoros irónicos de Zulueta 408, que olían a todos los olores esenciales y ninguno era attar de rosas. Fui al baño que estaba a la derecha del patio de lunetas o como se llame esta localidad en cines

como el Lara. El recinto fecal estaba alumbrado por un solo bombillo alto y la luz era irreal -o tal vez lo que ocurría allí era irreal y la fuente de luz fuera el alumbrado normal. Había tres urinarios y al fondo un inodoro a plena vista, sin puerta para encerrarse a liberar las partes privadas. No había nadie en el cuarto excepto por una pareja que estaba ocupada alrededor del primer mingitorio. Al principio no vi bien claro a la pareja y presumí que estaría orinando uno, el otro esperando su turno. Pero al proceder al segundo urinario (o tal vez el tercero: siempre me ha costado trabajo orinar con testigos, mi pene con pena) me pareció que sucedía algo extraordinario en el primer mingitorio y me volví a mirar. Vi a un hombre ya mayor (no tan viejo como el anciano gigante pervertido ni tan joven como el japonés perverso y bien podía tener treinta años) que se inclinaba sobre el otro hombre y advertí que su brazo bajaba y subía con una aplicación al trabajo casi tan religiosa como en *El sembrador* de Millet. La segunda figura era mucho más pequeña que el primer hombre y por un momento pensé que se trataba de un enano evirado, pero observé atentamente y precisé que no era otro hombre más bajo sino un niño. Yo tendría entonces unos diecisiete años y estaba en esa etapa en que cualquiera que no tuviera mi edad era un fiñe o un vejete, pero pude darme cuenta exacta de que era un niño que no tendría más de doce años. El hombre lo estaba masturbando y el niño se dejaba hacer con gran gusto, ambos sacando mutuo placer de la masturbación de uno solo. El hombre no se masturbaba ni el niño masturbaba a su vez al hombre, era el hombre solamente quien llevaba a cabo la masturbación y pude ver la expresión de gozo grande del niño. Al hombre no le podía ver la cara, inclinado como estaba en su labor, aplicado con arduo arte a la masturbación del menor: anónimo criminal del sexo, ciego segador, verdadero Jack the Reaper. De pronto me asaltó la exacta realidad del Lara: era un cine para buzos, esos que considerábamos en los temores sexuales de la edad como la más peligrosa forma del homosexual: un bugarrón que se dedicaba a perseguir niños -aunque aquí el bugarrón más bien era maricón y el niño estaba satisfecho de la relación, pasivamente activo. Pero de todas maneras el Lara era decididamente un cine para pederastas -ése fue mi descubrimiento en mi tercera experiencia sexual en el Lara, espectador del teatro de la vida invertida. No dejé de ir al Lara sin embargo: ponían tantas buenas películas tan baratas que era imposible privarme de la asistencia al único cine donde no era posible encontrarse junto con la ventura del cine la aventura de una muchacha asequible -a menos que fuera Gloria Grahame, sombra carnal.

Poco después volví al cine con mi madre, su genio controlado por mi ingenio, esta amante del cine que me llevó al teatro del pueblo a los veintinueve días de nacido, creándome un cordón umbilical con el cine, casi naciendo yo con una pantalla de plata en la boca, alienada por el lienzo de sombras cinescas, ella fiel esposa capaz de ser infiel a mi padre con el espectro proyectado de Franchot Tone, de Charles Boyer, de Paul Henreid -ahora íbamos los dos, como en los días primeros, como en la época de cine o sardina, rumbo a la cueva órfica. Estábamos en una etapa escasa (muchos fueron los tiempos difíciles por que atravesamos entonces y todavía habría otros por venir, pero ¿quién se quejaba de la vida diaria cuando teníamos el opio del cine, con sueños en blanco y negro y a veces, como en los sueños, a color, el olvido y el recuerdo sólo posibles a nosotros los adictos?) pero esa dificultad no era una impedimenta, era una fuerza de gravedad que nos impelía a ir al cine. Esta vez fuimos mi madre y yo nada más, al paraíso del cine Actualidades, que me había sido tan propicio, y esa noche el azar de los Adanes, que es una especie de dios tutelar, me instaló al lado de una Eva actual (en la jerga futura habanera sería una geva) que aun a la luz de las noches blancas del cine se veía que era una belleza petersburguesa. No hice nada al principio, más que mirarla con el rabo del ojo, práctica en la que me había hecho experto, mirada del cine. Pero al cabo del rato puse mi codo sobre el brazo del asiento común propio: es más, me pertenecía en exclusividad ya que ella se sentaba a mi derecha. Su brazo no estaba sobre el brazo del asiento pero reposaba cerca. Avancé el codo un poco más y otra vez un tanto, tanteando, hasta que hice contacto con su carne desnuda, tibia, promisoría -la tierna prometida. Ella dejó su brazo donde estaba. Confiado avancé el codo otro tanto para que el tacto fuera total. (Todavía quedaba qué hacer con ella una vez conquistada, estando como estaba acompañado por mi madre, pero antes de la conquista venía la exploración y ése era un problema que no me había planteado aún, que no estaba entre mis planes inmediatos: colonizar esa terra incógnita.) Ahora mi codo era el tentáculo del pulpo que nadaba entre las dos aguas de la luz y la penumbra alternas. Sentía su carne, más bien la envoltura de su carne, su piel en contacto con la mía, mi codo aventurado tratando de alcanzar uno de sus senos, ya que daba el brazo por conquistado. Lo relato rápido pero me costó muchos minutos avanzar sin que la presa se asustara y huyera al otro extremo de su asiento. Ya yo había perfeccionado estas técnicas antes, cuando estuve en el cine sentado junto a otras muchachas y ahora que las ponía en práctica, que la estrategia se volvía táctica (palabra que tenía que ver con tacto, con contacto y al mismo tiempo con cautela), no iba a echarlo todo por tierra por un apresuramiento. Además estaba la presencia de mi madre por un lado, aunque ella como siempre se veía inmersa en lo que pasaba en la película, mientras yo me sumergía en el cine, tanto en las sombras de la pantalla como en los sólidos del teatro. De la parte de ella estaban sus padres, porque sin duda eran sus padres aquellos acompañantes sentados del otro lado de su presencia preciosa: una muchacha que se dejaba hacer avances físicos en el cine. De pronto sentí en el codo adelantado un punto penetrante que enseguida se extendió por el brazo y el antebrazo, llegando hasta la mano. Antes de sufrir el dolor tuve un contacto eléctrico: un punto frío que vibraba hacia el interior de mi carne. Mi reacción refleja fue quitar el codo y todo el brazo, alejándolo rápida, violentamente. Pero me contuve. Soporté el dolor (porque ahora la vibración se había definido como un punto doloroso) y dejé el brazo donde estaba. Miré sin embargo a la muchacha y vi que tenía una mano muy cerca de mi codo pero sin llegar a tocarlo. Me volví hacia ella y vi que mantenía, su mano en la misma posición y que reiteraba su casi contacto con mi codo. Fue cuando la vi sonreírse que me di cuenta de lo ocurrido y sentí el dolor hacerse más fuerte, una punzada. Ella me había clavado el codo. Con una gran sangre fría (como muchas de las mujeres asesinas -la bella Barbara Stanwyck en

Double Indemnity, la luminosa Lana Turner de *El cartero llama dos veces*- de la pantalla, había ejecutado su acción con toda frialdad, deliberada y alevosa) me había metido un alfiler en el brazo. Ahora me dolía como carajo. Supe que me iba a seguir doliendo todavía porque ella no separaba su mano de mi codo, casi con caricia, enterrando el alfiler hasta la cabeza. Muy lentamente, como si no fuera nada; herida leve, casi como si no me hubiera enterado, picada de mosquito, yo estoico del cine, retiré poco a poco el codo que estuvo tan cerca de su seno, su seno, que ahora rozaba su brazo al pasar y que finalmente venía a descansar en el brazo de mi asiento, donde debió haber permanecido siempre. La vi dar un tirón al sacar el alfiler de entre mi carne y ya vengada volverse tan tranquila (mejor dicho, seguir en el mismo sitio en que estaba porque no se había alterado: no se movió para clavarme el alfiler, tal vez un imperdible), sonriendo siempre, como si la divirtiera lo que pasaba en la pantalla, que eran las angustias de Ella Raines (esa belleza bruna de ojos transparentes capaces de traspasar a Charles Laughton debió de ser ella), como si respondiera a una pregunta de su padre próximo, «¿Te gusta?», diciendo ella que sí, que mucho, aparentemente refiriéndose a la película, pero muy bien le podía haber preguntado por el placer de clavar cuchillos en carne humana. No recuerdo de esa noche, de los restos de ella, más que mi preocupación constante sobre si iba a tener tétanos por el pinchazo (profundo) del alfiler, no sufriendo tanto su dolor, que fue como una inyección en carne magra, sino la duda de si sobreviviría o no a la tetania, a la gangrena posible, a la septicemia segura que iba a contraer en cuanto volviera a casa. Debo decir que soy aprensivo en extremo, un hipocondríaco incurable, que me aterran todas las enfermedades posibles y algunas imposibles. En una metáfora, que no estoy hecho para esas aventuras en el cine que comienzan al entrar un largo pasadizo oscuro, donde al final hay una puerta que se abre a una plaza llena de luz, enceguedora, alrededor de la cual esperan espectadores que no veo y después de atisbar una figura que me atrae con su postura, con sus movimientos sinuosos, insinuantes, intento inútilmente atraparla, intimar con una cogida, maníobra que repito muchas veces pero termino, toro mal toreado, con un descabello.

Pero así como en el cine hay malvadas y hay ingenuas, dentro del cine había mujeres malas y bellas buenas. Me encontré con una que no podría definir como ingénue pero tampoco era una femme fatale, cuando menos lo esperaba. Ese día yo venía de casa de mi mentor, aquel que había aceptado mi primer cuento (que era una burda parodia seria) y prometió publicarlo. No sólo lo hizo sino que se preocupó por mi educación literaria y si ésta no fue mejor es porque siempre he preferido vivir la vida a estudiar la literatura. Además me ofreció mi primer empleo seguro (hasta entonces había sido un errático corrector de pruebas, cogiendo los trabajos que dejaba detrás Franqui, bien para irse, como la primera vez, a una abortada expedición armada contra la República Dominicana, o, más seguro y más cerca, para conseguir un mejor trabajo, también corrigiendo pruebas) como su amanuense de noche, secretario sereno, que si bien tenía el inconveniente de hacerme difícil las sesiones de cine nocturnas (algunas decisivas, como las del Cine-Club de La Habana o importantes, como las funciones de cine de arte de la Universidad) me dejaban todo el tiempo diurno para estudiar. Pero ese día de que hablo, esa tarde yo había salido de su casa, que quedaba en la esquina donde la calle Amistad se encuentra con Trocadero, justo donde acababa el barrio de las putas, los bayús (esa misteriosa palabra habanera para marcar un burdel: nadie conoce su etimología ni su origen pero su sonido tiene la atracción del pecado y las exactas grafías del mal), llegaban casi hasta la puerta de su edificio y yo que sentía tanta fascinación con Colón (para escarnio póstumo del Descubridor, ése era el nombre del barrio de los bayús: el nombre estuvo antes de que la infamante o difamada y antigua profesión levantara sus tiendas allí, impropiedades horizontales, y perduró, más duradero el nombre que el pecado, cuando un ministro de Gobernación expulsó a las «oficiantes del vicio», como las llamó en su prosa pudorosa, y las dispersó, esparciéndolas por toda La Habana, y el barrio perdió su misterio inmoral que era todo su encanto), ahora lo atravesaba rápido y temeroso rumbo al Rex Duplex. Llevaba en la mano (entonces solía imitar al manco de Lepanto y cargaba mis libros siempre en un solo brazo) los préstamos que mi mentor me hizo ese día.

Mi misterioso mentor se llamaba Antonio Ortega y vino a Cuba como refugiado republicano de la Guerra Civil. Habla sido profesor de ciencias naturales en el equivalente español del Instituto en Gijón o en Oviedo, no recuerdo bien, sí recuerdo que era nativo de Gijón y solía hablarme del bable y del orvallo. En La Habana había encontrado trabajo en la revista *Bohemia*, no como columnista de ciencias naturales sino, extraños del exilio, en la administración. Pero en España había escrito cuentos y publicado alguno: creo que hasta se ganó un premio local. De alguna manera supieron en la revista que tenía que ver con la literatura y después de un tiempo en que la pasó mal, como todos en esos finales de los años treinta y en los primeros años cuarenta, lo hicieron jefe de redacción, encargado de los artículos que no fueran de actualidad (es decir, literatura, no periodismo) y de los cuentos.

Lo conocí al llevarle el primer cuento que escribí (no literatura, sino una obscenidad con título) a la revista, a su viejo edificio de Trocadero, cuya arquitectura promiscua hacía asequible la jefatura de redacción a un perfecto intruso. Le entregué el cuento con un murmullo apresurado por mi timidez, expresando admiración por su novela de reciente publicación, *Ready*, que eran las aventuras de un perro en La Habana, el autor una suerte de Jack London doméstico. Como recibo me dijo que volviera la semana siguiente para darme su veredicto de trece y en esa fecha supe, a través de su cerrada pronunciación asturiana, que el cuento sería publicado en *Bohemia* (publica y serás condenado), pero al mismo tiempo me advirtió que yo necesitaba lecturas, lo que no era una sorpresa. Lo que sí me sorprendió es que ofreció facilitarme el acceso a su biblioteca privada. Era obvio que desde ese momento, él, que no tenía hijos, decidió adoptarme literariamente: me prestó libros, me descubrió autores de los que nunca había oído hablar -como Kafka, cuya *Metamorfosis* me hizo leer y yo entonces encontré menos interesante el relato largo que los otros cuentos del volumen, que eran para él menores: ahora sin embargo tiendo a pensar que tenía razón, y la ver-

dadera transformación literaria está en la novela que da título al libro. Me sugirió otros autores, españoles especialmente, revelándome al agudo Silverio Lanza. Me fabricó un puesto de secretario privado, que era una sinecura o el cargo de interlocutor en sus conversaciones nocturnas que eran verdaderas veladas. Me presentó escritores cubanos (el único recordable ya ha sido celebrado no por mí en otra parte) y españoles exiliados de paso. Al que mejor recuerdo es a Luis Cernuda, vestido incongruentemente de *tweed* y fumando en pipa: la exacta imagen de un profesor inglés, quien mostró interés en lo que yo escribía o tal vez por mí porque me invitó a su hotel para el día siguiente pero al irse, Ortega me advirtió: «Tenga cuidado con ése, que le gustan los chicos», y no cumplí la cita porque me bastaba con los degenerados en el solar y en el cine Lara, lo que fue una evasión estúpida pero excusable, aunque siempre me intrigó saber cuál era el verdadero motivo del poeta (la pederastia o la poesía) y fue él, Ortega, quien me indujo a estudiar periodismo y olvidarme de la medicina a tomar. Finalmente, al comprar *Bohemia* a su rival la revista *Carteles* y ser nombrado él director, Ortega me encargó la crítica de cine, que fue durante años mi profesión de fe -pero eso queda en el futuro. En el presente están los libros prestados esa tarde y mi salida de su casa -debió de ser un sábado, estoy seguro de que fue un sábado porque le oí su larga letanía literaria, que es lo que eran nuestras conversaciones y salí de su casa, atravesando el barrio de Colón, caído en desgracia, por Amistad para buscar Virtudes y encontrar tras tres trotes mi meta, el Rex Cinema. Iba apretando los libros, caminando rápidamente porque su monólogo y monserga me habían demorado y temía llegar tarde a la función que reunía en una sola película mi vieja afición por Disney y mi nuevo amor por la música llamada clásica cuando debía llamarse romántica. Llegué al cine, atravesé el antevestíbulo y me precipité sobre la taquilla por mi ticket, pidiendo, pagando, poniendo las monedas en el minúsculo mostrador que hacía de la taquilla un breve vestíbulo ciego, y al ejecutar todos estos gestos que eran una sola acción invasora no advertí que estaba atropellando a otro parroquiano. Me di cuenta cuando era casi demasiado tarde que había una mujer: miré y vi una muchacha pagando su entrada antes que yo. Me miró y yo, tartamudeando, me excusé, reulé, retiré mis monedas y esperé a que le entregaran su entrada. No sé, no recuerdo si ella me sonrió entonces. Yo saqué por fin mi ticket, entré al gran vestíbulo y me dirigí a la izquierda, que era donde quedaba la puerta del Duplex -y me la encontré a ella en el camino, todavía sin entrar. El Rex Duplex (al revés del Rex Cinema, que era un solo cine largo con localidades de luneta solamente) tenía un lunetario y un primer piso, llamado balcón, que aunque costaban lo mismo, eran independientes. La muchacha casi estropeada por mi premura entregó su entrada y comenzó a subir las escaleras al balcón. Ya yo he dicho muchas veces cómo me gusta sentarme en el cine en la primera fila y creo que dije cómo odiaba ir a tertulia, obligado por mi escaso dinero para ir abajo. Ahora sin embargo comencé a subir las escaleras al balcón involuntariamente y entré en el cine junto con ella. Ese día que fui al Duplex estaba lejos de mí el ánimo amoroso, la persecución erótica, mi amor trompero puesto a dormir, la libido en los libros que cargaba, más interesado en disfrutar la película por que había esperado tanto tiempo (*Fantasía* se había estrenado en La Habana a principios de los años cuarenta pero, como *Lo que el viento se llevó*, desapareció astutamente de los caros cines de estreno, añadiendo expectación al espectáculo, para reaparecer ahora en el Duplex, como el hombre invisible, en sectores: ese día le tocaba el turno a la suite *Cascanueces*, de aquel que había sido mi compositor favorito), fragmento fascinante, faro fílmico. Así no puedo explicar qué me hizo subir detrás de aquella muchacha. O tal vez pueda ahora: el hábito anciano, la provocación de una mujer sola en el cine, mi vieja búsqueda del grial non-sancto. La vi perderse casi en la oscuridad pero mis ojos para el cine la siguieron hasta que se sentó. No dudé en sentarme a su lado. Por un momento presté atención a la pantalla, donde unos hongos animados bailaban un vals violento. Ya comenzaba mi rebelión contra Chaikovsky (al que había pasado de la admiración por Schubert, de su *Serenata*, y de Dvorak, cuyo nombre no sabía pronunciar todavía, fragmentos de su *Sinfonía del Nuevo Mundo*), a admirar no la Cuarta o la Quinta Sinfonía sino su Sexta, la *Patética*, de la que había oído una anécdota en un programa de radio matutino en que un supuesto conocedor (también comenzaba a rechazar a este locutor lírico aunque había sido mi introductor a cierta música ligera) versaba sobre el título y conversaba sobre la búsqueda de Chaikovsky del título apropiado a su composición y contó cómo su hermano Modesto se acercó a su ventana (que se suponía abierta) y sugirió: «Piotr, ¿por qué no le pones Sinfonía Patética?». Esta historia rusa serviría para alimentar mi risa (como el futuro apodo de Chachachaikovsky) en las conversaciones cultas que tenía con Silvio Rigor, que sabía tararear sinfonías concluidas y ante el que me presenté un día en el Instituto entonando el momento culminante del *Don Juan* de Richard Strauss, diciéndole: «Ése es mi tema musical», yo encarnando el mítico amante sevillano, pasado ahora por agua del Danubio (gracias al poema del húngaro Lenau), pretendiendo ser el avatar temático de Don Juan pero de cierta manera creyéndome que yo podía ser un donjuán. ¿Era eso lo que me hacía acercarme a esa muchacha mexicana (lo que parecía), más bien baja, nada delgada, de ojos dulces y una media sonrisa sinuosa, que era lo que había visto un momento frente a la taquilla y otro instante al entregar la entrada al portero? Era difícil hablar cuando todos los espectadores estaban interesados en lo que se oía desde detrás de la pantalla y lo que se oía era música mística (para esos espectadores todo oídos), a veces suave, llegando a ser pianissima, pero le dije lo que era de rigor: «¿Le gusta la música clásica?». Pude haberle preguntado si le gustaba Chaikovsky o si le gustaba Walt Disney o todavía hacer una síntesis de la tesis musical y la antítesis dibujada y preguntarle si le gustaba *Fantasía* pero eso fue todo lo que se me ocurrió preguntarle: si hay algo más predecible que Don Juan es un aprendiz de donjuán. «Sí», susurró ella después de una pausa que a mí me pareció punto final, «mucho». «A mí también», dije yo enseguida, entusiasmado con su respuesta. (Favor de notar que cuando mi acercamiento amoroso era verbal no había intentos de encimarme o de extender un codo exploratorio o una mano audaz.) Pero ahora ella hizo «Sss», haciendo chis suavemente, indicándome beata que no se hablaba cuando sonaba Chaikovsky -o al menos eso fue lo

que entendí. Estuve muy bien junto a ella, mirando *Fantasía* (ya también por esa época comenzaba a rechazar a Disney, que había sido mi alimento animado por muchos años, desde antes de *Blancanieves*), tal vez gozando sus valores que veinte años después en otra ciudad, en otro país, otro continente se iban a convertir en un descubrimiento, pero seguramente complacido de compartir aquel rincón del cine con aquella muchacha, a la que yo miraba de cuando en cuando. Fue una estancia breve la que tuvimos los dos en el balcón del Duplex: súbito se acabó *Cascanueces* y se encendieron las luces. Ella me dijo, a modo de despedida: «Me voy». «¿Tan pronto?», pregunté presuroso. «Sí», explicó ella, conocedora: «lo demás son noticieros». Era verdad. Ahora vendrían noticieros o tal vez documentales y luego repetirían el fragmento de *Fantasía* como componiendo un todo. Me levanté para dejarla pasar (habíamos ocupado una zona del balcón que era poco frecuentada, que estaba directamente arriba de la escalera y cuando ella escogió esa localidad pensé que prometía transformaciones, como diría Silvio Rigor, pero no sucedió nada: ni siquiera pude oler su perfume) y cuando pasó por mi lado, decidí seguirla fuera del balcón y escaleras abajo. Antes de salir, impulsivo, la tomé por el brazo un momento. «¿Viene la semana que viene?», le pregunté sin tutearla: era un adelantado físico pero no social. «Sí», me dijo, «estoy viendo toda *Fantasía*». «Yo también», le anuncié antes de extraerle una respuesta que podía ser una promesa: «¿El mismo día?». «Sí», dijo ella, «el mismo día». Quería saber su nombre porque de alguna manera intuía que una vez atravesada la puerta mágica y saliera a la calle real ella no iba a conversar conmigo, pero no sabía cómo decirle: ¿Cuál es tu nombre? o ¿Cómo te llamas?, ya que ambas preguntas implicaban un tuteo que me hacía demasiado audaz y prefería ser un caballero. Ya sé que había sido atrevido en otras ocasiones, que había llegado a la audacia, que me había vuelto hasta fresco, pero no con esta muchacha -a quien sin embargo todavía sostenía su brazo. Mis titubeos interrogativos me llevaron a la mínima expresión y dije: «¿Nombre?». Ella debió pensar que oía solamente un fragmento de una pregunta o tal vez ni siquiera lo pensó porque me dijo instantánea: «Esther Manzano». La oigo todavía y ocurrió hace treinta años. Recuerdo su figura, más bien regordeta o tal vez daba esta impresión por el vestido que llevaba, una suerte de sastre. Recuerdo su voz, que era apagada, y los dientes un poco botados, al pronunciar su nombre. Recuerdo sus ojos que era tal vez lo único verdaderamente bello en su cara. Pero lo que más recuerdo es su nombre (ni siquiera tengo el tacto de su brazo en mi memoria por su traje), escrito por mí con *th* porque así lo escriben muchas mujeres en La Habana, más cinemáticas que semíticas. Pero tal vez recuerde su nombre porque fue lo único que concedió, todo lo que me dio. Para sorpresa de nadie (no mía entonces, no tuya lector, ahora) no volví a verla: cuando solté su brazo se separó de mí para siempre. Seguí yendo al cine Duplex, completando *Fantasía* en secciones semanales, pero ella no apareció más. No sé qué le pasó, por qué no cumplió la promesa que se había hecho a sí misma más que a mí. Espero que no haya muerto, arrollada por un auto tan atropellarte como fui yo al encontrarla, destruido el amor por la velocidad. Esther Manzano desapareció de mi vida como apareció: súbitamente en el cine Duplex, un sábado, a punto de ver *Fantasía*, habiendo visto *Fantasía* mejor dicho, un fragmento de *Fantasía*.

Del último encuentro me habían quedado la dulzura de la voz de una muchacha, quizás el color de sus ojos y la certeza de un nombre. Sólo eso y tal vez el nombre fuera falso. Más existencia podía encontrar en la pantalla y Gail Russell resultar más verdadera que Esther Manzano. Pero el hombre puede soportar una gran cantidad de irrealidad. Esa ocasión no me impidió soñar otros encuentros posibles, imaginar tal vez lo imposible: en un cine del barrio, no muy lejos de casa, me esperaba una mujer, más bien una muchacha, complaciente que había ido al cine compelida por el mismo deseo, yo que ahora no iba al cine como cuando era más muchacho a disfrutar la película o como iría después a presenciar el film (ya entonces hasta los nombres habían cambiado para mí y la película devenía film), sino a buscar ese amor que yo sabía que existía, que estaba seguro de encontrar, que me esperaba en uno de los cines vecinos. Fue así como después de muchas maniobras, de escasas escaramuzas, me encontré yendo al Majestic y como otras veces he olvidado la película pero no la ocasión. Esta vez tengo motivos para el olvido porque lo que ocurrió en este lado del cine fue más trascendente, lo que no pasaba a menudo: casi siempre lo que transcurría en la pantalla era para mí la vida y el teatro, el público, las lunetas eran una zona espectral que no tenía ninguna consistencia: como en las sesiones espiritistas, los seres eran las sombras. La ocurrencia comenzó como otras veces a la entrada pero sin ninguna promesa de acontecimiento, lo ordinario ocultando lo extraordinario. Alcancé la puerta al tiempo que entraba una muchacha sola. No sé cómo la vi, nictálope, con la muralla negra que era la oscuridad del cine al entrar de la violenta luz de afuera. Pero la vi sentarse en el medio patio. Todavía estaban levantados los espectadores que la dejaron pasar para ganar un asiento, cuando me apresuraba a sentarme a su lado, en la otra parte en la ribera donde debía de haber otros asistentes, invisibles más que ignorados por mí. El Majestic y su vecino Verdún, baratos, al revés del Alkázar o el Duplex, no tenían muy buena proyección y los reflejos de la pantalla no eran intensos, luz que agoniza. Así la veía a ella en penumbras. Llevaba el pelo largo hasta los hombros, como se usaba en los años cuarenta, influida tal vez por Rita Hayworth, aunque no pensé en ese posible modelo entonces sino en tratar de verle la cara. o por lo menos de definir su perfil. No era una línea dibujada para perderme en su perspectiva, como ocurrió con la muchacha del cine Universal. Tenía una nariz corta y algo respingada. No podía definir sus labios, que tal vez no fueran botados, sobresaliendo por encima de la boca como la verdadera protagonista de *El séptimo velo*. Apenas si podía discernir sus ojos (¿hundidos, salientes, de qué color?) que estaban fijos en el horizonte dramático pero no debían tener las largas pestañas disneyanas de Esther Manzano. Hasta ahora no me habla prestado la menor atención, ni siquiera pareció notar que me había sentado a su lado, que estaba allí, vivo, mirándola, y no pude ver su pupila viajar al borde en una mirada cinemática, y no sabría decir lo que me apresuró a abordarla, pirata pícaro. Quizá fuera que ella estaba sola o estar los dos en la misma oscuridad o ambas cosas. Tal vez técnica. Delante de nosotros

había otros espectadores y de pronto, sin pensarlo, le dije a ella: «Aquí no se ve nada». Se volvió hacia mí y me dijo: «¿Cómo me dice?». Había un tono agresivo en su pregunta, tanto que intimidó mi intimidad por un momento. Por fin cobré ánimo para contestarle: «Digo que aquí se ve muy mal», lo que era cierto, con todas esas cabezas espectantes delante que hacían soñar con una guillotina horizontal. «Es verdad», dijo ella y se volvió a la pantalla. Entonces hice algo que solamente la timidez, que nos hace a veces audaces, me compelió a hacer. La cogí por el brazo. «¡Eh!», dijo ella, «¿pero qué cosa pasa?», habanera verbal. Ya todos los vecinos sabían que ocurría algo entre nosotros pero nadie dijo ni hizo nada, tal vez acostumbrados a las desavenencias entre parejas (después de todo habíamos entrado juntos), tal vez demasiado sumidos en el cine. «Vamos a cambiarnos de asiento» le anuncié y puedo jurar que nunca fui tan firme. Todavía me asombra mi audacia y mi energía, teniendo en cuenta mi edad, la educación que había recibido y mi natural tímido. Ella entonces hizo algo que cambió la situación en mi favor y eliminó mi embarazo: se puso en pie y se dejó llevar del brazo. Salíamos de la fila atropellando espectadores, pisando pies, dando traspiés. Salimos de la fila y yo comencé a buscar donde sentarnos solos. Encontré un sitio suficientemente alejado y solitario y hacia allí la conduje. Nos sentamos y fue entonces que me di cuenta que habla cometido un error: nos habíamos sentado junto a la entrada del servicio de señoras, la luz del letrero genérico cayendo directamente sobre nosotros, la claridad bañando nuestros cuerpos: más el mío, magro, que estaba sentado más cerca de la puerta prohibida. Pero no había nada que hacer. Cambiar de nuevo de asiento podría incomodar a mi casi conquista (no sabía todavía si era una conquista o no pero lo sospechaba por la facilidad con que se dejó levantar del asiento), traer sabe Dios qué inconvenientes y decidí quedarme donde estábamos. Comenzamos por hablar pero debí decir los truismos más fáciles, las palabras de ocasión más irrisorias, las tonterías indicadas porque no recuerdo lo que dije, solamente recuerdo que entre mi monólogo monótono y los lejanos diálogos de los actores le habla pasado el brazo por los hombros a mi muchacha (ya no tenía duda de que era una muchacha, si la tuve alguna vez, por su voz que recuerdo joven aunque no muy agradable: había algo de cuervo, de urraca, de cotorra en su fuerte dejo habanero, ese acento que yo todavía podía detectar a pesar de haber vivido tantos años en La Habana, el mismo que me había parecido tan extraño cuando con Eloy Santos encontré por primera vez su sonido, lleno de consonantes intermedias dobladas, arisco y, cosa curiosa, cantado, aunque los habaneros siempre decían que nosotros los de la provincia de Oriente cantábamos, lo que a pesar mío pude comprobar que era cierto años más tarde, cuando, después de no haber visitado el pueblo por nueve años, volví allá: era verdad: los comprovincianos cantaban y llegué a la conclusión de que los idiomas no se hablan sino se cantan, arias más que recitativos) y ninguno de los dos estábamos atendiendo a la película, mirándonos el uno al otro. Ella era la niña de mis ojos, ¿pero qué vería ella en la pantalla doble de mis pupilas? De pronto (el recuerdo comparte los saltos con los sueños y el cine y todos en esa época no tenían color: el recuerdo, los sueños y el cine eran en blanco y negro) nos estábamos besando. Yo que hacía poco que había besado a una muchacha por primera vez, aunque beso leve, beso de Beba, era a mi vez besado intensamente: era ella la que me estaba besando y trataba de abrir mi boca para introducir su carne, beso de lengua que nunca me habían dado y que aunque yo conocía por referencias (entre ellas las literarias: venidas de las novelitas galantes, no de lo que era mi favorita fuente de literatura: el cine: entonces en el cine nadie se besaba con la boca abierta, pese a la pasión, controlada por la censura) no me parecía un acto higiénico, que era por doble herencia paterna y materna una preocupación máxima: la higiene, la única protección contra la pobreza, que es como decir contra la vida ya que vivía pobremente: mi vida era la pobreza. Las reglas iban del impostergable lavarse las manos antes de comer (mi padre insistía al principio de la llegada a la ciudad, capital del vicio y del virus, que lo hiciera cada vez que viniera de la calle, pero tuvo que pactar en su guerra contra los microbios: una de las características de la pobreza en Zulueta 408 era que el agua corriente se hacía espasmódica y había que esperar que brotara, milagro repetido, una o dos horas al día y luego dejó de subir del todo y habla que bajar a buscarla o ir a acopiar al amanecer a la pila pública que había en la plaza de Alvear justa justicia: Alvear fue el constructor del acueducto y en la placita tenía no sólo su monumento epónimo sino su escarnio anónimo-, a tres cuerdas de casa, famosa fuente artificial que aparece al principio de una novela notable y un film notorio. Mi vida en La Habana, temprano en la mañana, estaba dominada por la preocupación, la obsesión de terminar de cargar el agua suficiente para el día en dos cubos, asesinos de las manos, antes de que comenzaran a congregarse los estudiantes a la puerta del Instituto, que había algunos que ya a las siete y media estaban esperando que abrieran las puertas y entre éstos sin duda debía de haber uno o dos conocidos y, lo que era peor, una conocida) a estipulaciones nunca expresadas porque mi padre era un fanático de la higiene tanto como del comunismo y mi madre una loca por la limpieza, que sin duda incluían para los dos la prohibición del sexo oral, la clase de besos que me estaba dando esta muchacha ahora, su lengua buscando la mía, ávida y violenta, empujándome hacia atrás en mi asiento (ella estaba casi encimada) y yo preocupado no tanto con la higiene como con la luz que cata directamente sobre esta zona hecha erógena de lunetas. Luego ella irresistible desabotonó, zafó uno a uno los botones de la portañuela (no eran todavía los rápidos días del zipper, también llamado en ciertos cuarteles cierre de cremallera, que es una frase -una frase para un nombre- que siempre me hizo reír) y buscó entre mis calzoncillos hasta encontrar mi cosa, ese independiente instrumento del deseo que tiene en La Habana tantos nombres, todos incongruentemente femeninos (pero como a su vez el sexo de la hembra tiene nombres machos hay que declarar a la verba más extraña que la fusión), algunos tan esotéricos como levana, sonido y furia sexual que no significan nada, palabra sin duda inventada porque aun las palabras más exóticas, como pinga, que el diccionario admite como nombre de una percha y añade que es voz usada en Filipinas, sin saber que quizá sea más usada en La Habana que en Manila pero no como percha ni pértiga, pero ¿de dónde viene la voz de levana, que tal vez se escriba lebana, para

envidia de las lesbianas? Mientras, ella estaba buscando mi apéndice ciego si no ciclópeo, polifenómeno, encontrándolo y tirando de él ya que no podía extraerlo gentilmente debido a su urgencia y mi turgencia y a la estrechez de la abertura primero de mis calzoncillos y después de mi portañuela, halando, jalando, tratando de sacarlo (y me confunde que yo emplee nombres masculinos para lo que en La Habana se usan palabras femeninas: ¿una, contradicción de términos o tal vez el signo de la culturalización?) sin dejar de besarme, dando ahora un tirón final porque la había sacado (vuelvo a la feminidad del miembro) y no bien estaban fuera bálano, prepucio y glande cuando ya ella me estaba masturbando, pero tal como ella procedía era más hacerme una paja que masturbarme: yo me masturbaba, ella me hacía una paja, y aunque había mucho más arte en mi modo, había efectividad en su manera porque enseguida estaba consiguiendo ese murmullo inaudible para un segundo que precede a la venida, esa agitación que viene antes de la eyaculación, ese momento en que el pene busca una penetración que no existe más que en la imaginación de su glande, la ha estado buscando hace un coño y ahora sabe que no la conseguirá, idea fija en su prepucio que desecha, y circunciso él solo, bálano sin vagina, como con vida propia (con individualidad, en efecto) va a producir los movimientos siempre bruscos, siempre hacia arriba, siempre convulsos, que por una simpatía incomprensible del apéndice vermicular pasan al cuerpo y la agitación se generaliza, como se estaba propagando ahora en que el pene, al revés de la pila de agua de la plaza de Alvear, se convierte en un surtidor, en regadera, fuente natural brotando, manando, regando las inmediaciones, saltando por sobre la fila delantera, finalmente en manguera que se dispara en chorro hasta la impoluta pantalla, borrando a los actores, bañando a las actrices, desdibujando a los personajes (que me maten simiente), pegando en el espaldar de los asientos de delante, cayendo sobre mis piernas, en un movimiento inverso, cada vez menos intenso, ella sosteniendo el guisopo de mi pene asperjando apenas ahora y es entonces que oigo las frases que me ha estado diciendo esta muchacha, murmurando primero, después hablando alto, luego gritando: «Vas a ver» (claro que con su pronunciación habanera ella no decía «Vas a ver» del todo, cópula más que ligado), «Tú vas a ver», añadiendo el pronombre para individualizarme, «Tú vas a ver lo que es una mujer», la última frase la dijo casi ferozmente para intimidar al intimar mientras me masturbaba, al tiempo que mordía mi boca y me di cuenta de que no era muchacha lo que tenía al lado (no puedo decir que estaba entre mis brazos: más bien estaba yo entre los suyos) sino, como dijo ella, una mujer, tal vez la primera mujer que me encontraba, si exceptúo la sierra madre del cine Lira, escalada pero sin dar con su tesoro, y las mujeres de Zulueta 408: pero éstas fueron fantasías y nunca existieron sexualmente. Mientras que mi apesante (yo soy sin duda su presa) se hizo una mujer alrededor mío, la Dra. Jekyll transformada en Mrs. Hyde al beber mi brebaje -de la lluvia de leche alguna gota debió caer en su boca ávida, vida bebida-, Lana Turner transformándose en Ingrid Bergman. Trenzada, boa constrictora, pitonisa, ella seguía en la masturbación como si se masturbara a sí misma (en realidad no había visto masturbarse a una mujer todavía, masaje de seno y sexo, y sospechaba que no había mucha diferencia entre la masturbación masculina y femenina, sin saber que una era una manipulación horizontal y la otra un frote vertical, sin darme cuenta de la inexistencia de un miembro o reparar en la existencia de un esbozo de pene, ese clítoris médico llamado en La Habana pepita, como si fuera una semilla o una gota de oro de un tesoro: pero esos datos para el dedo no me pasaban por la mente entonces disfrutando como estoy, gozando como estoy, casi satisfecho como estoy) sacudiendo mi pene poderoso devenido pudoroso, su cuerpo poroso desertado ahora por la sangre antaño inundante, convirtiéndose en su mano en un barquillo empapado con el sorbete derritiéndose hacia abajo -pero es una voz vecina la que termina nuestro breve encuentro. Alguien está diciendo: «¡Qué barbaridad! ¡Las cosas que hay que ver!». Hay otras voces que se añaden declarando qué asquerosidad qué cochinidad ya no se puede ni venir ni al cine y caímos en cuenta (o creo que ella cayó, como yo, levantándose del sueño sexual) que estábamos rodeados de señoras, de madres patrias, de miembros (perdón, palabra culpable) de familia que llevan sus hijos a la matinée, y que hemos ofrecido, nosotros dos, un espectáculo alterno, teatro arenga, tableau vivant, ayudados por la luz del letrero que dice (si los letreros hablaran) casi irónicamente «Damas» ahí al lado. Yo, temeroso de la ley como siempre, aun antes del síndrome de Soriano, tengo miedo de que venga el acomodador incómodo (¿pero había acomodador en el Majestic?, no lo recuerdo, no creo que pudieran permitirse el lujo de un Virgilio para cada Dante), el portero portátil, el malgenioso gerente del cine, acompañados por agentes del orden público, obvios y a la vez impenetrables policías que personifican la ley de tal modo que la menor contravención se convierte en un insulto a su persona. Mientras, mi pene se hizo penoso y se escurrió hacia su guarida, obediente ante la orden silente, y aprovechando su sumisión me abotoné la portañuela por temor a una insubordinación de mi miembro sedicioso, deseoso. Me senté correctamente (recordé con presciencia las lecciones que me dará un día un profesor de cinematografía, crítico pretencioso que era más bien un cronista de buenas costumbres, acerca de cómo había que sentarse en el cine: la espalda recta y pegada al espaldar, las piernas juntas y tocando en las rodillas, los pies apuntando al frente, la cabeza erguida en dirección a la pantalla, los ojos mirando el espectáculo fijamente) y obligué con mi acción reparadora a que mi compañera abandonara el abrazo amoroso y se sentara con corrección en su asiento. Los gritos escandalizados se apaciguaron, las exclamaciones se hicieron murmullos, el runrún devino susurro y finalmente reinó el silencio, no Universal pero sí Majestic. Ya podían las damas madres llevar a sus hijas damitas al baño o inodoro, aunque ese sitio sucio no sea ninguna de las dos cosas. Los caballeros podían envainar su envidia. El público amable todo podía asumir su carácter pasivo. Nosotros dos, esta mujer de la que ni siquiera sabía su nombre, la que no me había dicho más que frases amenazadoras de amor, y yo, que por fin había encontrado lo que busqué durante años en tantos cines, nos sumamos a la mayoría y pasamos de amantes apasionados a ecuanímenes espectadores.

No recuerdo si vimos la película entera en esa función discontinua: creo que yo no la vi completa. Sí sé que sal-

imos todavía de día y en la puerta, de nuevo cegado, esta vez por el sol aún vertical, otro proyector de imágenes, revelador, pude ver que mi amante momentánea no era una mujer: era una muchacha que estaba en camino de ser mujer pero era muy joven. Tengo que decir, lamentablemente, que la princesa se volvió cenicienta: no era una versión vertiginosa de Rita Hayworth: era todo menos bella. Su pelo estaba cortado a la moda por las horquetillas. Su nariz no era, como creí en el cine, respingada a la manera de Judy Garland pero chata: no era una nariz, era una ñata. Sus ojos no se parecían a los de Gail Russell: no eran feos pero lo que salía de entre ellos no era hermoso: su mirada era torva. Su boca se veía demasiado fina y ahora embarrada por el creyón corrido, que ni siquiera se preocupó en corregir antes de salir del cine y hacerse labios. Era más bien alta y delgada pero estaba pobremente vestida. Sus manos -que no se había lavado del engrudo tal vez fueran largas pero lo único que me atrajo, más bien me distrajo, de ellas fue que tenían unas manchas oscuras que iban del dorso hasta el brazo y no eran precisamente pecas. Ella me vio mirándole las manos, las manchas y me dijo como explicación: «La manteca». Esta frase críptica explicaba las máculas, todo: ella era una cocinera. «Yo vengo siempre los domingos», me dijo ella a continuación y era efectivamente domingo. «¿Tú vienes el que viene?», me preguntó en una promesa de cine seminal. Le dije que sí pero antes de contestarle había decidido que no la vería más. No puedo decir qué precipitó esta decisión. No seguramente que ella fuera cocinera: poco tiempo después una de mis distracciones favoritas: mi hobby y objetivo, sería la persecución de criaditas. ¿Tal vez fue el ofrecimiento de que ella me enseñaría lo que era una mujer magistral? Yo estuve buscando esa posible, imposible maestra muchos años, ¿cómo la iba a rechazar ahora? Quizá fuera la certeza de que la próxima vez nuestro encuentro tendría que terminar inevitablemente en la cama. ¿Estaría yo preparado para el amor horizontal? Estoy seguro de que mi negativa tiene una explicación y que las causas hay que encontrarlas arriba, pero ésta es la fecha y hora en que no he logrado saber por qué no volví jamás al Majestic los domingos. Tal vez temería la sabiduría de noción, expresada por Silvio, rigorista. Cuando le conté el cuento de la bella sonriente con el alfiler matador bajo la capa, me dijo: «Un día vas a encontrar tu Némesis en un cine».

La plus que lente

Notable es la influencia que ha tenido Claude Debussy en la música popular cubana. Me refiero a cierta zona de la música popular, no a expresiones de falso folklore o cuasi cultas, sino a esa clase de música popular que representa muy bien el mejor Ernesto Lecuona o a la manera habanera en que tocaba el piano Bola de Nieve. No es que estos dos músicos ni otros más modernos (pienso por ejemplo en las canciones tanto como en la ejecución de Frank Domínguez y en el piano bien acompañante de un Meme Solís) conscientemente imiten al autor de *Imágenes* -hay, ¿casualmente?, un bolero de Domínguez con ese mismo título, muy popular y al mismo tiempo apreciado por un exquisito autor inglés que visitó La Habana en su apogeo sino que el pianismo de Debussy, sus sonoridades, se han introducido en la música popular para piano, quizás a través de Albéniz con composiciones contemporáneas, de forma inconsciente pero pertinaz. No existen por supuesto los acordes interrumpidos, las armonías moribundas, los arpeggios líquidos de Debussy, pero sí mucha de su manera de sonar el piano, sobre todo en sus registros altos y en sus fortí más que en sus pianísimi. Vienen a la memoria enseguida las melodías hesitantes del vals *La plus que lente*, que Debussy confesaba haber compuesto «*dans le genre brasserie*». Por supuesto que Lecuona no poseía el poder paródico que informa a Debussy en su valsecito lento, pero si uno oye bien, por ejemplo, su *Comparsa*, hay momentos de Lecuona en que casi aparece consonando el Debussy del género café-concierto que tan bien suena en *La plus que lente*, ese vals más lento.

Cosa curiosa el papel que ha tenido Debussy, más que él su música, en mi vida amorosa. La primera vez que hice el amor -el galicismo es intencionado, doblemente- fue, para mi asombro eterno, con la que era la muchacha más hermosa que mis ojos cubanos vieron y para seguir con ella tuve que conseguir acariciarle los tímpanos con música de Debussy y los penetraba con ese perforador suave, cayendo ella en un éxtasis que, créanme, yo era incapaz de conseguir sin un juego de olas a las once y cuarto de la mañana, como diría Satie -pero ese recuerdo pertenece al futuro y ahora hablo del presente, es decir del pasado.

Hubo otra ocasión amorosa en que hizo su intervención Debussy, su música interpuesta, pero todo terminó en el fracaso. Tuvo parte propicia Olga Andreu, celestina después del alba, y más que ella su colección de música clásica -en este caso impresionista, escuela en que ella matriculaba también a Ravel, mientras yo, con mi pedantería purista, le señalaba que Ravel era algo más que un impresionista, era un imitador, un parodista, pasmoso poeta del pastiche y apuntaba: «Ése compuso *Bolero*», sin siquiera aludir a *La valse*. Pero otro vals francés, *La plus que lente*, es la música de fondo que viene ahora a un primer plano erótico, es decir memorable. Recuerdo que era una versión para violín y piano o tal vez violín solo y la tocaba Jascha Heifetz. Siempre que oigo *La plus que lente*, aun en su forma original para piano, me acuerdo de aquella muchacha entonces embellecida, idealizada, doncella elegida. Se llamaba (o se llama todavía) Catia Bencomo. Ella era amiga de Olga Andreu y vivían en el mismo edificio, el Palace, que está en lo que luego sería, por tres ocasiones diferentes, la esquina de mi casa: en avenida de los Presidentes y calle 25, en El Vedado. A través de la naturaleza de Olga conocí a Catia, la conocimos todos. Todos éramos el grupo de amigos que iba a casa de Olga Andreu a oír música y conversar con ella de música y otras artes menos lógicas, ella Mlle. Recamier tumbada en su tumbona, un hallazgo, casi un milagro histórico: una muchacha con quien se podía conversar y que no era cursi o pretenciosa, cosa curiosa en La Habana, llamada a veces La Vana.

Catia no era bella en realidad, ni siquiera era bonita, pero tenía la gracia de los quince años habaneros que todavía, dos o tres años después (ella debía de tener unos dieciocho años, yo no había cumplido veinte) conservaba cuando conversaba. Tenía además un cuerpo que estaba bien, lo que se llamaba mono (palabra que los hombres sólo usaban cuando estaban en una jaula), que quiere decir, más que en el diccionario, gracioso y grato a la vez. Era de estatura mediana, más bien baja, y sonreía con gran gracia: su sonrisa no era un rictus ni un ritual sino un estado del alma. Como Olga, ella era inteligente y capaz de conversar con nosotros los de entonces, que siempre éramos los mismos, haciendo chistes constantes y juegos de palabras de salón y padeciendo la paronomasia como un mal no sólo incurable sino contagioso. Recuerdo que una de las primeras veces que la vi, Catia llevaba un vestido de esos que tienen tirantes y se llaman *jumpers*, hecho de una tela que imitaba al leopardo y por unos días ella se convirtió en Leopardina Bencomo, fiera amable. También hacíamos artes combinatorias con su apellido, llamándola Caria Bencomo Estés y preguntando qué pasaría si Catia Bencomo se casara con otro amigo fronterizo llamado Lino Abraido. Juegos propios del bachillerato y de ese humor adolescente al que, como al amor, nunca renunciaría. Catia lo soportaba todo con paciencia, casi con contento, y hasta llegaba a colaborar con los chistes hechos a base de su nombre o de su ropa, ella un verdadero agente catalizador.

Eran los días en que Roberto, nacido Napoleón, Branly, que entró a formar parte del grupo como especialista en humor vítreo, decía tener un amigo apodado Bombillo y otro apellidado Chinchilla y no sabíamos cuál era el apellido y cuál el apodo, dudando que la piel de Chinchilla fuera genuina y preguntando cuántas bujías encendía Bombillo. Recuerdo cuando Branly se anotó un tanto notable con Olga Andreu, al venir a ver sus recién estrenados pececitos de colores y preguntar con curiosidad casi científica: «¿Son adultos?». Pero Olga (a quien Branly bautizó Olgasana) desde su sofá hizo del juego de Branly una partida, un repartee.

Adúlteros -dijo Olga-. Son peces pecadores.

-¿Cómo se llaman? -preguntó Branly doble-: ¿Dafnis y Cloe?

-No -dijo Olga-, Debussy y Ravel.

Ah, ya veo -dijo Branly acercándose más al estanque-. Debussy debe de ser ese con los cabellos de lino.

-Son algas.

-¿Oigas?

-Filamentos vegetales que flotan vagamente.

-¿Son impresionistas? -preguntó Branly.

-Sí, Debussy hasta ha compuesto *El Mar*, una impresión.

-Será una presión -dijo Branly-. Aunque dudo que lo haya hecho. Nadie dentro del mar compone *El Mar* y no iba a componer *La pecera* estando en ídem.

Olga quería espantar a Branly:

-El otro, Ravel, compositor de valeses y boleros, compuso *La pavana para un gracioso difunto*.

Branly no se dio por aludido y tuvo la última palabra o la última alusión impresionista:

-Supongo que Debussy compondrá una tarde *L'après midi d'un poisson d'or*.

Catia se volvió hacia mí para preguntar casi anonadada:

-¿Es que es loco?

-Es entusiasta.

Lo más curioso es que éramos todos terriblemente tímidos, pero con Olga y con Catia se estaba bien, nos sentíamos cómodos, como en casa. Como Catia y Olga estaban siempre juntas Branly las bautizó the Andreu Sisters, que para cualquiera que oyera *swing* en los queridos cuarenta era una sonata a trío, la alusión hecha ilusión, el terceto reducido a dúo dorado. Inevitablemente unos nos enamoramos de Olga y otros de Catia. Yo caí en el grupo menchevique (éramos minoría) de los que se enamoraron de Catia. Al principio el amor no fue más que unas ganas de conversar con ella a solas, sin Olga, sin Branly, sin testigos de ya ves (fue por culpa de Debussy, no el silente, circular de la pecera sino el sonoro pero no menos obsesivo del disco, con su *La plus que lente* que oía interminablemente, melodía infinita, movimiento perpetuo en el tocadiscos de Olga, en su apartamento, mientras Selmira, su madre, llamada a veces Selmíramis de Rossini, entraba y salía de la sala, vigilante y al mismo tiempo indiferente, un centinela asténico, y en el cuarto del fondo Finita, la abuela de Olga, una viejita como de noventa años, alerta, que todavía fumaba y, a veces, venía a participar de nuestra conversación, viva, interesada en nuestra ecolalia demente), después tuve ganas de estar siempre solo con Catia Bencomo y al final me enamoré estúpidamente, que es la única manera de amar.

Recuerdo exactamente cuándo sucedió. Catia estaba de visita en casa de Olga como siempre y oíamos (¿qué otra cosa se podía oír?) *La plus que lente*, con sus notas que se demoran, sus silencios embarazados y su disfrazado aire de vals. Cata la tarde y ya al irme (era pleno invierno por lo que anocheció más temprano que de costumbre) Catia me acompañó hasta el elevador -era muy chic, viniendo yo del solar de Zulueta 408 y su escalera escatológica, vivir en un edificio con elevador y era el colmo del glamour que una muchacha lo acompañara a uno hasta coger lo que Catia llamaba, en broma, el ascensor y yo la corregí diciéndole: «El descensor ahora». Fue entonces que decidí acompañar a mi vez a Catia hasta su casa, que quedaba un piso más abajo, en el apartamento casi exactamente debajo del de Olga Andreu, demorando la despedida. Se me ocurrió pedirle ver el paisaje por la ventana del pasillo que daba al sur. (Ni la ventana ni el paisaje ni el sur le pertenecían, por supuesto, pero se lo pedí como si fuera dueña de todo.) Todavía allí se reflejaba el crepúsculo y desde el balcón se podía ver el tráfico habanero bajando la cuesta donde la avenida de los Presidentes encuentra su monumento y comienza a bajar por entre los farallones del Castillo del Príncipe (mi cárcel y mi celda un día) y el nuevo edificio de la Escuela de Filosofía y Letras, nunca mi facultad, al otro lado. Ya apenas se veta otra cosa que las luces rojas de los autos que iban cuesta abajo y los faros blancos de los que venían cuesta arriba.

Continuamos la conversación mientras mirábamos la noche habanera. No recuerdo ya de qué hablamos, pero sí sé que hablamos mucho. A Catia le gustaba oír y a mí, vencida la timidez, me encantaba hablar con ella. Pero la conversación devino disturbio doméstico. La familia de Catia la habla empezado a reclamar pues era hora de comer. Primero fueron por supuesto a casa de Olga Andreu o preguntaron por ella por teléfono y Olga debió decir que Catia hacía horas que había bajado a su casa. Pero en su apartamento no estaba Catia, lo que era obvio. Debía de estar entonces en el lobby (ese edificio, con su extraña arquitectura que luego identificaría como eduardina, tenía hasta lobby: para mí una muestra más de la categoría de Catia) o tal vez en la calle, en la acera, frente a la entrada, donde a veces se reunían los muchachos y muchachas de la vecindad. Tampoco la encontraron ahí. Estaba por supuesto conmigo en el balcón de balde, sumidos los dos en la amable oscuridad del final del pasillo, ella mirando al tránsito (tal vez la contagié con mi admiración de los automóviles, mi pasión por el movimiento) o a la noche (lo que era quizá

más probable) y yo tratando de ver sus ojos pequeños y negros bizquear un poco al mirarme de cerca, mientras intentaba yo mover esos ojos miopes, a su dueña, a Catia, en dirección del amor. No que habláramos de amor: yo era muy corto para hacerlo y ella no lo hubiera permitido -al menos yo creía (firmemente) que ella nunca lo permitiría.

Seguimos hablando y sólo dejamos de hacerlo cuando ella se dio cuenta de lo tarde que era. No sé cómo lo hizo: ella no llevaba reloj (entonces no se veía bien que las muchachas bien usaran reloj: el tiempo era cosa de hombres) y yo era muy pobre para tener reloj. Si sé que ella dijo que era tarde y que tenía que irse a comer: su familia comía toda junta a la misma hora: era una ocasión solemne. Mientras en casa, en el cuarto, en Zulueta 408 la comida era una fiesta movable. La acompañé hasta la puerta de su apartamento. Para ello no tuve que hacer otra cosa que caminar los veinte pasos del pasillo de su piso. Ella tocó a la puerta (las muchachas bien solteras no tenían llave de su casa, aunque de esta regla femenina, como de otras, se burlaba y las rompía a diario Olga: Andreu anarquista, como la llamó Branly), mejor dicho, torció el timbre mecánico -no eléctrico: un capricho español del arquitecto- que oigo chirriando, ni alegre ni triste, sólo sonando todavía. Salió a abrir su abuela. Ahora sé que era su abuela pero en ese momento fue sólo una vieja que abría una puerta mientras ella, muchacha bien, decía: «Mi abuela», como presentándomela y convirtiéndola en una anciana que se extendía en una pronta y prolija queja: «¿Dónde estabas metida, muchacha? Toda la familia te ha estado buscando como locos. ¿Dónde andabas? ¿Qué has hecho, muchacha? ¿Qué horas te crees tú que son?».

El interrogatorio hacía aparecer a Catia como una rica heredera en eterno peligro de ser secuestrada. Catia por su parte apenas pudo decir ahí, indicando el extremo oscuro (ahora negro de boca de lobo, de noche lóbrega, tenebroso) del pasillo y el balcón de búhos. La abuela por su parte usaba sus flacos brazos para expresar el descontento con la aparecida (Catia sería una nieta bien pero su abuela no era una dama bien) y en uno de sus manotazos al aire, aspa accesible, yo le cogí la mano, coincidiendo con la voz de Catia que decía de nuevo «Mi abuela». Mi reacción fue una acción que algo oculto -¿un manual de maneras? - me impele a cometer a menudo: tiendo a coger la mano que extiende un desconocido y estrecharla efusivo a la menor provocación. Así me he visto, casi con asombro, estrechando la mano de porteros, de maestros de ceremonia, de ujieres, de toda clase de personas en esa ciudad de gente gesticulante que es La Habana: puedo decir que le he cogido la mano a media urbe, a medio orbe, creyendo que era una presentación de la mano para estrecharla lo que es mero gesto habitual. De pronto me vi con la mano menuda de la anciana (debía decir de la vieja pero todavía tengo el respeto que tenía por la desconocida familia de Catia) en mi mano húmeda si no cálida, estrechándola como si pudiera bombear simpatía de la seca señora con este procedimiento más bien hidráulico. Pero es peor: la abuela de Catia vio su mano prisionera entre la mía y casi gritó de horror, al verse atrapada por aquel desconocido -¿un secuestrador pidiendo rescate?- que se aparecía con su nieta desaparecida tan abruptamente.

La escena, la presentación, lo que fuera acabó con una corta despedida de Catia y ahí terminó también mi oportunidad de significar algo más para Catia que ser un mero conocido chistoso. Sé que la diatriba de la abuela contra su desaparición antes de la santa cena, nuestra aparición a destiempo y la confusión que ambos acontecimientos produjeron se vieron aumentados en intensidad hostil por mi acto de coger como mía la manó expresiva de la anciana. No tengo que haber oído lo que se dijo después para saber que no era nada en mi favor. Sabe Dios cuánto tuvo que explicar Catia para dar decencia a su desaparición. (No se olvide que todo el tiempo que ella faltó de la reunión familiar estábamos los dos escondidos en la oscuridad clandestina.) Lo que sé es que todo cambió después de aquella tarde luminosa que se convirtió de súbito en negra noche: hasta entonces todo fue ascenso, desde entonces todo se vino abajo. Bajé en el elevador hasta la calle solitaria, solo.

No vine a ver a Catia hasta un día después. Ya mi amor de la víspera se había hecho desesperación (como dije, yo no tenía veinte años todavía y seguía siendo un adolescente amoroso) y la esperé a la salida de su trabajo en la compañía de electricidad, pero siguiendo mi lógica loca no estaba en Monte y Monserrate sino frente a la entrada del edificio Palace. Debí haber dado a mi visita un aire casual (aunque había atravesado toda la ciudad para crear tal casualidad: más natural hubiera sido, claro, encontrarla en la propia compañía de electricidad, a tres cuadras de casa, pero de contradicciones tanto como de contracciones y expansiones está hecho el amor) porque ella aceptó con agrado verme bajo la ostentosa marquesina de cemento del Palace. Pero ya de la Catia de la noche anterior no quedaba nada, aunque yo no lo supiera entonces. (Creo que sí lo supe porque escribí o comencé a escribir -pero no terminé de hacerlo nunca- un cuento en que Catia era central. No era un cuento sino más bien un poema en prosa, un ejercicio de lenguaje en que entraba la noche, la oscuridad, los faros de los autos, sus ojos luminosos, el balcón y nuestra intimidad, todo acentuado por los sonos sinuosos de *La plus que lente*. Anduvo mucho tiempo entre mis papeles y duró más aquella esquela que mi amor por Catia: permanencia de la literatura.) Conversamos un poco en los escasos escalones y ella subió enseguida a su casa, tal vez como una medida preventiva contra lo ocurrido el día anterior (una historia de amor siempre se repite: primero como comedia, luego como tragicomedia), tal vez como defensa propia: de mi amor, del pseudosecuestro. No lo sé, sólo sé que ella se fue fugitiva.

Por aquellos días ocurrió la boda de mi tío el Niño con Fina. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Monserrate (frente al cine América) y después se celebró una fiesta en la casi suite de Venancia en el primer piso, que se extendió, subiendo, inevitablemente a la placita frente a nuestro cuarto. No sé cómo ni cuándo pero allá se aparecieron Olga y Catia, entre otra gente, aunque ese día sólo importaba Catia para mí. La presencia de Catia estoy seguro que se debió a Olga, que comenzaba a interesarse por mi hermano, pintor que prometía, pero a la que también fascinaba nuestra existencia, que ella veía como preciosamente artística surgida en un medio terriblemente hostil: perlas barruecas en

una ostra hosca. Durante la fiesta hubo bebida y por primera vez en mi vida me emborraché. El alcohol y la presencia de Catia me hicieron bailar literalmente de alegría, yo que no sé dar un paso: mi baile fue una especie de zapateado zurdo, de absurdo baile jondo, de *tap dancing* demente que tuvo la vertiginosa virtud de asustar -tan inusitado era que yo bailara- a Ready, que era la imagen fiel del perro bueno, inteligente y manso, y que por culpa de mis saltos se convirtió en una fiera repentina y mordió a una niña visitante en su frenesí. Allí terminó la fiesta de boda, con mi madre furiosa peleando conmigo por haberme emborrachado y lo que era peor, según ella, haber hecho el ridículo. No supe cuándo ni cómo se fue Catia (sin sentir la esencia de su ausencia) pero sí sé que no debí lucir muy bien borracho y bailando como un Pan endemoniado y que había presentado a Catia otra faceta de mi carácter que no me era favorable. Lo cual, para colmo, era falso: yo era lo contrario de un bebedor y los pocos tragos que hicieron falta para hacerme bailar aquel zapateo desatinado demuestran cuán poco amigo era del alcohol. Pero ésta no fue, fatalmente, la impresión que se llevó Caria -¿quién podía convencer a la niña mordida que Ready era un perro bueno? Sin embargo nuestra tercera entrevista fue la peor, no para Catia pero sí para mí.

Ocurrió en una función de ballet en el teatro Auditorium. Yo había ido con mi madre y Carlos Franqui (quien anteriormente me había dado el dinero necesario para ver mi primer ballet: lo digo al pasar pues me he propuesto no hablar de cultura pero es inevitable que lo apunte) y allí me encontré para mi deleite a Catia acompañada de Olga. La noche, sin embargo, se mostró tan movida como la tarde de la entrevista en el balcón barroco o la tarde de la boda beoda -y no me refiero al movimiento en escena. Como en las tragedias un mensajero repentino vino a decirle a Franqui que su abuela había muerto en el pueblo y debía ir al velorio. Franqui no tenía dinero (tampoco teníamos nosotros, por supuesto) para el pasaje y hubo que hacerle una colecta rápida entre todos los amigos y conocidos que estaban en el teatro para que pudiera coger un ómnibus esa misma noche. La colecta determinó mi ajetreo por todo el teatro (nosotros estábamos en el primer balcón) yendo de amigo en amigo. Para mi bien (a mis ojos) o mi mal (los de ella) tuve que ver a Catia che cerca más de una vez. Debo explicar esta doble visión. Yo me sentía muy bien viendo a Catia, pero de alguna manera mi cara debía mostrar los sufrimientos del amor no correspondido (y no la angustia ante la vicisitud de un amigo con una muerte en la familia y sin dinero) porque se veía en los ojos de Catia, que eran muy expresivos, que ella me veía sufrir sin poder hacer nada aparentemente -y no creo que contribuyera a la colecta. El ballet, que vino a interrumpir mi infelicidad con la felicidad de la música y el movimiento de los cuerpos coreos, era *Las sílfides*, en que intervenían Alicia Alonso, todos los miembros del *corps* de ballet femenino, más algunas alumnas de su academia y tal vez la encargada del edificio -y un solitario bailarín. Branly apenas me dejó ver el ballet con sus intervenciones irreverentes. «Ese muchacho», me dijo señalando al bailarín único, «es un milagro si no sale afeminado». Cuando terminó *Las sílfides*, con la misma lentitud leve que había comenzado, moviéndose toda la troupe con pocos pasos, bromeó Branly: «Chopin no ha muerto», hizo una pausa para añadir: «Nada más está dormido», y otra pausa: «de aburrimiento». Todavía al salir y reunirnos todos para comentar las angustias de Franqui, amigo en apuros, Branly pudo intercalar: «Lo que no soporto de *Las sílfides* es su machismo», dijo definitivo: «Aunque no se puede negar que Alicia Alonso sabe movilizar su Afrika Korps de ballet». Todos nos reímos pero yo menos que nadie porque, ay, Catia no estaba entre nosotros para reírse, sonreírse mona. Se había ido enseguida acompañada por su hermano (como hace una niña bien) y otros amigos desconocidos para mí, me aseguró Olga Andreu. Deseé con toda mi alma que entre ellos no se encontrara Jacobsen, el misterioso.

No sé por qué pensé en Jacobsen entonces. Había oído hablar a Catia de Jacobsen varias veces. Casi siempre fueron comentarios al pasar, sin importancia, dirigidos siempre a Olga, como «Me llamó hoy Jacobsen», o «Vi, ayer a Jacobsen», o «Va a estar Jacobsen». Pero en una ocasión Catia habló de lo atractivo (¡y en mi presencia!) que era el tal Jacobsen, hombre sin nombre, a quien yo no había visto antes, a quien no quería ver jamás, a quien no llegue a ver nunca pero quien siempre se entrometía como un esbozo enemigo en mis proyectos de felicidad -era casi como la mano animada de la abuela de Catia. Tal vez esa noche ajetreada de la función de ballet que empezó mal, ella mencionara una vez más a Jacobsen o lo hubiera visto en el teatro -aunque Jacobsen no me parecía persona posible de gustarle el ballet, ni siquiera de oír música, mucho menos de apreciar la relación que había entre Catia y *La plus que lente* y ni remotamente capaz de encontrar la influencia de Debussy en la música cubana, no dudaba de que se presentara de improviso, surgiendo de entre las sombras, un siniestro. ¡El odioso Jacobsen! Tuve ganas de ponerme un antifaz de seda negra (en tiempo de carnaval) y acercarme al afortunado para invitarlo a probar mi amontillado y conducirlo a mis cuevas donde guardaba las paletas y el nivel -¿pero cómo reconocerlo? Hasta el día de hoy no sé qué cara tuvo. Nunca supe tampoco si era simpático o sangrón, moderno o chapado a la antigua, inteligente o imbécil, que eran las categorías que importaban entonces. Tampoco sé qué tipo tuvo. ¿Era alto y delgado o bajo y rollizo? ¿Llevaba barba roja o pelo pajizo crespo? ¿Era Jacobsen danés legendario y remoto o cercano, familiar judío?

La tercera vez que salí con Catia (la única vez verdaderamente, ya que las dos veces anteriores no había salido con ella y el día de la boda de mi tío el Niño ella vino a la fiesta pero se fue sin mí, yo quedado con Baco y la furia de mi madre) fue a ver *Mientras yo agonizo* (quiero decir, *Mientras la ciudad duerme*) al Riviera. Recuerdo los comentarios de Olga Andreu, que nos acompañaba (Catia, bien criada, no salía sola con un muchacho sin chaperona), aunque no recuerdo quién era su compañero, durante la película. «Ése es el bonitillo», decía Olga, que siempre afectó hablar en habanero, jerga popular a pesar de su dinero. «¡Qué bueno está!» ¡Dios mío, decir que Brad Dexter estaba bueno! Era como para morirse de risa, pero yo aquella noche me moría de amor y de celos por Catia. Fue tanto el doble dolor que no lo pude soportar y a la salida, pretextando que iba al baño, me escabullí por la escalera cubierta de El Carmelo y regresé a casa sin decirles nada a ellas. Luego, cuando vi a Catia de nuevo al día siguiente, le pre-

gunté si no le había resultado inusitada mi desaparición (en todo el viaje en guagua yo disfrutaba la posible extrañeza de Catia y de Olga, sobre todo de Catia, quien pensaría de mi despedida a la inglesa, creía yo: «¡Qué original!») me dijo que sí le había parecido raro y que preguntó por mí y después decidió que yo me había aburrido con la película. (Pero nunca con ella: ¡qué presunción!) Recuerdo todavía sus exactas palabras: «Te buscamos. Yo pregunté: ¿Han visto ustedes a un muchacho bajito? Pero nadie del cine ni del Carmelo te había visto». Lo que me dolió no fue que nadie hubiera notado mi ausencia, sino que Catia, cara Catia, por toda descripción de mi persona escogiera el adjetivo bajito. Yo no soy alto pero tampoco era Catia una valquiria y aquella noche bien pudimos haber salido con Bulnes, admirador de Olga desde abajo, que medía poco más de cinco pies, si acaso. Ángel Bulnes, que casi era un enano, había hecho de su estatura baja una cualidad poco común y decía que él era del tamaño de un ángel. Bulnes, que un día contó cómo durante una discusión con su jefe, su furia fue tal que perdió el control: «Me subí a una silla y lo abofetí». Ese bajo Bulnes inbulnurable pudo ser el compañero de Olga, pero todo lo que Catia tenía que decir de mí para identificarme era: un muchacho bajito. Aquellas palabras terminaron por convencerme de que Catia jamás me amaría, aun si no existieran las diferencias sociales, si salvara la barrera familiar, si desapareciera el invisible pero ubicuo Jacobsen -y la dejé de ver pero no de soñar con ella.

Es decir, ésa no fue la última vez que la vi -nunca es la última vez que uno ve a nadie. La vi después algunas veces y luego nos mudamos, verdadero salto hegeliano (como lo declaró Silvio Rigor) para la calle 27 y avenida de los Presidentes, casi enfrente (ladeado) del edificio Palace: de nuestro balcón se veían las ventanas del apartamento de Olga Andreu. También se habrían visto las ventanas de Catia si no se hubiera mudado al poco tiempo -¿esquivándome tal vez toda la familia? Paranoia invertida aparte, creo que inclusive se mudaron antes de que nosotros nos instaláramos en el barrio. Como dije, la vi otras veces y hasta me pasó en limpio un cuento en el que se atrevió a criticar que mi personaje, una niña, empleara ciertos tiempos de verbo que, según ella, crítica gramatical, no eran infantiles. Pero para ese entonces mi amor, mal curable, ya había pasado. Tal vez no habría pasado, fiebre recurrente, si ella hubiera consentido mirarme siquiera con un poco de amor de vuelta, con una fugaz muestra de la mirada amorosa que le vi en el balcón vacío. Pero nunca lo hizo. Por otra parte yo jamás la olvidé: estaba *La plus que lente* para hacérmela recordar y a menudo le pedía a Olga Andreu que tocara el disco en su tocadiscos. Luego el tiempo se ocupó del resto y ya ni siquiera *La plus que lente* podía hacerme suspirar por Catia.

Pasaron los años: creo que pasaron diez o por lo menos más de cinco. Ya yo me había casado y tenía una hija y ella (quiero decir Catia) se había casado también. (Aunque no afortunadamente con Jacobsen, según creo: nunca estuve seguro de ese fantasma.) Casi no la recordaba cuando una mañana iba para el trabajo, viviendo en otra parte de El Vedado, en mi carro convertible, y tuve que parar en la esquina de la calle 21 y avenida de los Presidentes para dejar pasar el tránsito por la avenida. Esperando la guagua en esa esquina estaba una mujer más bien baja, gruesa o por lo menos entrada en carnes, con una nariz larga y gorda y bulbosa, que vestía una bata blanca que le quedaba grande y usaba espejuelos semimontados al aire: el colmo de lo corriente. Era Catia Bencomo. Al principio me costó trabajo descubrir debajo de esa habanera el vals más lento, pero al ver ella que yo la miraba con insistencia, me miró y me reconoció y me saludó. La saludé yo también -pero no la invité a llevarla en mi auto a donde fuera y allí se quedó esperando su guagua. Seguí mi camino casi cantando de alegre que iba: me había alegrado ver a Catia convertida de un paradigma juvenil, del ideal femenino, de único objeto amoroso en una cubana cualquiera y fea para colmo: fue una alegría casi salvaje o por lo menos malsana, que duró todo el día.

Todo vence al amor

Amor vincit omnia: el amor lo vence todo. Virgilio conocía el cielo y el infierno (especialmente el infierno) pero no sabía nada del amor. Si su frase fuera verdadera yo no podría recordar las veces que todo venció a mi amor -y tuvo lugar más de una vez: no fue sólo la desilusionante Catia Bencomo y su rechazo: ocurrieron otros desdenes. Está por ejemplo el fiasco, el fracaso, la derrota total con Carmen Silva. Ella era una figura del Lyceum: al menos pareció surgir de su salón de música como Venus de entre las ondas Martenot. Es cierto que yo la había visto antes (un día saliendo del teatro Auditorium: Lyceum, Auditorium: tantos nombres latinos casi justifican la torcida cita de Virgilio y la metáfora venusina) pero fue en el Lyceum que me enamoré de ella. Ocurrió en el entreacto de un concierto de música de cámara, pero no recuerdo el programa pleno de ripienos y concertantes, aunque sí recuerdo que fui con mi madre, melómana memorable. Había llovido temprano esa tarde, uno de esos aguaceros como el amor: intensos y repentinos y fugaces, que convirtieron a Lorca en espectador de La Habana, y la noche tenía la transparencia y la frescura y el aroma de la noche habanera después de la lluvia. Supongo que así son todas las noches tropicales, pero para mí han quedado como la noche habanera. Oímos la primera parte del concierto y después -dejando a mi madre en su asiento- fui a reunirme con varios amigos (más bien conocidos), entre los que estaba Varas, cuyo nombre parecía un programa pues era un mulato largo y flaco que tocaba el bajo en la Filarmónica, el arco continuándose en su brazo esquelético. Fue él quien me presentó a Carmina, que se llamó en ese momento Carmen Silva. «Nombre para bailar», le dije yo, pero ella misma sugirió que la llamara Carmina. «Como todos mis amigos» -y así se llama desde entonces. En un momento de la conversación ella, que era muy impulsiva y encantadora entonces, me pidió prestado mi pañuelo, para secarse el sudor de la frente nerviosa creía yo, pero lo que hizo fue llevárselo a la boca y oprimirlo entre sus labios, imprimiendo claramente un beso. Para mí fue una sorpresa social (fue también sorprendente gesto para Varas, lo vi) y cuando ella me devolvió el pañuelo diciendo habaneramente: «Vaya», no pude decir nada (no sabía si dar las gracias y por poco le digo «De nadar» sino quedarme con el pañuelo estampado en la mano, sin saber qué hacer con él aunque sabiendo en realidad que debía atesorarlo: que fue lo que hice y aunque entonces no tenía muchos pañuelos (y nadie que no haya vivido en el trópico sabe lo necesarios que son allá los pañuelos) lo guardé con la huella de los labios carmesís (ése tenía que ser el color del beso de Carmina) durante mucho tiempo.

En otra ocasión Carmina estaba, tenía que ser, en el Lyceum, en la biblioteca creo, tal vez salida de un ensayo, y le dije audaz que la acompañaría a su casa. No sé cómo mi timidez se atrevía a tanto: creo que de no haber sido tan tímido no habría sido así de atrevido. Cogimos el tranvía, que iba casi vacío, y estuvimos horas (aunque a mí me parecieron minutos) viajando sobre rieles y bajo cables como por pentagrama gracias a la conversación musical de Carmina. Ella vivía en Santos Suárez, que es como decir, desde el Lyceum, que estaba en El Vedadó, en las antípodas. Carmina me advirtió que yo debía quedarme en la parada del tranvía y no acompañarla hasta su casa porque sus padres eran «enchapados a la antigua» -así dijo, enchapados por chapados, pero yo decidí olvidar lo oído por la visión presente de su belleza: ella tenía el pelo negro, partido al medio y los ojos claros y aunque se veía que imitaba a Hedy Lamarr, mi fetiche femenino favorito, era también muy suya, su imagen más propia que apropiada. Estaban además sus labios indelebles que reían mucho, dejando ver una dentadura blanca, perfecta, saludable, que era su mayor atractivo. ¿Cómo iba yo a imputarle que enchapara en oro viejo a sus padres con todos sus encantos, además de su cuerpo, con sus senos grandes que ella dejaba mostrar apenas (otra interdicción paterna, seguro) aunque se intuían ingravidos? Pero luego descubriría que Carmina no sólo cometía pecados verbales (la moral materna no llegaba al lenguaje) sino que construía malas metáforas. Un día, señalando al cielo cuando pasaba un avión, exclamó: «¡Mira ese pájaro de acero!». Lo pude permitir por razones opuestas: para entonces no estaba enamorado ya de Carmina y todavía hoy, cuando veo un avión en vuelo, no dejo de decir, aunque sea para mí mismo: «¡Mira ese pájaro de acero!» y reírme de la leve (leve entonces, hoy elevada como ese pájaro que pasa) cursilería de Carmina, contraria a Catia. Recuerdo otra ocasión memorable con Carmina. Ocurrió en el conservatorio (es notable lo musical que era yo entonces: siempre a la caza de un concierto o de un ensayo, ya que era muy pobre para tener discos y mucho menos tocadiscos), donde nos reunimos un pequeño grupo en la oficina de Affan Díez, que aunque era músico (también tocaba el bajo: por esa época todos mis amigos músicos eran de la sección de cuerdas: en esa reunión estaba Eloy Elosegui que tocaba la viola en la Filarmónica) se encargaba de las publicaciones del conservatorio, escribiendo las notas de programas y haciendo el emplanaje de carteles y avisos. Ese día estaba conmigo Silvano Suárez, compañero de bachillerato que escribía, pero la única mujer en el grupo era Carmina (aunque siempre que pienso en ella la veo sola: de seguro la noche del beso por poder había unas cuantas mujeres más en el Lyceum, aparte de mi madre) y estaba sentada con las piernas cruzadas y la falda subida más arriba de las rodillas, que era entonces el

colmo del atrevimiento, hasta audacia, ella moviendo sus piernas blancas y bien hechas y al mismo tiempo echando la cabeza hacia atrás y riéndose de todo, aun lo que no era un chiste para mostrar sus dientes deliciosos. Fue ahí que sentí realmente amor por Carmina que era la vitalidad misma: la fuerza fascinante de la vida, verdadera fuente de la juventud.

La noche en que vi *El tercer hombre* caminé desde el cine Infanta hasta Zulueta 408 que quedaba realmente lejos. Iba impresionado por el amor imposible de Joseph Cotten por Alida Valli, con la escena última, en que ella viene andando desde el fondo de la pantalla y se toma todo su tiempo para caminar el tramo interminable y pasa delante de él, que la espera siempre a un lado del camino y ella ni siquiera lo mira. Así, como él, calamitoso Cotten, escritor engañado por su único amigo y despreciado por la mujer amada, me sentía yo caminando de regreso a mi casa, todavía tocado por la música de cítara (que ya conocía mucho antes de que se estrenara, cuando fui con Germán Puig a uno de los peligrosos pubs del puerto nada más que a oír el «Tema de Harry Lime»), llevando conmigo su final infeliz. Cuando llegué a casa tenía un telegrama (mensaje que había alarmado mucho a mi madre, para quien los telegramas eran avisos avernales) que decía FELIZ CUMPLEAÑOS y estaba firmado CARMINA. No sé como pudo ella saber cuándo era mi cumpleaños (no lo era todavía) y mucho menos cuál era mi dirección, que yo nunca le di. Pero el telegrama no dejó de conmoverme a pesar de los misterios que invocaba. No pude comunicarle a Carmina cómo me sentía (no tenía su teléfono y su dirección era imprecisa) pero al día siguiente me fui hasta su calle, buscando su casa sin conocer el número, sabiendo solamente que estaba en lo alto de Enamorados. Me paseé arriba y abajo, con un sol que quemaba los sesos y cuando ya me iba a volver a La Habana vi salir de una casa en la loma una muchacha y pensé desde lejos (yo estaba en ese momento en la parte baja de la calle) que era Carmina y caminé cuesta arriba apurado -pero cuando me acerqué a la muchacha no era una muchacha sino una mujer y por supuesto no era Carmina.

Fui a ver si la veía en el conservatorio esa tarde. Me llegué allá como último recurso y sin esperanza de encontrarla pero no bien hube entrado tropecé con ella en un pasillo, conversando con un muchacho que era evidentemente un estudiante de armonía: había algo de metrónomo en la forma que balanceaba su cabeza al conversar: no asentía, medía el tempo. No sé qué cara puse para expresar mi contento por el telegrama, pero Carmina me obvió la dificultad -al mismo tiempo que hizo trizas el encanto del momento- diciendo: «Es una menudencia», cuando quería decir que era una minucia -¿tal vez? ¿O aludía ella a morcillas y longanizas y no a trivialidad? Había que tener cuidado al interpretar el carmen de Carmina. Pero sus dientes blancos y parejos, sonoros al reír ella, me hicieron olvidar el malapropismo de su lengua. No salimos ese día, solamente la acompañé hasta el tranvía, ya que no quería que fuera con ella siquiera a las intermediaciones de su casa, su padre un centinela perdido rondando la barriada.

Por entonces era muy amigo de nosotros (quiero decir tanto mío como de mi hermano y de mi madre y tal vez de mi padre) Haroldo Gramadié, compositor de música seria (para diferenciarla de la popular: supongo que los compositores de mambos y boleros se morían de risa al piano) y profesor de contrapunto y armonía en el conservatorio. Un día que nos visitó, al irse él decidí acompañarlo hasta la parada de guaguas en Prado y Neptuno. Por el camino, bajo el sol de la tarde que calentaba la cabeza tanto como el sol del mediodía cerca de casa de Carmina -evidentemente el mismo sol habanero- decidí preguntarle qué opinaba de Carmina. Yo quería saber sobre su carácter, su personalidad, y estaba dispuesto a confesarle a Haroldo que me habla enamorado de ella, pero respondió:

-¿Carmina? Tiene mucho talento y si llegara a aplicarse sería una buena pianista. Tiene musicalidad, capacidad expresiva y buenas manos y retiene la partitura que lee con gran facilidad. Si fuera más seria podría llegar como concertista.

¿Ven ustedes? Yo por supuesto no dije nada más porque la pregunta que yo le hice no podía tomarse en un sentido musical, pero la respuesta de Haroldo era característica: él jamás pensó en la mujer sino en la música. Cualquier cosa que yo quisiera saber de Carmina tendría que preguntárselo a alguien que no compusiera una *Serenata por Julieta* (como Haroldo) y no apareciera en parte alguna una muchacha en la ventana a la luz de la luna. Pensé entonces interrogar a Affan Díez que no era amigo mío pero era al menos un conocido mutuo y él debía saber algo de la vida de Carmina. Pero decidí en contra: ¿qué iba a saber Afan de Carmina si ni siquiera ella era su alumna?

Vinieron los días de lira en que la orquesta de la emisora CMQ iba a dar un concierto todo Bach -quiero decir Juan Sebastián Bach para evitar equívocos, confusiones clásicas con sus hijos armónicos. Entonces duraba todavía la guerra melódica entre Pro Arte Musical y la Filarmónica por un lado y un grupito de compositores cubanos que se habían parapetado tras la fachada blanca del conservatorio municipal. Ahora se unía como guerrilla grave la orquesta de la CMQ, que antes no estuvo nunca enfrascada en lucha laudable por hacer oír otra música que no fuera la de Beethoven, Brahms y Bruckner, que eran los compositores conscriptos por Pro Arte y la Filarmónica. Como señal de beligerancia contra las Tres Bes la orquesta de la CMQ había escogido al Gran B, a Bach el viejo (y ya pueden ustedes deducir la naturaleza sonora de esta guerrita de grupos musicales, en la que Bach resultaba subversivo!) Yo fui con Haroldo (que hasta entonces se había reído de las pretensiones musicales del director de la Orquesta CMQ, quien de Martínez Mantis había italianizado su nombre en Mántichi) a todos los ensayos. No era la primera vez que oía yo a Bach (su *Tocata y Fuga*, por ejemplo, estaba hasta en la sopa de *Fantasía*), pero no había oído antes ninguno de los conciertos de Brandeburgo, compuestos para hacer dormir a un gran hombre, y mucho menos sus suites sonoras. Ahora la orquesta de CMQ iba a estrenar -la música barroca en el trópico- el concierto de Brandeburgo número 4 y la Suite número 3. Para mí fueron estos ensayos momentos memorables (no por la ejecución del director, podium como paredón, que podía pedir, gritando a la orquesta, durante los ensayos de la Suite en Re, solamente exigía a sus músi-

cos: «¡Forte!», «¡Piano!», y me hacía reír para mis adentros pensar que en un momento confuso gritara: «¡Pianoforte!», y se colgara en la cuerda sola), no sólo por la revelación de la música (desde entonces el *Concierto de Brandeburgo número 4* es una de mis fugas favoritas) sino porque en uno de los ensayos (tenían lugar casi siempre por la tarde, cuando el estudio quedaba vacío) que duró hasta la noche, se apareció (y ésa es la palabra: fue una aparición) Carmina, catulia, vestida con una bata blanca con un escote que permitía ver casi la mitad de sus senos y por reflexión imaginarse la otra media esfera. Dejé a Haroldo en un descanso -del ensayo y me acerqué a ella (no recuerdo si estaba sola o acompañada como siempre pero no la veo más que a ella, radiante recuerdo) y me sonrió su hermosa, ancha sonrisa, que era casi una risa, dientes en sordina, una carcajada silenciosa entonces. Me senté junto a ella y cuando terminó el ensayo ni siquiera me despedí de Haroldo sino que salí, salimos, bajando por La Rampa que no era todavía La Rampa, caminando ese tramo de La Habana donde termina El Vedado y comienza Infanta, luego por San Lázaro abajo, calle oscura que ella iluminaba, y unas pocas cuadras más allá me dijo: «Tengo que llamar a mi casa» -lo que fue una buena nueva: ella llamaba a su casa: eso quería decir que se quedaría conmigo -y así fue. Por teléfono mintió con una pericia nueva:

-Estoy con una amiga -dijo-. Acabamos de salir de un intermedio en los ensayos -«Intermedio en los ensayos?»-, pensé yo pero no lo perifoneé- y van a seguir ensayando. Voy a llegar un poco más tarde. ¿Está bien?

Estaba bien y colgó. Yo hubiera querido tener dinero para invitarla a comer, pero todo lo que pude comprar como comida fue un pan (ella llamaba desde la panadería La Candeal, que se hizo un monumento en mi memoria: a un pan desconocido) o tal vez dos panes y ofrecerle uno a ella -¿o fue la mitad de uno, el milagro del pan repartido? Ella parecía feliz comiendo con su boca carmín y mordiendo la masa universal como conocimiento caminamos de San. Lázaro al parque Maceo y luego bajamos todo el Malecón al Prado y por Prado arriba hasta Neptuno, donde ella cogió su tranvía tarde. Una buena caminata, pero durante todo su curso Carmina no hizo un solo comentario que pudiera considerarse cursi ni dijo un malapropismo ni llamó al poeta con su musa de mármol (poluta) Juan Clemente Zanaco. Solamente en un momento musical comentó: «Creo que Bach va a convertirse en un músico famoso». ¿Qué decir después de esto? Pero no era una nota grave. Quiero decir que no echó a perder la noche perfecta y cuando subió al tranvía (yo debía haber subido con ella, accesiva (los malapropismos son contagiosos: mal apropósito) como estaba, pero la esquina quedaba a una cuadra de casa y además tenía tan poco dinero que temía que me ocurriera lo que pasó un domingo por la mañana que iba para la Filarmónica, a oír a Brahms o a Bruckner, justo con el dinero de la entrada más barata y el pasaje de regreso y subió a la guagua una amiga, más bien una conocida, y me vi obligado a pagarle el pasaje: coda: que tuve que regresar a pie desde el Auditorium hasta casa, por aceras y asfalto: la pobreza, está visto, no permite la galantería). Esa noche yo estaba más enamorado que nunca de Carmina.

Nos volvimos a ver esa semana, cita que no cuento porque es privada y además está olvidada, pero luego pasaron dos semanas en que Carmina no apareció por parte alguna: no iba al conservatorio entre semana, tampoco a la Filarmónica el domingo, y yo no tenía virtualmente a nadie a quien preguntar por ella. Por fin reapareció un día, con su sonrisa más amplia, sus ojos más grandes y más bella que nunca y me dijo:

-Adivina qué.

¿Qué podía ser?

-Ni idea -le dije.

-Vamos, adivina.

Era una esfinge con secretera.

-No puedo.

-Te voy a dar los detalles. La universidad, el cine, el curso de verano.

No tenía la menor idea. Volví a decírselo, deseando que me devorara con su boca de labios de Carmina.

-Pero si está todo ahí -me aseguró.

-Por vencido -le dije yo.

-Bueno -me dijo ella-, ya que eres tan octuso.

Ella quiso decir probablemente obtuso pero por poco me llama pulpo: *octopus*: yo que sería para ella todo ojos pero nunca manos o brazos.

-Te lo voy a decir con todas sus letras: me llevé una beca para estudiar cine en los cursos de verano de la universidad.

¡Ésa sí que era una sorpresa! La esfinge producía una revelación. Yo sabía cómo se optaba por las becas: había que escribir una crítica. a un estreno dado y enviarla a la universidad y entre los concursantes repartían diez becas: lo sabía porque yo me había ganado una beca el año anterior. Pero me parecía no improbable sino imposible que Carmina se ganara una beca con una crónica de cine: es más, dudaba que siquiera pudiera escribir una nota, no musical sino crítica. La esfinge con secretario. Ella debió leer todo esto en mi cara, escrutable oriental que soy, pero sólo vio sorpresa.

-Te sorprendí, ano, verdad?

Tuve que admitir por lo menos que estaba sorprendido, cuando en realidad estaba atónito.

-Mañana tengo que ir a lo de la matrícula -me dijo y yo lo tomé por una invitación a acompañarla-. A las diez de la mañana -añadió-. Va a ser sensacional estar en ese curso -dijo con entusiasmo-. ¡Estoy loca porque empieza!

-Sí-le dije por decir algo relativo-, te va a gustar. Dan muchas películas durante el curso.

-Ah, verdad -dijo ella-, que tú eres un inveterado.

Posiblemente ella quiso decir un veterano o un iniciado y combinó las dos palabras y le salió inveterado, una palabra por dos. Es posible. Lo cierto es que dijo inveterado. Ésa fue casi su última palabra.

A la mañana siguiente yo estaba sentado en la plaza Cadenas, en el centro de la universidad, frente a las oficinas de matriculación, mucho antes de las diez. Era muy agradable la atmósfera apacible de la placita, con los gorriones alrededor del banco, vivaces y tímidos y al mismo tiempo temerarios, aves urbanas, y esperando por Carmina se me ocurrió un cuento que luego escribí utilizando el tema del amor y de la espera. Pero ella se demoró menos en la vida que en la ficción y la vi subiendo los escalones que conducen a las oficinas. Corrí hasta ella y antes de que entrara al edificio, sin aliento pero con manos, la cogí del brazo. Pareció sorprendida y me dijo:

-¡Ah, eres tú! -como si esperara a otra persona. Añadió:- Voy a inmatricularme.

¿Estaría yo oyendo bien? Tan temprano en la mañana, además.

-Ya sé -le dije-. Vine a ayudarte.

-Ah, no, bobo —dijo ella-. Ni te ocupes, que yo sé cómo hacerlo. Es igual que en el conservatorio.

Es cierto que era fácil matricularse en la escuela de verano, aunque hubiera siempre un poco de confusión con los becados ganadores del concurso.

-Voy a entrar ahora -me dijo.

-Bueno -dije yo-, espero a que acabes.

Ella pareció un poco agitada.

-A lo mejor me demoro. Si quieres te vas.

-No -le dije yo, más adhesivo que agresivo-, te espero. Mira -y señalé-, te espero sentado en la plaza.

-Está bien -dijo ella y en su tono había duda mezclada con resignación.

Caminé despacio de vuelta a la plaza y me senté entre los gorriones, habaneros viejos, y bajo el sol que ya se hacía intenso, el sol de la mañana convertido en mediodía por el verano. Pero a mí me gustaba el sol, aun el sol de La Habana que a las diez de la mañana caliente como si fuera fuego y a las doce es un verdadero lanzallamas vertical. Al poco rato, que a mí me pareció mucho tiempo, apareció Carmina, bajando los escalones del edificio, sonriéndose, mejor, riéndose al llegar hasta mí casi en carcajadas.

-Ya está todo irresuelto -me dijo. ¿Cómo no se daba cuenta de que esas partículas antepuestas a los verbos los negaban más que reafirmarlos como ella evidentemente pretendía? Tal vez lo había cogido de esos locutores de radio que dicen intitulado por titulado. No sé por qué pero lo cierto es que resultaba, ¿cómo decirlo?, irritante. Se sentó a mi lado y miró al suelo.

-Tú sabes -me dijo-, tengo que decirte algo -y se calló.

-¿Qué es? -pregunté.

-Bueno, es que, tú sabes, espero a alguien.

De seguro que sería una amiga. Una tocadora de celesta o de arpa del conservatorio, celestinas o arpías.

-¿A quién? -pregunté.

-Bueno -dijo ella-, es una persona que tú conoces.

¿Qué amiga suya podía conocer yo? No se me, ocurría ninguna pues la había conocido entre hombres y entre hombres la había visto siempre.

-Tengo -dijo ella-, tengo que decirte que es una persona especial.

Milagro que no dijo especializada.

-Pero ¿quién es?

-Bueno -dijo ella, misteriosa musical-, ya tú la verás y la reconocerás.

¿A qué toda esa intriga, ese anuncio de personas enmascaradas en su reticencia? No comprendía nada. Pero del fondo de la plaza, atravesando las columnas dóricas o jónicas (nunca sé distinguir los órdenes griegos) que servían de fachada clásica a la universidad, de entre lo que se llamaba el pórtico académico, emergió una figura que en el fuerte sol de la mañana vibró como con luz propia un momento, se hizo nítida, luego familiar y finalmente incongruente: era Asan Díez, llamado a veces Affan Real. Me pregunté qué vendría a hacer allí tan lejos del conservatorio, de los programas de música y de la música a programa. Cuando estuvo cerca me saludó con un saludo entre contento y cortado, como si fuera él quien no me esperara a mí. Yo respondí a su cómo estás con un bien y usted. Nunca pude tuteara Affan Díez. Hacía tiempo que nos conocíamos, hasta lo había visitado en lo que él llamaba su guarida (me alegré que no dijera cubil), que era una especie de estudio en escarlata en la plaza del Vapor, encima del mercado maloliente, que compartía con un amigo, Arturo Cámara, un dibujante comercial que era recordable porque tenía un hermano compositor y todo lo que componía era música de cámara. Pero yo no podía tuteara Affan por mucho esfuerzo que hiciera. Ahora él se dirigió a Carmina:

-¿Todo resuelto?

-Oh sí -dijo Carmina-, hace rato. Estábamos aquí cogiendo el fresco.

Cogiendo el sol debía de decir ella ya que fresco no había ninguno a pesar de lo alta que quedaba la plaza Cadenas, en lo que se llamaba, con cliché cubano, la Colina Universitaria o, cambiando de clásicos, la Séptima Colina, como si La Habana fuera Roma cuando La Habana era amor. Affan vino más cerca y se sentó en el banco -juntos a Carmina! La situación, sin saber por qué, se hizo tensa. No dijo nada, no comentó nada (de hecho una de las características de Affan Díez era que hablaba muy poco: idiosincracia que yo le envidiaba, pues al no hablar casi, cuando abría la boca, aun para bostezar, todo el mundo estaba dispuesto a escucharlo: lo contrario de lo que me ocurre a mí,

que hablo demasiado y nadie me oye), no hablé nada. De pronto (juro que ocurrió súbitamente) tuve una revelación: la esfinge desvelada: Affan era su amanuense: él había escrito la crítica con que Carmina ganó la beca: ellos dos tenían una vieja intimidad: Carmina y Affan eran amantes -y recordé la ocasión en que Carmina estaba de visita en las oficinas de Affan, cuando fuimos allá Silvano Suárez y yo y definitivamente me enamoré de ella ese día. Ahora estaba claro: era yo quien sobraba en aquella reunión en la plaza hostil: yo me había invitado. Affan no era un intruso, el tercero en discordia: no había que tocarle el tema de Harry Lime: estaba allí por derecho propio: Carmina le pertenecía. Nunca en mi vida he sufrido una revelación más fulminante: fue un impacto directo. Me ha ocurrido muchas veces que los cabos distantes se atan solos en mi mente y llego a la verdad de una manera súbita, sabiendo que los elementos que aparecen inconexos están ligados íntimamente. Ésa era la verdad oculta hecha ahora evidente: Affan y Carmina estaban ligados íntimamente.

No sé cómo salí de aquella situación, cómo abandoné la plaza, cómo dejé la universidad, cómo bajé la escalinata asesina que al subir era como escalas musicales y regresé a Zulueta 408, pero de alguna manera lo hice, sintiendo el ridículo como otra piel sobre mi cuerpo, conociendo lo falsa que fue mi posición, sabiendo que mi amor estaba puesto equivocadamente en Carmina. Yo, que la tenía a ella por la virgen de La Víbora, supe -no, quise intuir- que ella y Affan se hablan acostado ya, que no era solamente una relación platónica pasajera, que sus besos no los daba en pañuelos sino en su boca. ¡Pero Affan Díez estaba casado!, me dije, como un idiota, y alguien dentro de mí, una segunda voz me corrigió: ¿Y eso qué tiene que ver? Pero para una parte de mi ser, entonces, los hombres casados eran fieles hasta la muerte y las muchachas como Carmina permanecían vírgenes hasta el matrimonio, antes intocables. Ahora resultaba que nada de esto era verdad, que tenía razón ¡ni segunda voz, mi censor cínico.

Fue esta voz interior hecha oído interno lo que me permitió oír la confesión de Carmina una noche de concierto en el conservatorio, en que ella me vino a ver y me sacó de entre el público (los conciertos en el conservatorio parecían no empezar nunca: sinfonías sin comienzo) y me llevó a un aula aleadaña y me contó cuánto amaba a Affan, cómo hacía tiempo que los dos se amaban y solamente se interponía entre ellos su matrimonio, su mujer que era profesora del conservatorio, que le hacía la vida imposible a Carmina porque sabía que ella y Affan se amaban por siempre jamás. «Como Tristán y Deseo», dijo Carmina sabiamente confundiendo a Iseo. Esa noche me pidió que la acompañara pues no podía soportar la idea de que la mujer de Affan estuviera en el mismo concierto. ¿Cómo una disonancia?, le iba a preguntar yo pero hubiera sido cruel viendo no sólo el estado de nervios en que estaba Carmina sino observando que se había maquillado demasiado, perdiendo la frescura fragante de su piel que era una marca de fábrica: ya no lucía tan bella como cuando la conocí.

Algún tiempo después Carmina sufrió una crisis religiosa. Tal vez tuvo que ver con su manía misionera la pérdida de la virginidad y «vivir en pecado». Algo me dejó entrever ella pero me lo decía tan temprano que era casi imposible atender a sus palabras. Cogió la costumbre de llamarme (ya para entonces nos habíamos mudado de La Habana para El Vedado y teníamos teléfono, la tecnología como lujo) los domingos bien temprano en la mañana para decirme que dejara de vivir en pecado (el primer día creí que dijo: «Deja de vivir en El Vedado») y fuera a misa, a comulgar y a confesar: todo dicho en una voz agitada, como si tuviera muy poco tiempo no al teléfono sino por vivir. Pero le quedaba mucha vida. De hecho lo comprobé una mañana al salir de La Filarmónica y estar no sé por qué razón (tal vez porque por allí vivía Haroldo Gramadié) en un café de la calle 10 casi esquina a Línea, lejos del Auditorium y cerca del cementerio, con Juan Blanco, y ver a Carmina atravesando la calle, casi irreconocible por la cantidad de maquillaje que usaba, con los ojos muy pintados, la cara una máscara, como una mujer de cuarenta años cuando Carmina no debía tener todavía veinte. La iba a llamar pero Juan Blanco, que conocía bien a Carmina y a Affan Díez y a su mujer Carmen, compositora (éste es un toque casi irónico: no había manera de que Affan se traicionara cuando llamaba Carmen a una de sus dos mujeres), me dijo: «No, no. Déjala, que está completamente loca». Le pedí que me explicara la razón de que Carmina hubiera enloquecido en tan poco tiempo y Juan Blanco, que es bastante irónico, me respondió: «La razón de su sinrazón es su afán». Pero ésta no fue la última vez en que vi a Carmina: la vi muchas veces más, unas loca y otras cuerda, y la historia terminó bien para ella aunque no para mí: Carmen concedió el divorcio a Affan para que se casara con Carmina, lo que hicieron y vivieron, como contaría Carmina, felices por nunca jamás.

Hubo otra ocasión en que todo venció el amor -o mejor dicho ella venció a mi amor. Ocurrió antes pero no mucho antes y ella se llamaba Virginia Mettee y era rubia, y es sorprendente que fuera la única rubia natural que conocí aunque después de todo es posible que tampoco ella fuera rubia natural. Virginia (ella se llamaba en realidad Carmen Virginia pero hemos tenido plétora de Cármenes) estuvo en el bachillerato. Cuando digo que estuvo quiero decir que ya no estaba. Ahora representaba a la familia su hermana, que era más linda (Virginia no era bella: era, como se vino a decir después, pálida e interesante) pero remota: ella había coincidido conmigo en mi aula y a todos los alumnos nos gustaba aunque nos mantenía a distancia su aire alejado. Virginia, por el contrario, era muy cercana y cálida y fue la primera mujer de verdad con la que tuve una relación, cualquiera que haya sido. En el Instituto se decía que su hermanó (es decir, Virginia) se había casado y divorciado en menos tiempo de lo que se dice sí. Yo no lo creía: lo que yo pensé al conocerla es que era una muchacha independiente, muy poco preocupada por el qué dirán y muy segura de sí misma -lo que la convertía en una mujer.

No conocía Virginia en el Instituto (yo no creo que ella fuera por allí ya ni de visita, aunque tal vez visitara el salón de espera de alumnas: privilegios de mujer: los alumnos no teníamos salón de estar, si se exceptúan los locales de la Asociación de Estudiantes, que más que club era un cuartel de cuatrerros), la conocí en la biblioteca del Centro

Asturiano, aledaña pero alejada. Comenzaba el ciclo de las luces en que habla dejado de estudiar para ocuparme de mi educación y desertado las aulas por las bibliotecas. Como la del Instituto no estaba muy munida, a menudo iba a la del Centro Asturiano, a usar libros como botas de siete lenguas. Tal vez fue obra del azar de lecturas que coincidiéramos en la misma mesa o tal vez yo escogí matrero sentarme cerca de ella. Lo cierto es que estábamos sentados casi frente a frente, tratando yo de internarme en la jungla pero distraído por su cabeza exótica, mostrando sólo el tope de su iceberg rubio, cuando ella levantó de pronto los ojos del libro y con ellos su yelmo dorado y me preguntó como si nos hubiésemos conocido de toda la vida:

-¿Qué lees?

A mí me sorprendió tanto su pregunta como si ella hubiera gritado «Fuego!» o, todavía más adecuado, «¡Ataja!», a mí, ladrón de miradas furtivas.

-¿Quién, yo? -fue lo que dije.

-Sí -dijo Virginia, que todavía no se llamaba Virginia y era solamente una muchacha de estatura mediana (eso lo vi al levantarse pero sentada se veía más bien pequeña), rubia, un si es no es fea.

-Ah -dije yo finalmente, recobrado para cobrar aplomo-, Burroughs.

-¿Quién? -dijo ella, extrañada, más bien extraviada.

-Edgar Rice Burroughs. *Tarzán el hombre mono*.

-Ah -dijo ella-, Tarzán. Yo creía que eran nada más que películas y muñequitos. No sabía que había libros también.

-Fueron libros antes que nada -dije yo, explicando más que excusando mi selección de lecturas. (Esto ocurría antes de mi relación con Carmina, cuando aún yo no había descubierto la literatura moderna y mi pasión por Tarzán me condujo a la biblioteca del Centro Asturiano donde tenían las obras obsesivas de Edgar Rice Burroughs, respetuosamente encuadernadas en piel de mono.) Sospeché que era mi turno en interesarme por lo que leía Virginia que aún no se llamaba Virginia.

-¿Y usted qué lee? -pregunté yo con esta actitud al parecer pedantesca, dantesca en las relaciones humanas que siempre me ha impedido tutear a una persona inmediatamente, aun a una beata Beatriz, aun a una actriz..

-¿Y por qué tan formal? -dijo Virginia-. Trátame de tú. Mi nombre es Carmen Virginia Rodríguez Mettee, pero todo el mundo me llama Virginia.

Yo le dije mi nombre.

-Me gusta -me dijo.

-Yo lo encuentro odioso -le dije-, pero es una tara.

-¿Cómo?

-Lo heredé de mi padre.

-Pues a mí me gusta. Tiene carácter. Ah, estoy leyendo *Las flores del mal* Baudelaire.

-Ya lo sé -le dije sonriendo.

-Claro -dijo ella-,pero a mí me gusta ser clara.

¿Qué querría decir?

-No todo ese misterio con *Tarzán el de los monos* -y se sonrió. Ah, era eso-. Lo bueno que tiene esta biblioteca no es que se pueda leer sino que se puede hablar.

-Tal vez el bibliotecario sea sordo. En el Instituto tenemos uno que es tuerto.

-Sí -dijo ella-, el viejo Polifemo. El pobre. Es de lo más buena persona.

-¿Entonces usted, tú, estudias también en el Instituto?

-Estudí. La que estudia ahora es mi hermana.

Me dijo su nombre que era diferente al suyo, más simple, y así supe que era hermana de la belleza retraída, renuente y radiante.

-Ah sí -dije-, estamos en la misma aula.

-No se nota el parecido, ¿verdad?

-No -mentí-, hay un cierto aire de familia.

-No hay nada, tú -dijo ella empleando esa forma familiar habanera de colocar el pronombre al final de la oración, que tanto usaba Olga Andreu-. Mi hermana es bella y buena y hasta modesta. Yo no soy ninguna de esas cosas. En lo único que nos parecemos es que somos rubias las dos y hasta en eso hay diferencias.

Era cierto: el pelo de su hermana era una melena que le cata sobre los hombros, suave, sedosa a la vista. Virginia llevaba el pelo corto, como casco, y rizado con permanente.

-¿Tú tienes hermanos? -me preguntó.

-Sí -le dije-, uno.

-¿Mayor o menor que tú?

-Menor.

-Ah, como mi hermana. Entonces tú sabes lo que sufrió Caín por culpa de Abel.

No dije nada: no iba a hablar tan pronto de mi familia y de las relaciones bíblicas.

-¿Tú creías que Caín y Abel son exclusivamente masculinos? Pues quiero que sepas que también hay Caína y Abela. Así somos mi hermana y yo. Ella, la pobre, es tan dulce, tan tímida, tan modosa. Yo soy la oveja negra de la familia, tanto que he estado tentada de teñirme el pelo de negro varias veces. Si no fuera por la lata que da.

Se quedó callada por un momento.

-Bueno, yo cultivo mis flores -dijo, y abrió el libro y volvió a leer, como con furia ahora: verso versus verso. La imité, escalando la Escarpa Mutia con agilidad de viejo lector de aventuras bajo palabras. De pronto ella se puso en pie, casi Virginia violenta.

-Me voy -me anunció-. ¿Te quedas?

¿Era una invitación a acompañarla? Yo no lo sabía del todo pero decidí contra el libro y en favor de Virginia, de la vida.

-Sí -le dije-, yo también me voy.

Nos dirigimos juntos hacia la mesa de recepción y entregamos los libros, recorriendo luego los barrocos recovecos del Centro Asturiano, descendiendo la escalera mustia hasta salir a la calle. Ya no había gente del Instituto por los alrededores: era demasiado tarde para las clases diurnas y demasiado temprano para las nocturnas, esas clases cuya sola mención me deprimía.

-¿Qué tienes que hacer ahora? -me preguntó.

-¿Yo? Nada. ¿Por qué?

-Me acompañas por La Habana Vieja.

-Sí -le dije, y pensé que vivía en La Habana Vieja-. ¿Por qué calle? -le pregunté ya que parados en una esquina del Centro Asturiano se nos abrían las múltiples posibilidades en O de Obrapia, Obispo y O'Reilly.

-Vamos por Obispo -dijo-, hay menos tufo de guaguas.

Y la palabra guagua sonó exótica en los labios de la lectora de Baudelaire. Bajamos por Obispo, flanqueados por librerías -en un libro descubrí a Virginia y caminábamos entre libros, y de libros hablamos esa tarde.

-¿Qué te parece Baudelaire? -me preguntó. Hoy podría decirle: «Me interesa más su carnal Nadan» y salir así del paso de tan tremenda, pregunta. Entonces le dije la verdad, veraz que era:

-No lo he leído.

-¡Que no lo has leído! -dijo ella entre incrédula y escandalizada-. ¿Pero cómo es posible?

Tuve el ánimo de decir:

-Cosas de la vida -iba a añadir que estaba perdido con Tarzán en la selva africana pero no dije más.

-Es la vida misma -me ilustró ella-. Claro que una vida terrible. Las mujeres no fueron buenas con él -hizo una pausa y agregó-: Yo podría haber ayudado a Baudelaire.

Era una declaración increíble de no haberla oído con mis orejas impávidas, pero pese a su petulancia Virginia resultaba intrigante: era capaz de vestir de blanco y negro y decir: « Llevo medio luto por la vida», pero también se veía posible de padecer una pasión intensa. Ella misma era intensa. Estaba, además del lado espiritual, su cuerpo: era mediana ahora y tenía un busto erguido y piernas macizas y bien hechas que se veían al andar en sus sandalias. Llevaba un vestido con un escote alto, que luego se estrechaba en la cintura, para hacerse más amplio abajo y sin embargo se le podían adivinar las tetas duras y las nalgas firmes bajo la tela de verano. Años más tarde, cuando hube leído a Baudelaire, se me ocurrió que me habría gustado ver son corps mis á nu.

Antes de terminar de recorrer la calle Obispo ya yo estaba enamorado de Virginia: era de admirarse lo fácil que me enamoraba entonces. En ese tiempo llegaba a enamorarme de una muchacha que pasaba de largo y había varias muchachas del bachillerato de las que me había enamorado, aunque era un amor anónimo. Tal vez la más prominente (en mi afecto) fuera Corona Docampo, que era una lozana gallega, su pelo y sus ojos negros, con su falda corta de hacer gimnasia (por designio malvado de los profesores de educación física, los muchachos y las muchachas no sólo hacían ejercicio en gimnasios separados sino hasta en días diferentes y de haberse salido con la suya habríamos hecho calistenia en planetas distantes) y las piernas largas y atléticas: me enamoré de ella en cuanto pude pero por supuesto nunca se lo dije. Sólo cuando ocurrió su drama que era peor que una tragedia pude acercarme a ella y fue para preguntarle, como todo el mundo, cómo estaba. Corona viajaba, en tiempo de carnaval, adornando con su cuerpo una carroza que cogió fuego accidentalmente y ella resultó gravemente quemada, no en la cara pero sí (en el cuello, en los brazos (antes inmaculados) y las piernas. Tal vez tuviera quemaduras en otras partes pero si su cuerpo no cambió tanto sí cambió mucho su conducta: ahora ya no era la Corona triunfal de antes, sino que había tristeza en sus ojos jóvenes que habían visto tan de cerca la muerte: varias muchachas que iban en la carroza murieron abrasadas. Pero no he venido a hablar de Corona Docampo sino de Virginia Mettee, quien, sin embargo, se parecía a Corona después del accidente: había en ella algo triste, como una tragedia en su futuro: eso fue lo que me hizo enamorarme de ella. Por ese tiempo me afectaba mucho la poesía y si no era Baudelaire eran los boleros: con la letra de un bolero, la espera en el parque por Carmina y las piernas y el pelo de Virginia escribí ese cuento que titulé con un letrero en un cine.

Pero ahora, es decir entonces, caminando todavía por Obispo, aunque dejadas detrás las librerías, me sentía bien, oyendo cómo Virginia hablaba de la vida:

-¿Tú no has pensado en la vida?

No le respondí porque estaba claro que no era una pregunta: era ruda retórica.

-Quiero decir-dijo ella-, ¿desde el borde de la muerte?

Pude decirle muchas cosas a Virginia sobre la vida y la muerte, contarle cómo ya a los doce años había contemplado seriamente el suicidio al crearme que había fallado el examen de ingreso al bachillerato, decirle cómo sentado cerca de una ventana del tercer piso del Instituto calculaba la posibilidad de trepar hasta ella por los pupitres y tirarme a la calle. Pero yo no estaba caminando con Virginia para hacerle revelaciones, ni siquiera para decirle cómo siempre

me salvaban las mujeres de la muerte, cómo salía de casa deprimido, dudando de la vida, obsesionado con el suicidio y al cruzar por delante una falda, un par de piernas y dos tetas (hoy no podría decir siquiera que era un conjunto armonioso) cambiaba mi estado de ánimo y el almost Hamlet pasaba a convertirse en proyecto (nunca logrado) de Don Juan.

-Baudelaire es el, único hombre que conozco -iba diciendo Virginia como si conociera a Baudelaire personalmente, Charlot para ella- que entiende a las mujeres.

No le dije nada entonces (¿cómo hacerlo, sin conocer a Baudelaire, casi sin conocer a Virginia?) pero hoy podría haberle dicho, *esprit de l'escalier du temps*, que si el odio es una forma de conocimiento entonces Baudelaire entendía a las mujeres. Hasta habría añadido la frase célebre en que declara que la mujer es natural y por tanto abominable y la resume como lo contrario del ideal, del dandy.

-«¡Qué me importa que seas buena! ¡Sé bella y sé triste!» -era Virginia citando, recitando-. Me lo está diciendo a mí, ¿te das cuenta?

Yo no me daba cuenta ni sabía cómo Baudelaire podía comunicarse con ella, sin médium, pero tendía a darle la razón al poeta psifilítico y recomendara Virginia que fuera bella y triste y se callara. En realidad ahora sé que Virginia nunca pudo ser bella, pero entonces, esa tarde, ese crepúsculo largo porque caminábamos dentro de él, la encontré bella y me pareció muy apropiado que fuera triste. «Si», le dije, tratándole de decir que me daba cuenta. Lo siguiente que dijo fue asombroso pero solamente en el contexto: «Ah, ahí está mi guagua», y sin siquiera despedirse salió corriendo hacia el vehículo que ya se ponía en marcha, al final de la calle Obispo, pues ahora estábamos en el Malecón casi, habiendo pasado por el hotel Ambos Mundos, por el Ayuntamiento, por la plaza de Armas, yo sin darme cuenta, sumergido en el aura de Virginia, bañado en su temperamento, ido, de seguro en el amor más profundo porque es súbito -lo que ella llamaría, si hablara francés, *un coup de foutre*. ¿Cuándo la vería de nuevo? ¿La habría perdido? ¿Tal vez fugada con Carlitos Baudelaire en el globo de Nadar? Seguramente que regresaría al día siguiente a la biblioteca de Bebel: la mujer ha nacido libre y en todas partes la encontramos carcelera. Recorrí el Malecón hasta el paseo del Prado y por Prado arriba, dejando detrás el monumento escandaloso al poeta Juan Clemente Zeugma y a su masa de mármol, regresé a casa, no sin antes mirar las ventanas encendidas de la biblioteca del Centro Asturiano con cierta tristeza. ¡Ah, el esplín de La Habana!

Al día siguiente no fui a clases sino que me instalé temprano en la biblioteca del Centro Asturiano. Esta vez no me moví, hombre que imita al mono, de liana en liana, sino que me interné en *Hojas de yerba*: así si ella se empeñaba en tomar la comunión con Baudelaire, podría yo conversar del Old Walt. (Por esa época pasaba yo por una etapa, sin duda influido por Silvio Rigor, en la que todos mis héroes eran viejos: el viejo Ludwig van, el viejo Juan Sebastián no Elcano, el viejo Wolfgang Amadeo, el viejo Claudio Aquiles y por supuesto el viejo Ricardo, para fundir más que confundir.) Pero esa tarde ella no vino al salón de lectura. Me llegué hasta el Instituto para ver si la veía, pues me confesó que a veces visitaba el Instituto. «Por añoranza», explicó ella. «Querencia», pensé yo. Pero aunque pasé lento por el hall anterior a la escalera y miré hacia la sala de estar, vi algunas muchachas pero ninguna era esa mujer, Virginia viva. En la biblioteca (no iba a entrar a esa hora en una de las aulas, en plena clase) me encontré con Silvino Rizo, que era bastante buen amigo mío, que seguiría siéndolo por muchos años hasta que cometió una leve (o grave, según se mire) traición. Pero ¿para qué son los amigos sino para traicionarlos? Silvino estaba estudiando, creo, estoy seguro: él era bastante torpe, por eso era tan buen estudiante: lo interrumpí en su combate mudo con un libro de texto que detesto. Hablé con Silvino todo lo que se podía hablar en la biblioteca del Instituto donde el bibliotecario tuerto era todo oídos. Le pregunté si por casualidad conocía a Carmen Virginia Rodríguez Mettee -y comprobé que todos esos nombres hacían demasiado ruido. Me dijo que sí, aunque en realidad lo que respondió fue: «Un bombón». Silvino Rizo acostumbraba a hablar en bajo habanero: «Un caramelito rubio». Claro que la conocía y me dijo, en susurros (no por discreción sino por temor al oído ubicuo del bibliotecario), todo lo que sabía de ella. Por supuesto, lo primero que me dijo fue que era hermana de su hermana, cosa que me puso impaciente: nada hay más viejo que una noticia vieja. Pero me dio datos nuevos, importantes, casi escandalosos: uno sobre todo: Virginia no era virgen, era de veras divorciada. Silvino, además, la consideraba fácil. Para mí esto era casi un insulto, pero lo toleré al recibirlo no como chisme sino como información. Virginia, según Silvino, había dejado los estudios (ella estaba un año o dos por encima de nosotros: «Ella», añadió innecesariamente, «es ya mayorcita»), para casarse pero se había cansado de la vida de casada antes que de los estudios. Todavía rondaba el Instituto. «Buscando», me dijo Silvino sibilino, sin precisar qué: tal vez buscara su paraíso perdido. Silvino no sabía más pero añadió, metiéndose en lo que no le importaba: «¿Tú no te vas a enamorar de ella, no?». Por supuesto que le dije: «Por supuesto que no». Y él agregó: «Sigue así que vas bien». Yo decidí hablar de otra cosa pero, cuando él insistió en hablar de los estudios, le dije que me tenía que ir y añadí: «Hasta luego». A lo que contestó él, puro habano: «Taluego tú».

Me fui a casa. No tuve más que cruzar la calle entre tranvías y como ya eran cerca de las cinco, hora en que salían del Instituto los alumnos -es decir, muchos de mis compañeros-, entré al edificio con sigilo. Tenía desarrollada una técnica para ejecutar esta maniobra que consistía en caminar por el portal pegado a la pared y hacer como que seguía calle arriba o abajo y de pronto, de un salto inesperado, entrar lateralmente por la puerta grande. Así hice esta vez (cabía además la posibilidad de que estuviera Virginia por los alrededores) y subí los dos pisos pero no entré en nuestro cuarto sino que seguí al fondo y trepé por la escalera de madera que conducía a la azotea. Arriba me llegué hasta el muro, junto a la base de hierro del anuncio lumínico, y miré para la calle: desde allí podía ver a la izquierda la fachada lateral y un pedazo del ala sur del Centro Asturiano. También podía subir a la azotea aladaña y ver el parque

Central y toda la mole monumental del Centro Asturiano. Esta vez me quedé en nuestra azotea, viendo salir a los estudiantes y mirando hacia las ventanas iluminadas del Centro Asturiano (eran justamente las de la biblioteca), a ver si veía a Virginia. Los últimos estudiantes salieron del Instituto, de entre la fachada, de su pequeño portal, y luego la calle Zulueta se quedó desierta, animada de cuando en cuando por las tortugas tranvías y los autos liebres en su loca carrera que siempre gana el perdedor. Estuve un rato más en el muro, esperando no sabía qué, en realidad sufriendo ese goce -o gozando ese dolor- que es el amor que goza decir su nombre. Se hizo de noche dondequiera menos en el letrero luminoso y bajé a casa antes de que cerraran la puerta de la azotea.

Claro que volví a vera Virginia. Estaba de nuevo en la biblioteca del Centro Asturiano y seguía leyendo a Baudelaire. Hoy se veía bella, con su melena corta, rubia y lacia (sí, ya sé: me contradigo: antes dije que tenía permanente, pero es con el pelo corto y lacio como yo la recuerdo esa segunda vez que la vi: tal vez nunca llevó permanente, tal vez nunca tuvo el pelo lacio, pero tengo que ser fiel a mi memoria aunque ella me traicione) y me saludó con una sonrisa contenta, casi alegre. Me senté frente a ella para verla bien aunque sentado a su lado fuera mejor para conversar: así como estábamos ahora mediaba la mesa. De pronto me acordé de que me había olvidado de pedir mi libro y fui al buró del bibliotecario a sacar el mismo viejo Whitman de ayer. Estaba conversando con ella (no recuerdo qué, naderías terriblemente importantes para mí) cuando vino el bibliotecario hasta nosotros y dijo: «Aquí tiene *Hojas de yerba*», y me entregó el libro, rústico. Fue en ese momento que Virginia dijo:

-Ah, lees a Walt Whitman -pronunciando perfectamente el nombre.

-Sí -le dije en broma vieja-,estoy atrasado en mis lecturas.

-No, si es muy bueno -dijo ella.

-¿Qué cosa? ¿Whitman, *Hojas de yerba* o qué?

-Ponerse al día-dijo ella.

Hubo un silencio -producido por mí, por supuesto- y al cabo de un rato ella dijo:

-Es por eso que me interesas -yo no dije nada-. No por leer a Whitman, sino porque tienes una mente interesante.

¿Cómo carajo lo sabía ella, que no había hablado conmigo ni veinte palabras, contando las citas de Baudelaire? Pero al mirarme con sus ojos color caramelo me derriñó, me derrotó: ya no hubo ira ni incomodidad posible: yo estaba enamorado de Virginia. Imperceptiblemente casi su pie rozó mi pierna y tuve una erección instantánea, inusitada para mí, ya que mi amor por Virginia era espiritual, puro y platónico. Pero ella volvió a cruzar las piernas y de nuevo su zapato se frotó un momento contra mi pantalón y mi pierna. «Perdona», dijo ella, marcando que me había tocado. «¿Perdonar qué?», le dije yo y ella se sonrió sabia. Ahora sé que sabía más que Carmina con sus besos marcados en pañuelos y sus malapropismos en la boca. Entonces recordé la confidencia de Silvino de que Virginia era divorciada y fácil y la miré con otros ojos.

Cuando la tarde terminaba y ella había acabado de estudiar *Las flores del mal* pétalo a pétalo (me parecía demasiado lo que se demoraba en cada verso, en cada página), de aprenderse de memoria a Baudelaire, cuando terminé de Beaudelaire sugerí dar un paseo. «Ah, sí», dijo ella, «será bueno». Lo mejor era coger Prado abajo, así nos alejábamos de mi casa y nos acercábamos al parque de los Mártires, llamado también, no hay que olvidarlo, de los Enamorados. Devolvimos nuestros libros y salimos del Centro Asturiano, atravesamos el parque Central y enfilamos por el paseo del Prado. Los pájaros comenzaban a posarse en sus árboles: venían por cientos, miles, y oscurecían el atardecer y el cielo sobre Prado y Neptuno. Eran aves aviesas, que escogían estos árboles del inicio del Prado precisamente para aturdir la tarde con su piar multiplicado y luego, cuando finalmente se asentaban, a prima noche, cagar el paseo y los paseantes por igual, maldecidos como aves de mal agujero que expelían malvada mierda. Pero ahora que nosotros caminábamos bajo los árboles y por la almenada alameda no había pájaros perversos y lo consideré un buen augurio. Virginia casi no habló durante todo el trayecto. ¿Habría olvidado a Baudelaire muerto tanto como lo hizo Nadar en vida? Ella era en ese momento una de las mujeres que atormentaron a Baudelaire con su vacuidad y yo encarnaba al poeta maldito. Éstas son, por supuesto, reflexiones actuales, entonces sólo pensaba en llegar al parque definitivamente de los Enamorados y sugerir tomar asiento en uno de sus bancos, de preferencia lejos del Prado y su maquinal ruido y, sobre todo, de las luces. Por un momento pensé en cogerle una mano pero mi timidez me lo impidió. Iba pensando todo el tiempo en cómo cogerle una mano, pensando con tal intensidad que llegué a pensar indistintamente en el verbo coger y en el nombre mano. Tanto pensé en manos que eché mano a su mano, pero antes de que ella me lo reprochara en un verso sin palabras, antes de que me mirara, antes de que volviera la cabeza en mi dirección solté su mano como si fuera de asbesto. Fue entonces que ella me habló:

-¿Tú quieres coger mi mano?

-Oh no -le respondí de estúpido-, fue solamente un impulso incontenible.

Iba a agregar que ya había logrado dominar la bestia desbocada del deseo, ese paciente oculto en cada médico -metáfora que aun entonces me pareció desatada. Así lo que dije fue:

A mí no me gusta la gente que pasea cogida de la mano -pero no completé la frase con una imagen: «como si llevaran esposas». Estaba mintiendo y entonces creía, Goebbels encogido, que mientras más breve una mentira, más creíble. Ella me creyó, al menos creo que me creyó.

-Si supieras -dijo- que a mí tampoco.

Ella quería decir que a ella tampoco le gustaba la gente que se cogía de la mano como esposas, pero tuve que insistir.

-¿Qué?

-¿Qué de qué? -dijo ella y se sonrió.

-¿A ti tampoco qué?

-Ah. Que a mí tampoco me gusta pasear cogida de la mano de alguien. Sobre todo de un hombre.

Me alarmé. ¿Sería ella una lesbiana, Safo macha amante del poeta? Pero no, era muy joven, una hembra. Noté que había dicho la palabra hombre en vez de muchacho, como hubiera dicho una muchacha de su edad: casarse no la había hecho una esposa pero divorciarse la había hecho una mujer. Llegamos al fin del Prado. Cruzamos rumbo al castillo de la Punta y era inevitable coger por el parque de los Enamorados Mártires. Antes, por supuesto, había que atravesar la calle, esquivando el tránsito, La Habana allí una ciudad de muchas máquinas y pocas luces. Ya en el parque sugerí, como un impromptu cuando era un estudio:

-¿Por qué no nos sentamos un ratito?

Me molestó a mí mismo el empleo del diminutivo, pero lo que quise decir es que no estaríamos tanto tiempo sentados allí como para permitir a la oscuridad descender sobre nosotros, imponiéndonos su presencia proxeneta. (Ahora puedo burlarme de la prosopopeya pero entonces casi pensé en esos términos.) Ella me miró y sonrió: «Bueno», dijo. Nos sentamos en el primer banco que encontramos: todos estaban vacíos: no era hora de los enamorados entusiasmados todavía, tiempo de tímidos ahora. Ya sentados ella cruzó la pierna (su cuerpo blanco bajo su vestido amarillo: creo que era amarillo o tal vez fuera blanco con puntos amarillos, pero no había duda sobre su cuerpo: era blanco) y pude ver su nada esbelta pantorrilla, de su tobillo terso a su rodilla redonda. Enseguida desvié la vista para mirar su cara, que se veía casi bella en el crepúsculo. «Debo decírselo», me dije. «Después de todo ella ya lee a Baudelaire.» Seguí: «¿Qué diría Baudelaire en situación semejante?». Hoy podría ser mi propio apuntador y decirme, dile: «... los grandes cielos que hacen soñar en eternidad». ¿Cómo, en maternidad? «No, no: en eternidad.» Hubiera sido demasiado grandioso, por poco pomposo. Además a mí no me interesaba la eternidad entonces sino el momento. Dile en ese caso: «Al inclinarme hacia ti, reina adorada, creía respirar el perfume de tu sangre». Pero no, era demasiado íntimo, además hoy comprendo que ella me habría creído un vampiro vago. Era preferible que ella fuera la vampiresa activa. Dile entonces: «Cuando con los ojos cerrados, en una tarde calurosa de otoño, respiro el olor de tu seno caluroso». Los senos son menos íntimos que la sangre pero tal vez más obscenos. Además el poema se titula *Un perfume exótico* y ya había aprendido que se era exótico en el trópico para París pero no para La Habana. «Invítala entonces al viaje», propongo, «allá donde todo es belleza, orden, lujo y voluptuosidad». Decidí hace tiempo no hacerte caso ahora y no pretendí que había leído a Baudelaire. En su lugar y a mi vez le hice la pregunta profunda que hago a menudo a las mujeres:

-¿En qué piensas?

Ella miraba al sol de otoño ya caído violentamente detrás del horizonte y del espejo del mar y no se volvió para decirme:

-Oh, en nada en particular.

Le iba a decir pero pensabas en algo cuando ella dijo, sin esperar mi pregunta:

-Bueno, en realidad pensaba que nunca me había sentado en este parque.

Lo dijo con un leve tono de desdén, quizá de asco, y no dejaba de tener razón al sentirse incómoda. Aunque el parque estaba limpio era un lugar poluto, tal vez por las eyaculaciones, y no me extrañaría que se viera un condón usado sobre la yerba, como una flor si no del mal por lo menos maloliente.

-¿Quieres que nos vayamos? -le pregunté.

-Eso te iba a sugerir. Por favor, acompáñame hasta la guagua.

La vecindad del verbo sugerir, tan poco habanero, y el nombre guagua era típica de su conversación: la lectora de Baudelaire vivía en La Habana. Caminamos por el borde este del parque hasta pasar el Ministerio de Estado, palacio rococó, y luego el anfiteatro, pastiche clásico, ambos edificios exóticos en una ciudad que ignoraba que estaba en el trópico. Seguimos por los otros parques de palmeras domesticadas, caminando ya en la oscuridad, cuando tan bien hubiera venido llevarla de la mano. Soñé soltar su mano para pasar el brazo ávido por su espalda consentidora y llevarla así ayuntada y de vez en cuando besar su cara, ese cutis sin mancha. Pero todo lo que hicimos, despertar doloroso, fue caminar, marchar más bien hasta llegar a la esquina donde se detienen las guaguas, casi hacen una pausa peligrosa, y esperar yo que ella cogiera ese vehículo violento, yendo a no sé dónde —y es curioso que nunca le pregunté a Virginia dónde vivía. Ella tenía cara de vivir en El Vedado o en lo mejor de La Víbora pero no tenía aspecto de vivir más allá del río, en Miramar o en La Sierra o en el reparto Kohly, donde todo es calma, lujo y orden. Tal vez viviera sola, ahora que era divorciada, aunque lo más probable es que conviviera, buena burguesa, con su familia, con su madre y con su hermana. De todas maneras ella no (contagio de su conversación) sugería soledad y creo que pensé que ya me había atrevido a mucho, cogiéndole una mano fugaz, sentándola precariamente en el parque de los Enamorados, para preguntarle además su dirección. Tal vez fue por eso que no viajé con ella sin invitación —o quizá fuera porque no tuviera dinero. En todo caso la miré subir a su ruta 15, vi desaparecer sus dos piernas blancas y robustas, su vestido blanco (siempre vistiendo de blanco o casi blanco, haciendo más blanca la blancura de su piel), su rabo rubio que se movía al caminar de un lado al otro, sin tener la quietud de *still-life* del pelo de su hermana, me llena inquieta entonces, desapareciendo toda ella exótica en el interior habanero de la guagua. Caminé por O'Reilly arriba hasta casa sin preguntarme qué hacía ese irlandés insólito intruso en medio de mi Habana.

Al otro día fui a la biblioteca del Centro Asturiano, como de costumbre ahora, y me encontré a Virginia en el salón de lectura —pero no estaba sola. No la acompañaba el eterno Baudelaire sino otra persona. A su lado estaba Krovovsky

y ellos dos conversaban en voz baja, desmintiendo la sordera anterior del bibliotecario. Hablaban animadamente y como quería interrumpir la conversación me senté frente a ella.

-Hola-dijo ella alegremente-. ¿Ustedes se conocen?

-Sí, dato -dijo Krokovsky antes de que yo contestara, aunque de todas maneras él habría hablado siempre primero porque yo había decidido que no iba a hablar esa tarde, ni siquiera con ella. ¿De qué hablarían cuando yo llegué? ¿De Baudelaire? ¿De poesía francesa? Lo dudaba con la cara de Krokovsky, además de su acento que era un leve arrastrar de las erres, que lo hacía más extranjero que su aspecto. Me molestaba que ella estuviera hablando con Krokovsky, porque demostraba su pobre discriminación. Si por lo menos fuera alguien menos feo, pero Krokovsky, con ese cabezón y su enorme nariz y su sudor constante, era casi obsceno. Entiéndanme: yo no tengo nada contra los judíos, es más: muchos de mis amigos, de mis compañeros de estudios, del Instituto y antes en las clases nocturnas de inglés, que se daban en la calle Habana (la Habana dentro de La Habana) entre Muralla y Sol: en el mismo centro del barrio judío, eran judíos y allí y en el bachillerato compartía con ellos, con:

Moisés Chucholicki

Rodolfo Stein

Salomón Lutzky

Max Szerman (que él luego escribió Sherman)

León Silverstein (quien devendría Larry Silvers en USA)

Samuel Cherches

Isaac Cherson

Saúl Entenberg

Morris Karnovsky

Aarón Rosenberg

Manuel Maya

David Pérez

Salomón Mitrani

y la inolvidable Cheyna Beizel, con sus enormes tetas, siempre crecientes y siempre lunas llenas.

Hay muchos más colegiales judíos cuyos nombres olvido, pero no olvido el de Krokovsky (como no logro olvidar el nombre de Boris Borovsky, el único judío jodedor que conocí para mi desgracia), nunca Krokovsky, carajo Krokovsky, coño Krokovsky: causa de la ruina de mi monumento (o momento) de amor por Virginia. El inolvidable Krokovsky se levantó y anunció:

-Me tengo que ir.

-¿Tan pronto? -dijo Virginia como si Krokovsky fuera otro, como si su acento fuera francés, como si fuera otro Baudelaire.

-Sí -afirmó él-, tengo que hacer..

No dijo que tenía que estudiar porque sabía que ése era el único verbo verboten en el Instituto: si lo pronunciabas era una condena sin veredicto: te acusaban de filomático enseguida, que era el nombre de un mal peor que la letra: no había que estudiar en el bachillerato o al menos había que hacer como que no se estudiaba: a causa de ello estaba Silvino Rizo oculto en la biblioteca en hora de clases, como en un ghetto gentil. Ésta fue la razón por que Krokovsky dijo que tenía que hacer, como un ama de casa, cuando tenía que estudiar.

-Hasta otro grato -me dijo sin pararse en paronomasias, pero yo no dije nada: no iba a hablar esa tarde-. A lo mejor nos vemos mañana -y, claro, estaba hablando con Virginia.

-Sí -dijo ella sonriente-, claro que sí. Debemos.

Krokovsky acabó de irse sonriendo con su cabeza hinchada y yo me quedé allí, desinflado, sentado frente a Virginia, regado por todo mi asiento, sin decir nada, mirándola pero sin verla.

-¿Qué tal? -dijo ella. Yo no iba a hablar esa tarde pero mellow Virginia me habló con tal dulzura que no pude menos que responderle automáticamente:

-Ahí -fue no era decir aquí ni allá: no indicaba ningún lugar del espíritu.

-No sabía que conocías a Krokovsky -me dijo.

-Sí -le dije, que era lo menos que podía decir de Krokovsky.

-Tiene una mente interesante -era Virginia la que hablaba, por supuesto: todo el mundo tenía una mente interesante para ella y con mayor razón debía sospechar que la gran cabeza de Krokovsky contenía una cantidad proporcional de mente interesante: toda materia, tan gris como la personalidad de su poseedor. ¿Por qué no le hablé de grandes cabezas vacías? Debí decirle que el cerebro de Anatole France era tan pequeño como el de un pingüino adulto. Tal vez la mención a France, a la literatura, a la literatura francesa, le habría interesado y retenido y detenido de hacer lo que estaba haciendo ahora, que era recoger sus libros (Baudelaire, supongo), o mejor dicho su libro único (Baudelaire, supongo), el que leía o se aprendía de memoria: *par coeur mis à nu*.

-¿Ya te vas? -le pregunté, más celoso que ocioso.

-Sí-me dijo-, tengo que llegar temprano a casa.

Se levantó, entregó su libro y salió -mejor dicho, salimos los dos porque todo este tiempo la había acompañado sin decir nada y como no había pedido un libro, no me habían entregado un libro y no tenía así libro que devolver: un hombre libre de libros presa de su pasión. Bajamos las escaleras y ahí mismo en la esquina del Centro Asturiano esta-

ba la parada de todas las guaguas de La Habana y del mundo, y de un solo movimiento Virginia abandonó la acera y montó a una moviéndose con tal rapidez que no pude siquiera saber qué rabia de ruta era. Sólo tuvo tiempo para avisarme: «Adiós». Fue apropiado que me dijera adiós y no hasta luego porque no volví a vera Virginia, no de cerca. La vi de lejos, subido a la azotea, ahora nido de odio, al día siguiente, a las cuatro. La vi salir del Instituto, lo que era inusitado. Pero no iba sola: iba con Krokovsky, lo que era grotesco. Krokovsky que tenía, como yo, una mente interesante, la seguía más que la acompañaba. Virginia siempre caminó rápida, aun en las caminatas que dio conmigo: si no lo mencioné antes es para conservar el grato recuerdo de un paseo, ahora hecho una ingrata vía crucis al verlos entrar juntos al Centro Asturiano. Los seguí a los dos con mi vista de águila parapetada en un promontorio, mi escarpa muda. En realidad me ayudaban mis espejuelos y el haber subido a la azotea del teatro Payret para observar la ventana de la biblioteca y verlos finalmente sentarse uno al lado del otro, conversando, en voz baja innecesaria -íntimos, hipócritas lectores, no mis semejantes, jamás mis hermanos.

No fue Beba Far quien me curó del mal de Virginia Mettee: fue el veneno de Virginia su propio antídoto, pero Beba Far inspiró mis próximos trabajos de amor perdidos. Tal vez no fuera exacto en una cronología pero lo es en mi memoria que mide mi tiempo. En el recuerdo está la primera vez que vi a Beba, apenas entrevista, en el lobby (más bien el saloncito) del Royal News donde Germán Puig y Ricardo Vigón sostenían su Cine-Club de La Habana, que era heroico pero tenía un nombre muy grande para su cantidad de realidad de sueños: la salita de proyecciones del noticiero Royal News -que también era pretencioso con su nombre real inglés. Fue allí en una de sus noches tórridas (el Royal News no podía permitirse el lujo necesario del aire acondicionado) que vi a Beba from afar aunque estábamos casi encimados y esa vez ha durado en mi memoria tanto como las peripecias de Buster Keaton en la pantalla luego: era también la primera vez que veía a ese comediante único: era una sesión homenaje pero nosotros resultábamos homenajeados. La vi antes de empezar la función, en el lobby. Este recinto tenía una pared de espejos, tal vez para agrandar ilusoriamente su tamaño, pero añadía a la promiscuidad al doblar los cuerpos expectantes. Esa multiplicación sólo estuvo justificada cuando se reflejó la anatomía melancólica de Beba Far, desplegando su esplendor estático. Aunque ella debía de tener mi edad (tal vez diecisiete, tal vez dieciocho años) era una mujer, mucho más mujer que Virginia Mettee y todo lo contrario en apariencia: aunque era muy blanca de piel, tenía el pelo muy negro y era lo que se llamó una «belleza real» (¿contagio nominal del Royal News?), de brazos gordos pero bien torneados y piernas mejor hechas que los brazos, con caderas amplias y cintura estrecha y -un busto voluminoso, prominente- en una frase habanera, estaba buena. Pero esa primera visión doble no tuvo consecuencias. ¿Cómo me iba a imaginar que Beba Far sería tan importante para mí, tan decisiva, tan total que me enamoraría de ella, que la amarla locamente, que me llevaría casi a la muerte de amor?

Yo había conocido primero a su hermana Queta, que era una rubia bovina, tranquila, tal vez demasiado pasiva, que iba a la Biblioteca Nacional que estaba entonces en el Castillo de la Fuerza, la fortaleza militar más antigua de América -la pluma venciendo a la espada sin proponérselo. Iba a la biblioteca a veces a estudiar oculto y recuerdo un día que estudiando física, encerrado en el salón de lectura (que debió ser la estación de los oficiales de la fortaleza, con sus vigas desnudas y sus paredes mohosas) todo el día, sin almorzar, y al salir a las seis de la tarde, con tanta física tuve una reacción química, como una iluminación, lo que para un creyente sería una experiencia mística, en la que la explanada del castillo, la añeja calle aneja y la plaza colonial vibraban con una luz extraña que no tenía nada que ver con el crepúsculo, no una luz exterior sino una luz que salía de mis ojos, destacando el paisaje urbano antiguo con una luz nueva. Pero eso ocurrió mucho antes de descubrir los libros. En esta época. ahora ya yo no iba a estudiar encerrado en la biblioteca sino a aprender a leer. Fue allí que continué mi lectura de la obra de Faulkner (iniciada por el regalo de *Las palmeras salvajes* por Carlos Franqui, tiempo antes, libro que me fascinó, aunque tiempo después iba a saber que esta fascinación se debió no sólo a Faulkner escritor sino también a Borges traductor), leyendo *Mientras yo agonizo*, espléndida en la traducción argentina, libro que le di a leer a Jorge Roche, pianista prodigio por quien yo tenía admiración como músico (todos los escritores aspiran a la condición de músicos), veneración que terminó cuando después de leer él una página, me dijo: «Parece Azorín», y deduje que debía dar conciertos con partitura. Fue por esa época en que Roche hizo derroche de lectura ciega, leyendo de oído, que conocí a Queta, que era una doncella de Degas: es decir, tenía tantas facciones feas, corrientes y a la vez exudaba una cierta belleza encantadora, que me distraía de la lectura. Leyendo y mirando a Queta, apareció un día un muchacho bien parecido, que se tomó, allí en la biblioteca., ciertas libertades con ella: hablándole al oído, tocándola y besando y ella riendo tanto, que sentí celos (entonces era capaz de sentir celos por una muchacha a la que había poseído sólo con la mirada), los primeros celos producidos por las hermanas Far -que se convirtieron en ridículo secreto al decirme Queta, días después, que la frescura era fraternal: ese visitante ocasional era su hermano, entonces un actor incipiente y al que llegué a conocer y a estimar y es todavía un amigo. A Queta la vi muchas veces, inclusive una noche, un lunes de noche, me senté junto a ella en el casi desierto balcón de la Filarmónica: encuentro extraño porque debíamos haber ido los dos a la Filarmónica el domingo anterior, ayer por la mañana a la fuerza de la gravedad económica, pero ahora estábamos oyendo a dúo una pobre pavana de Nin-Culmell, hermano musical de Anaís Nin, menorista erótica, cosas todas que yo ignoraba entonces. Pero mi ignorancia no se limitaba a los Nin. Seguí saliendo con Queta, rubia desvaída, sin conectarla con Beba, belleza bruna, durante un tiempo. La última vez que la vi verdaderamente fue cuando me detuvo en plena calle en el Prado. Mientras en el paseo el poeta Juan Clemente Zine y su séptima musa seguían sólidos y estables, por los lados los autos nos pasaban veloces, ruedas chirriando, sonando el claxon, insultándonos sus

choferes procaces y Queta audaz, tan tranquila y a la vez muy intensa, me decía: «Tu crítica de *La Strada* es estu-penda. Muy maravillosa. Estoy orgullosa de ti», yo sin saber no sólo qué decir sino qué hacer, más movido por las máquinas que conmovido por ella, intentando darle las gracias por el elogio excesivo y al mismo tiempo tratando de salvar, más que la cara ante los insultos, la vida delante de los autos asesinos. Quizás haya visto a Queta después, de seguro que tuve muchas oportunidades de verla en esa aldea agigantada, pero ésa es la última vez que la recuerdo memorable, como al comienzo, con su sonrisa que alguien podría llamar zonza pero yo quiero creer sabia: sonrisa sabia: ésa era la característica de Queta.

Del Prado en el futuro tengo que saltar al parque Central en el pasado, aledaños en el espacio, alejados en el tiempo: a su mismo centro, que está a unos metros apenas de mi casa pero que se ha vuelto una tierra extraña. Había allí una caseta temporal, propiedad del Ministerio de Educación, pero donde se exhibían aperos de labranza (suena raro, verdad, pero estoy seguro de que ésa era la exhibición) y Carlos Franqui, en un raptó de sabiduría o de locura, consiguió que la Dirección de Cultura prestara la caseta para «hacer teatro». Este permiso consistía en dejar que el Grupo Prometeo se instalara en el parque Central y en vez de dar una función teatral al mes, cobrando, ofreciera una cada noche, gratis. No sé cómo Franqui se agenció la carpintería hábil y la madera suficiente para construir un tinglado donde se subieran los actores. Sé bien dónde quedaban los camerinos -o mejor dicho, el camerino único. Era el cuarto de Zulueta 408 en que vivíamos: allí, por voluntad de mi madre y contra la opinión de mi padre, se cambiaban los actores y se maquillaban las actrices y viceversa, saliendo todos disfrazados por entre los portales del teatro Payret a surgir en pleno parque Central, a la urbe y a la turba. Al principio se erigió una tarima provisional fuera de la caseta y las representaciones, regresando a sus orígenes, tenían lugar a la luz del día. Las primeras obras puestas en, es un decir, escena fueron el entremés de Cervantes *Los habladores* y *El mancebo que casó con mujer brava*, más o menos de don Juan Manuel. Recuerdo regresar de uno de mis primeros trabajos -corrector de pruebas en *El Universal*- «Diario de Oriente que se edita en Occidente»— y encontrar en mi camino el tumulto rodeando la escena improvisada. «Yo soy Patronio, criado de mi señor», declamaba un actor afeminado y del público alguien exclamaba: «Tú lo que eres Patronio», para regocijo general y recreación del teatro como diálogo de la escena y los espectadores, como en el Renacimiento. Luego, cuando se hizo el tablado dentro de la caseta, las representaciones ganaron lamentablemente en seriedad, mero teatro moderno. Allí tuvo lugar mi verdadero encuentro íntimo con las actrices, para mi delicia, con su costumbre de saludar besando, que incomodaba a Silvano Suárez («No me gustan esos besos frívolos. Si me besan, coño, que signifique algo»), novel autor de *La máquina rota*, también representada y factótum futuro de Francisco Morín, que dirigía Prometeo y las puestas en escena. Una noche, haciendo de traspunte, ocurrió un incidente intrigante. Silvano, que era alto y rubio, debió despertar interés en más de un actor (sé que lo despertó por lo menos en una actriz, que llegó a besarlo con significado) y estando en cuclillas entre bastidores, libreto en mano pasando el texto, de pronto una mano desconocida (no pudo identificar siquiera su sexo nunca) le tocó suave pero intencionadamente las nalgas. No hay peor insulto habanero y el escándalo de Silvano, apuntador alborotado, por poco arruina la representación -pero no apareció el acariciante anónimo. (Si me detengo en este interludio teatral es porque tiene que ver directamente con mi encuentro fatal con Beba Far: de no haber existido uno no habría tenido lugar el otro.) Las representaciones -exitosas como es fácil suponerse, ya que eran gratis y se daban en ese centro de ocio que era el parque Central, además de ser cruce obligado de peatones y vehículos y viajeros- terminaron en un incidente que *solamente* los tiempos (los meros morales cuarenta) explican. Ocurrió con la representación de *El retablillo de don Cristóbal*, que Lorca quería para títeres y Moran lo veía para actores de cachiporra -al menos en esta ocasión fue puesto por personas, prevaleciendo el director sobre el poeta. Pero la farsa tuvo por escenario La Habana entera. Ahora gozábamos de la adición técnica de altoparlantes que difundían las voces de los actores por todo el parque, los portales vecinos, el paseo del Prado, magnificando el mensaje. Esta emisión era pura locura locuaz (el teatro como radio) pero entonces todos estábamos locos con la cultura. Así cuál no sería la sorpresa de los viandantes al oír saliendo como de la nada o del todo, tanto era el estruendo de las voces: «... y en el ojito / del culito / tengo un rolito 1 con veinte duritos». O peor aún: «... y quiero que se case / porque ya tiene dos pechitos / como dos naranjitas / y un culito / como un quesito / y una urraquita que le canta y le grita». O el colmo: «Y usted es vieja / que se limpia el culito con una teja». Imagínense (con la mala palabra que es en Cuba culo) el escándalo, con el carajórum y la calentura de don Cristóbal, además del calentamiento de Rosita, con su urraca desatada y los culitos ubicuos. Era casi el secreto escatológico del teatro Shanghai difundido por altavoces. Ahí mismo terminó la temporada del teatro libre en el parque Central: el Ministerio de Educación (es decir, la Dirección de Cultura) decidió dar mejor uso (aperos rudos pero mudos) a la caseta que fue por unas semanas (no llegamos al mes y medio) nuestra versión estática de La Barraca.

Pero no terminaron mis días teatrales y aunque no quiero hablar más que de La Habana, de sus venturas y desventuras y de la aventura urbana, ésta fue una ocasión, invasión inversa, en que la ciudad salió al campo. Se acercaba Semana Santa, que era celebrada con especial esplendor en Trinidad, una ciudad magnífica en tiempos coloniales, ahora convertida en una especie de museo -por supuesto contra la voluntad de los trinitarios, ya que nadie quiere vivir en un museo. Misteriosamente (con el mismo misterio con que consiguió la caseta del parque Central), Franqui trajo un día una invitación especial del ayuntamiento de Trinidad para Prometeo y sus adláteres, entre los que estaba yo. Iría el Grupo a montar una representación religiosa, cierta versión de La Pasión de cuyo autor no queda memoria: tal vez fuera el mismo Judas. Nos pagarían el pasaje por ferrocarril hasta Trinidad (no había carretera que llegara a la reclusa ciudad colonial: ir a ella era viajar en el tiempo: ya yo la conocía por una excursión que hizo el Instituto hasta

allá, expedición que terminó con los llamados «estudiantes revolucionarios» (en realidad *gángsters*) que habían ocupado la Asociación de Estudiantes, copando los fondos, y ahí se pasaban el día armando y desarmando pistolas, jugando a mano armada (recuerdo por lo menos uno de estos espurios estudiantes, llamado aliteralmente Arsenio Ariosa, que se mató de un tiro en la sien al perder en la ruleta rusa) y llegando hasta asesinar a pobres peatones con la desgracia de pasar frente a las oficinas durante esa hora homicida, sin que la policía interviniera para nada: eran tiempos violentos, como siempre fueron los tiempos habaneros) gritando, decepcionados por encontrar calles empedradas y casas con techo de tejas y muros encalados, ruinas para ellos, que en venganza aullaban una canción de despedida: «Trinidad, yo me cago en tu madre / Yo no vuelvo más, Trinidad», amenazando con tirotear el pueblo: cómo yo me encontré en tal compañía sería otro contar, aunque puedo resumirlo en una frase: amor por el pasado, que se convirtió en pasado por el amor: ahí en Trinidad pasaría mi primera luna de miel, viaje de desamor pero esta vez segunda sería una encrucijada erótica) y tendríamos además las comidas y el alojamiento gratis. El Grupo creció con la promesa y casi había ahora más espectadores que actores en él. Para mi fortuna (o tal vez mi infortunio) entre los agregados estaban Queta y Beba Far.

Llegó el día, mejor dicho, la noche de la partida, y ya estábamos en la Terminal cuando Franqui me confió que Becker (el incógnito Becker, del que supe años después que no se llamaba Bécquer, con rima, como creía, sino que su nombre era corrupción de Baker, el poeta devenido panadero primitivo: le conocí bien a Becker) le había enviado un telegrama comunicándole que el municipio había cancelado la invitación. Nunca se supo precisamente por qué: se adujo falta de fondos pero nuestra presencia en Trinidad demostraría que no era verdad o por lo menos exacto. ¿Qué hacer? Franqui decidió actuar como un conquistador, Cortés que no atiende a Velázquez, y no darse por enterado del telegrama y proseguir hasta el tren, tomando la ciudad por asalto. Eso sí: ni una palabra a nadie, sobre todo a los actores, volubles vedettes. Solamente sabríamos la verdad Franqui, Morín, Silvano y yo: el cuarteto del secreto. Así, sentados ya en el tren, a la espera de su partida que no llegaba nunca, oímos por los altavoces una frase obscena: «Llamada para Carlos Franqui». Franqui me miró y los dos supimos al mismo tiempo qué quería decir la llamada. Franqui pretendió no oírla. De nuevo se repitió el reclamo y Dulce Velazco, una actriz que parecía tener permanentemente (pese a su permanente rubio) cuarenta años y era además de aspecto cómico y tan redicha que era la imagen exacta de la burguesa habanera (ahora me pregunto, ¿qué podía hacer Dulce Velazco en La Pasión, ya fuera según san Marcos o según san Mateo o de autor anónimo?), abandonó su asiento y se acercó a Carlos para decirle, casi confidencialmente: «Franqui, perdóneme, pero me parece que lo llaman por los magnavoces». Ya yo iba a decir: «Se trata de otro Carlos Franqui», cuando el verdadero Franqui se levantó y se dirigió pasillo abajo hacia la salida del vagón. Yo lo acompañé y Morín y Silvano me siguieron. En el andén hubo una pequeña conferencia táctica. Se acordó que si Franqui respondía a la llamada -que tenía que ser del misterioso Becker-, habría que cancelar el viaje. Lo mejor era proceder como con el telegrama y no darse por enterado de ninguno de los dos mensajes y la llegada a Trinidad sería un hecho consumado. La otra alternativa era aceptar el fracaso y dar por perdidos los días de ensayo, el vestuario (adquirido por Morín sabe Dios dónde, sabe el diablo cómo) y el entusiasmo, tan importante, más necesario que todo lo demás -es esencial ir con Dios hacia Cristo. A Silvano no se le escapó el carácter cortesiano de las tácticas de Franqui y propuso: «También podemos quemar las naves -es decir, el tren». Volvimos al vagón. Todavía una vez más antes de la salida pudimos oír los altavoces perifoneando inútilmente pero tan comprometedores como en el parque Central: «Llamada urgente para Carlos Franqui». Vi a Dulce Velazco a punto de levantarse, venir hacia nosotros y decir con cara de cristiana mística: «Oigo voces».

Llegamos a Trinidad por la mañana y lo primero que hicimos todos en grupo -Prometeo que trae la luz de La Habana a las tinieblas trinitarias- fue caminar hasta el ayuntamiento, que en Trinidad quedaba entre un recoveco de calles que a mí siempre me parecieron ruinas circulares. Fue Franqui quien franqueó las puertas del cabildo. Estuvo un rato dentro y después regresó diciendo: «Hay que ver a Becker», críptico pero predecible, y salimos del laberinto de calles empedradas a una plaza y una casa de piedra. Franqui subió las escaleras y yo escalé un escalón o dos detrás de él, oyéndole decir una y otra vez a una reja de hierro bordado más que forjado: «¿Béquel?», en su pronunciación villaclareña, que no cree en eres. Pero Becker o Bécquer o Béquel, fantasma telegráfico, nunca se materializó. De allí Franqui se dirigió, seguido por todos, a un palacio que parecía particular y salió de él al poco rato, sonriendo su sonrisa socarrona. Todo estaba arreglado. Nos íbamos a alojar en una especie de asilo de ancianos que había sido dejado libre -Muga de fósiles, viaje de viejos?- hacía apenas unos días y comeríamos en un establecimiento municipal. Era evidente que nos trataban como a miembros de una orden de mendicantes: hacíamos votos de vagabundos. Aparentemente, a quien había ido a ver Franqui era al alcalde a su casa, quien, por supuesto, no estaba nunca en el ayuntamiento en Semana Santa, Trinidad ciudad católica no pagana como La Habana.

Todo este tiempo, yo apenas noté a Beba. Es más, a veces, de haberme preguntado alguien si ella venía con nosotros, no habría podido responder afirmativa o negativamente. Pero ella se iba a cobrar esta ignorancia y manifestarse como una revelación rotunda. La hora del almuerzo llegó afortunadamente (no habíamos desayunado) y fuimos a una especie de restaurante campestre sin árboles y mesas con hules olorosos: nuestro comedor colectivo. Nos sirvieron, camareros callados, arroz, frijoles y boniato, sin postre. Lo que me hizo recordar el relato doblemente blasfemo (en Trinidad, en Semana Santa) de cuando Cristo multiplicó los panes y los peces y, después de este milagro maravilloso, uno de los comensales se dirigió a Jesús para decirle: «Pero cómo, Señor, ¿no hay postre?». Dulce Velazco sufrió una suerte similar y al ver la comida exclamó asqueada: «Fécula, fécula, fécula», subiendo su voz engo-

lada en cada fécula y fue todo lo que dijo y no comió. Los demás nos comimos esa corriente comida cubana, hecha por el hambre ambrosía y no mero milagro. La tarde la dedicamos a pasear por la ciudad, con Franqui de guía: él habla sido delegado comunista en Trinidad y la conocía muy bien. Dándome de conocedor, decidí recorrerla por mi cuenta, acompañado por Rine Leal, ahora agregado cultural, como yo, pero quien sería luego un centurión romano en La Pasión y me explicó su técnica teatral: «Quien hace un centurión hace un ciento». Por supuesto, no bien dejé detrás a Franqui, me perdí en la ciudad que era para mí una isla, Creta, no Trinidad. Después de muchas vueltas concéntricas, en el meollo del laberinto, encontré un burro. Rine encontró otro. Ambos burros eran de alquiler y como costaban poco los alquilamos. Los burros conocían su pueblo como un pesebre y nos llevaron a las afueras, a recorrer las murallas o los tramos de una muralla en ruinas. Todo iba muy bien, yo sobre mi burro, jinete jiménez, cuando apareció un niño, después apareció otro y finalmente era una banda: una pandilla de chiquillos que se dedicaron a caernos detrás como deporte y a pinchar a los burros en la barriga con varas villanas y de los vientres vulnerables pasaron a las partes ocultas. Los burros comenzaron a patear primero y luego de dar coces sin lograr eliminar la molestia íntima, decidí intervenir y amenazar a los maleantes con las peores represalias -lo que fue suficiente para que introdujeran la verga en el ano del asno, que se paró en sus dos patas delanteras y me volteó. Desde el suelo pude oír no sólo las risas de los rufianes sino también las carcajadas de Rine, desleal: era inútil poner en su lugar al enemigo cuando hasta los amigos estaban de su parte. Después de levantarme y tratar de desmontar a Rine con la fuerza de mi mirada, sin lograrlo tiré una patada en dirección del más cercano canalla y éste y sus amigos replicaron a pedradas y a duras penas pude refugiarme detrás del burro. El incidente culminó cuando una de las piedras dio a Rine en pleno pecho y éste cargó en su burro contra la banda, que se dio a la desbandada, evidentemente menos peligrosa que las pandillas habaneras. Regresamos (yo caminando, con mi burro cogido de la mano, guiado por el burro de Rine, todavía montado) al sitio donde los alquilamos. Así terminó la tarde.

Esa noche supimos lo que era la incomodidad añadida a la injuria del albergue que fue asilo. No es que hubiera chinches (como las que me asaltaron, bichos de Blefescu, en otra ciudad del interior en mis días de surveyero), sino que se desató de pronto una ola fría sobre el país, extraña en Semana Santa, cuando siempre sopla el viento sur, llamado precisamente de Cuaresma. Pero esta vez el norte azotaba sobre todo la provincia de Las Villas, en particular la zona de Trinidad y ya más directamente nuestro alojamiento. Cuando nos lo dieron, el contento de tener un techo no nos permitió ver que las camas estaban desnudas excepto por un colchón pelado, sin sábana ni almohada, mucho menos una frazada. Dormiríamos -teóricamente- siguiendo un código de conducta estricto: los hombres en la planta baja, las mujeres en el piso de arriba: La Habana iba a enseñarle a Trinidad lo que era la moral de grupo: seríamos Prometeo pero no promiscuos. Dije teóricamente porque nadie pudo dormir esa noche, a pesar de acostarnos con la ropa puesta, que era la vestimenta del verano habanero que dejamos detrás. Al día siguiente y como remedio al frío -lo semejante cura lo semejante- alguien propuso una excursión a Topes de Collantes, un pico cercano donde había un sanatorio para tuberculosos (versión tropical de la montaña mágica) comenzado años atrás y dejado sin terminar: todo en Trinidad estaba en ruinas: el pasado y el futuro. Había que subir en automóvil: los viejos carros, más bien cacharros, que había en la ciudad, trepando torpes por el camino vertical. En nuestra máquina coincidimos, por primera vez y en apretada compañía (todo lo hacíamos comprimidos esa vez en Trinidad) Beba y yo, pero estaban además Margarita Fiallo, Ernesto Miret, Franqui, Morín y el chofer local aplastado contra el timón. Miret estuvo de muy buen humor haciendo chistes todo el trayecto pero me puso del peor humor a mí, cada vez más cejjunto, con el ceño fruncido, tan intolerante, intolerable que en un momento Morín me dijo que yo estaba tan serio porque me había dejado robar el show de chistes por Miret. Pero no era verdad. La verdad la supe después, para mi sorpresa, y era que estaba celoso, anticipadamente, porque Beba se reía con su dentadura prominente de cada cosa que decía Miret. El viaje a la montaña, con sus helechos arborescentes y sus orquídeas silvestres y sus plantas exóticas, se convirtió para mí en una suerte de tortura, no el dulce dolor de los celos sino ese sentimiento confuso que anticipa los celos cuando todavía no hay amor.

Mientras llegaba el día de la representación (jueves santo) seguíamos dedicados a hacer de turistas. Fuimos al puerto de Casilda, que es la vía de acceso a Trinidad por el mar. Trinidad misma esta construida tierra adentro pero en tiempos de la colonia era por Casilda que venían (y salían) las mercancías a la ciudad. A un extremo del puerto, abierta al mar Caribe, está la hermosa península del Ancón (triste travelogue). Allí fuimos (en lenta lancha) a establecer una cabeza de playa en este «Varadero del sur» (en Cuba todas las playas son versiones de Varadero), que resultó inolvidable en más de un sentido. El sol no dejaba que se sintiera el frío, que por demás no había sido ese día tan intenso como la primera noche, y decidimos bañarnos. Los hombres lo hicimos en calzoncillos, ya que nadie habla pensado, lógica simbólica, en traer trusa. Las mujeres, por su parte, improvisaron trajes de baño con pañuelos atados sobre su ropa interior. Solamente Queta se bañó en refajo y hay que haber conocido esta época hipócrita para saber qué atrevimiento era el suyo al bañarse nada más que con aquella pieza íntima, tan seductora. Al principio, mientras cogía sol, se veta discreta porque el refajo era de raso, pero al entrar en el agua -mejor dicho, al salir- se revelaba su cuerpo desnudo por transparencia, por pezones interpuestos. Sin embargo yo no tuve ojos más que para Beba, que se hizo un bikini exclusiva con dos pañuelos pero nunca entró al agua, su piel increíblemente blanca al doble sol del cielo y el reflejo en la arena radiante, en pálido, cálido contraste con su pelo negro. Cansados de ver a esta sirena seca nos acercamos algunos bañistas -quiero decir, hombres- en grupo a ella y decidimos bautizarla: juegos de agua. Creo que fue Silvano quien la agarró por debajo de los brazos (retrospectivamente, dos días después, ¡cuánto habría dado por estar en el lugar de sus manos!), yo la cogí por ambos pies -¿por qué no por las piernas?, tal vez demasia-

da intimidad para mí, intimidado- y alguien más la cargó por medio cuerpo, mientras ella, riéndose, protestaba apenas. Fuimos todos con nuestra carga preciosa hasta la orilla, penetramos en el mar y la dejamos caer, haciendo un chasquido el chapuzón. Pero cuando Beba se recobró de la zambullida y salió sonriente del agua, el chapuzón se hizo chasco: todos los ruidosos retozones hicimos silencio súbito, paralizados por su presencia -verla fue ver surgir (y ahora no era mera metáfora) a Venus de entre las olas. Me pareció que nunca había visto una mujer tan bella.

Esa noche sucedieron dos hechos no conectados entre sí pero relacionados, aunque no tienen nada que ver con mi camino de perfección del arte de amar: son mera diversión: *per aspera ad amor*. Fuimos a comer un grupo en el que estaban Beba y Queta, por nuestra cuenta. No era un restaurante que se pareciera remotamente a los de La Habana (aun los de La Habana pobre que yo pudiera frecuentar con mi nada saneado salario) pero comimos bien, incluso Beba, que parecía difícil para escoger cualquier cosa. Pero Queta resultó imposible: sólo comió arroz. A la salida, caminando por las calles apenas iluminadas, tropezando, levantando piedras a cada paso, Queta me confió que no podía comer carne porque siempre veta a la vaca a punto de ser sacrificada cada vez que cortaba un bisté. Estuve de acuerdo con ella que era inhumano (Queta me corrigió: «Inanimal») comer carne, aunque llevaba mi tripa repleta de carne de vaca, sin vagas visiones vegetarianas. Beba caminaba delante con Silvano y a la escasa luz de las casas yo podía ver su cuerpo moviéndose armonioso para caminar entre cantos. No sé si estaba completando su imagen en mi memoria pero cada vez me gustaba más ver a Beba a mi alrededor -aunque ella era mucho menos muchacha que Virginia y ya Virginia era toda una mujer, mientras que yo con mis diecinueve años todavía no cumplidos parecía un adolescente sin arte y sin retrato.

Al llegar al hostel (o lo que fuera) advertimos un extraño movimiento. Había ocurrido un incidente melodramático que al final resultó cómico. Varios actores fueron al centro del pueblo y entraron en un café y pronto hubo a su alrededor una atmósfera hostil: el machismo municipal se manifestaba crudo contra los recién venidos, en esa ocasión todos demasiado finos de maneras y gestos ante aquellos toscos. El mayor de los actores, ninguno de carácter, se dio cuenta del error de entrada y trató de corregirlo con un error de salida, mal mutis, como siempre pasa a los actores con un papel pobre. Dijo en voz baja a sus amigos: «Caballeros», luego me contó que él casi había dicho como siempre «Muchachas», pero así lo relató esta vez, «se están formando a nuestro alrededor negros nubarrones, anuncio de tormenta. Paguen lo más tranquilamente que puedan y salgamos de aquí uno a uno». Así hicieron pero la canalla del café los siguió a la calle y a través de medio pueblo. Los actores caminaban rápidos pero sus seguidores, que conocían cada canto rodado, se hacían perseguidores. Pronto corrían a salvo de sus vidas, los actores convertidos en corredores. Los perseguidos alcanzaron el hostel, esta vez refugio, acogiéndose a su asilo -donde dormía Franqui y Ernesto Miret, actor heterosexual, estaba sentado en su cama: «Comiendo mierda», explicó él habaneramente. Al oír el tumulto se despertó Franqui y Miret lo acompañó a la entrada, donde los actores sin aliento trataban de reconstruir, dramáticos, su ordalía. Pero no tenían que contar de la cacería: sus perseguidores acababan de llegar, dispuestos a completar la caza. Franqui no lo pensó dos veces y se armó de la tranca para cerrar la puerta -pero en vez de cerrarla la abrió y salió a la acera. Miret lo siguió y sacó una piedra de la calle sin dificultad. Cuando los rufianes se vieron enfrentados por gente armada, dieron media vuelta y echaron a correr y de perseguidores se convirtieron en perseguidos, pues Franqui casi los alcanza, todavía en calzoncillos, olvidado de su vestimenta y de que estaba en la calle real de la ciudad, llegando ya al parque principal. Fue Miret quien le dio alcance y lo convenció de la conveniencia de regresar al hostel al mostrarle su estado: un forastero semidesnudo con una estaca en la mano no era ciertamente el aspecto que convenía a un enviado cultural venido de La Habana con un grupo teatral a escenificar la vida, pasión y muerte de Jesucristo. Al oír el cuento, completado por Miret en su estilo escatológico, Silvano se moría de risa (aunque luego, en el futuro cercano, tendría una experiencia dolorosa de lo que es la chusma cubana en acción, cuando el Grupo Prometeo -Morín nunca escarmentaba- fue a actuar en un cine no lejos de La Habana y se encontraron actores y director que la representación tendría lugar al final de la película y por público tuvieron a los maleantes del pueblo, que desde el paraíso los expulsaron de la escena y a la salida del teatro los bombardearon a pedradas, una de las cuales le dio a Silvano en la canilla, incapaz ahora no sólo de caminar sin cojear sino de reír sin dolor) y yo también oí el doble cuento regocijado. Luego uno de los actores acosados, cuyo nombre no hay que mencionar porque es famoso, mirando mariconamente a Franqui, ya vestido, me dijo embelesado: « ¡Ése es mi héroe!». Lo que no le impidió casarse, dos años después, con la heroína de La Pasión, María Magdalena miope.

Por fin llegó la noche de la puesta en piedra, como llamaría Miret después a la representación, de La Pasión, que tendría lugar en los portales del Palacio Brunet, sus soportales haciendo de escena y el interior sirviendo de camerinos y bastidores y bambalinas. Miret sería Cristo y este sorprendente actor había tomado, contra lo que se pudiera suponer, su papel muy en serio, como siempre ocurre con La Pasión, en que su protagonista llega a creerse que es no una versión de Jesús sino el Nazareno encarnado. Pero ocurrió que Miret tenía que venir descalzo desde el interior a oscuras y tropezó con una de las piedras del piso que sobresalía incrédula y no pudo evitar exclamar, al tiempo que salía a escena: «¡Me cago en Dios!». Casi se oyó en el público y yo no pude olvidar nunca el espectáculo privado de ver a Cristo blasfemando. Curioso de saber cómo terminaba La Pasión, me quedé hasta el final. La representación fue conmovedora, al menos para el gusto católico de los trinitarios que colmaban la calle y la plaza aledaña y aplaudieron con eco in lontano. Después de la función hubo el sentimiento anticlimático de haber venido tan lejos para una sola actuación. «Lo mismo le pasó al Señor, señores», dijo Miret, consolando a los actores, «y todavía dijo: “Perdónalos, Dios mío, que no saben lo que hacen”: Bien podía estarse refiriendo Él a todos nosotros». Afortunadamente no íbamos a tener que sufrir a un actor con la cruz de Cristo a cuestas: Miret estuvo esa noche más

dicharachero que en el viaje a la montaña: era evidente que disfrutaba su doble pasión, el amor al teatro y el humor. A pesar de su buen tipo, de su distinción natural, no hizo la carrera de actor que todos pensábamos que haría: terminó trabajando de conductor en una guagua habanera. Pero estoy seguro de que convirtió su ómnibus en vehículo dramático: *la commedia è infinita*.

Al día siguiente salimos de Trinidad en tren, tarde en la tarde. Dejamos detrás las casas coloniales, el museo de arquitectura cubana barroca y la extraña nostalgia que produce esa ciudad aislada en el tiempo: dejamos de lado las féculas, el hostel inhóspito y la incomodidad de esa excursión impuesta (Becker nunca fue Baedeker) pero también dejaba de frente el contacto estrecho con Beba y me fui sabiendo que no sería igual en La Habana. En el tren ocupamos el último vagón y ya por la noche salí a la plataforma a pesar del frío que se hizo intenso después de Cumbres, para mí borrascosas. De pie allí no sentí la puerta que se abría a mi espalda pero sí oí la voz que me dijo: «¿Qué, contemplando el paisaje?». No había paisaje alguno que ver, mucho menos contemplar: todo era oscuridad afuera, pero sentí alegría al reconocer la voz en off: era Beba. Creo que le dije «Anjá» o tal vez fuera más explícito: entonces yo solía ser, cuando podía, mas bien gárrulo con las mujeres. Sé que me había vuelto y visto su figura plena llenando el marco de la puerta y colmando mis ojos. Le propuse sentarnos en los escalones de la plataforma, escalera al vacío ahora, y ella accedió. Eran muy estrechos los peldaños y por fuerza estábamos en contacto, sus muslos tocando los míos, su vestido subido hasta la rodilla, dejando ver las piernas de una hermosura habanera (hoy día las encontraría gordas pero entonces me parecían perfectas), moldeándole las caderas cadenciosas al caminar, ahora contiguas. «Te gusta contemplar la naturaleza», me dijo, como si mirara su cuerpo con mis ojos. «Como a mí», añadió. Se refería por supuesto al campo abierto, pero allí no había naturaleza alguna que contemplar ni siquiera atisbar, excepto por los matojos que crecían a la orilla de la vía férrea y que las luces del tren alumbraban rápidos. Sin embargo me fascinó el sonido de sus palabras: ella hablaba con voz baja, suave, que era muy personal, y se oía por encima del ruido rítmico del tren, casi estruendo en estéreo, y creaba una intimidad instantánea allí afuera, los dos solos: era la primera vez que estaba a solas con Beba y fue entonces que me enamoré de ella: tuvo que ser entonces: debió de ser entonces. Lamentablemente nuestra soledad de dos duró poco. Salió a la plataforma Queta, seguida por otra de las muchachas de la excursión, no recuerdo cuál pero no era una actriz como María Suárez, que se habría dado cuenta de que, si tres son una turba, cuatro son una promiscuidad -y el amor es enemigo de lo promiscuo: dos forman una pareja, la perfección. Inevitablemente nuestro diálogo tuvo que transformarse en conversación, lamentablemente inane, pero recuerdo que Queta, mirando a la vía, dijo: «El tren produce vértigo horizontal», que me pareció una noción nueva. Fue entonces que reparé que estábamos Beba y yo, pero sobre todo yo, sin un punto de apoyo en Beba ahora, en peligro por el asiento precario de los escalones y las muchas curvas, en que la fuerza centrífuga podría habernos lanzado del tren y me sentí bien creyendo que los dos volaríamos fuera, juntos, para caer en una zanja muldada abrazados y allí -de esta imaginación íntima me sacó la voz de Beba que decía: «Me voy para adentro». Quise pedirle que se quedara un rato más en nuestro dulce Far niente pero estaban las otras muchachas y no dije nada. Las tres entraron en concierto al vagón y yo me quedé en la plataforma desierta, sentado, solo. Luego me puse de pie y caminé hasta el otro lado, bajando los escalones por el costado del tren donde los bandazos del vagón último eran mayores, sujeto a la barandilla, mirando hacia adelante. Cruzábamos un puente con enorme estruendo y sentí una gran gana de lanzarme del tren: era un deseo malsano y solitario, opuesto al deseo sano con Beba, pensando qué me pasaría al caer, sintiendo mi cuerpo golpear con violencia brutal los arcos de hierro del puente, tratando de idear qué dirían todos cuando yo desapareciera, pero sobre todo imaginando qué diría, pensaría, sentiría Beba -y tuve que ejercer mucho control sobre mí mismo, ayudado por ese idéntico íncubo interior que me impulsaba, para no saltar del tren que ahora parecía ir a velocidad de vértigo vertical.

Ya en La Habana mi ocupación primordial fue seguirle los pasos a Beba. El Cine-Club había dejado el Royal News para refugiarse en unos precarios locales en el paseo del Prado, junto al cine Plaza, competencia leal. Fui a una función con la seguridad de encontrar a Beba, pero lo que encontré fue la nota necrológica ofrecida alegre por Germán Puig de que Beba estaba «aparentemente enamorada» de Juan Blanco, que no era entonces un hombre sino un nombre, pero me alarmó que Beba Blanco sonaba posible. No lo pude creer, como no creí la afirmación contraria de Germán de que Beba estaba en realidad enamorada de Beba. «Es una narcisista», me dijo Germán, y recordé con desagrado su placer solitario en la playa, tendida en la arena mientras todos nos bañábamos, sonriente, contenta con el aire, pensé, pero nunca con su aspecto no ante los demás sino de ella para ella. La desolación de la noche la vino a colmar, a calmar Bernardo Iglesia, que conocía los incidentes ocurridos a los actores del Grupo Prometeo. Bernardo era oculista (no era mi oculista todavía pero lo sería pronto) y tenía un insensato sentido del humor. Esa noche vino a decirme confidencialmente: «Hay un prometeo en el baño», y añadió: «Acompáñame, por favor, que tengo miedo a estar solo». Fui con él hasta el baño y entró en uno de los infames cubículos y no bien cerró la puerta gritó: «¡No, prometeo, no me hagas nada, prometeo, que la carne es débil! ¡Prometeo! ¡Por favor, te lo suplico! ¡Prometeo!». Gritó tanto que vinieron asistentes al cine al baño y me encontraron a mí en la puerta, mientras del cubículo cerrado saltan ruidos de una lucha libertadora. De pronto se abrió la puertecita y salió Bernardo, calmo caradura, quien dijo al grupo de dobles espectadores: «Era un prometeo pero decidió irse al teatro» -Bernardo Iglesia acogido al sagrado de su nombre, que no lo salvó, como a nadie nada, de la nada.

Luego vinieron los tiempos de Nuestro Tiempo, de su gestación y coordinación, concebidas y realizadas por Franqui. De las reuniones en el conservatorio, carmen de Carmina, se pasó a ocupar los viejos estudios de Mil Diez, la emisora comunista clausurada por el Gobierno y heredada por Nuestro Tiempo, gracias a Franqui, emprendedor

Carlos. La estación tenía un estudio-teatro y un gran salón, pero habla que limpiar y acondicionar aquellos locales que habían estado cerrados tanto tiempo. A esta tarea nos dimos todos, el grupo de amigos que habían originado la revista *Nueva Generación* (desaparecida en el olvido), la gente del Grupo Prometeo y otros muchos nuevos (al menos para mí) intelectuales y artistas, provistos ahora de escobas y trapeadores y cubos con agua. Pero por supuesto no es de ellos que quiero hablar sino de mi objeto amoroso: Beba Far vistiendo pantalones (entonces las mujeres en La Habana no usaban pantalones visibles, es decir largos, excepto cuando pasaba un ciclón y estas aventureras sartoriales eran llamadas cicloneas, que creaban las tormentas que venían a ver entre los mirones que las contemplaban a ellas, a las sacaplatas, no al meteoro: recuerdo una vez que fui a mirar las cicloneas viendo un ciclón cuando, pese a los avisos alarmantes de que soplaría el ciclón sobre La Habana -el anuncio era del Observatorio Nacional y por tanto no había que tomarlo en serio: los meteorólogos no saben nada del tiempo-, comenzó a levantarse una mar gruesa mientras yo miraba a una muchacha flaca en pantalones estrechos viendo venir el ciclón: la observadora me acusó a un policía, estacionado en el Malecón para vigilar a los mirones que perturbaban con sus ojos á las cicloneas, impidiéndoles a ellas disfrutar el espectáculo de la naturaleza hostil: fui puesto preso allí mismo y encerrado en una celda baja y precaria y en ese momento se levantó un ras de mar y pronto el agua invadió el calabozo y me llegaba al cuello: ya estaba a punto de ahogarme cuando abrieron la celda y la policía me soltó por compasión cristiana, no por ser inocente: toda mirada es culpable: pero en mi obsesión observadora volví al Malecón en busca de cicloneas que mirar y no encontré ninguna muchacha sino una señora tormenta: el ciclón en pleno poder destructor: las casas volaban a pedazos, el techo primero, las paredes después, finalmente la puerta. Del Malecón milagroso me dirigí a una de las plazas y buscando protección entre los árboles me agarré al tronco desnudo de una palma, que era liso y duro, como el de una mujer madura, y abracé aquella forma curva como mi sola salvación, pero el viento violento arreció haciendo trizas las hojas de la palmera, como quien corta una melena al rape, luego arrancó de cuajo el tronco y, con sus raíces aéreas, subí en la palmera por parques y por prados, sin soltar aquel cuerpo trucidado en un vuelo vertiginoso, ido con el huracán), sólo que ahora, por razón de estar cubiertas, sus carnes parecían perfectas. «Es mucha mujer para ti», había dicho Silvano, casi Silvino, en una revelación que por poco acaba nuestra amistad. Pero a veces, antes en Trinidad, ahora con ella limpiando las paredes del futuro Nuestro Tiempo su tierno trasero vuelto hacia mí, llegaba a pensar yo también: «Mucha mujer», me dije, maldije.

Nuestro Tiempo nos acercó en su periodo de formación pero nos apartó una vez que la sociedad cultural comenzó a funcionar: veía menos a Beba: Beba far from me. Tuvo también una extraña enfermedad que la alejó aún más (con el tiempo, años después, se sabría que era esquizofrenia, un mal que uno veía entonces descrito en los libros de psiquiatría y visualizados en el cine pero no en la vida vivida: en su crisis Beba se creía dividida en dos, no dos Bebas sino dos medias Bebas que se buscaban sin encontrarse: tal fue el relato familiar pero si era fiel o falso nunca lo supe) y yo llegué a hacerme amigo de Juan Blanco, quien me confesó un día que jamás estuvo interesado en Beba. Cuando ella regresó a nuestro círculo había cambiado: tenía las mismas formas pero contentan una mujer distante. Recuerdo que me acerqué a ella y me alejó sin un gesto, separándose interiormente, y aunque estuvimos solos y llegamos a estar reunidos, nunca fue como aquella noche en el tren, en la plataforma trasera, sentados en los escalones escasos, ella pegada a mí, yo casi cogiendo su mano: los dos juntos, alejados de todo, inmóviles mientras la tierra se movía a nuestro alrededor vertiginosa. Ahora era ella sola la que estaba alejada.

Hubo una ocasión más en que estuvimos juntos, pero preferí entonces que no hubiera ocurrido. Irónicamente, Juan Blanco dio una fiestecita para celebrar la apertura de su apartamento nuevo en El Vedado, que estaba casi a la salida del barrio, en Paseo y Zapata en una esquina que me sería fatalmente familiar tiempo después. Juan Blanco tenía como pretexto para la ocasión la audición de la *Novena Sinfonía* (Integra) y reunió a un grupo de amigos y de amigas, más amigas que amigos, curiosamente. Allí fue donde Queta hizo su notorio número de salto mortal con una salida inmortal, al echarse para atrás en el balance que era el único mueble (excepto por el tocadiscos costoso) de la sala y decir su famosa frase final. Exclamó ella, momentos antes de reclinarsse con énfasis en el precario balance: «Este Beethoven es un monstruo encadenado!», y terminó su metáfora con. un eslabón en el aire, cayendo hacia atrás, dando de cabeza contra el piso, el pesado balance volcado sobre ella para alarma de todos -que luego se convirtió en carcajada de cada cual al comprobar que Queta estaba sana y salva y todavía enredada en la cadena beethoveniana. Pero hubo otra frase íntima no menos estrepitosa que tuvo la virtud insidiosa de atentar contra mi amor por Beba, hecha por ella misma, con más ruido y frenesí que la sentencia encadenante amenazó la vida de Queta. Fuimos los dos al balcón, yo como quien busca la plataforma del último vagón, y Beba mirando a lo lejos dijo: «Mira a Venus, el lucero del alba». Yo miré y no vi a Venus (que no podía ser a esa hora el lucero del alba ni del anochecer en el trópico porque serían las nueve de la noche y era invierno) sino un bombillo brillando prosaico en una azotea vecina. Esa manifestación de beatería venusina me pareció entonces intolerable y casi hizo trizas mi amor por Beba, la mujer perfecta: ahí estaba la forma, sus formas, pero el contenido había cambiado y sin embargo no fue ella, su anticuerpo, su alma los inoculadores de la vacuna contra mi amor, sino su cuerpo, ese que me había llevado a identificarla con Venus, no el lucero del alba, sino la diosa del amor.

Para celebrar la apertura de la sociedad cultural tuvo lugar una exposición de pintura en los salones de Nuestro Tiempo, pero, viviendo en nuestra Habana, se dio un baile inaugural. Fui a la exposición pero no al baile porque, aunque me gusta ver bailar, no quería ver a Beba bailando -inevitadamente con otro. En ambas funciones estuvo presente el presidente de Nuestro Tiempo, predeciblemente (el más presentable, el más presidenciable) Haroldo Gramadié, uno de los creadores de la sociedad y uno de sus destructores cuando se puso al servicio del Partido

Socialista Popular y Franqui y yo y varios más dejamos lo que había sido casi una hermandad prefidelista, convertida ahora en una organización pantalla comunista. Pero no es de política ni de cultura ni aun de política cultural que hablo sino del amor y de sus formas y de las formas de mi amor, aun de las formas vacías de amor. En el baile Haroldo bailó con Beba, ya que él era un compositor serio pero un buen bailarín. Me lo contó después y cuando yo creía que me iba a hablar de difusas fusas y semifusas y de acordes perfectos, me habló disonante de Beba, tal vez porque los ritmos eran cubanos y las melodías no tenían nada que ver con contrapunto 'y armonía, su especialidad. Salió a bailar con ella cierto danzón tardío (bien pudo ser un mambo medio y hasta un temprano chachachá en ese año 1950) y en una cadencia Beba, buena bailarina, se demoró demasiado y como no era el cedazo de los antiguos danzones en que se permitía al bailaror detenerse para dejar que su pareja se diera un golpe de abanico que no aboliría el azoro, Haroldo quiso saber qué detenía a Beba en su pasillo, cuando vio frente a ellos un gran espejo –Beba había dejado de bailar para mirarse al espejo detenida. Haroldo observó que ella estaba complacida con lo que veía y tenía razón para estarlo: estaba Beba bella realmente esa noche, pero al mismo tiempo pudo comprobar que tenía en sus brazos la imagen del espejo: Beba era una encarnación femenina de Narciso. Harold Gramedié, triple traidor, que había sido tan exclusiva, excesivamente técnico en su apreciación de Carmina, se extendió en consideraciones que me tocaban pero que yo no quería oír porque a la vez me do lían. Habló de cómo Beba no era capaz de querer a nadie que no fuera ella misma y, devenido súbito sexólogo, me dijo que el único sexo posible al narcisista era la masturbación -pero aquí se detuvo su penetración: a mí no me seducía el sexo de Beba: yo sólo quería su amor, aunque significara ser un Eco para su Narciso invertido. Volví a Virgilio y vi que era sabio de veras: rindámonos al amor, dice, que todo lo vence: *«Et nos cedamus amori omnia vincit amor»*.

Mi último fracaso

Había en La Habana dos ceremonias iniciáticas que permitían pasar de la adolescencia a la adultez, alcanzar la hombría, «hacerse hombre» -una de esas circunstancias era una circuncisión espectacular. Esta primera ceremonia era puro relajo, pero el relajo habanero, conocido como criollo, admitía la chacota como forma de fornicación y la broma sicalíptica como modo de vida. El primer templo iniciático -acceder a él nos permitía poner la toga virial- era un teatro, el Shanghai (o para decirlo a la habanera, Changai) y como espectáculo descendía directamente del teatro bufo de la época colonial pero ahora adoptaba la mala palabra como expresión verbal máxima (y, a veces, única) y los cuadros pornográficos más íntimos como expresión teatral. Era en realidad una degeneración del antiguo teatro Alhambra, famoso en los años veinte y treinta, pero, como en toda degeneración, había en su decadencia una transformación, una permuta, una forma de creación. Sus personajes y sus situaciones llegaron a hacerse originales en su dramatización de la pornografía. Así no era difícil encontrarse en escena a una dama bien vestida, de finas maneras, participante doliente de un velatorio concurrido, que se llegaba hasta el Negrito y el Gallego (personajes tradicionales del teatro bufo, originados tal vez a fines de siglo), quienes de una manera no explicada también tomaban parte del velorio que iba pronto a convertirse en velada, para decirles ella mientras les ofrecía ceremoniosa y cumplida una tarjeta de visita: «Vengan a visitarnos un día, por favor. Mi marido es caprichoso y, por ende, bugarrón». Súbita revelación de perversiones sexuales que hacía saltar al Negrito para gritar: «¡Carajo!», y exaltarse el Gallego, que exclamaba ante aquella costumbre revelada (evidentemente propia del país) un estruendoso: «¡Joder!». Después ocurrían peripecias más o menos complicadas que el Gallego y el Negrito resolvían simulando un coito -de pie-, ya bien con la dama empingorotada (palabra que el Negrito hubiera recibido con un obsceno: «¡De pinga, caballeros!») o con una vieja que había olvidado la menopausia (y Nena la Chiquita demostraba en Zulueta 408 todos los días que el teatro bufo no era una farsa cómica sino una versión naturalista de la vida) por su ninfomanía, y terminaba el espectáculo con todos los personajes (había, además de los nombrados, un chino, extrañamente apodado el Narra, un maricón llamado el Cundango -más tarde sería la Loca-, una virgen dispuesta a perder su virginidad a cada momento, nombrada -la virgen, no la virginidad- Cachita o cualquier otro nombre de mujer virginal, y un viejo rijoso, apelado el Viejito, en este caso unido al nombre del actor, apellidado Bringuier) en escena bailando burlescos -número llamado invariablemente «Rumba Abierta por Toda la Compañía». En los entreactos había «Grupos Artísticos», que no eran más que cuadros vivientes en que se mostraba a las coristas coritas en un *strip* sin *tease* y con todos sus pelos y señales. A este espectáculo iniciático y mítico me llevó Eloy Santos, con la desaprobación rezongada de mi padre, hombre a quien nunca oí decir una mala palabra y que no fumaba ni bebía -prohibición que mantiene a los setenta y cinco años de edad, a pesar del anuncio que se quería augurio de Eloy Santos de que un día sería un viejo verde —aunque no tendría que esperar tanto para que su vaticinio fuera verdad. A la puerta del teatro Changai (o Shanghai, como anunciaba el letrero luminoso que lo distinguía en la calle Zanja, en pleno barrio chino), pero ya dentro del teatro (no había vestíbulo, postema sin preámbulo: se entraba directamente de la calle al patio de lunetas) había una sección literaria, donde se vendían novelitas de relajo ilustradas con fotos y dibujos explícitos que no dejaban nada a la imaginación: una imagen pornográfica vale por mil palabras eróticas. Recuerdo una ilustración que me impresionó a pesar de mí mismo porque retrataba un coito entre dos mujeres y entonces yo consideraba a las lesbianas como el peor enemigo del hombre. Esta noción debía provenir del escándalo que produjo en el Instituto el descubrimiento de una escuela de lesbianas que tenían su cuartel general en el salón de espera, vedado a los varones, verdadero zenana donde algunas de las «hermanas mayores» habían tratado de seducir a una de las novatas, que se mostró, al revés de otras, renuente y tan decididamente heterosexual que hizo que se descubriera la masonería de lo que Silvio Rigor, con su autoridad verbal de siempre, dictaminó como una «tribu de tribades», frase tan impresionante como la ilustración pornográfica. En esta foto las dos mujeres estaban trabadas una encima de otra, en un doble cunnilingus, pero la lesbiana de abajo sostenía su sexo prominente al levantar su torso y su vientre con los brazos y las piernas verticales, produciendo un plano de placer sobre el que se asentaba la mujer mayor, que a su vez extendía sus miembros, formando las dos un octópodo, la verdadera imagen de una araña erótica. Nunca he vuelto a ver esa fotografía en mis frecuentes viajes a la terra incógnita de Erótica, en mis paseos privados por los países afrodisíacos, en mi estudiada estadía en el incontinente sexual, pero no creo que fuera hecha en La Habana por su calidad de contrastes (las mujeres eran morenas), por sus valores plásticos, por su técnica fotográfica muy superiores a las de las ilustraciones usuales de las novelitas galantes. Le describí la foto a una mujer tiempo después -pero más, más tarde.

Fui al teatro Shanghai (o Changai) con cierto temor, con ese miedo adolescente a las puertas (las puertas prohibidas cerradas producen la ansiedad de que siempre pueden abrirse) a punto de ser abiertas por padrinos o por per-

sona interpuesta a los muchos misterios de la vida. Salvé la entrada a la sala salaz no sin antes enfrentarme a la sensacional sorpresa del viejo don Domingo en funciones de portero, amable cancerbero canoso, que pareció no reconocerme. (Estoy seguro de que fingió no conocerme para mantener su dignidad de andar por casa, esa comunal casa descomunal que era Zulueta 408.) Recuperado de descubrir a nuestro senador en otro congreso, haciendo pasar personas como leyes, atravesé el umbral misterioso y de pronto me encontré en el templo de templar, dentro del domo drolático, allí donde era posible esa extraña unión del sexo y el humor, un milagro pagano, pues no hay acto más ceremonioso que el coito. Me divertí de veras, sobre todo con las parodias de canciones contemporáneas a las que se sometía a un ingenioso trastrueque de su letra textual por un injerto de malas palabras que sustituían los buenos versos y de un doble sentido que era sentido único. Así la «Guantanamera», trova tradicional, era travestida y su forma folklórica se transformaba en un refrán: «Aguántamela manguera». La letra del tango que dice: «Sabía que en el mundo no cabía», se convertía en: «Sabía que en el culo te cabía / Cuatro troles de tranvía / Y la pinga del conductor...». Estaba la otrora dama del velorio, ahora una mulata melódica, entonando una larga melopea a unas «morrongas moradas», que aparecían por dondequiera que ella iba, dejando detrás una estela de penes purpúreos y que tomé por una referencia pictórica (y pintoresca) a la sífilis, mal de amor. Hay otros ejemplos más descacharrantes, pero citarlos sería hacer listas -además que están los derechos de autor. Esa primera prueba de hombría habanera la pasé con altas calificaciones y, ya casado, fui a menudo, solo o acompañado pero nunca por una mujer, que no se veían entre el público pornográfico. (En época de carnaval solían asistir a las funciones capuchones misteriosos: no eran Montresors sino mis tesoros: mujeres curiosas disfrazadas para penetrar en ese templo que era lo contrario de una zenana: «Sólo para caballeros», como advertía un letrero en la puerta, que bien podía añadir: «Que pierdan toda vergüenza las que entraren». Siempre encontré al Shanghai, Changaj divertido, y en una ocasión resultó instructivo. Años más tarde acompañé a un cineasta italiano que quería hacer un documental llamado *La Habana de noche* y oí con sorpresa a la salida, idéntica a la que me dio don Domingo a la entrada, que comparaba el espectáculo habanero con el teatro popular napolitano!)

La segunda prueba fue más difícil porque tenía que dejar de ser espectador para convertir en actuante -o por lo menos en actor. Fue ir por primera vez a un prostíbulo. Me llevó Carlos Franqui, quien pensaba que no habla mucha diferencia en iniciarme de Faulkner a fucking. Vino con nosotros, también por primera vez, Pepito, más que mi amigo mi semejante, mi vecino del falansterio. Ya saben que yo conocía Colón, pero sólo superficialmente, al atravesarlo como una selva seductora, con flores perfumadas pero ponzoñosas. Había pasado por primera vez por el barrio con algunos compañeros de bachillerato, atrevidos, que solían hacer burlas a las putas que hacían el día. Uno de los chistes favoritos de un compañero más osado que los otros, Guido Canto, que no duró mucho en el Instituto, era conseguir (no sé cómo: todavía hoy no me lo explico, por lo que tiendo a creer el cuento de Frank Harris, memorista mentiroso, en que Maupassant te hacía pareja demostración) una erección a voluntad, visible por encima del pantalón y dirigiéndose a una puta parada en la puerta o detrás de su rejilla mozárabe a mostrarle su bulto entre las piernas y decirle: «Te la doy gratis:», para ganarse nuestra risa invariable y la variable maldición de la mujer de la vida. Pero nunca había entrado en un burdel. Esa noche iba no sólo a entrar por primera vez en un bayú sino que me iba a acostar por primera vez con una mujer, ya que no podía decir que la refriega (eso fue lo que fue) con Nela en su catre precario fue acostarse y fue lo más cerca que estuve entonces del coito.

La reunión previa ocurrió inevitablemente con el grupo político-literario que se juntaba en la acera reaccionaria del *Diario de la Marina*, frente al capitolio iluminado, pero la noche no tenía la fosforescencia de las primeras noches habaneras, los reflectores proyectando una luz intensa y cruda. Hacíamos tiempo Franqui, Pepito y yo pata ir los tres hacia el barrio de Colón (debían de ser más tarde de las ocho y antes de las diez pero no recuerdo haber oído esa noche el estruendoso cañonazo de las nueve), nuestro destino, la meta, el teatro de la prueba privada. Finalmente dejamos la esquina de Teniente Rey y cogimos Prado abajo, hasta llegar a la calle Virtudes y por ella (por virtudes hacia el pecado) bajar hasta Crespo y la esquina de Trocadero -o sea, el corazón oculto pero palpitante de Colón. La calle, la esquina, las casas estaban a oscuras. Tocamos (es decir, tocó Franqui) a la puerta de una mansión colonial y el portón grueso se entreabrió al instante, como accionado automáticamente -al menos, así me pareció a mí. Asomé la cara una mulata que al vernos, a mí y a Pepito, preguntó:

-¿Son mayores ellos?

-Sí-dijo Franqui, mintiendo.

-No lo parecen -dijo la mulata, que debió mirarme más a mí que a Pepito.

-Bueno -dijo Franqui-,pero lo son.

-Mira que no queremos líos con la policía.

-Los vamos a tener si seguimos aquí.

Este argumento circular pareció convencer a la portera, cancerbero (veo que abundan en esta zona las referencias a esa creación mitológica feroz: es que tanto el Shanghai como el barrio de Colón eran sitios míticos habaneros de lo que las buenas costumbres llaman vicio) o lo que fuera ella. Abrió la puerta para permitirnos entrar y hubo un contraste como de cine entre la oscuridad de la calle y la iluminación dentro del bayú, su bullicio, su jolgorio: el exuberante regocijo de la vida alegre. Era un edificio de tres pisos, con un patio interior y balcones corridos que daban a lo que debió ser un jardín: la usual casa solariega de La Habana Vieja devenida domicilio del placer. Había un gran trasiego de mujeres con escasa ropa y decir poca para algunas pupilas era decir mucho: una o dos no llevaban más que pantaloncitos y hubo un momento en que se abrió uno de los cuartos cerrados y en la puerta apareció una mujer

-mejor dicho, una muchacha- desnuda como Eva, su pendejera su hoja de parra. Todo parecía suceder al mismo tiempo y mientras Franqui hablaba con la matrona (palabra que había degenerado en La Habana de la «madre noble y generosa» del diccionario en proxeneta que regentea un burdel) yo miraba el espectáculo, mis ojos todo pupilas: nunca antes había visto tantas mujeres desnudas juntas (excepto en la lejanía del escenario del Shanghai o en mis imaginaciones eróticas más desafortunadas) y todas dispuestas a lo que tantas eran renuentes: a la gaya ciencia de singlar. Sin embargo por entre mi fascinación pude oír que Franqui decía algo que sonaba a es la primera vez y la matrona maestra sala respondía olvídate del debut, pero no puedo jurar que ésas fueron las exactas palabras cruzadas porque yo no tenía oídos más que para el rumboso rumor de las mujeres que iban y venían con un fondo de mambo que llegaba desde la victrola multicolor en medio del salón, presidiendo luminosa y sonora el círculo de putería. Ahora la matrona se dirigió a mí -mejor dicho: a nosotros: ya habla olvidado a Pepito con tanta carne cruda cerca- y llamó en alta voz a una Mireya -nombre que ha quedado en mis oídos como propio de putas- que vino hasta donde estaba ella antes de que la matrona añadiera: «Y Xiomara», otro nombre putesco desde entonces. «Ocupense de los muchachos», agregó, apuntando para Pepito y para mí, aunque no había necesidad de hacer ese gesto indicador: todos los demás clientes que se podían ver en el bayú eran hombres hechos y derechos.

Pepito eligió a Mireya -o más bien Mireya eligió a Pepito- y yo me quedé con Xiomara. Podía haber escogido otra de las pupilas que se veían esparcidas por el salón, evidentemente desocupadas. Pero me gustó Xiomara de Xanadú (tal vez, fue el exotismo del nombre que ahora obliga a la asociación romántica: ya yo era afecto a la literatura) con su cuerpo bien hecho reducido en todo: en caderas, en tetas, en muslos. Además su cara, aunque no era linda, tampoco se podía decir que fuera fea enmarcada por su pelo rubio teñido, rubio borroso y algo en ella -¿las facciones, el modo de mirar, su andar?- la hacía aparecer (luego me di cuenta de que era solamente parecer) muy joven. Xiomara llevaba un refajo de raso por todo vestido y me sonrió cuando me dispuse a ir con ella: no tenía buenos dientes. Atravesamos el salón y nos dirigimos -es decir, se dirigió ella: era mi guía y yo me limitaba a seguirla- a la escalera, al fondo, que llevaba al segundo piso. Era la escalera común a esta clase de casa en La Habana Vieja, pero insisto en recordarla, no sé por qué, como una escalera de caracol: tal vez no sea el recuerdo sino mi imaginación. Después de recorrer el breve corredor, que me parece más largo en la memoria, ella abrió una puerta a un cuarto oscuro, que al encender la luz ella se convirtió en una habitación con una cama vacía pero no muy bien tendida: alguien había estado acostado en ella y no se había molestado en tenderla correctamente: mi madre habría objetado a tal chaperería. De esta reflexión sobre sábanas me sacó Xiomara, quien en cuanto entró al cuarto y como accionada por un resorte (me recordó la acción automática que abrió la puerta del burdel) se quitó el refajo y se quedó completamente desnuda (aunque aparentemente más recatada que la puta desnuda que atravesó el salón, Xiomara no llevaba blumers) pero su desnudez fue visible sólo un segundo: al tiempo que se desnudaba apagó la luz. Sin embargo en ese relámpago oscuro pude ver su cuerpo, que me recordaba -aunque estaba vertical y de frente- la visión casi curativa que había tenido en la azotea de la muchacha desnuda acostada en la cama del cuarto del hotel Pasaje. Ahora, por un instante, Xiomara la puta me recobró a la muchacha perdida. Pero fue nada más que un momento memorable, ya que al instante siguiente ella, Xiomara, estaba en la cama, profesionalmente esperando que yo completara el sabido (teóricamente) mítico monstruo de dos espaldas, que yo nunca había formado, ambos en la posición de misionero, ella apurándose con su mirada visible en el cuarto ahora no tan tenebroso. Era evidente que me apresuraba con su postura a que yo me desnudara, cosa que hice, para ella, con desesperante lentitud (oí chasquear sus dientes cariados), para mí con celeridad inusitada (siempre se me enredan los bajos de los pantalones en el tacón de cada zapato y casi me hacen perder el equilibrio que recobro con un paso o dos a un lado y a otro, casi conga), haciendo avanzar el momento en que penetraría, atravesando el umbral, el único misterio de la vida que podemos conocer y que estaba todavía por desvelar, si exceptuó los instintos infantiles y luego los imperfectos conocimientos adolescentes, meros arañazos en la puerta peluda. Me abalancé a la cama y después trepé por Xiomara con mi habitual habilidad que es chambona (según subo siento su perfume, que es de brillantina barata mezclado con esencia escasa: perfume de puta en el vocabulario habanero pero para mí el olor del deseo) pero al encaramarme sobre ella el ardor que sentí al principio, al verla desnuda, hada hetera, me desertó al cubrirla y en vez de tumescencia tuve flaccidez, una lasitud que no era adecuada a la prometida gran penetración -promesa para mí, para ella gaje del oficio. Ella luchó conmigo, ahora convertido en peso muerto, pero no hizo lo que era necesario: no ser mera física sino simpática, dar cariño, ofrecer amor aunque fuera comprado. Así estuvimos en ese falso coito unos pocos momentos que me parecieron estancias en la eternidad, frotándose inerte, inútil contra su pubis, menos lúbrico que las dos lesbianas arañas. Ella se cansó de luchar a pierna partida: «Bueno, bájate», fue lo que dijo finalmente, una orden ominosa, y la obedecí. Saltó de la cama y se echó el refajo sobre el cuerpo desnudo y sudado como un salto de cama, naturalmente. Encendió la luz y abrió la puerta mientras yo me estaba vistiendo todavía, los pantalones ahora enredados por arriba a los talones del pie desnudo, ella lista para el próximo parroquiano, yo profundamente humillado. He hablado a la ligera de lo que fue para mí entonces un encuentro con el fracaso: me esperaba todo (tal vez una eyaculación prematura en vez de un coito capaz, tal vez un mal menor) menos mi incapacidad total para funcionar. ¿Cómo después de innumerables masturbaciones, de incontables erecciones solamente con hablar con Beba, de vanas venidas con Lucinda, de la eyaculación caudalosa en los muslos evasivos de Nela, me iba a encontrar actuando prácticamente como un impotente, yo presunto poderoso potente? Era tan irreal como la atmósfera del burdel y al mismo tiempo ambos vivos en mi memoria. Antes de dejar el cuarto, mientras ella cobraba el dinero regalado que yo busqué por unos momentos también frustrantes por los bolsillos de mi ropa, sin encontrarlo, enredándose ahora las manos en

todos los intersticios vacíos de mis pantalones, hallándolo finalmente en el último momento, atiné a decirle sin mirarla: «Por favor que no se enteren mis amigos», y ella respondió, casi automáticamente: «Ni te preocupes». Ahora, a la luz desnuda del pasillo, pude ver que ya no era tan joven, que distaba mucho de parecerse a la muchacha tumbada bocabajo, tostada, toda de yodo, del Pasaje, cuya cara nunca había visto pero que estaba unida en mi imaginación a su cuerpo en la memoria, inolvidable toda. La iniciación había sido un fracaso del presente pero un triunfo del recuerdo.

A las dos semanas volví con Franqui y Pepito, compañeros de mi guarida, al mismo bayú, con la misma Momara (la frustración estaba unida a ella y eran inextricables: las dos se habían hecho obsesión: tenía que regresar a ella y hacerlo vencedor) y sucedieron las mismas cosas: mi timidez venciendo el erotismo, la flaccidez contra la tumescencia, el fracaso repetido convirtiéndose en fiasco. Creo que lo atribuí a una causa mayor: al miedo instigado en mí por mi madre, por toda la familia, por algunos amigos, a las putas, convertidas de mujeres malas en equivalentes de enfermas, capaces de contagiar su mal y presidiendo esos temores físicos un gran temor casi metafísico inducido por un término terrible: sífilis. Pero Xiomara tenía otra explicación, un diagnóstico. Al cobrar de nuevo por el trabajo que no había hecho («No se devuelve el dinero si se suspende la función»), me dijo: «Debes ir a ver un médico», que me asustó porque ella quería decir que algo estaba mal en mi cuerpo (tal vez fuera tan presciente de haber implicado que el mal estaba en mi mente), pero el susto duró sólo un momento: el tiempo que me tomó salir de la casa, de la calle Crespo, del barrio de Colón -yo sabía que no pasaba -nada con mi sexo que el amor no pudiera curar.

Tiempo después -no recuerdo cuánto exactamente: el memorista sólo sabe que el tiempo es elástico- sucedió la tercera repetición de mi iniciación segunda pero esta vez yo fui mi propio maestro de ceremonia. Era el día de Navidad y habíamos estado bebiendo en casa, en nuestro cuarto de ese palacio poluto de Zulueta 408, una botella de vino exótico (o tal vez de ron doméstico: no recuerdo, solamente recuerdo, como graduación del alcohol, la desaprobación de mi padre, expresada en rezongos, en carraspeos y en miradas atravesadas) traída por Rine Leal, bebiéndola en compañía de Matías Montes, escritor en ciernes, y con Rine, por supuesto. Finalmente decidí que la atmósfera adversa de mi padre, haciendo el lar latoso, era insoportable y salimos los tres del cuarto, del solar, dejando la botella vacía detrás: no era de gente decente beber por la calle, sobre todo a pico de botella. Ya tarde en la noche el trío en tragos trastabilló más que caminó por el precario borde de La Habana Vieja (era difícil guardar el equilibrio en esa zona ese día) que era la calle Zulueta, en la noche de Navidad (o tal vez Nochebuena: nadie celebraba la Navidad en Cuba, Cristo naciendo la noche antes de que lo hizo), bajo una lluvia inusitada en vez de una nevada, como pintan las postales que debe ocurrir en Navidad, aun las postales de Navidad habaneras, ciertamente decepcionados por la ausencia de nieve, como dejaban oír nuestros hipos a dúo y a veces a trío. Fue no lejos de casa, apenas a dos cuadras, yendo por el portal de la Manzana de Gómez (y es extraño cuántas veces dormido vuelvo a pasar entre estos portales que el sueño hace arquitectura interminable pero en esa zona de La Habana las columnas forman el horizonte urbano, un paisaje infinito), protegidos de la lluvia por los corredores pero no de la tentación de la Manzana de Gómez: fue allí, en la arcada solitaria, que nos enfrentamos de pronto con la negra más linda que había visto en mi vida -y yo había visto unas cuantas negras neumáticas, aun en el futuro me esperaba el encuentro con una verdadera Venus afro. Esta de ahora no era una negra sino una negrita, alta, delgada, que se hizo más joven cuando la conocí y al verla supe que debía ir tras ella, hablarle, intimar. Así les dije a Rine y a Matías: «Bueno, nos vemos», dando media vuelta y alejándome en el acto, en un acto que ellos no creyeron inusitado por lo repetido que era: no era la primera vez que yo dejaba a mis amigos, su compañía, la amistad por el afecto, para caerle detrás a una mujer, muchas veces sin alcanzarla mi amor trompero. Pero esta vez me aparejé pronto a la negrita y la saludé y ella me sonrió: estaba hecho, como se decía en La Habana, cuando algo salía bien, como si uno estuviera por hacer y solamente el éxito nos completara.

-Paseando sola tan tarde -le dije, dejando que la frase no fuera ni una pregunta ni una afirmación: simplemente una oración en la noche.

-Así parece -dijo ella, en el mismo tono.

-¿Y eso?

-Cosas de la vida -y volvió a sonreírse: era evidente que su sonrisa encerraba o desvelaba un misterio y no eran sus dientes que mostraba y ocultaba, iluminando y oscureciendo alternativamente su cara bella. Ella sabía algo que yo no sabía pero debía adivinar.

-¿Adónde vas? -le dije yo, tuteándola ya.

-Oh, por ahí.

-¿A ninguna parte?

Ella se detuvo y me miró de frente (ahora estábamos protegidos de la lluvia por los portales proxenetas del Centro Asturiano), aunque no me estaba enfrentado, y todavía sonriendo o sonriendo de nuevo me dijo, usando su tánica pregunta, devastadora, ante tantas preguntas mías, inocuas:

-¿Qué es lo que tú quieres?

Se me cayó el alma a los pies. De manera que era no una conquista sino una compra venta: ella era puta de la calle, una que hace la calle, una fletera -esa extraña palabra habanera que nunca nadie supo explicar su origen. ¿Qué tenía que ver una fletera con los fletes o una trotacalles con *flirt*, si derivaba del inglés? Pero yo no estaba para ejercicios en etimología y el ron reciente (o el vino) me hizo preguntarle, saltando por encima de mi timidez:

-¿Cuánto?

(Ustedes se preguntarán cómo había sabido yo que era una puta sólo por su porte y una pregunta. Pero es que ustedes no la tienen a ella delante como yo la tenía. Su pregunta era un programa, su postura una tarjeta de presentación, su cara unas cartas credenciales.)

Ella volvió a sonreírse y me dijo muy bajo, tanto que casi no me dejó oír la lluvia:

-Un peso -que quería decir un dólar, claro, pero que era más que un dólar entonces, al menos para mí: teoría de la relatividad económica, pero era extraordinariamente barata aun para los años cuarenta-. Eso sí -añadió apresurada-, tú pagas la posada.

No fue difícil encontrar una posada barata: yo no tenía para más y la que escogí en la calle Obrapfa, cerca del Floridita, bar de lujo, era un hotelito de mala muerte y la habitación, ante cuyo aspecto escuálido el cuarto del bayú en el barrio de Colón resultaba una suite en el Hotel Nacional: no tenía baño y solamente había, en un rincón, una palangana y una jarra higiénica. (Habíamos pasado junto a otro *hotel de passe* -que era el mismo en que dormimos toda la familia una noche de agosto de 1941. Pero no entré en él no para evitar el carácter cíclico que hubiera tenido mi estancia erótica ahora sino porque pensé que resultaría más caro que éste en que me había metido finalmente.) Nos quitamos la ropa (no recuerdo haber pedido una habitación ni haber entrado en ella ni haber cerrado la puerta por lo que bien podíamos estar desnudando en público) y esta vez sí pude ver cómo se desnudaba una mujer, que no había visto nunca antes: había visto mujeres ya desnudas pero no quitarse una la ropa pieza por pieza: ante este desnudarse de ahora lo que hizo la anafrodisíaca Xiomara era vulgar y violento: ésta se desnudó con lentitud deliberada y como era invierno llevaba bastante ropa que quitarse: fue un verdadero desvelamiento. Cuando finalmente se quedó desnuda me dejó pasmado: era un cuerpo de una perfección rara, con las largas piernas perfectas y el culo calíptico que siempre tienen las negras: alto y parado, luego las téticas de totem que la hacían casi el negativo de una Venus de Cranach. ¿Hay negras medievales? Esto lo pienso ahora, entonces pensé que ella era la promesa de Marta, la hija de Georgina, de Georgina misma joven encarnada en esta negrita, hecha carne. Aunque yo estaba todavía borracho pude gozar su desnudez el momento maravilloso que duró: ella, con frío africano, corrió hacia la cama y se metió bajo la sábana, dejando fuera sólo su cabeza conga que se vela más negra en la oscuridad (no puedo recordar quién apagó la luz, o a lo mejor el hotelito era tan pobre que no había luz: pero no: esto es imposible: ella debió de apagar la luz -¿o tal vez fui yo?, pero ciertamente no había luz) del cuarto. Fui hasta la cama, ya desnudo, y me metí bajo sus sábanas o bajo la sábana, ya que era ejemplar único, primero y luego fui arriba de ella, sintiendo sus huesos hacerse muelles de jóvenes que eran bajo mi cuerpo que entonces no pesaba mucho. Creo que por un momento me pregunté si sería así como yo perdería mi virginidad, preciosa a pesar mío, con una puta y no con la mujer amada que yo creta, quería. Después hubo una falsa penetración porque ocurrió lo que nunca me había ocurrido en los largos años de práctica con mi pene, maestro masturbador, cuando creía que la mano era la mejor amiga del hombre, lo que yo temía que me ocurriera con mi primera mujer verdadera, aun con una puta profesional, vino a pasar -con esta fletera amateur: un coito prematuro, eyaculación precoz es el término técnico.

«¿Ya?», preguntó la negrita núbil casi tímidamente al notar mi flaccidez. Al ver su cara tan joven era para hacerle la pregunta de preceptiva de la putería de que qué hacía una muchacha como ella en esta profesión, para seguir preguntándole, cubriendo ahora el embarazo, cuánto tiempo llevaba de puta, cómo había entrado en el negocio -y esas muchas preguntas largas fueron mi respuesta a la suya breve. Me contó cómo hacía dos años que estaba ejerciendo la prostitución -ella dijo, más directa, mejor: «En la putería»-, que había comenzado a los dieciséis años cortos, iniciada por un primo que cobraba parte del dinero al principio, pero ahora, desde unos pocos meses, ella hacía la calle sola, por su cuenta, sin darle cuentas a nadie. No era tan mal vivir. «Se llama meterse a la mala vida, pero no es tan mala», me dijo y se sonrió, su boca convertida toda en blancos dientes. Cobraba su dinero y ahora podía comprarse ropa y zapatos y perfume. (Su perfume barato era más poderoso que el que usaba Xiomara, pero esta Venus negra -nunca supe su nombre, ni siquiera su seudónimo putesco- olía mucho mejor que la mala puta blanca.) «Además», dijo, «¡me divierte más!» (Ya lo he dicho: hasta encontré putas felices.) De aquí pasó sin transición a ocuparse de mí, ya toda una profesional: «¿No quieres que echemos otro palo?», me preguntó, queriendo decir comenzar otro coito: ella era generosa: el primero ni siquiera tenía derecho a ser un palo, mucho menos una singada. Pero por alguna razón yo estaba contento. Sería el vino (o el ron de Rine) o la realización de que no había perdido mi virginidad del todo: todavía podía esperar ese amor perfecto, aspirar a él, merecer una mujer. No lo sé. Sólo sé que le di todo mi dinero, dejando un poco para pagar al chino fumado, esfumado, que nos abrió la puerta de la calle. Salimos los dos a Obrapfa donde todavía llovía: llovía en Obrapfa y en Monserrate, llovía en Zulueta y en el Prado y por Jesús del Monte y El Vedado: llovía sobre toda la Habana.

-Pensé que esta noche no iba a hacer ningún negocio -dijo ella todavía en Obrapfa.

-Ya tú ves -le dije yo, dejando la frase en el aire húmedo para que ella la completara con la letra de un bolero:

-Uno no sabe nunca nada.

Yo podía responder con la letra de otro bolero porque había llegado al conocimiento de mi sexualidad: «Tú serás mi último fracaso».

La muchacha más linda del mundo

¿Me perdonarán la hipérbole? Tienen que perdonármela: de joven uno siempre es excesivo y si ella no era la muchacha más linda del mundo, por lo menos me lo parecía. Estaba, según decía Silvio Rigor, como para empezar por una pata de la cama -aunque esa frase es posterior, del tiempo en que uno se atrevía a mezclar la exageración con el sexo. Entonces, la época de que hablo, había más bien timidez al expresarse de las muchachas, sobre todo si importaban. Si no importaban, no importaba nada lo que se dijese (o pensase) de ellas. Esta muchacha de que hablo, Julia (pero yo la llamé siempre Julieta) Estévez, importaba mucho porque era la muchacha más linda del bachillerato. Quizás habría una que fuera más bonita de cara y otra que tuviera mejor cuerpo, pero ninguna reunía, como ella, la cara y el cuerpo y, aunque era más bien baja, estaba hecha a escala y su figura perfecta era la de una tanagra. (Esa es una palabra que aprendí después: entonces ella era una muñeca.) Había sido declarada la Novata del Afeo en el Instituto, lo que indicaba que su belleza era apreciada por más de uno, es decir, por muchos -y yo la había conocido ya en el segundo año (aunque la había visto por primera vez y aprendido a distinguir de lejos desde el primero) cuando coincidimos en la misma aula. Ella se destacó en mí en la fiesta de despedida de año -que se celebraba la última semana y el último día antes de las vacaciones de Navidad-, cuando subió al estrado para hacer lo que sabía, que era recitar, y declamó un poema serio, con cómico acento español, que decía: «Cuando tú pisas las uvas, ¡qué bien estallan, morena!». Lo que hacía el poema más irreal que sus zetas y sus elles es que ella era rubia. Tal vez no rubia púbrica pero sí lo bastante blanca como para que su pelo rubio pareciera natural.

Fue cuando yo empecé a desinteresarme por los estudios y me pasaba todo el tiempo de clases en la biblioteca del Instituto leyendo literatura, que hice amistad con ella, que a veces acostumbraba a leer en la biblioteca: yo la admiraba mientras leía y a mi vez era mirado por el monóculo penetrante de Polifemo. La vi un día salir de clases, del edificio, del portal con Ricardo Vigón, que comenzaba a ser amigo mío (tal vez ni siquiera comenzara a serlo y fue cuando fue por fin mi amigo que recordé aquella salida y el golpe casi de celos que me dio verlos juntos) y así supe que ella se interesaba más por los muchachos que otras muchachas de su edad y de su clase (hablo en sentido académico, no social, pero la ambigüedad podía ser anfibiología para mí). Luego la vi varias veces con el hombre (para mí era un hombre porque estaba dos o tres años por delante de mí en el bachillerato) que llegaría a ser su marido. Otro día coincidimos en la biblioteca del Lyceum, a la que yo acababa de descubrir, Colón de la cultura, viajando tan lejos de casa, de cuya biblioteca circulante me hice socio ese día, y había más de una persona allí en la sala de lectura y por los amplios ventanales entraba el fresco y el rumor de los árboles pero, inoportuno, venía el ruido rítmico de las pelotas de tenis golpeadas por raquetas -árboles, pelotas y raquetas invisibles para los lectores. Allí estaba Julieta y fue la vez que advertí que más que blanca era dorada y fue adorada. Lamentablemente había más de una persona en la sala de lectura: estaba con ella Martha Vesa, a quien por su gordura y tamaño llamábamos Marta Obesa, que después con sus trenzas rubias y sus ojos azules y su pasión por la, música (y el conocimiento mío, nuestro, de las óperas de Wagner) hizo que la apodáramos, definitivamente, la Valquiria, que era como escribíamos y leíamos la palabra *Walkyrie*. Ese día conversamos (es curioso cuánto se podía conversar en las bibliotecas de La Habana entonces), entre todos los temas del mundo, de la belleza, y yo, pedante, cité a Platón citando a Sócrates para oponerme a su idea de que la belleza no puede localizarse en algo pequeño y ofrecí al mosquito, tan bello como una mariposa (no sé por qué no escogí a la mariposa: tal vez porque el mosquito es no sólo más pequeño sino porque su belleza no es evidente, desplegada y gratuita como la de la mariposa, y puede además ser mortal), pues el mosquito es pequeño pero bello. (Julieta habría sido mejor ejemplar pero habría cometido el doble pecado de personalizar y de avanzar desenmascarado.) Era pura provocación, desde luego, y Julieta reaccionó a mis palabras con la atención que yo quería que me prestara a mí mismo. Hablamos también del arte -para ella, del Arte- y yo dije que el arte era una mentira que el artista hacía aparecer verdadera. (Entonces yo no sabía quién era Wilde y Oscar era para mí una estatuilla dorada, como Julieta, sólo que famosa.) Ella casi se enfureció (y lució más bella que la primera vez que vi su belleza brillar) y exaltada dijo: «¡Cómo vas a decir semejante cosa! ¡El Arte es la verdad!». La mentira era mi argumento y lo cierto es que ella había leído con pasión más que atención *Mi vida*, de Isadora Duncan (entonces casi todas las muchachas interesadas en el Arte habían leído *Mi vida* varias veces y juraban por Isadora Duncan como yo luego por Isidore Ducasse), libro que yo también había leído, más que nada por sus zonas eróticas. Sabía, sobre todo, todo sobre el affaire de Isadora y el violinista feo y jorobado, Quasimodo de su señora, con el que hace ella de todo en su auto, a pesar de su repulsión física, llevada Isadora solamente por la intensidad del deseo del otro. Esta anécdota yo la atesoraba (en especial pensando en las muchachas que habían leído a Isadora -siempre llamada por ellas Isadora y nunca Duncan- que eran además bonitas o cuando menos atractivas) porque, me decía, si el violinista

giboso pudo conquistar a la bella bailarina, yo, que no tenía joroba (aunque tampoco tocaba el violín, es verdad), bien podía emularlo con alguna de las sacerdotisas de aquella diosa del amor libre. Es cierto que también pensé escribir una versión de *Mi vida*, pero mi vida sería un libro cerrado que al abrirse se vería lleno de actos inocentes escritos con palabras culpables. Ése era mi proyecto, mi realización era ahora Julieta Estévez que contestaba con pasión, argüía con graciosa gesticulación, acentuaba encantadora sus puntos de vista y me hizo olvidar mis argumentos (que eran mero aderezo, construcciones cosméticas, como diría Silvio Rigor) para concentrarme en su cara bella. No recuerdo quién más estaba en el simposio en que Sócrates comía la última cena. Lo que recuerdo es a la atroz Valquiria uniéndose a Julieta y haciendo las dos un dúo de contralto y soprano contra mis argumentos contra natura, mientras yo me 'batía en retirada silenciosa, solamente mirando, admirando la belleza de Julieta: la verdad más bella que la ficción. Fue desde entonces que empecé a buscar su compañía, a pesar de mi timidez -y la busqué y la hallé. Yo sabía que ella vivía en la calle Inquisidor, no lejos de la Alameda de Paula, todavía por restaurar, con su belleza decaída (las ruinas me encontrarán impávido: me interesa más la beldad viva) y aunque no sabía el número de su casa, deduje, experto crede Romeo, dónde encontrar a Julieta: la esquina de Inquisidor y Sol, en que paraba el tranvía, era un buen lugar para esperarla, para encontrarla sin dejar ver que la buscaba -y fue allí donde la encontré un día, una tarde de verano (siempre era verano entonces en La Habana), atardecer glorioso aunque ella no fuera Gloria. Julieta me vio y se sonrió sorprendida: sabía que yo no tenía nada que hacer por esa parte de La Habana Vieja -al menos eso fue lo que pensé que ella pensaba, viéndome por transparencia, hombre de vidrio que soy, licenciado vidriero. Conversamos y, aunque no le confesé qué hacía por esa Habana, ella me reveló su secreto: estaba esperando el tranvía. Seguimos conversando y cuando llegó su tranvía llamado coincidencia (para ella, para mí era intención), subí detrás de ella. Julieta, claro, se dio cuenta de que yo montaba al tranvía por ella y no porque necesitara viajar. No sé dónde fue ella, no sé dónde fuimos los dos, solamente recuerdo que donde quiera que fuera la acompañé. La tarde se hace dorada en el recuerdo pero era que era realmente dorada, las casas en el atardecer cobrando color de cuadro de Bellini, al que prestaba contraste el cielo luminoso. (Puedo seguir, seguir con estas descripciones pictóricas, haciendo del tiempo paisaje, no pasaje, pero prefiero hablar de la carne hecha verba.) Julieta habló de muchas cosas y una de las cosas de que habló fue de poesía, que le interesaba a ella tanto y aunque me encantaba el sonido de su voz, pude participar, hacer diálogo su monólogo, no para decirle que mucha poesía era sólo prosa rimada, sino para acordar con ella, buscando en su discurso no la discusión sino un íntimo concurso. Cuando me despedí nos prometimos, mutuamente, otro encuentro, pero no recuerdo si la promesa fue expresa o sólo tácita.

La volví a encontrar muchas veces al buscarla, sin saber entonces que ella estaba destinada a jugar un papel importante por no decir decisivo en mi vida: no sólo a la dádiva del amor (ése lo regalaba a cualquier extraña pasajera) sino a la entrega de mi virginidad. (Luego, más tarde, sabría que ella había sido la misma musa para distintos amigos amorosos, incluso de amigos que no existían todavía, que estaban. en el futuro de mi conocimiento.) Pasó el tiempo y los encuentros se hicieron frecuentes pero parecían no conducir a nada, ¿cómo decir?, palpable. Pero un día recibí una llamada por teléfono. No a mi teléfono, que no teníamos teléfono ni pensábamos ni soñábamos tenerlo, sino al de Fina, la novia de mi tío (todavía no se habían casado) y del piso de abajo subió Fina a decirme que me llamaban. Mi asombro fue extraordinario, pero cuando pregunté que quién era y Fina me dijo que una mujer, se hizo doble asombro y al añadir una tal Julia (por un momento no pude hacer coincidir ese nombre con la imagen de Julieta), el asombro fue triple salto mortal de mi corazón. Nunca entendí cómo ella, Julieta, supo el número del teléfono de Fina ni cómo se enteró que era novia de mi tío. (Tal vez preguntó a la operadora, dando mi dirección, que ella sabía, que supo a pesar de la resistencia más que reticencia a dar mi dirección por esa época, no por sentido de la privacidad sino por todo lo contrario: vivía no en una casa privada sino en un edificio público, anunciado hasta en las páginas editoriales de un diario de la mañana. No sé por qué le di a ella mi dirección, esa impronta infamante, Zulueta 408. O sí sé por qué: quería tener comunicación directa con ella, estar a su alcance, que supiera el mayor número de cosas sobre mí -golpe de datos para abolir el azar.) Fui al teléfono con temor a la presencia constante de Venancia, la futura suegra de mi tío, y su voz, la de Julieta, sonó tan dulce a mi oído único que me olvidé de la encimada suegra de mi tío. Ella quería verme -¿podía yo venir a su casa? Por supuesto que le dije que sí, que cuanto antes, que me ponía en marcha ya-, lo que hice. Por el camino (bajando por Teniente Rey hasta Compostela, a alcanzar Sol, pasarla, llegar a Luz, seguir, para acceder a Inquisidor) iba pensando que ella estaría sola y que era por eso que me llamaba: claro que se producirían intercambios, diálogos, variaciones sobre el tema del amor -quién sabe si hasta llegaríamos a la cama camera. En eso pensaba, pensé hasta que toqué el timbre de su apartamento. (Ella vivía en una de esas casas de La Habana Vieja que se había construido sin embargo en este siglo: un largo apartamento con su sala y balcón a la calle y luego un larguísimo pasillo exterior que comunicaba con los cuatro cuartos y al fondo con el comedor y la cocina. Hago esta pequeña digresión topográfica del terreno del amor no por afán arquitectónico sino para facilitar la situación de una escena que vendrá después en su exacto teatro doméstico.) Ella abrió la puerta: me esperaba ansiosa: estaba más linda que nunca, con un vestido amarillo descotado al frente que dejaba ver el nacimiento de sus senos. Se veía dorada como la manzana de oro: golden delicious. Se sonrió mostrando sus dientes parejos y perfectos, con encías tan rosadas como sus labios.

-¡Qué rápido viniste! -me dijo como saludo.

-Sí -admití-, vine rápido.

No le dije que había venido casi corriendo, no sólo por la expectación de encontrarme con ella sino porque estaba lloviendo. Ella cerró la puerta y caminó hasta la sala. Se sentó en el sofá invitándome al escoger este mueble a que

yo me sentara a su lado, un sofá para dos. Lo hice rápidamente, sentándome casi antes que ella. No se veía a nadie en la casa. ¿Estaría realmente sola? ¿Llegaríamos a algo? ¿Se producirían transfiguraciones, figuraciones, figuras?

Pero pronto sufrí una doble desilusión. Del fondo vino con ruido de tacones una persona que llegó a la sala, me vio y se dirigió a la puerta, la que abrió y salió por ella a la escalera y a la calle y a La Habana Vieja bajo la lluvia. Nunca supe quién fue esa sombra que pasa: si visitante íntimo o pariente pobre. El segundo chasco se produjo cuando ella expresó un *tope lege*: de alguna parte de su cuerpo sacó un libro y me dijo:

-Léeme.

Ni siquiera me lo pidió por favor: era una encomienda real: ella me extendía el libro y tendría que leerle. El tomo, cuando lo tomé en mis manos, se volvió una antología de poesía -en inglés. Ella me lo dio ya con una marca: había introducido su índice dentro del libro, indicando una página. Antes de poder verla, me dijo:

-Es Eliot. Tienes que leerme su poema.

Efectivamente, su marca de dedo en la página indicaba que era la sección de la antología de poesía inglesa dedicada a Eliot y el poema que tenía señalado era *Ash Wednesday* -¿pero cómo leérselo? Además, ¿era para esto nada más que me. había llamado con tanta urgencia? ¿Un toma léeme, no tómame? Quiero advertir que aún hoy día mi pronunciación del inglés recuerda más a la de Conrad que a la de Eliot -a quien solía llamar Elliott-, que hablando de Conrad recordaba, atenuante de su admiración, el espeso acento polaco que padecía el novelista, verdadera halitosis oral, el americano poeta preciosista en su pronunciación inglesa imitada. En ese tiempo mi inglés era un mazacote inaudible o demasiado audible en su atroz pronunciación habanera y aunque podía leerlo muy bien para mí, nunca, excepto en clases, lo había leído para otra persona. Traté de convencer a Julieta de que no se podía leer así a Eliot. Pero ella no entendía mi español o no atendía a mis argumentos. «Quiero oír cómo suena», me ordenó. Por fin cedí a su mandato (nunca fue una petición, mucho menos un ruego) y comencé a leer:

«*Bee caused eyed doe not to hop to turn a game*», y en mi pronunciación producía una parodia cruel como abrir de Eliot. Por fin terminó el poema en borborigmos más que entre ritmos. Ella encontró excelente el poema y mi lectura: es evidente que aunque fuera actriz (luego llegaría a actuar con bastante éxito, sobre todo en *La lección*, de Ionesco, haciendo una creación de la niña que, entre un dolor de muelas, da y recibe una lección, mientras los espectadores conocen que la cultura conduce a lo peor) no tenía oído: mi lectura fue un desastre, que me dejó en la boca un sabor de ceniza ese miércoles. Doble desastre porque ahora se hacía patente que ella me había convocado solamente para que yo leyera el poema y conociendo su carácter (que podía, en ocasiones, ser muy firme) no traté de llevar mi visita al terreno baldío del sexo.

Pasaron varios años entre establecer una relación con Julieta y conseguir mis propósitos, el único propósito que tenía con ella, el propósito. Así, terminó el bachillerato y nuestra amistad sobrevivió a la separación de carreras: yo asistía a la escuela de periodismo y ella estudiaba arte dramático. Hubo invitaciones tuyas tan inusitadas como la lectura del poema de Eliot y no menos literarias. Una de ellas fue ir al cementerio de Colón (Colón que estaba en La Habana, ciudad que pareció descubrir, en todas partes, en el amor y en la muerte). Julieta era una enamorada de los cementerios y decía que conocía un rincón de Colón que era ideal para la meditación. Las rimas impensadas de las líneas precedentes se completaron con mi negación a ir al cementerio de Colón: sólo en cadenas me habrían llevado allí vivo. Ni aunque hubiera podido hacer sobre una tumba lo que me proponía en una cama habría ido al cementerio de Colón con ella: detesto los cementerios y aborrezco las personas que dicen que les gustan los cementerios. Tuve que hacer una excepción con Julieta porque su belleza hacía perdonar todas las exigencias de su alma esclava de su cuerpo.

Por este tiempo Julieta me presentó a su amiga (es curioso, Julieta realmente no tenía amigas) Silvia Sáenz, que era escultora o empezaba a esculpir. Salí con Silvia varias veces, entre ellas una salida a las canteras (era de esperarse: como si Miguel Ángel invitara a sus íntimos a otro sitio que no fuera Carrara) de Casablanca, a ver si la exploración marmórea devenía conocimiento carnal. Aparte de una o dos revelaciones sobre Julieta (que de paso desvelaron a Silvia como una estatua desnuda: no mucho más tarde fue evidente que a ella le interesaban más las mujeres que los hombres) no ocurrió nada y después de esas versiones y diversiones nuestra amistad languideció sensiblemente por su perversión. Pero por Silvia supe que Julieta, ya desde niña, mostraba su vanidad y sus inclinaciones. Las dos habían ido al mismo colegio privado y Silvia recordaba muy bien el día que Julieta se apareció en el aula con un lazo amarillo enorme en el pelo rubio y le dijo a la maestra, no le preguntó: «No es verdad, señorita, que yo soy la más linda del colegio». Julieta tendría entonces diez o doce años, pero ya revelaba su seguridad en su belleza. Ocurrió también el día que la cogieron «haciendo cositas» (como decía Silvia) con un muchacho que visitaba el colegio, que era una escuela sólo para niñas, pero el muchacho (más bien un muchachito: según Silvia, mucho más joven que ellas y Julieta fue la seductora: lo que creo) era pariente de la directora. Silvia me hizo otros cuentos y confesiones pero algunos yo ya los conocía por Julieta, como su relación (que fue aparentemente de dirección doble: una de las pocas incursiones de Silvia en la heterosexualidad) con Diosdado Noel (ése era, sorprendentemente, su verdadero nombre), pintor de profesión, que afectaba una tuberculosis perenne que nunca se hizo tisis galopante, vestido siempre de luto (vestirse de negro ¡y en La Habana!, doble despropósito: pues la burla habanera no permitía que esas extravagancias se cometieran impunes), con su barba cuidada y su melena romántica: Víctor Hugonorrea llamaban a este papá Noel. Uno de los cuentos (que ya me había hecho Julieta: a ella le encantaba contar sus aventuras) colocaba a Diosdado en un bote, con Silvia y Julieta a cada banda, remando cerca de Cojimar, venciendo no solamente el soleado mar sino la burla marinera de los pescadores ante el atuendo del remero -y el cuento terminó, según Silvia,

cuando ella pidió ser desembarcada, embarazada por la impudicia más que la impericia del pintor, y Julieta y Noel se perdieron de vista, no mar afuera sino dentro del bote. La historia de Julieta contiene un incidente que no tiene la misma historia contada por Silvia. Noel, pintor que debía de ser poeta decadente, insistía en que Julieta besara a Silvia, casi inocentemente según Julieta, pero su negativa (la de Julieta) molestó tanto a Silvia que ésta exigió ser desembarcada inmediatamente. Tiendo a creer la versión de Julieta no sólo por su veracidad sino porque ella tenía una decidida vocación heterosexual y varios cuentos contados por ella lo confirman. Una de estas historias tiene por protagonista a un amigo mío, el poeta hermético Orlando Artajo, y a su mujer (que entonces no era su mujer) María Escalante, actriz. Según Julieta, cuando Orlando y María eran novios, la invitaron a ella a hacerles la visita al apartamento de soltero de Orlando, que estaba en la esquina de Malecón y Prado, en una casa que por razones diversas estuvo habitada por muchos artistas y no pocos maricones, y a veces sucedía que ambas actividades concurrían en un mismo inquilino, artista pederasta. Julieta, la del espíritu erótico, después de estar conversando un rato en la habitación única que era estudio, sala y dormitorio, fue invitada por Orlando a pasar a la cama. Ella, Julieta, que tenía por costumbre no asombrarse nunca ante una expresión sexual (y ella no tenía duda de que Orlando no la invitaba al sueño), se extrañó de aquella proposición de Orlando, delante de Marta, novios que eran, casi a punto de casarse, y como ella mostrara su extrañeza fue la propia María quien le pidió a Julieta que se tendiera en el lecho (Marta siempre fue escogida en su vocabulario), aclarando que la invitación la había hecho Orlando por ella: ¿era María quien quería acostarse con Julieta! Las admiraciones son mías, no de Julieta: fue a mí a quien pasmó esta historia, pues no tenía a María (la conocía bien: ella había sido compañera del bachillerato de nosotros dos) por lesbiana, pero los años hicieron no sólo creíble sino posible el cuento de Julieta. María, que se casó con Orlando, era aficionada a las «licencias lésbicas» (con estas palabras me lo describió Orlando, furioso, una noche de confianza y confidencias) y, aparentemente, Orlando le proporcionó su debut -aunque se equivocó de compañera de cama. Julieta me confesó que se desnudó y se acostó con los dos más por gustarle Orlando que por inclinación alguna hacia María y aunque ella tenía como pretexto el alcohol (habían estado bebiendo vino, tan exótico como tóxico en el trópico) el triolismo no pasó de unas caricias críticas de María -que no tuvieron en ella, según ella, el menor efecto- y Julieta a su vez le acariciaba la cosa a Orlando, cosa que le gustaba más que los masajes de María. Pero no pasó de las caricias con Orlando, pues si algo tuvo siempre cuidado de conservar Julieta (a pesar de su libido liberada) fue su virginidad: ésa estaba guardada para su marido, es decir para el matrimonio -tal vez antes, pero en todo caso ella se reservaba para su novio. La tercera prueba de fuego lesbiano la tuvo (o, según ella, la padeció) cuando Dora Darío (ése era su nombre de pluma, como ella decía: es decir, su seudónimo, que había tomado de sus dos ídolos, Isadora y Rubén Darío), conocida escritora lesbiana, la invitó al cine. Julieta fue porque le interesaba la película (estrenaban *La bella y la bestia*) pero casi no pudo admirar su poesía por la molestia prosaica que le ocasionaban los continuos roces de Dora, quien finalmente, y viendo que no llegaba a nada en el patio de lunetas, la invitó al baño. Allí Dora insistió en que Julieta la besara y ella lo hizo para ver si la dejaba tranquila de una vez o de un beso. Pero ella, Julieta, no sintió nada y aburrida mostró a las claras su deseo de regresar a su asiento y terminar de ver la película, una versión de la virago y la virgen. «Qué va», decía ella, «más nunca salgo con una lesbiana, aunque me crean atrasada». Ésta era una de las preocupaciones propias de Julieta, quien sin embargo no era una esnob, pero no le gustaba parecer nunca que no estaba al día. Ésas fueron las solas salidas sáficas de Julieta.

Julieta me habló de pasiones imposibles, entre las que se destacaba su corazón cautivo en la mafia memorable de Félix Isasi. Yo conocía a Félix sólo de oídas, primero porque era amigo de Ricardo Vigón y luego porque al conocerlo personalmente se empeñaba siempre en decir Faulkelner en lugar de Faulkner, cuando hablaba de este escritor que fue su favorito. Éstas eran las características que distinguían a Félix de mucha otra gente que conocí de pasada por ese tiempo. Pero la pasión que provocó más que produjo en Julieta me lo hizo ver con otros ojos. Félix Isasi era un tipo alto, huesudo, de espaldas anchas y piernas largas, pero su boca hendida y su nariz dantesca lo hacían francamente feo. Pero Julieta me confesó que se enamoró perdidamente de él cuando lo notó un día en el salón de lectura de la Biblioteca Nacional. Allí, entre el hedor a humedad y el olor a libro viejo, en la fortaleza tomada por los tomos, Julieta vio a Félix leyendo (supongo que a su frecuente Faulkelner) y sonriendo a la lectura, no al libro. (Cómo pudo distinguir Julieta entre libro y lectura, es uno de los misterios mayores de la relación entre Julieta y la literatura.) Esa sonrisa silenciosa de lector activo bastó para producir en Julieta una pasión arrebatadora -que nunca llegó a consumar. Esta vez no fue porque Julieta se empeñara en conservar su virgo intacta (ella se la habría entregado mil veces a Félix para que la violara como a un libro en rústica) sino que Félix padecía una enfermedad incurable que no quería transmitir a Julieta. Supongo que esa enfermedad (Julieta no tenía la virtud de ser explícita en sus relatos o era explícita a espasmos) debía ser sífilis, el mal de amar que ya no era la virulencia venérea que amenazó mi adolescencia anterior. Félix sufría esta enfermedad románticamente incurable (espiroqueta pálida al claro de luna) y él y Julieta tenían que resignarse a amarse sin consumar el acto de amor. Según Julieta, llegaron muchas veces a la cama (supongo que el pobre cuarto del pobre Félix, que se ganaba la vida haciendo fotos por la calle con una vieja cámara de cajón, Daguerre c'est Daguerre, impresiones que luego trataba de vender a los viandantes retratados) pero siempre se limitaron a acostarse desnudos uno junto al otro, sin más contacto que las manos enlazadas, las flacas falanges de Félix manchadas de ácido trezadas en los dedos dorados de Julieta, ya que Félix temía transmitir en un beso su enfermedad insidiosa a Julieta, deseosa. La pasión de Julieta por Félix terminó abrupta justamente cuando Félix se curó de su enfermedad incurable, fuese la que fuese, curación ocurrida en el momento en que Julieta no quiso verlo más. Siempre sentí pena por Félix y lamenté que se le curara su romántica enfermedad: al menos era un amigo (o un

amigo de un amigo) y era preferible que él se hubiera acostado con Julieta que un enemigo, como casi lo hace Paret, el crítico de cine Xavier Paret, a quien yo detestaba por sus críticas diarias y su opinión general sobre el cine. (Hablando de *Un perro andaluz* este crítico catalán llegó a decir que era «una muestra temprana del vuelo propio posterior») Con este viejo pretendiente (debía de tener entonces como cuarenta años), calvo y por demás desagradable, tuvo que ver ella también. Aunque Julieta me juró (no sobre la Biblia, tampoco sobre su Biblia, Mi vida) que nunca pasó de darse un beso tras bastidores y entre actos de *Las moscas*, la obra de Sartre, apasionada por su inteligencia (la de Paret, no la de Sartre), pero a la vez cuidadosa de su virginidad, añadido ahora, reservada para su novio de siempre -y aquí sí tengo que hablar del novio de Julieta, que no era Romeo, como tampoco creo que fuera su amor.

Se llamaba Vicente Vega, al que conocí como miembro del equipo gimnástico del Instituto y a quien aprendí a respetar por ser uno de los pocos que defendió de viva voz (otros lo hacíamos sotto voce) a los alumnos judíos cuando, como falsa novatada, les hacían jurar por la bandera cubana los gánsters que controlaban la Asociación de Estudiantes. Esta jura de la bandera era un pretexto para extorsionar a los judíos, cobrándoles una tarifa por no pasar por las juras, que aumentaba en cantidad por la apariencia de afluencia de los alumnos. Algunos tenían dinero pero otros carecían de él completamente (no recuerdo haber conocido nadie más pobre que Mitrani, el Salomón sefardita, compañero de clases y de juegos y de amor por la medicina, una de las pocas personas que encontré en mi adolescencia que era más pobre que yo) y la ocasión de las juras de judíos servía para demostrar su machismo y exhibir su supuesta superioridad de cubanos sobre los judíos -y es síntoma de los tiempos que esto ocurría cuando se acababa de revelar que los nazis aniquilaban metódicamente a los judíos de Europa. Vicente Vega protestó de los actos de jura de la bandera y tuvo una pelea a puñetazos con uno de estos extorsionistas (que después llegaron a ser asesinos verdaderos, aunque lo disfrazaban con la militancia política al llamarse revolucionarios), Lionel Pérez, un mulato grande y fuerte, quien, por supuesto (y para bien de Vicente Vega al no enfrentarse con un enano armado), lo dejó inconsciente en la acera, ante la entrada del Instituto. Pero Vicente fue vencido honorablemente.

Quien lo derrotó y de forma nada honorable fue Julieta, su novia oficial, que lo hizo tarrudo (así es como se llama en La Habana a los cornudos) aun antes de casarse con él -y todavía hizo más: lo cubrió de ridículo mortal al tratar de hacerlo inmortal. Ella lo sacó del team gimnástico, donde Vicente era una estrella, de veras brillaba con luz propia (fue campeón de gimnástica interinstitutos) para convertirlo en un pintor mediocre, porque Julieta no podía casarse con alguien que no perteneciera al mundo del Arte -o, como ella decía, «que no fuera artista». No sólo lo convirtió en pintor de domingo sino que lo persuadió de firmar sus cuadros con el simple seudónimo de Vincent.

Pero, pero, Julieta era bella: su belleza contradecía no sólo a Sócrates esteta sino a Aristóteles ético, y yo, entonces, le perdonaba todas sus faltas morales por sus sobras físicas: con tal de que me miraran sus grandes ojos color caramelo crema y yo admirara su largo pelo rubio, sus dientes deleitosos en una cualquiera de sus sonrisas, su boca tan bien dibujada que hizo desesperar a Vicente cuando Vincent en sus retratos repetidos, todos torcidos, y su figura, su cuerpo de Venus blanca -Venus venérea pues no eran Botticelli ni Velázquez quienes habían copiado sus curvas parabólicas, creadas por la naturaleza de entre la espuma de los besos, hecha de amor para el amor, geometría graciosa que se repetía en la cópula de sus senos sensibles -lo sé porque un día tuve una de esas copas en mi mano. Ése fue el momento en que juré que lograría acostarme con Julieta aunque tuviera que hacer un pacto contra natura: más decisivo que rendirle mi alma al diablo, entregarle a ella mi virginidad. Julieta sabía o sospechaba mi intención de acostarme con ella (por lo menos sabía el tamaño de mi triunfo si lo conseguía), lo que nunca adiviné es que mi virginidad, por azar o voluntad, le había sido ofrendada de antemano -creo que ni siquiera supo que yo estaba siendo desvirgado (si es que esa palabra se puede emplear en un hombre, digamos desflorado) cuando me acosté con ella por primera vez. Antes, por supuesto y para mi desespero, sucedieron otros encuentros interrumpidos.

Hubo uno, particularmente peligroso, que se produjo en la misma sala de su casa, allí donde yo había trucidado (no traducido) a Eliot otra tarde. Esta vez fui para visitarla y recuerdo que se sentó a conversar conmigo en una mecedora que estaba entre el sofá (memorable y deplorable) y el sillón en que yo me sentaba ahora. Conversamos (una conversación llena de espasmos: míos más que de ella) y de pronto Julieta me miró con su mirada color caramelo claro y me dijo muy bajo pero muy firme: «Dame un beso». Yo no quería creer lo que oía que era lo que quería y casi iba a hacerle repetir la oración que era una orden cuando decidí levantarme y dar crédito a mis oídos con mis labios. Ella no se movió de la mecedora, por lo que tuve que bajar hasta su boca, a borrar sus labios dibujados. Nos besamos: ella besaba fuerte, apasionada aparente, clavándome a veces los dientes en mi labio inferior. Yo respondía a sus besos con ansia y ardor cuando sentí que ella, sin dejar de besarme, tanteaba mi portañuela, esa barrera sartorial, pequeña puerta pudorosa que ella abría botón a botón. Tenía mi Sweeney erecto desde que comenzamos a besarnos y ahora ella lo sacaba y lo metía, sin pausa, en su boca. Para mí fue un acto inusitado, por lo que me enderecé, aunque ella seguía en su felación feliz. Pero yo estaba preocupado con las distantes voces que venían del fondo familiar, ahora más nítidas no sé por qué efecto acústico. ¿Y si se apareciera alguien de la casa, de pronto, por el pasillo abierto y nos sorprendieran? ¿Qué hacer? Y lo que era todavía más difícil, ¿qué decir? Nada de esto parecía preocupar a Julieta, quien, aunque estaba de espaldas al interior de su casa, no concedía la menor importancia a lo que pudiera ocurrir allá, ocupada aquí. Seguía succionando, de vez en cuando ayudada por la mecedora, que se movía hacia atrás y hacia adelante, como todos los balances, según los movimientos de cabeza y de boca de Julieta, que tenían un ritmo ordenado, casi monocorde, pero que me exaltaba: sacaba de mí un dulce irse por una sola parte: parecía imposible que por aquel pequeño orificio pudiera salirse el ser, pero es lo que yo sentía entonces, al dar vuelta ella a su boca, al recogerla de delante atrás, al voltear los labios, su lengua recorriendo todos los bordes balánicos,

moviéndose como un dardo dulce hacia el glande, retrocediendo para dar lugar a una succión con toda la boca, mientras yo, casi inmóvil a veces, otras llevado por su euritmia, la sostenía por la cabeza, el pelo en desorden cayendo, cascada clara, sobre su cara y mi miembro, lo que quedaba de él., lo poco que no estaba dentro de su caverna carnosa. Sin embargo yo me las componía para no dejar de observar el largo pasillo hasta ahora solitario y era todo oídos (si podía ser algo que no fuera puro pene en ese momento) a los rumores remitidos desde el fondo, periferia de onda larga. Pero Julieta me hacía atenderla con una caricia capicúa de sus labios, gruesos, de su lengua, fina, penetrante. Finalmente, casi al gritar pero conteniéndome por las voces vecinas, sentí que me iba y era que me venía ruidosamente (no en ruidos perceptibles sino en silencios epilépticos que eran como ruidos, como ríos: en un fluir) y ella la recibió toda en su boca, y siguió, lollipop, lamiéndola, reclamando hasta la última gota golosa-que se tragaba ávida. Cuando todo terminó, a mí me temblaban las piernas, los muslos, el tronco, los brazos y las manos mientras guardaba apresurado el cuerpo del delirio, abotonándome rápido, con más miedo al descubrimiento del crimen poluto ahora que había terminado todo que mientras estaba cometiendo el acto. Ella me miró con intención, intensa desde su asiento (que nunca había abandonado), y me dijo:

-Háblame de El Rapao.

Me pareció increíble que ella usara esa jerga habanera para llamar al pene: La Pelona, La Calva. No lo podía creer:

-¿Qué cosa?

-Que me hables de Esrapao.

Era más increíble todavía.

-¿De Ezra Pound?

-Sí, háblame de su prisión. Tengo entendido que fue torturado en una jaula.

¡Realmente inaudito! Después de esa succión de oro, de esa mamada habanera, ella quería que le hablara de Ezra Pound. Debí de decir de Rapallo. ¿Íbamos a terminar la tarde hablando de poesía, de Pound? Me interesaba, me envolvía, me obsesionaba una pregunta a su respuesta.

-¿Y si hubieran venido?

-¿Cómo dices?

-¿Y si alguien de tu familia hubiera venido a la sala?

Ella se sonrió.

-No iban a venir.

-¿Cómo lo sabes?

-Yo lo sé.

-Pero ¿y si hubieran venido?

-No iban a venir -repitió.

-¿Y si hubieran?

-Habrían visto un espectáculo hermoso -dijo y se sonrió de nuevo-. Era hermoso, ¿no? Tú que lo estabas viendo mientras participabas puedes decirlo. ¿Era o no era hermoso?

-Supongo que para nosotros lo era, ¿pero para los demás?

-Ellos lo han hecho también y si no lo han hecho sabrán lo que se han perdido, al vernos. Ahora háblame de Ezra.

Lo dijo con tal encanto que no pude menos que complacerla y le hablé del pobre poeta perdedor víctima de la justicia de los ganadores, de sus seis meses en una cárcel de hierro que era una jaula a la intemperie, donde compuso sus cantos pisanos -pero no le hablé de lo que habrían hecho los perdedores de ser ganadores con los poetas (y todos los demás) del otro lado. Mientras dictaba mi conferencia pensaba en lo segura que ella estaba de que nadie vendría a interrumpir su acto oral y sentí celos. ¿No sería la primera vez que había cometido felación no en otro sitio sino en su casa? Parecía ser una acción repetida por su sabiduría, del acto, del aprovechamiento sabio del ritmo de la mecedora -además de su conocimiento exacto de que podía hacerlo sin riesgo de ser descubierta. Todo esto entró en mis reflexiones, interrumpidas no por mi voz sino por la sensación húmeda que traspasaba los calzoncillos, señal del acontecimiento que acababa de ocurrir, y sentí entonces contento: por fin había logrado más que un contacto un acto, aunque fuera limitado, una acción sexual con ella, con Julieta que parecía ahora, oyéndome, más bella que antes: no más bella que al llegar sino más bella que cuando más bella lució, cuando la vi por primera vez: ésta era otra primera vez: y se reflejaba en su rostro radiante, un tanto triunfante, conquistadora, ama absoluta: de mi voluntad y de mi voz que decía: «Pero si fue prisionero lo liberó la poesía». Mentira: lo liberó la locura, real o fingida, pero ese punto final era el que Julieta -sacerdotisa sexual pero amante de las artes- quería oír. No supe cómo me desprendí del sitio a que me había prendido al comenzar ese coito, ni cómo regresé a mi asiento asignado ni cuándo salí de su casa. Ahora, J tratar de recordarlo, todo es vacío y silencio desde el momento del orgasmo, con la sola resonancia de nuestro diálogo cruzado sobre el doble temor mío y su sed de sexo y literatura, extrayendo de mí u *Pound of flesh*.

Ocurrió otro coitus interruptus pero fue más bien un impromptu. Un día, una tarde, estábamos en la sala de conciertos del Lyceum, oyendo a Miari de Torre ejecutar sus extrañas melodías, mirando su aparición estrambótica, su aspecto de triunfo final sobre toda la adversidad de su vida, cuando el sexo vino al caso, al ocaso, al acaso. Miari de Torre era un músico desconocido, descubierto por el pintor Mijares a Franqui (habíamos conocido a Mijares, Franqui y yo, al mismo tiempo, en la esquina de Prado y Virtudes, en la peña de artistas parados en los portales del Salón Cristal, donde había más aspirantes que verdaderos artistas y escritores, y visitantes del mundo nocturno de La Habana, entre los que no podía faltar el gángster ocasional desprendido de la otra acera del Prado, de los bancos del propio paseo,

donde se reunían, peligrosos y noctámbulos) y después de haber conocido a Mijares, tan flaco como era entonces, resultaba exagerado conocer a alguien con más huesos que Mijares, presentado por Mijares, casi con el mismo nombre de Mijares -y éste era el músico Miari de Torre. El pianista (la actividad artística mayor de Miari, como llegamos a llamarlo, era tocar el piano) había dado, en su juventud, en los años veinte, un concierto en el Carnegie Hall y ahora todavía seguía superponiendo esta aparición única como un aval detrás de su nombre: *Miari de Torre, concertista del Carnegie may*, Miari vivía en una pobreza que nos hacía aparecer a nosotros (a Mijares, a Franqui y a mi) obesos y opulentos, no en una guardilla bohemia sino en un antiguo apartamento en La Habana Vieja que era más bien un cuarto grande (más grande, es cierto, que el cuarto en que yo vivía con toda mi familia: háblenme de promiscuidad, yo puedo definir su nombre), dominado por un pequeño piano vertical, con las teclas blancas hechas amarillas por el tiempo, ese metrónomo de Dios, las que quedaban, las que no habían sido roídas por los dedos, por los años y la carcoma, y las teclas negras, todas grises ahora, como canas: en este piano, intocable instrumento, ejecutaba Miari su música, pero eran más las notas, las cuerdas, los martillos que faltaban al piano sin pedal que las que conservaba: así, oírlo tocar era escuchar una armonía no acabada, melodía sin comienzo, trozos de la composición, las más de las veces un opus del propio Miari: ejecución manca que le prestaba un misterio extra a los extraños acordes que extraía el pianista de su instrumento sin marca. Fue en una visita a Miari y su musa mártir (conocimos a su mujer, alelada, tan despistada que se perdía, todavía veinte años después, si salía lejos de su casa, entre las calles circulares de La Habana Vieja, convertidas para ella en un laberinto local, y Miari debía emprender expediciones de búsqueda de la esposa perdida, Smetana, y a la hija de ambos, Isolda, se llamaba, se debe de llamar todavía, con sus inmensos ojos azules, su extraordinaria belleza y la aún más rara ingenuidad que padecía, a los quince años, pasando por la vida como una inmaculada virgen: esta Isolda llegó a ser novia de mi hermano, triste Tristán, que tenía entonces apenas dieciséis años y no había salido de la tuberculosis que cogió a los catorce: circular destino el de Isolda, como La Habana de su madre), una de estas visitaciones con Mijares, Franqui y yo tratando de descifrar las composiciones de Miari, cada vez más crípticas no por su armonía sino gracias a su piano todo semitonos, fue lo que nos decidió a organizar un concierto-homenaje a Miari de Torre del Carnegie Hall, como repetían las papeletas sucintas que todos los amigos nos encargamos de vender. Mientras Miari, por su parte, conseguía los tres restantes músicos necesarios para ejecutar sus cuartetos (fue un programa de cuatro cuartetos, no sé si por exigencias estéticas o pura superstición), Franqui aseguraba el salón de conciertos del Lyceum y Mijares de viva voz anunciaba el evento en la esquina de Virtudes. Nosotros, mi hermano y yo, logramos vender unas entradas a las pocas gentes con medios que conocíamos, no en nuestro medio. Todos nos encargamos de insuflarle ánimos a Miari, a quien una tuberculosis senil (Miari, pianista precoz, no debía de tener más de cuarenta años, pero parecía un viejo de setenta) no daba demasiada energía para consumir en un concierto, aunque esta función debió de ser, por un tiempo, si no fuente de juventud al menos la razón de su vida, una pausa antes de la defunción.

Después de afanes y ajetreos llegó la noche o, mejor dicho, tarde del concierto -y no vino nadie al Lyceum. Estábamos en la sala sólo Mijares, Franqui, la señora Smetana, Julieta (a quien yo interesé en el evento y ella, melómana que era, se habla entusiasmado con la posibilidad de oír una música inaudita, inédita, nunca tocada: la melodía de la memoria), Isolda y mi hermano y yo. No recuerdo a más nadie, ni siquiera a los Pino Zitto tan entusiastas siempre por todo lo que fuera Arte. En el escenario, al abrirse el telón, apareció Miari con un viejo frac, tan gris como las teclas negras de su piano propio, y tres músicos a cual más emaciado, sacados de un sanatorio más que del conservatorio. Comenzaron a tocar, según el programa (no sé cómo Franqui, mago sin chistera, se las arregló ni con qué imprenta para que hubiera un programa) una sonata cuarteto «*d'après Leopardi*». Los sonidos que empezaron a salir del piano de cola. (un Steinway negro ébano: debía de hacer una eternidad que Miari no ponía sus manos en un instrumento idóneo) y del violín, la viola y el cello acompañantes, eran de veras raros: rumores roncós en las notas bajas del piano que sonaban como un inusitado acompañamiento a los arpeggios de la mano derecha, en contrapunto a veces con el trío de cuerdas, y en ocasiones lograban un unísono que parecía más azaroso que obra de arte. Pero pronto pasó la novedad sonora y un cuarteto («*d'après Petrarca*») siguió a otro (detonante y doloroso, dantesco sin duda), y a la letanía sobrevino la lástima, melodía infinita, lamento por el pobre talento del pobre Miari. Luego todo sonido se sumió en el tedio -pero el concierto desconcertante continuaba. Para disipar el aburrimiento sonoro me puse a mirar las turbadoras piernas torneadas de Julieta (estábamos ambos sentados en la primera fila, lejos de los demás, desparramados por la diminuta sala de conciertos hecha enorme por la ausencia de público: casi el Carnegie Hall), pues su falda dejaba ver sus rodillas tersas. Se me ocurrió comunicarme con ella con el único instrumento que tenía a mano: mis espejuelos: me los había quitado un momento para borrar la música y rocé con ellos un brazo, el derecho de Julieta: esta vez sin querer, gafe de mis gafas, pero sentí más que vi (yo era entonces, como ahora, muy miope) el temblor que la recorrió cuando hizo contacto con ella la pata de pasta de los lentes festinados. Se volvió un poco hacia mí (sin dejar de mirar a los músicos desconcertantes) y dejó su mano izquierda colgar sobre el brazo derecho y quedar allí apenas abierta, a medio cerrar: por esta abertura ahora y con toda intención introduje la pata de mis quevedos obscenos y le toqué la palma de la mano. Ella agarró suavemente la pata que era ahora otra cosa: un arco amoroso, y permitió que yo le imprimiera un movimiento regular, de atrás adelante, siempre rozando sus dedos y tocando la palma de la mano: repetí esta fricción con mejor ritmo (aunque la música, que sonaba decididamente distante, como viniendo del pasado, no del escenario, era cada vez más lánguida y no acentuaba mis movimientos), mi melodía imitando ya un coito entre la mano de ella y mi instrumento, ahora presto, luego prestísimo, otra prótasis, seguí insistiendo en el ritmo cohabitante, cada vez más intenso en su viola d'amore, hasta que ella se volvió a mi y

me dijo, suavemente en el oído: «No sigas por favor, que estoy toda mojada». Fueron esas únicas y últimas palabras antes de terminar el concierto (que se hizo, por un momento, la más insoportable de las torturas, cuarteado por cuartetos), ante cuyo fin escaparnos, yo musitando unas palabras de consuelo a la señora Smetana de Miari, como si asistiera a un velorio y no a una velada, ella ya viuda, casi sin mirar a Isolda y a mi hermano, juntos, y a Franqui y a Mijares, circunspectos, circunstanciales, saliendo nosotros dos rápidamente del salón de música, abandonando el Lyceum, recorriendo las calles casi a oscuras de esa parte de El Vedado.

-¿Adónde vamos ahora? -me preguntó ella.

-Di tú -propuse yo.

-Adonde tú quieras.

-Vámonos entonces -recité yo-, tú y yo cuando la tarde se extiende contra el cielo como un paciente eternizado en una mesa.

-Sí -dijo ella-, vamos -sin reconocer la cita.

Cogimos Calzada abajo (o más bien arriba) porque dejábamos detrás la calle Ocho para llegarnos hasta Diez en mi afán, y luego torcimos rumbo al mar y bajamos a la costa (todavía no alcanzaba el Malecón allá arriba y era posible caminar hasta el agua por aquella parte de El Vedado, si uno sabía andar sobre los arrecifes, mejor llamados dientero en mi pueblo), Julieta buscando el mar, aparentemente, yo siguiéndola bien de cerca con un brazo que de tímido pasó a audaz cogiéndola por la cintura, sintiendo su carne bajo el vestido sutil y mi mano afiebrada, intranquila, nada inerte ahora. Pero el mar no aparecía entre la negrura de la noche. Finalmente ella se dirigió a una especie de columna trunca (¿qué podía conmemorar?), que quedaba junto a los arrecifes, tal vez entre ellos y no lejos de un bombillo del alumbrado público. Allí se volvió y me besó con su vehemente costumbre, metiéndome la lengua en la boca, mordiéndome los labios, aferrada a mi labio inferior como si quisiera desprenderlo. Al mismo tiempo me buscaba, revolvía por entre la portañuela, la tira de tela, y finalmente sacaba el trozo tumescente. Realizó otra acción simultánea y se levantó la falda: no llevaba, como siempre supe, pantaloncitos, también llamados blumers, bragas o pantaletas, aunque no me preocupaba del nombre de lo que no existía sino me ocupaba en buscar con mi mano lo que sabía central, su abertura, que al fin encontré y estaba efectivamente mojada como la costa, invisible pero palpable como un mar mullido. Al mismo tiempo que el deseo me movía a actuar no me impedía pensar que ella era virgen no de Vicente todavía, tal vez, y así, allí, yo estaba cerca de ser el feliz inmortal (o tal vez el infeliz mortal) a quien le tocara, a mí, ser lo que nunca pudo ser Félix moribundo para ella. Pero es más fácil contarlo que hacerlo de pie: ella era mucho más baja que yo y por tanto yo debía disminuirme, bajarme, reducirme vertical mientras crecía horizontal y llegar hasta ella y encontrar su hueco que mi pene fanoso buscaba afanoso, intento metérsela allí y casi lo logro -sólo que fui interrumpido en mi casi coito por un grito que no entendí y en un principio no localizaba su origen, pero cuando se repitió comprendí que no era ella gritando de placer: no era la actriz sino los espectadores inesperados: éramos blanco de las noches de ira de los vecinos aparentemente conjuntados en turbamulta. Se lo hice saber a ella que estaba todavía perdida en su afán amoroso:

-¿Qué pasa? -me preguntó.

-Los vecinos -le dije.

-¿Nos aluden? -preguntó ella con su vocabulario escogido.

-Más bien nos apostrofan -le dije yo contagiado por su enfermedad verbal. Los gritos se hicieron voces y olmos cosas como «¡Cochinos!», «¡Váyanse a la posada!», «¡Indecentes!», etc., etc.

-Más vale que nos vayamos de aquí -propuse yo-. Son pescadores.

Ella dijo:

-Sí, no se puede con la plebe -pero a renglón seguido comenzó a encarar al enemigo y a responder a los insultos anónimos, ocultos en la oscuridad, invisibles desde nuestro punto de vista, como siempre son las voces descarnadas:

-¡Vulgares! -gritó-. ¿No comprenden lo que es el amor?

Así era ella y yo, siendo yo mismo, característicamente reiteré la retirada inmediata, sin más intercambio con los vecinos vociferantes. Ella consintió esta vez y retrocedimos lateralmente, cangrejos de la costa, dejando la columna trunca donde casi tuvimos nuestro monumento. Temiendo que alguien, libre de pescados, tirara la primera piedra, nos escurrimos fuera de la zona alumbrada delatora para ganar la calle lejos de lo que ella habría llamado, invocando a santa Gertrudis Gómez de Avellaneda, amadora isleña, al partir, «la chusma diligente». Eso fue lo más cerca que estuve de hacer el amor con ella en esa época. Pero hay dos consecuencias de ese encuentro. Una es que entre su ardor y la ira de los vecinos, yo había tenido un orgasmo oportuno, eyaculación entre las jaculatorias, sin darme cuenta: cuando noté la mancha y la humedad iba ya por la calle Línea. Me limpié los pantalones, la entrepierna, la pierna izquierda, como pude sin atraer la atención de los curiosos, que es cualquiera en La Habana, y el pañuelo se hizo una masa húmeda y viscosa, que guardé en un bolsillo, no atesorando mi semen como el beso de Carmina sino apartando mi segregación. La otra consecuencia era mediata pero más onerosa: al día siguiente tenía un examen de lógica, que era a la vez fácil y difícil: divertido con los silogismos dejé pasar las premisas a mayores y el resultado era que debía estudiar esa noche entera si quería aprobar el examen. Pero era demasiado dulce Julieta para renunciar a su conocimiento empírico por la teoría. Afortunadamente para la teoría del conocimiento (y desgraciadamente para mí) ella propuso irse a su casa. Cuando subimos al tranvía, ya sentados, pude apreciar un principio de contradicción en ella -¿era mera contrariedad? Le pregunté que cuándo nos volveríamos a ver, implicando una reanudación de nuestro encuentro, ese cálido combate tan grotescamente interrumpido por la hostilidad de terceros. Al responderme con

una negativa produjo mi sorpresa, no por la negación en sí sino por lo que dijo a continuación:

-No sé -me dijo-. Tú sabes que me caso la semana que viene.

No lo sabía, ni siquiera lo sospechaba, aunque me lo temiera de vez en cuando, pero no iba a dar muestras de mi asombro, mucho menos de mi contradicción última:

-sí, claro que lo sé.

-No sé cuándo te voy a volver a ver -me dijo, finalmente.

Ésas no fueron las últimas palabras que cambiamos antes de que ella se casara, antes de que se bajara del tranvía más bien, pero no vale la pena reproducir las frases disfrases que salieron de nuestros labios ahora separados. Me bajé del tranvía antes que ella: yo en la periferia de La Habana Vieja, mientras que Julieta vivía en su centro -que ella llamaba el corazón de su dédalo.

Esa noche la pasé en blanco, no estudiando como debía sino recordando como quería el coito interrumpido por el vocerío, que casi culminó en una introducción, y alegre seguí reviviendo el momento y guardando el pañuelo en el bolsillo, no como souvenir, sino para lavarlo en sigilo cuando todo el mundo durmiera, lo que hice en silencio secreto y después de dejarlo sin semen lo pegué húmedo al espejo de la coqueta para que se secase planchándose. Al día siguiente, por la mañana antes de irme a mi examen mi madre me preguntó qué le habla pasado al pañuelo planchado (ella lo advertía todo) y tuve que inventar una complicada mentira ilógica de cómo llegó a ensuciarse tanto que daba grima lavarlo: yo lo había hecho para evitarle ese asco -lo que no estaba lejos de ser la verdad: todos los pañuelos se ensucian, algunos pañuelos se llenan de semen, ningún pañuelo se almidona, ergo. El examen fue, por supuesto, un desastre mayor, pero no es de mi vida lógica que quiero hablar, ni siquiera de mi vida académica sino de mi vida amorosa, ¡lógica. Hablar de encuentros eróticos entonces equivale a hablar de Julieta, virgen casada. Yo no fui a la boda (no creo siquiera que ella me invitara), pero sí supe de su luna de miel. Me escribió una carta de Isla de Pinos, en la que me decía que coleccionaba crepúsculos (no puestas de sol, que son comunes en Cuba) y entre otras cosas curiosas me comunicaba el envío de un pedazo de su playa preferida. Yo no tenía idea de a qué se refería pero busqué en todas partes de la carta algo que pudiera parecerse a una playa: no había nada. Luego examiné el sobre con mis ojos desnudos (el ojo miope, ironía óptica, de cerca se vuelve lupa) y encontré una arenilla extraña y deduje que lo que me enviaba de su playa era arena, lo que era extravagante pero lógico. No fue sino días después, cuando ella había regresado de su luna de miel y nos volvimos a ver, que supe de qué se trataba realmente: me mandó junto con su carta una concha. (Simbólico para un argentino pero no para mí.) Lo que yo encontré fue polvo de concha, reducida a arena por el matasellos del correos. Pero más extraordinario que el pedazo de playa fue el trozo de prosa que me regaló Julieta en su corta carta. Decía, a propósito de nada: «Te imagino en un interior malva, amarillo magenta, como un japonés de Van Gogh». Esa frase la atesoré durante años, saboreando su humorismo impensado (y su extraño sentido del color), como conservé la carta que traía otros ejemplos de la prosa púrpura de Julieta. Por ejemplo: «Tú dices que el arte es mentira. ¿Es mentira el mar?». Luego la perdí en mi mudada y lamento no tenerla hoy conmigo por muchas razones, entre otras privadas, la posibilidad pública de reproducirla ahora en vez de hacer estas pobres citas citables.

Tiempo después, íntimos timos, Julieta me contó una ocurrencia en Isla de Pinos (que ella insistía en llamar, siguiendo a Robert Louis Stevenson, « La isla del tesoro») que ni el mismo Stevenson se habría atrevido a soñar en sus sueños más salvajes inventar en una de sus pesadillas. Pero para ella fue todo un sueño. «Como un sueño en un sueño», lo recordaba ella. Sabía (todos lo sabíamos entonces) que René Hidalgo, el Descuartizador (el hombre que descuartizó a su amante mulata y luego repartió por La Habana sus trozos escogidos envueltos en periódicos viejos o de ayer), estaba todavía en prisión, condenado a cadena perpetua. Ya había completado varios eslabones pero todavía le quedaba mucha condena y más: no saldría vivo de la cárcel. Era nuestro primer descuartizador y, claro, debía pagar el precio que pagan los pioneros.

Julieta visitó la prisión, naturalmente, y le pidió al alcaide ver a Hidalgo. El alcaide le dijo que era posible visitarlo en su celda o traerlo a su oficina. Como gustéis, señora Ella pidió ser admitida en la propia prisión, una inmensa penitenciaría para hombres. Quería observar a Hidalgo en su hábitat -adenda mía no de mi dueña. Julieta le informó a Vicente que ella tenía la intención de ver a Hidalgo a solas. No tenía dudas de que se comportaría como un caballero, ya que era un hidalgo, ¿no? Al menos de nombre. ¿Pero para qué quería ella ir sola?, preguntó Vicente. Yo lo sé ahora y entonces pero Vicente nunca supo. «Por la experiencia», respondió Julieta y él cedió a su demanda. Vicente era un hombre convencido. Así que ella se metió en la cárcel sola. No como Caperucita entrando al bosque pero tampoco tan pura como el cordero ni tan loba como la pinto. En todo caso no fue sola: fue escoltada por el alcaide y un guardia armado.

Julieta entró en aquel vasto edificio con el mismo paso cansino con que atravesaba La Habana Vieja por todo Inquisidor, moviendo las caderas y cruzando las piernas al andar, seguida siempre por las mismas miradas con hambre de sexo que más bien la perseguían, cada día. Cuando llegó a la celda de Hidalgo pidió entrar ella sola en ella. Concedido. Entró llena de anhelos o al menos de ese vago deseo que eran para Julieta todas las formas del sexo: ¡por fin amor y muerte en un mismo hombre!

«Era», me dijo al describir una celda en solitario, como un cuarto privado para él solo. Después de todo, este hombre había sido policía, ¿no? Pero me confesó su desaliento instantáneo: engaño, desengaño. Esperaba un hombre viril, vigoroso, capaz no sólo de matar a su mujer de un solo puñetazo (en realidad ella resbaló en el baño, cayó contra el lavabo, perdió el conocimiento, él la creyó muerta y entró en pánico y salió del baño para buscar un cuchillo y

descuartizarla y el resto fue un embarro de restos), capaz también de cortar en pedazos a la cuarterona: trozos que incluían los bellos pechos que todas las fotos mostraron con pies de un mal gusto macabro en cada periódico de la tarde y también de la mañana. Torso, el cuerpo y la cabeza misma. «Parecía de Gauguin», anotó ella, «aun en blanco y negro». Era una mulata, ¿no? Pero no cogió el chiste, tal vez porque la concernía. ¿O era mi humor demasiado negro? En todo caso todo lo que dijo fue: «Creo que lo era, pero ¿qué importa? ¡El sol sale para todos!».

Además Hidalgo tuvo el valor de distribuir la cabeza y los miembros (y el torso, añadí) por toda la ciudad. «Siempre vestido de policía», dijo, misteriosa. Pero en vez del donaire de un romántico *tueur de femmes* (*Landru in love*) se encontró con una incurable mediocridad y Julieta lo que más odiaba en la vida era un hombre mediocre. Estaba canoso, achacoso, un viejo ya a los cuarenta, pálido y sometido, sumiso, que hablaba en susurros: un criminal que no estaba nada a la altura de su crimen. Nada. Todavía era bien parecido, aunque con facciones bellas pero blandas. Casi como Vicente. (Ése era yo pensando, no Julieta hablando.)

Lo que realmente Julieta admiró más en la Isla (como si Cuba no fuera isla suficiente) fue más precioso que atesorar crepúsculos -fue que tuvo que atravesar sola el patio central, circular de la prisión a la que daban todas las celdas. (Cada cuarto con vista al patio, algunos con años gratis.) Iba delante del guarda armado y del alcaide, prácticamente sola, aislada por el deseo. Recorrió ese patio dos veces, dos, y cada vez sintió los ojos de los doce mil presos en la prisión (un Argos con más de mil ojos: veinticuatro mil para ser exactos o tal vez un poco menos, por si había un preso tuerto), mirándola, escrutándola, acariciándola con ojos como manos. No tuvo que decírmelo: ¡iba toda mojada cada vez!

Pero no volvía ver a Julieta hasta que completé un viaje por toda Cuba. No que de pronto me hubiera convertido en viajero de la isla cuando lo que me interesaba era explorar La Habana. Sucedió que tuve trabajo como surveyero, que consistía únicamente en hacer preguntas a desconocidos (esto era alarmante para mi timidez pero pagaban bien y costeaban los gastos) por la isla entera. El cuestionario era bien fácil: solamente había que preguntar por quién iban a votar los interrogados en las próximas elecciones, si conocían al ministro de Educación (presunto presidente que era en realidad quien pagaba el survey) y anotar el status social de cada entrevistado y su posible raza. La encuesta peripatética, con sus ramificaciones, es un cuento complicado, casi de Canterbury, pero voy a relatar la parte del viaje que tiene que ver con Julieta -yen esa época toda mi vida parecía tener que ver con Julieta. Compartía un cuarto de un hotel de Camagüey con Mesonero, no el dueño del hotel sino otro surveyero, grande, gordo, de mi edad, pero parecía mayor siempre que no abriera la boca. Conversando con él tarde en la noche salió a relucir inevitablemente el tema del amor -es decir, del sexo. Como Mesonero me preguntara si yo me había acostado ya alguna vez, le mentí y le dije que sí y al querer saber él cuántas veces le dije que dos y al inquirir él si era con una muchacha decente o con una puta, le respondí, adoptando el aire bragado que había aprendido en el bachillerato, que las putas no contaban. «Es verdad», me dijo Mesonero Romanos, y procedió a interrogarme cómo era ella, si se podía saber. Le respondí al curioso parlante que sí se podía y di una descripción tan vívida de Julieta que sentí su olor, oí su voz, vi sus ojos y sentí su vaga vagina precisa y con pelos. Casi tuve una erección. Al describir, escribir este retrato de Julieta me juré que tan pronto regresara a La Habana me iba a acostar con ella, costara lo que costara -y volví, vi y fui vencido.

Pero no fue tan fácil como lo cuento. Primero tuve que dar con Julieta. Para hacerlo llamé a su casa, diciendo que era de las oficinas del Instituto (el survey me había servido para poder impersonar a un personaje oficial: «Somos una firma de surveys de La Habana y quisiéramos...») y quería saber si ésa era todavía la dirección de Julieta Estévez (claro que no lo era ya, pero un arma admitida en la guerra del amor es la mentira), para enviarle una invitación a la fiesta de fin de curso. Julieta nunca llegó a terminar el bachillerato, así que no era raro que del Instituto preguntaran por ella. La voz al otro lado de la línea (me pareció que era una de sus hermanas, la única que quedaba soltera) me dijo que Julieta ya no vivía allí, que se había casado y que se había mudado para la calle Lamparilla. «¿Me podría dar su número por favor?» «Ella no tiene teléfono.» «No, digo el de su casa.» Me dio el número, me dio dos: el del apartamento y la dirección. Como sabía que Vicente, su marido, trabajaba en un banco en La Habana y pintaba los domingos, cuándo era Vincent, calculé que a las diez de la mañana no estaría en la casa pero sí estaría Julieta. Yo me puedo perder en Trinidad, que es un pueblo, pero siempre me encuentro en La Habana. Di con su dirección: ella vivía en un apartamento interior de un edificio enorme al que salvaba su aspecto de arquitectura de cajón de ser un falansterio. Toqué a su puerta con bastante nerviosismo, ya que a última hora se me ocurrió pensar que tal vez Vicente no habría ido al banco esa mañana para pintar un girasol más -pero ya estaba hecho: había tocado una vez, dos veces ahora, impulsivo, compulsivo que soy. Se demoraron en abrir, lo que me puso más nervioso y un poco desilusionado: tal vez no hubiera nadie. Pero sí había alguien. Me abrió la puerta la propia Julieta, más linda que nunca, bronceada, oro bruñido su pelo y su cuerpo, con su sonrisa más abierta y luminosa que antes, usando un delantal, ceñido por debajo de sus senos que abultaban bajo la blusa. Se había sonreído, reído casi desde que me vio, tal vez con cierto asombro, pero no preguntó cómo yo había encontrado su dirección. Tal vez le pareciera natural: muchas cosas que a mí me parecían extraordinarias le parecían naturales a ella. Me dijo solamente: «Pasa, pasa», y cerró la puerta detrás de mí. El apartamento era bastante reducido: al menos lo que yo veía, que era la sala, era bien pequeña. Ya me había sentado cuando ella me dijo: «Siéntate, siéntate». Julieta hablaba así a veces, repitiendo una sola palabra para darle énfasis: en eso era bastante habanera, aunque ella no se consideraba una habanera cualquiera y en realidad no lo era. Del montón de habaneras, digo. He conversado de Julieta con Germán Puig, que también tuvo que ver con ella (o al revés), y llegamos a la conclusión razonada de que era excepcional. Además de la importancia que tuvo en nues-

tras vidas, hablamos de sus cualidades intrínsecas (por supuesto no usamos esa palabra), los dos recordando ese pasado común marcado por la presencia de Julieta, aunque la relación de Germán con Julieta terminó tragicómicamente, en una discusión en el Malecón, años antes, Julieta aspirando profundo, como hacía siempre que estaba furiosa, y diciéndole a Germán como una maldición meditada: «Tu vida es un fraude: ya tú no lees», que es una frase feliz que Germán y yo solíamos repetir en La Habana, tiempo después, a dúo, como el colmo de la comicidad, un lema lamentable. Pero tengo que volver a esa mañana marcada con una enorme piedra blanca, Julieta entre las sábanas como un monumento memorable.

Ya me había sentado y Julieta (que tenía una escoba en la mano pero parecía más un hada que una bruja), detenida en su quehacer, divertida y al mismo tiempo atenta, me preguntó que si quería tomar café. Claro que yo quería tomar café, siempre quiero tomar café, no tomo más que café, pero ahora me estaba riendo, sonriendo, mirando a Julieta, que parecía casi estar jugando a las casitas, de ama de casa ella que era evidente que no había nacido para serlo, innata innamorata: Laura de todos los sonetos, Beatriz de todas las comedias, Julieta se fue a hacer el café y cuando volvió con una taza en la mano venta sin el delantal casero y ahora se veía mejor su cuerpo bien hecho solamente contenido por el vestido que moldeaba tan bien sus muslos y sus caderas. Tomaba el café claro y frío aparentemente saboreándolo pero en realidad calculando cuál era el próximo paso a dar, y hubo un silencio entre los dos («Pasó un ángelus», dijo Carmina en otra ocasión parecida), Julieta sentada en otro sillón que hacía pareja con el mío, a cual más feo: Vicente debió de escoger el mobiliario. Allí estaba yo, tomando el brebaje sorbito a sorbito, como concentrado en el café, pero pensando en otra cosa: en la única cosa que podía pensar frente a Julieta, en lo que había pensado aquel día que la encontré cogiendo el tranvía, pensado mucho antes cuando pisaba las uvas poéticas en el estrado del aula 2, al verla en el Instituto en otra clase, tal vez pensado antes de conocerla, cuando los dos éramos unos niños pero ella ya parecía una mujer: la muchacha más bella del bachillerato. Yo no sé en lo que estaba pensando Julieta pero ella me miraba y no decía nada. Yo tampoco decía nada. Tal vez los dos sabíamos qué era lo que se tenía que decir y por eso nos negábamos a hablar. Aunque por debajo de mi deseo estaba el miedo de que me pasara lo que me ocurrió -o no ocurrió- con las tres putas -o una puta repetida y la otra puta extra- pero de alguna manera yo sabía que no me iba a volver a pasar y de pronto me encontré pensando que iba a perder la virginidad (aunque no lo pensé en esos términos sino en forma más grosera, más graciosa) con la muchacha más linda del mundo -al menos de mi mundo, que era el único mundo posible para mí. De pronto Julieta habló y, como otras veces, me dejó pasmado con lo que dijo, pero no me hizo leer a Eliot ni explicar a Ezra Pound. Dijo: «Quieres que hagamos el amor?». Ésas fueron sus exactas palabras y así (era ella: nunca la oí referirse al sexo con las palabras vulgares, como jamás dijo una vulgaridad, y su mayor insulto, ya lo han visto, era llamar a algo o alguien vulgar).

Ahora yo no estaba seguro de haber oído bien: tal vez fue una alucinación o una forma auditiva del deseo -o efectos del café. Pero ella dijo: «¿Quieres?», repitiendo la oferta: así era ella: llevaría la iniciativa en toda nuestra relación, desde el mismo principio: tomaba la iniciativa para iniciarme. Me oí diciendo «Bueno», como si ella me hubiera brindado otra taza de café y no el ofrecimiento mayor que nadie podía hacerme en mi vida, que nadie sino ella llegaría a hacer. Julieta se levantó y abrió una puerta: era el cuarto. Entró y yo la seguí al cuarto reducido, de casita de muñecas, hecho a la medida de Julieta. No hizo una ceremonia del acto de quitarse la ropa y en un instante estuvo desnuda delante de mí, su cuerpo más bello que lo que yo había imaginado o palpado o visto por encima de sus ropas. Ella no era, efectivamente, rubia natural, y eso me gustó todavía más: si algo yo hubiera cambiado en la apariencia actual de Julieta era su pelo rubio. Ella bojeó la cama, isla cubierta, descubriéndola, quitando el cubrecama con cuidado y poniéndolo doblado sobre una silla. Ahora se acostó, mejor dicho tomó una pose: una pierna medio recogida, la otra tendida a lo largo, un brazo por detrás de la cabeza, ligeramente encogido y el otro al costado del cuerpo: se hacía aún más deseable, en un golpe de teatro y pictórico a la vez, inevitables. (Lo que había hecho pude saberlo sólo segundos después: estaba imitando a la Maja Desnuda, una maja dorada: así era Julieta, consciente del Arte aun en el momento que menos debía estarlo, el más trascendente. Aunque realmente, ésta era una iniciación sólo para mí: ella hacía rato que estaba casada y ¿quién me dice a mí que no lo habría hecho ya con otros, además de con Vicente?, pensé con celos universales.) Pero los celos no me impidieron quitarme la ropa, que hice con celeridad, es decir, con tanta rapidez como me permitían mis piernas, mis pies intermediarios. Aunque me daba pena quedarme desnudo delante de Julieta, no sólo por el pudor (convertido en sueños, en pesadillas en que me encontraba desnudo en medio de la calle), sino porque entonces era enteco y no me gustaba enseñar mi cuerpo, que me parecía quedar entre Mijares y Miari. Además, no olvidaba que Julieta estaba casada con un atleta. Hubiera preferido que fuera de noche, pero no había nada que hacer: era de día y ahí estaba Julieta, la carne de promisión, la belleza que se puede hacer propia con sólo estirar los brazos y salté sobre la cama más que meterme en ella. Hacía frío (era invierno y, aunque en La Habana el invierno es otra hipérbola, hay días en que hace un frío trinitario, con las casas preparadas solamente contra el calor) pero Julieta no parecía sentir frío en su pose casi eternizada y yo no iba a dejar de desearla aunque tiritara. (En realidad no creo que tuviera tanto frío, sino que era otra muestra del poder de los nervios sobre mi cuerpo, pero hubo otro cuerpo, el de Julieta, para hacerme olvidar del propio.) Me monté sobre ella y sin siquiera besarla, casi sin dejarla que abandonara su pose goyesca, la penetré y ella respondió enseguida, moviéndose con un movimiento que sólo años después puedo apreciar. Es entonces que caigo en la cuenta que la he penetrado, que ha triunfado el sexo, que ella me acaba de iniciar en la otra vida, allí donde vive el alter ego. Siento una enorme alegría por entre el placer que Julieta sabe darme con sus movimientos rítmicos, iguales a veces, otras encontrados, hundiéndose en mí para dejar que yo flote en ella, haciendo la cama muelle, ella ingravida o desafiando la gravedad con su

cuerpo, volviendo al trampolín iluminado desde el agua luminosa como la bañista, grávida de Jansen, levitando y de pronto se está quejando, como herida por una daga suave, gime ahora, grita ahora, aúlla ahora y por entre los alaridos me dice muy bajo al oído, acezando, susurrando, gimoteando: «¡Acude! ¡Acude ahora! ¡Acude!», y yo no sé lo que quiere, qué cosa me pide, que me maten si sé a qué cita tengo que acudir pero le digo sí (que es mi más corto asentimiento) y le repito sí y vuelvo sí y es entonces que ella reclama: «¡Acúdela toda!», y por fin comprendo: lo que ella quiere es mi eyaculación y yo de inexperto en su vocabulario se la he negado pero en un momento puedo eyacular, precoz que soy (en realidad podría haber eyaculado antes, pero instintivamente me reprimí para demorar el placer que Julieta me regalaba: lecciones de mi mano cuando masturbatoria), estoy eyaculando, eyaculo y a pesar de mí mismo me salen de la boca gemidos semejantes a los de Julieta, sólo que más roncós y estamos atrapados en un mismo amarre, los dos uno solo, girando sobre nosotros mismos sin dar vueltas, pero rotando universales. Julieta me mira y me pregunta: «¿Puedes seguir?». «Sí, claro», le digo, y ella abre los ojos y me pregunta de nuevo: «¿Sin sacarla?». «Claro que sí», le repito, y ella no dice nada pero yo debo decirle: «Aunque prefiero parar un momento», pero no se lo digo y es que quiero detenerme a registrar esta hora eterna o por lo menos duración duradera: el momento en que perdí mi virginidad y ver si ella me hizo circunciso, si perdí el frenillo en su frenesí, si me curé de mi famosa fimosis. Pero sigo encima de Julieta que ya comienza a moverse de nuevo. Como pasará siempre, la segunda vez es mejor que la primera, ahora no tan consciente de los gritos de Julieta, sólo de los vaivenes de su vulva. A la segunda sigue una tercera vez, sin sacarla, y Julieta, vagina ávida, voz baja, besos vivos, ventosa, me succiona por todas partes: miembro, lengua, labios. Cuando termino, acabamos los dos al mismo tiempo, me bajo de ella y me acuesto a su lado, tocando con el techo pero cansado. Julieta se vuelve a mí, me mira y me dice: «¿Puedes siempre hacerlo tres veces?». No voy a decirle que es la primera vez que me he acostado con una mujer propiamente, que he sido virgen hasta ahora, que acabo de tener mi bautismo de fuego uterino y le digo, tratando de sonar experto: «Así parece». «Tú sabes una cosa», me confía ella, «Vicente no puede hacerlo más que una vez». Sus confidencias me recuerdan la existencia de Vicente y su coito único me hace acordarme de la hora y me alarmo porque como no tengo reloj no sé qué hora es: ni siquiera sé cuándo viene Vicente a almorzar pero sospecho que debe de hacerlo a la hora del almuerzo.

-¿A qué hora vuelve Vicente?

-Como a eso de las doce -dice Julieta que desmiente el tiempo.

-¿Y qué hora es?

-Como las once —dice Julieta con la misma vaguedad y con idéntica despreocupación por Vicente que por el tiempo.

-Entonces mejor me voy yendo.

-Está bien -dice ella, y yo me bajo de la cama y comienzo a vestirme, impregnado del olor penetrante de Julieta. Cuando termino de ponerme la ropa la miro y veo que sigue aún en la cama: yacente, desnuda, corpus delicia.

-¿Cuándo volvemos a vernos? -le pregunto queriendo decir otra cosa, claro.

-Oh -dice ella-, cuando tú quieras. Pero ¿sabes una cosa? Me gustaría oír el mar mientras hacemos el amor.

-Bueno -digo yo-, tendremos que buscar un lugar cerca de la costa.

Julieta parece contrariada.

-No, no es eso.

-Una playa entonces -le digo yo, recordando que ella colecciona crepúsculos y conchas.

-Pero ¡mira que eres tonto! —me dice-. Yo quiero decir *El Mar*, de Debussy.

-Ah -digo yo afectando una actitud de no asombrarme de lo que diga esta mujer asombrosa que no se asombra jamás.

-¿No tienes quien te preste un tocadiscos? Nosotros no tenemos.

Es como si preguntara si conozco alguien que pueda prestarme un armario. Un tocadiscos es un mueble y el que tenían los Pino Zitto era en efecto un armario, con gavetas para las bocinas, anaqueles para los discos y un panel para el plato propio. Pero pronto pienso en Olga Andreu y recuerdo su tocadiscos portátil que es una maleta cuadrada.

-Tal vez -le digo-. También necesitamos el disco de *El Mar*.

-Claro -dice ella, como si fuera fácil. Olga Andreu se compró casualmente *El Mar* no hace mucho, cuando estaba en su fase impresionista, impresionada por Debussy pero sobre todo por Ravel, pero no menciono a Ravel a Julieta para no provocar su deseo de fornicar oyendo *El Bolero*, con un coito secuencia, el movimiento repetido in crescendo por mi instrumento hasta alcanzar el orgasmo en un tutti.

-¿Tú crees que lo podrías traer mañana? ella se refiere a *El Mar*, pero su pregunta infiere tocadiscos, disco y viajes.

-Voy a tratar -le digo.

-Sí -dice ella-, trata y nos despedimos con un beso, ella todavía tumbada en la cama, en cueros, pornográfica en vías de hacerse gráfica recobrando la pose perdida. Los celos me hacen odiar que así recibirá a Vicente.

Tuve que emplear todas mis dotes persuasivas (a pesar de que la idea de hacer el amor, como decía Julieta, oyendo el mar o mejor dicho *El Mar*, me parecía tan rebuscada como visitar el cementerio a ver tumbas, y lo intenté sólo por esprit de son corps) para conseguir que Olga Andreu me prestara su tocadiscos de paquete y el disco de *El Mar*, nuevo long playing. Ella trabajaba, propicia simetría, como Vicente, en un banco, y no podía oír música por el día y su

madre, agria, era ajena a la música y su abuela Finita sólo atendía a las reuniones de su nieta por el placer de la compañía no porque oyera las conversaciones, sorda senil. Le conté a Olga que había un pobre muchacho inválido en La Habana Vieja que estaba loco con el mar, que no veía desde su cuarto interior que era una celda de retiro espiritual forzoso y ya que no podía ver el mar quería oírlo. Todo mentira, por supuesto, menos la noción de que alguien quería oír *El Mar* en La Habana Vieja. Olga bien pudo haberme dicho que le consiguiera una caracola a este ser isleño que ahora el mar, lo que resultaría irónico pues era yo quien oyendo *El Mar* conseguía una caracola. Pero finalmente ella accedió al préstamo con la promesa formal de devolver el tocadiscos ese mismo día por la tarde, que era perfecto para mí yo no iba a dejar el tocadiscos en casa de Julieta, evidencia para Vicente. Esta petición y asentimiento ocurrió ese día por la noche y la mañana siguiente tuve que ir de mi casa en la frontera habanera al Vedado, donde vivía Olga Andreu, coger bajo la mirada de Selmira tocadiscos y disco y volver a La Habana Vieja, donde vivía Julieta. Entonces yo era tan pobre que hacer todos esos viajes casi era la vuelta a mi mundo en medio día y significaban la ruina, aunque cada viaje costara nada más que cinco centavos. Así llegué a casa de Julieta arruinado, pero no se veía en mi cara por el triple triunfo: haber conseguido el tocadiscos y *El Mar* musical y tenerla a ella aunque fuera sólo una hora (los viajes hablan consumido casi todo mi dinero y mi tiempo), a pesar de no estar los dos solos: acompañados ahora por Debussy, quien nunca se imaginó que su música fuera afrodisíaca. (Pero era más que un filtro de amor: en la carta que Julieta me escribió desde su luna de miel me decía: «Tú dices que el arte es mentira. ¿Es mentira el mar?», y aunque ella lo había escrito en minúsculas y no lo había subrayado, ahora estaba seguro de que ella se refería a *El Mar*, de Debussy.)

Cuando ella me vio entrar, solitario rey mago fuera de temporada, cargado de tocadiscos y disco (las portadas de los discos eran muy discretas, de uniforme azul marino, y solamente el título de la obra, del autor y del intérprete en letras legibles) que ella sabía que era el mar metafórico, sonrió su sabrosa sonrisa de dientes parejos. «De manera que lo conseguiste», me dijo, no me preguntó. «Así parece», dije yo siguiendo el consejo de Oliver Hardy a Stan Laurel y tratando de ser nonchalant. Enseguida me hizo pasar al cuarto y comenzó a hacer lugar al tocadiscos en su mesita de noche. Había un tomacorriente junto a la cama pero enchufar el tocadiscos no era todo. ¿Cómo funcionaría? Yo había visto a Olga Andreu hacerlo andar con pericia fácil pero estaba en su casa para oír no para mirar y nunca presté atención a cómo funcionaba el aparato y la noche anterior se me olvidó preguntarle. Ahora tenía que parecer experto ante Julieta, mientras escrutaba la superficie hermética del tocadiscos (ya fuera de su estuche pero no menos impenetrable) y veía los diversos botones cibernéticos y la espiga donde colocar el disco en una cúpula mecánica, sin apenas entender nada. Pero siempre viene el azar amoroso en rescate del buen amante: coloqué el disco en la espiga y accioné una de las manijas que rodeaban el plato y el brazo con la aguja vino a reposar preciso en el borde del disco y en un momento empezó *Del alba al mediodía en el mar*. Pero en el recuerdo yo no oigo ni el menor juego de olas: soy sólo ojos al volverme y encontrarme a Julieta desnuda, no en la cama, no una mujer ni una maja, sino detrás de mí pero parada con una pierna delante de la otra, enalteciendo sus curvas, sus caderas suaves y a la vez destacadas, sus senos no grandes sino del tamaño perfecto para su cuerpo y al mismo tiempo redondos y parados y su cara bella (no tan hermosa como en el momento del orgasmo, como pude observar ayer, como observaré hoy, observador neutral que puedo ser en medio de toda hostilidad, aun en el combate amoroso, cuando sus ojos se iluminan y se rasgan, su cara se distiende y sus labios abultan y toda ella cambia en una belleza bárbara, ella que es la más civilizada de las mujeres, cuando conversa, en estado de reposo) y me dice: «¿Vamos?», y en menos tiempo que me cuesta decirlo, a pesar de que soy a veces tartamudo, me he quitado la ropa y abrazo a Julieta de pie y juntos caemos en la cama, besándonos como nunca antes nos habíamos besado, yo encimándome sobre ella, ella buscando mi pene con su mano, dirigiéndole, colocándose y con un movimiento de cadera introduciéndoselo como un supositorio sólido, y comienza a moverse como ayer, mejor que ayer, haciendo como si flotara en la cama que no es para ella una resistencia a la gravedad sino un medio propicio, otro mar, y yo siento que me voy a venir pero contraigo el vientre, pliego el plexo, retraigo el pene y la sensación inminente pasa, hasta que ella vuelve con sus movimientos de vaivén, de retracción y avance, una marea, y hoy ella no grita como ayer porque claro está oyendo *El Mar* pero yo no oigo absolutamente nada como no sea la sangre laténdome en las sienes y ahora sí es el momento de la gran venida, que no puedo reprimir más allá y ella siente, por encima o por debajo de *El Mar*, que ya me estoy viniendo y comienza a apresurar su orgasmo sin decir una palabra, sin alaridos de alerta, sin gemidos guturales y lo estoy sintiendo y aunque es muy temprano en mi vida sexual para saber el valor del orgasmo de dos, estoy todavía viniéndome cuando ella goza su venida, que ondula la superficie de la cama y aparentemente todo el cuarto y para mí todo el mundo, el universo, que se agita, se mueve en olas, se expande en ondas hasta el infinito. Cuando terminamos, cuando las ondulaciones han acabado y solamente me queda un latido en el pene flácido, pero aún dentro de ella, Julieta dice debajo: «¿No es Debussy maravilloso?» y casi puedo jurar que ella no se ha acostado conmigo sino con el viejo Claude Achille, fallido marino, triunfal Neptuno, dios de *El Mar*.

Luego ella insiste en oír una vez más *El Mar*, que ahora no le provoca efluvios eróticos sino mero éxtasis musical, pero a mí me preocupa esta audición extra porque son mucho más de las once y Vicente debe de estar ya en camino y va a ser difícil que crea que los dos desnudos estemos solamente oyendo *El Mar* en la cama. Se lo digo a Julieta (parte, no todo) y ella abre las ventanillas de la nariz y respira profundo, síntoma de molestia más que de hedor, y me dice: «¿Quieres dejarme oír EL MAR tranquila», y las mayúsculas son por su énfasis exagerado y claro que la dejo oír *El Mar* en su orilla de la cama, pero mientras lo hace me estoy vistiéndome, poniéndome la ropa y alistándome para salir del cuarto y del apartamento y de La Habana Vieja lo antes posible. Afortunadamente *El diálogo del viento y el mar*

termina, como todas las conversaciones, en el silencio, pero todavía no se ha acabado la coda, sin esperar sus aplausos vehementes, cuando estoy quitando el disco del aparato, el plato aún girando, devolviéndolo a su sobre, cerrando el tocadiscos portátil, sacando su enchufe y guardando el cable en el compartimiento ad hoc. Mientras, Julieta está aún en un éxtasis que a mí me gustaría que fuera sexual pero que es estético, y efectivamente ella dice: «Es una lástima que tengas que llevártelo», y no se refiere a *mi* pene, por supuesto, ni al tocadiscos ni al disco sino a *El Mar*. «Sí», le digo yo sin afirmar que es una lástima, «pero no hay nada que hacer», como si separarse de *El Mar* fuera una enfermedad fatal. «De todas maneras», dice ella, «muchas gracias». Y mientras yo me pregunto si las gracias son por mi performance o la de la orquesta, sabiendo que ella debe referirse a *El Mar*, le digo: «No, gracias a ti», y debí agregar gracias por haberme permitido acostarme por primera vez con una mujer, gracias por tu belleza, gracias por haber repetido esa ocasión que será única, que recordaré toda mi vida, que agradeceré siempre, que lo estoy haciendo todavía ahora cuando ha pasado más de un cuarto de siglo de esa iniciación inigualable. Pero algo de profundo agradecimiento debe de haber en mi voz, cuando ella, todavía desnuda en la cama, me sonríe con esa hermosa sonrisa suya y dice: «Una gracia por otra». Pero la presencia de Vicente es abrumadora y ya lo siento llegando a la puerta, abriendo, entrando y tengo que decirle a Julieta: «Me voy». Y ella dice: «Ya lo sé». Y yo le pregunto: «Cuándo nos volvemos a ver?». «Mañana si quieres.» «¿A la misma hora?» «Sí.» «Está bien. Te veo mañana», y esta vez me inclino sobre su cuerpo desnudo para darle un último beso. Tenía intención de que fuera un beso suave, de despedida, pero Julieta lo convierte en uno de esos besos suyos que son como devoraciones.

Al otro día recibí una lección. (Hablando de aprendizajes: la asistencia a clases a la Escuela de Periodismo es cada vez menor: estoy dejando detrás los estudios por Julieta, tanto como los dejé antes por las artes, por las lecturas, por la literatura: ésta es otra educación.) A la mañana siguiente estuve de nuevo en el exiguuo (¿pero cómo puedo hablar yo de exigüidad?) y sombrío apartamento de Julieta (y de Vicente: eso no lo olvido nunca), haciendo el amor, como ella dice, no singando como prefiero decir yo. Después de la primera vez ella me dijo, con uno de sus suaves eufemismos, con su horror a la vulgaridad, dijo: «Bésame abajo». Era la primera vez que me zambullía en este beso buceo y aunque yo había leído en novelitas pornográficas detalles minuciosos de esta operación oral nunca habla tenido la menor experiencia en ella, y haciendo caso a Julieta dejé de besarle la boca para bajar entre sus senos, resbalar sobre su vientre y más abajo donde fui a besarla, literalmente, y me encontré con una humedad inesperada (aun para ella, siempre mojada, pero ahora estaba anegada) y un fuerte, desagradable olor a semen. Subí súbito, buzo con calambres, a la altura de su cara, que era la superficie de mi amor. «¿Qué pasa?», preguntó ella notando mi mueca. Yo, cuidándome de decir una vulgaridad que pudiera herirla, no le dije que estaba lleno de leche o sucio de semen, sino que le expliqué: «Está muy húmedo». «¿Y qué?», preguntó ella casi amenazadora. «No huele bien.» Entonces ella separó su cara, aspiró hondo y me miró con la expresión que debió de mirar a Germán Puig en ese pasado pluscuamperfecto cuando le dijo: «Tu vida es un fraude. Ya tú no lees», para decirme: «Querido, el amor es húmedo y no huele bien». Todavía debo darle las gracias a su franqueza que se señalaba las diversas formas táctiles y olfatorias que toma el sexo y me ayudó a superar una aversión, atavismos del pueblo. Pero en ese momento le agradecí más que se levantara y fuera al baño. Cuando regresó era evidente que se había lavado porque me dijo: «Prueba ahora». Probé, pero mi lengua se ha hecho para hablar y, aparte de la excesiva saliva, al instante tuve un pelo, apropiadamente llamado pendejo, largo, entre los labios, dentro de la boca, atravesado en la garganta como una espina suave obligándome a hacer ruidos odiosos, groseros en sociedad, y retiré mi cara de su máscara para ver, enormes a mis ojos miopes, los grandes labios y el clítoris y recité: «Señora, hay dos leopardos pardos debajo de un junípero», antes de ponerme la barba de nuevo. Su sexo, su vagina nada amenazante, su vulvo: vulgo, bello bollo habanero, el primero que veta abierto, abriéndose para mí, acogiéndome como una casa, invitándome a entrar. Comencé a besarla, pero ella desde arriba me indicó precisa: «Usa la lengua». La usé y ella comenzó a moverse como si tuviera mi miembro dentro, retorciéndose, volviéndose sobre sí misma y en un momento, al descansar, rocé su clítoris accidentalmente y ella gritó: «¡Así! ¡Ahí!». Yo volví a rozar el clítoris con mi lengua, rodeándolo, dándole vueltas, frotándolo, y ella comenzó a gemir, a gritar sin palabras pero dirigiéndome con sus manos en mi cabeza en la operación de frotar mi lengua dura contra su clítoris, badajo para campana, hasta que todo estaba húmedo por mi saliva y luego por su esmegma, que brotaba de todas partes y salía fuera, fuente fragante porque olla tanto como manaba pero era un olor dulce, intenso, pero nada molesto como el hedor de lejía del semen, detestable aunque propio. Ella gimió gutural, se retorció y me levantó la cara con su vulva vuelta y dijo: «¡Sí! ¡Así!» muchas veces seguidas -y finalmente se quedó quieta, totalmente inerte. Fue entonces que supe que se había venido y, como nunca le he encontrado sentido a besar un cadáver, dejé de frotar mi lengua contra su clítoris. Pero una voz dijo: «Ven arriba». Era ella que había resucitado. «Ven adentro», me ordenó con una voz que era autoritaria por entre su languidez. Como mi primer maestro fue una maestra, la obedecí para subirme por ella sobre ella y aunque se veía lánguida y estaba estirada con los brazos a lo largo del cuerpo caído, me recibió con un estremecimiento, que al momento se volvió movimiento, y antes de que tuviera tiempo de asombrarme de lo pronto que se había recobrado, sus caderas huyéndome y buscándome, su vulva resbalando hacia atrás y hacia adelante alrededor de mi pene desnudo, su vagina envolvente acogiéndolo, adoptándolo, adaptándolo, los dos unidos por ese otro cordón umbilical, moviéndonos al unísono, como la madre con su hijo en el vientre, mi feto fanoso fundido a ella, y en esta fantasía estaba cuando conseguimos el orgasmo conjunto, delicia a dúo, en la que ella me daba finalmente a luz.

Quedé derrumbado en la cama, como recién nacido y a la vez tumbado a su lado, muerto, yerto, inerte por esa lasitud que da todo post coitum, naciendo adulto, y que yo sentía por primera vez: nací de nuevo y nací muerto.

Traduciendo del francés como Julieta, era la primera vez que gozaba, sufría, experimentaba esta muertecita. Antes todo había sido un continuo singar, una vez tras otra, pero hoy alcanzaba ese cantado cansando que casi me hacía dormir, despierto solamente por la conciencia del regreso de Vicente y pensando en Vicente casi me dormí para medio despertar todavía pensando en Vicente: el sexo había sido una sesión, ésta de Vicente era una obsesión y como ella me había dicho en su carta programa, en una frase infeliz, hablando de Van Gogh: «¡Pobre Vincent!», acababa de descubrir que me daba pena con Vicente. Así me levanté y me despedí y me fui con una sabiduría nueva: la lección de amor que me había dado Julieta, la experiencia de mi nuevo nacimiento, pero también con tristeza: la idea de que engañaba a Vicente -aunque, después de todo, ¿qué me importaba a mí, amigo lejano, si Julieta engañaba a Vicente o no? Nada, me dijo mi censor, y así fue como pude enfrentara Vicente, su compañía, mirarlo a la cara y no traicionarme.

Ocurrió que se mató María Valero, que era una actriz famosa de la radio, muy querida por damas, amas de casa y otras cubanas, por los novelones en que actuaba. Yo la había oído muchas veces y aunque tenía una voz bella no me parecía nada extraordinaria como actriz, pero mi madre creía que era Eleonora Sarah Duse Bernhardt pasada por radio. Para su gracia inmortal María Valero murió de manera trágica. Había ido, de madrugada, con un grupo de actores (entre los que estaban María Escalante y Orlando Artajo, especialista en cuerpos celestes) a ver un cometa que volaba lento sobre La Habana a esa hora y escogieron el Malecón para ir a encontrar lo que los periódicos llamaron el «cometa de la muerte». Al cruzar la avenida desierta apareció de la nada -o desde el destino- un carro a toda velocidad. El grupo de actores se dividió por el pánico y quedó a un lado de la calle el número mayor de peatones y al otro María Valero sola y el chofer dirigió el auto, aparentemente sin control, hacia donde había menos gente, donde apenas había nadie excepto por esta mujer de pelo negro, vestida de negro, casi invisible en la noche. La máquina la arrastró más de cien metros y, según Orlando, se oían sus huesos estallando como disparos, su muerte sonora como su vida radial. Hubo una suerte de conmoción nacional y en la emisora CMQ decidieron rendirle homenaje póstumo pero macabro: consistió en hacer un programa radial en que María Valero hablara por última vez y el discurso de ultratumba estarla compuesto por muchos pedazos de grabaciones dramáticas de la actriz. Este programa fue anunciado insistentemente por la emisora. Julieta, que conocía a la actriz, actriz ella misma, quiso oírlo, pero ella no tenía radio y me pidió venir a casa. El aparato nuestro era viejo y peor aún, dado a las más extrañas emisiones, dejándose oír cuando quería y perifoneando claro cuando menos uno lo esperaba. Pero le dije a Julieta que sí, que podía venir a casa. A mi madre le pareció bien que ella viniera: yo le había dicho que Julieta era actriz y ya se sabe que a mi madre le encantaban los actores, en el cine, sobre la escena y por radio -pero especialmente en persona. Junto con Julieta vino Vicente.

Cuando llegó la hora del programa, encendimos el radio y se oyó muy clara la presentación, con un eco que resonaba no desde la emisora sino del otro lado de la laguna Estigia. Pero no bien tomó la palabra desde el más allá Marta Valero, el radio, mal médium, empezó a emitir unos extraños ruidos, gorgoritos, frituras, zumbidos: toda la gama, pero la voz de ultratumba apenas se oía: fue una media hora de ruidos parásitos y una que otra intervención extraña de María Valero. Al fin se acabó el programa y terminó la tortura radial -pero comenzó otra forma de ordalfa. Vicente hablaba conmigo de paletas y pinceles y pintores, y yo me esforzaba en mirarlo cara a cara mientras conversábamos. Para colmo, Julieta, a quien gustaba jugar con el peligro, había cruzado las piernas y dejaba ver un pedazo de muslo desnudo, luego descruzó la pierna lujuriosa, y al hacerlo me pasó el pie por toda la pantorrilla, deliberadamente, su zapato rozando fuerte mi pantalón. Yo creta que todo el mundo en el cuarto se había dado cuenta de lo que ella había hecho, pero afortunadamente nadie advirtió nada, mientras Vicente seguía hablando de pintura. Por fin, después de un penoso momento en que Vicente casi confesó que estaba pensando dejar el banco para dedicarse a pintar todo el tiempo -«No quiero ser un pintor de domingo toda mi vida», Julieta y Vicente se despidieron. Mi madre me dijo, como colofón de la visita: «Es muy bien parecido el marido de Julieta», y sentí unos celos bienvenidos porque me permitieron olvidar el embarazo de su presencia. Al día siguiente fui a casa de Julieta, como siempre. Le hablé, mientras se desnudaba, de mi incomodidad de la noche anterior «Sí», dijo ella, «ese radio no funciona nada bien». Tuve que hablarle claro y decirle que no hablaba del radio sino de que yo estuve amoscado ante Vicente y que ahora mismo me sentía culpable. Dejó de desvestirse para mirarme: «¿Culpable de qué?». «De lo que le hacemos a Vicente», le dije. «Es una canallada.» Ella aspiró profundo, y cuando pensé que me iba a apostrofar, decirme que ya yo no escribía, que mi vida era una falsificación, me dijo: «El amor no tiene moral». Me calló, con aquella respuesta, y no contenta con enmudecerme, añadió: «Pero ya que te sientes así, creo que debes irte», y comenzó a vestir su cuerpo ahora declarando que la moral no tiene amor. Supe que mis escrúpulos me iban a privar de mi vida con Julieta, que era lo mejor que me había pasado en mi vida, y no me moví. «Si no te vas», dijo ella casi vestida, «es que eres un hipócrita». Esta vez ella tenía toda la razón: yo sentía escrúpulos en acostarme con Julieta y al mismo tiempo lo que más deseaba en el mundo era acostarme con ella. «¿Por qué debo irme?», le pregunté, creyendo que ella estaba enojada conmigo. «Es bien claro: por Vicente. Tú te sientes culpable por lo que le haces a él, entonces debes dejar de hacerlo.» Decidí una variante ladeada: «¿Y tú no te sientes culpable?». «¿Yo?», dijo ella, luciendo verdaderamente asombrada. «¿Por qué me iba a sentir culpable? Vicente no es suficiente hombre para mí en la cama. Lo más natural es que busque mi satisfacción con otro.» Su lógica es irrefutable, dijo mi censor, ¿por qué otros demonios tuviste que hablar de Vicente? Ahora tenía que irme, no forzado por mi censor sino por compulsión de mi orgullo. «Bueno», le dije, «me voy», más triste debí añadir pero también más tranquilo -y me fui, dudando sólo un momento ante la puerta para ver si ella me detenía, tenía algo que decir. Pero no dijo nada que me detuviera.

¿Pero cuánto duró esa tranquilidad? Ya al otro día me sentía intranquilo recordando, viendo ese cuerpo desnudo cubierto de deseo. No era amor lo que yo sentía por Julieta sino deseo. Una diosa era el nombre de mi deseo. No tardé en volver a venerar esa diosa venérea. Pero la próxima vez que volví a ver a Julieta no me aguardaba el amor sino el asombro. Ella no me esperaba porque fui de mañanita, pero en vez de su extrañeza produjo la mía propia. Me encontré con otra visita más temprana que la mía. Allí en su sala, sentado en un sillón estaba Max Maduro, que me saludó con una sonrisa suspicaz. Max Maduro era un viejo comunista, mejor dicho, no era viejo (aunque sí mucho mayor que yo) ya que pertenecía a la juventud del partido. No recuerdo dónde lo conocí, tal vez fuera en el periódico *Hoy*, o tal vez preparando la toma de Nuestro Tiempo por asalto hegeliano. Lo cierto fue que mi molestia por encontrármelo en la casa de Julieta (que había creído mía sola, después de Vicente) se extendió en una discusión sobre las virtudes del partido ortodoxo y Eddy Chibás, que Max Maduro ganó nada más que con usar su tono tranquilo, su dialéctica de partido, pausado, preparado para el poder, y yo perdí al perder el control de mí mismo, casi gritando como Eddy Chibás con su histeria histórica. Pero no era la política lo que estaba en juego, por supuesto, no quien era amo de las palabras sino siervo de Julieta. Al entrar había observado una mancha en el labio de Max Maduro y podría jurar que esa mácula se extendía hacia abajo, que era una gota lenta de sangre y nadie se afeita el labio por muy inferior que sea. Ya yo conocía la manera de besar de Julieta como para ignorar que ese coágulo surgió de una mordida: en una frase, que se volvía una imagen perturbadora, yo los había sorprendido infraganti, delegado de Vicente. De esa comprobación venla la rabia que tenía, que no podía contener y que me hizo mostrarme como un imbécil político delante de este hombre que no era contendiente para mí en una discusión, ni él ni su ideología ni su dialéctica rígida. Por otra parte, además, ¿por qué mostrar tanta simpatía, hasta apoyo, por el partido ortodoxo cuando ni siquiera Eddy Chibás, con su locura sin método, me importaba realmente? Era, como hubiera dicho Julieta, la huella de un beso lo que me desquició, me hizo un doble erótico de Chibás político. Tan arrebatado estaba que ni recuerdo cómo salí de aquella casa, pero debí irme odiando a Marx Maduro y todavía odiando más a Julieta, doble engañadora, de su marido y de su amante. Pero yo no podía odiar a Julieta mucho tiempo porque ella era el amor —era la diosa del deseo.

No recuerdo cómo volvimos, es decir cómo volví yo solo. Solamente sé que se organizó un encuentro en tierra de nadie pero territorio del amor. Julieta quería ir a una posada tanto como quiso en el pasado ir al cementerio y oír *El Mar* mientras amaba. A mí me parecía tirar el dinero (que por otra parte no tenía: era como derrochar la nada) cuando tan bien se podía estar en su casa, ahora que había vencido el miedo al regreso repentino de Vicente. (A eso por lo menos me ayudó la polémica inmadura con Maduro: al estar allí media mañana discutiendo como si estuviéramos en el parque Central o en una oficina del partido, me convencí de que se podía hacer de todo en casa de Julieta con impunidad: hasta el amor. Vicente jamás desbancharía a destiempo: ¿qué mejor prueba que aquella discusión, cómo imaginarse la cara de Vicente al regresar repentinamente del banco y encontrarse su casa convertida en local de una convención política?) Pero Julieta insistió (sus deseos son mis órdenes, oh diosa) y tuve que complacerla. Debí pedir dinero prestado y aunque una posada no costaba mucho (casa de citas, insistía en llamarlas Julieta) cualquier cosa era mucho para mí entonces, pobre periodista en ciernes. Fuimos a la posada (Julieta me dejó escoger a mí y yo escogí la fabulosa —estaba en todas las fábulas sexuales de la época— posada de 2 y 31) por la tarde, no muy tarde. Caminamos desde donde nos dejó la guagua en 23 y Paseo. Nos bajamos discretamente para no dar nada a sospechar y paseamos Paseo arriba hasta encontrar como por casualidad (las precauciones eran propias, Julieta tenía otras ideas sobre el deseo y la decencia) la calle 31, que a esa hora, bajo ese sol, reverberaba, el polvo hecho arena reflectora, las aceras espejos tumbados. Cerca del portón de la posada había un grupo de muchachones, mirones, evidentemente fichando a todo el que entraba y salía —sobre todo a todas. Pero Julieta caminó muy reina las pocas cuadras hasta el edificio encantado (para ella) y pasó soberana por la entrada grande de automóviles y hasta fue conmigo a la taquilla (¿es ése el nombre?) para pedir el cuarto, sin quedarse detrás discretamente como me hablan instruido que debían hacer las mujeres según la convención amoratoria habanera. Nos dieron un cuarto abajo y entramos, ella primero, yo primerizo. Julieta recorrió la habitación no sólo con su mirada sino que caminó por ella, como si midiera su exacta simetría, revisando cada rincón, separando los cortinones que impedían la entrada de la luz de la tarde violenta, yendo al pequeño baño, abriendo las llaves de agua, regresando al cuarto: una inspección completa, mientras yo esperaba que ella se quitara la ropa. Pero en vez de desnudarse se reveló: «Tú sabes», me dijo, «yo nunca había estado en una casa de citas». Hecha por Eliot, debí decirle, pero me sorprendió y más que sorprenderme me agradó: era violar una virginidad con ella. Franqueza que me llevó a mi vez a preguntarme cómo Vicente no la había llevado a una posada y respondiéndome yo mismo que me olvidaba que ella reservaba su virginidad para el matrimonio y volviéndome a preguntar dónde se había acostado con Félix, sin hacer nada, respondiéndome que inFélix tal vez tuviera escrúpulos en llevarla a una posada, añadiendo que era tal su pobreza que quizá no pudiera permitirse una posada —en esas preguntas y respuestas estaba cuando oí una orden en una voz dulce, bien educada pero perentoria: era Julieta, no los espíritus, que me decía no vas a venir y vi que ella se habla quitado toda la ropa (no llevaba mucho esa tarde calurosa: sólo sostén y una bata) y se había acostado en la cama, completamente desnuda, menos maja que mujer. Me pregunté cuándo se habría desnudado pero no perdí tiempo en contestarme y me un(a ella, minoría absoluta, poniendo en práctica in corpore toda la teoría que ella me había enseñado. Esta vez Julieta (a quien le gustaba quejarse, no lamentarse sino exclamar en éxtasis) soltó las amarras no bien empezó mi lengua lábil, hábil ahora, a rozarle el cuerpo, y comenzó a navegar por otros mares de locura: a quejarse, a suspirar hondo, fosa sin fondo, y de allí pasó a gemidos, luego a alaridos, después a aullidos, y mientras se revolcaba haciendo más difícil mi labor, maullaba a todo pulmón, gato gutural, sus gritos llenando el cuarto y ululando en todo el uni-

verso, colmando el cosmos. Fue por estas causas de coloratura, que no oí que tocaban sino cuando el toque se repitió dos, Dios sabe cuántas veces y se hizo un tumulto junto a la puerta que nos despertó a los dos. Julieta dejó de perifonear desde el más acá y yo fui a abrir a ver qué pasaba. No eran los bomberos, era el hombre de la taquilla, el encargado, el posadero que en voz muy baja (cualquier sonido humano era bajo después de los alaridos astrales de Julieta), me dijo que si no podíamos hacer menos bulla -y esa petición me sorprendió de veras porque en aquel lugar debían estar acostumbrados a esta clase de ruidos románticos, pero al mismo tiempo no me sorprendió después de todo, considerando que los aullidos amorosos de Julieta bien podían acabar de establecer un récord de decibelios en la casa de cuitas. Cuando volví a Julieta no le expliqué lo que pasaba a su pregunta: «¿Qué ocurre?», sino que le dije: «Nada, un error», cuando debía haberle dicho: «Todo, un horror». Juego semántico del que me sacó la sonrisa de Julieta, que no era un comentario a lo sucedido sino una expresión que guardaba hacia rato, antes de cerrar la puerta, y me dijo: «Me ha ocurrido». No entendí sino hasta que continuó: «Sola, yo sola. ¿Sabes por qué?». No, le dije, asombrado ante su declaración: sabía que Julieta podía ser turbadora pero no masturbadora. Pero el orgasmo no se lo habla procurado la mano sino la mansión: «Es este lugar», me dijo, «me excita. Desde que entré estaba mojada. Me excita la idea de saber que este edificio está hecho exclusivamente para el acto de amor, que los que vienen aquí vienen nada más que a hacer el amor, que todo aquí está organizado para estar un rato haciendo el amor. Es la arquitectura en función del amor!». Esa declaración era típica de Julieta por esa época. Nunca le dije que nos habían llamado la atención los posaderos. Supuse que era la primera vez que pasaba. Luego pensé que Julieta había gritado tanto para establecer su estancia en la posada -¿o tal vez fuera para excitar a los otros huéspedes? (¿Se puede llamar huéspedes a los que van a una posada? No sé. Yo no tengo otro nombre que darles, pero vagamente me parece que huéspedes no es el término adecuado. Tal vez Julieta con su dominio de la nomenclatura amorosa supiera qué nombre darles, darnos. Pero nunca le pregunté.)

No sé cómo me supe pensando (un dedo sobre la frente, la mano en la sien, el pulgar en la mandíbula) que yo debía estar leyendo demasiado a D. H. Lawrence. (De hecho, Julieta me prestó, cuando todavía vivía en pecado con sus padres, la traducción de *El amante de Lady Chatterle*, libro que era muy difícil de conseguir entonces en La Habana. Hoy pienso que ella me lo procuró como afrodisíaco, pero en ese momento creí que era su interés por la literatura inglesa. Aunque su comentario cuando le devolví el tomo podía ser o no ser literario. «¿No es verdad que es poderoso?, me dijo. Después de iniciarme ella yo me di a buscar todo lo que escribió Lawrence que estuviera traducido al español, ya que era más fácil conseguir libros en español que en inglés: no había ninguna biblioteca circulante en inglés que yo recuerde en La Habana y sí había por lo menos una que circulaba libros en español -Lawrence en el Lyceum. Leí todo lo viable, hasta las cartas de Lawrence, profeta postal.) Tal vez yo estuviera excesivamente influido por Lawrence o no, lo cierto es que, sin estar verdaderamente enamorado de Julieta, le dije un día que nos fugáramos, que nos fuéramos a una isla desierta (en este caso, en Cuba, ya una isla, debía ser un cayo callado), a vivir en comunión con la naturaleza, abandonando La Habana y sus cosas vanas. No sé si por esta página ya ustedes me conocen, pero si me conocieran sabrían que soy incapaz de sobrevivir no en una isla (o cayo) desierta, sino siquiera en la ciudad sin auxilio de la familia, que yo, a pesar de mis orígenes obreros, de la pobreza de entonces, de la miseria más bien, soy un hijo de mamá, refugiado en casa al menor contratiempo, metido en la cama temprano. Pero también soy arriesgado en teoría y a lo mejor me hubiera ido con Julieta a una isla -a un cayo desierto. A Julieta esta proposición escapista tuvo la perpleja virtud de devolverla a la realidad de la cama. Se apoyó en la almohada, saliendo por debajo de la sábana, sus senos islas colmadas de carne flotando doradas por sobre el borde blanco, la espuma de Venus, y me dijo: «¿Tú estás loco?». «No, loco, no», le dije. «Simplemente enamorado.» Ella no atendió a la expresión amorosa sino a la impresión anterior: «Solamente a un loco se le ocurre semejante idea. ¿Una isla desierta? ¿Tú sabes lo que estás diciendo?». «Bueno, sí. Irnos, los dos, a una isla desierta.» «¿Cómo? ¿Nadando?» Sospeché que ella sabía que yo no sabía nadar. «No, caminando sobre las aguas. ¿Tú no crees en los milagros?» «Tú no estás bien de la cabeza», me dijo ella, y con ese diagnóstico fue verdaderamente que empezó nuestra separación aunque, pensándolo bien, nunca estuvimos juntos: sólo nos unta el sexo: mi pene, mi lengua, mis brazos: mis miembros- y aunque entonces yo pensaba que podía unirnos el amor, creo que habría aceptado esa idea si alguien la hubiera propuesto. «A ver», dijo Julieta, lógica., «¿qué íbamos a hacer nosotros en una isla desierta que no podamos hacer aquí en la cama?» El argumento era irrefutable (es más, podría ella haber añadido que en la cama yo podía hacer algo que no sabría hacer en una isla desierta: nadar), pero, discutiendo que soy, se me ocurrió un contraargumento: «Estar todo el tiempo juntos». Por la mirada de Julieta supe que ella me iba a decir que no quería estar todo el tiempo junto a mí. Pero dijo: «Aquí podemos estar mucho tiempo juntos los dos», explicando casi como una maestra de los obreros, cosa que odio. «Si tú quieres puedes venir también por las tardes.» «¿Y las noches?», pregunté yo, totalitario. «Eso deja solamente las noches fuera y por las noches se duerme.» Ella, por supuesto, no me iba a hacer creer a mí que, ella de noche nada más que dormía, quiero decir que las noches eran empleadas por ella (y por Vicente) solamente en dormir. Se lo dije: «¿Y tú empleas las noches sólo para dormir?». «Claro que sí», me dijo ella con Vicente, convincente. Pero le dije: «No te creo». «Además», dijo ella continuando su argumentación sin admitir mi negación, «cómo íbamos a vivir? Si ni siquiera aquí en La Habana Vieja tú puedes mantenerme. ¡Una isla desierta!» Esto último no lo dijo con sarcasmo sino que le salió como un suspiro después de aspirar profundo y casi exclamar: «¡Tu isla es un fraude!». Pero a mí me sonó sarcástico y zumbón: es que en ese momento, con mi idea de la isla desierta flotando en la mente, Laputa tropical, había perdido toda noción del sentido de las palabras, completamente desorientado. Más particularizado, habla perdido el oriente de las preciosas palabras de Julieta. «Además»,

dijo ella con un además de más, «aunque pudiéramos vivir en una isla desierta, yo no quiero vivir en una isla desierta.» No dijo: «Y punto» o «Punto final», o el habanero «Sanseacabó», pero así sonó de definitiva. Y esa mañana me habría quedado yo sin mi cuota de carne si no fuera porque la proposición de irnos a una isla desierta se la hice precavido después de hacer el amor, como decía ella, no antes.

Pero esta discusión no puso fin a mi relación con Julieta, lo hizo el hecho real de que ella cambiara de casa y una sabiduría de nación falsa. Se mudó a la calle 28 casi esquina a 23, y allá fui a visitarla por última vez una tarde. No fue como al principio una de las mañanas de frío en La Habana Vieja, con sus calles estrechas, sombrosas, sinuosas, sino la tarde calurosa de El Vedado, con sus rectas avenidas anchas, soleadas, demasiado expuestas al sol. El apartamento -mucho más espacioso que el de La Habana Vieja- quedaba en un primer piso, y cuando toqué el timbre (había timbre eléctrico, no el timbre torcido de casa de Catia ni los tres toques teatrales -«Es el destino que llama a Beethoven», habría explicado Queta- en la puerta del anterior apartamento), Julieta vino a abrirme: estaba vestida, como la primera vez que la visité, con un delantal, pero había una diferencia ahora. No llevaba otra ropa que el delantal que la cubría del ombligo abajo hasta casi llegarle a las rodillas y ése era todo su vestido. Arriba estaban exhibidas sus tetas torneadas, y cuando cerró la puerta y se dio vuelta, estaban expuestas sus nalgas nudas. Me pregunté qué habría hecho uno de los obreros que construían un enorme edificio en la esquina de haber tenido acceso al apartamento de Julieta, tocando el timbre, y la maestra seguramente abriendo la puerta llevando nada más que esa hoja de parra paródica, como hizo conmigo. Pero el despliegue físico acompañado del toque doméstico del delantal era para mí: ella me esperaba. «Perdona un momento que enseguida termino», me dijo. «No te esperaba tan temprano.» Ella no me esperaba -entonces estar vestida o desvestida así no era más que una reacción al calor de la tarde, exorcizando el estío. «Está bien», le dije. «No te preocupes. Termina con calma.» En el cuarto ella iba y venía hablando de Miguel Ángel, aunque bien podría haber hablado de Rafael o de Leonardo porque no atendía a sus palabras pictóricas. Me senté a verla trapear, pasando el trapo mojado sobre las losas del piso y venir casi hasta mí y darse vuelta para mostrar su culo redondo, dobles esferas trucas que contemplé por espíritu de geometría. Al fin terminó. Es decir, se quitó el delantal en señal de que habían terminado sus labores domésticas y podían comenzar sus trabajos de amor. Vino hacia mí y se paró frente a mi cara, completamente desnuda. «Ven para el cuarto», me dijo, cuando di señas de ser capaz del coito sur place, como decía Silvio Rigor.

Tienen esta superstición sexual los habaneros, aparentemente respaldada por los hechos o los mitos, de que fornicar acabado de comer puede conducir a una embolia segura y tal vez a los estertores y a la muerte. La Habana me habla adoptado, fue por esto que me vi obligado a decirle a Julieta: «Acabo de almorzar, pero vamos», y fue como si hubiera mencionado una charla con el diablo en casa del cardenal. «¿Qué?», exclamó preguntando Julieta. «¿Tú no te vas a acostar conmigo acabado de comer!» «Pero si no tiene importancia», le contesté. «¿Que no tiene importancia? No, mi vida, de eso nada. No te me vas a quedar muerto en los brazos.» Yo creía que ella, en su súbito acento habanero, lo decía con amor, cuidadosa de mi salud, vigilante de mi vida. Pero añadió: «Yo no corro ese riesgo». Fue en esa frase fatal que vi que a ella le importaba poco que me muriera, con tal de que no lo hiciera en su cama: la verdad fue más brutal que sus palabras. Yo no sabía aún si estaba o no enamorado de Julieta, pero ahora acababa de saber que yo era poco más que un pene de más de una erección: para ella el Homo erectus, criatura del pleito obscuro. La escena hubiera sido divertida para un tercero objetivo: vean a esta mujer desnuda, con su cuerpo bien hecho -más que bien hecho: perfecto- y su cabeza bella discutiendo con su amante mal hecho, no asuntos de amor sino sobre la conveniencia o no de morirse de amor en su cama. Supongo que ella ya estaría calculando cómo deshacerse del cuerpo del delito, imaginando una coartada perfecta, ideando cómo parecer inocente. Ésa es mi imaginación pero la discusión verdadera fue cansona porque no era dialéctica, ni siquiera didáctica, según acostumbraba Julieta, sino repetitiva, y duró demasiado. Pero a Julieta no había quien la moviera, mucho menos conmoviera: ella no se iba a acostar conmigo por todo el oro de El Dorado ni por un Potosí de plata (es mi decir, porque a Julieta, virtuosa verdadera, no la motivaba ni el oro ni la plata: a ella no le importaba nada el dinero: sólo la carne, pero la carne viva, no la carne muerta o moribunda) si yo había comido hacía poco. Finalmente, fatigado, le dije que me iba y me despedí con un adiós agorero -que ella no registró: me dijo que estaba bien, que volviera otro día -en ayunas, supongo. Pero, añadí yo, si salgo por esa puerta no vuelvo, casi señalando como un marido teatral. «Me parece perfecto», dijo ella tomándomela palabra. «No vuelvas» -y no volví ni a su vulva ni a sus besos. Odiosa Julieta, no verla clave de mis sueños.

Luego, al poco tiempo de nuestra ruptura (o como se llame aquella discusión y despedida), Julieta conoció a Pablo Perera, pianista aficionado a los muchachos, y ella decidió, como no era Virginia, que si Pablo quería ser concertista debía llamarse Paul y a Pablo le sonó eufónico su nuevo nombre, Paul Perera. (Es curioso que Julieta no intentara cambiar mi nombre o afrancesarlo: resultarla cómico que me hubiera convencido de llamarme Guy.) Pablo Perera decidió llamarse Paul desde entonces, y al mismo tiempo que de nombre cambió de objeto sexual y se hizo amante de Julieta. (Seguramente Julieta lo inició en los misterios de la Bona Dea sexual, como a todos nosotros.) Aparentemente Pablo, Paul, no almorzaba y pasaba todas las tardes con Julieta. Pero sucedió que Vicente, previsto pintor pero pagador imprevisto, regresó del banco a destiempo un día y descubrió a Julieta con Pablo, Paul. No los atrapó en la cama, sino, lo que le pareció peor a Vicente, sorprendió (no sé quién fue más sorprendido, si Paul o Vincent) a Pablo vistiendo su bata de casa, decorada por él, a petición de Julieta, con olas japonesas en el mar de la China, amarillo y magenta. Vicente le dio de trompadas a Paul y en la trifulca Paul mordió una oreja a Vicente (tal vez sea al revés, no sé: fue una pelea confusa o confundido el relato), quien no tocó un pelo dorado, adorado de Julieta.

Vicente se fue de la casa sin llevarse nada, ni la bata pintada a mano (sobre todo no la bata de andar por casa), mientras Julieta se quedó a curar amorosa las heridas de Paul, que ni siquiera se quejó -that's a Perera: así eran los Perera. Cuando me enteré de la bronca (por la propia Julieta, que me contó todo y al final añadió, aspirando al expirar: «Imagínate, ¡qué vulgaridad!», acusando a Vicente, cuya vida era sin duda un fraude bancario) pensé que yo podría bien haber estado en el lugar de Pablo, de Paul, de Popol Perera, y que solamente me salvó del embarazo culpable y la paliza (Vicente Vega, pagador diario, Vincent pintor de domingo, era también el Vicente vengador, el atleta del bachillerato), de esa doble afrenta, una curiosa superstición habanera -mejor dicho, la creencia firme de Julieta Estévez de que hacer (después de comer) el amor mata.